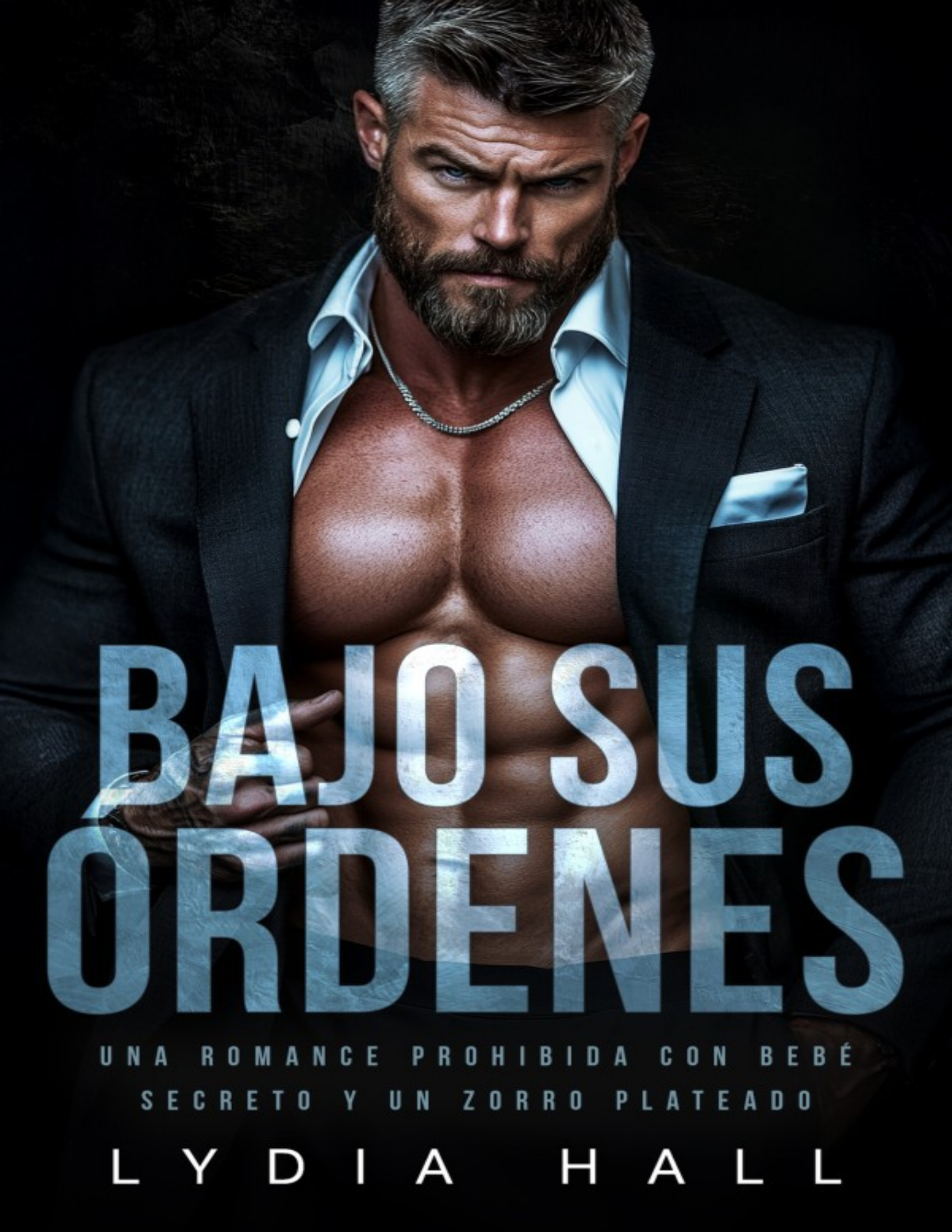


BAJO SUS ORDENES

UNA ROMANCE PROHIBIDA CON BEBÉ SECRETO Y UN ZORRO PLATEADO

LYDIA HALL

BAJO SUS ÓRDENES

LYDIA HALL

Copyright © 2025 de Lydia Hall

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Maquetado con Vellum

❀ Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Ivy
2. Ethan
3. Ivy
4. Ivy
5. Ethan
6. Ivy
7. Ivy
8. Ethan
9. Ivy
10. Ethan
11. Ivy
12. Ivy
13. Ivy
14. Ethan
15. Ivy
16. Ethan
17. Ivy
18. Ethan
19. Ivy
20. Ethan
21. Ivy
22. Ethan
23. Ethan
24. Ivy
25. Ethan
26. Ivy
27. Ethan
28. Ivy
29. Ethan
30. Ethan

31. Ivy
32. Ivy
33. Ivy
34. Ethan
35. Ivy
36. Epílogo

También por Lydia Hall

SINOPSIS

Se suponía que para él yo no sería más que un recuerdo.

Un error difuminado por el whisky y el arrepentimiento.

Pero Ethan Cross nunca fue el tipo de hombre que se olvida.

Era el mejor amigo de mi hermano.

El cirujano con unas manos lo bastante firmes como para salvar vidas…

y lo bastante rudas como para arruinar a una chica como yo.

Solo hizo falta una noche —un desliz, un beso, una caricia.

Me fui antes de que amaneciera.

Creí que podría escapar de los secretos que había entre nosotros.

Creí que podría mantenerlo a salvo de la tormenta que llevaba en el pecho.

Pero al destino no le importan los límites que establecimos.

Seis meses después, estoy en su hospital.

Magullada. Conmocionada. Embarazada.

Su hijo.

Su futuro.

Su error, al que nunca más dejará marchar.

Ethan no pregunta por qué mentí.

No pregunta por qué hui.

Simplemente me da **sus órdenes**—

Quédate cerca. Mantente a salvo. Sé suya.

Pero el peligro del que huía nos está alcanzando.

Y amarlo podría ser lo más peligroso que haga en mi vida.

Nota de la autora: Bajo sus órdenes *es una tórrida historia de amor prohibido con un cirujano con cicatrices, un embarazo secreto, vibras de macho alfa protector y una heroína que nunca necesitó que la salvaran… hasta que él hizo que lo deseara. Prepárate para un torbellino de emociones, mucha pasión y un amor por el que vale la pena romper todas las reglas.*

1

IVY

Hace dos meses

El tren gime al tomar una curva, el metal rechinando contra las vías heladas. Fuera, una espesa niebla se aferra a las orillas heladas del río Larkspur y se enrosca entre los árboles desnudos como si fueran dedos deslizándose entre el humo. Todo lo que hay al otro lado del cristal parece borroso, onírico. Quizá esto sea un sueño, porque en ninguna realidad planeé jamás volver.

Si el universo tuviera el más mínimo respeto por mis decisiones, estaría tumbada en algún muelle calentado por el sol, en un lugar donde nadie conociera mi nombre, mi pasado, ni al hombre que una vez me rodeó la muñeca con la mano y sonrió como si fuera de su propiedad. En cambio, estoy viendo el perfil de Valleria emerger de entre la niebla, una fortaleza dentada de cristal y acero que se traga el horizonte. La ciudad está esperando. Siempre lo ha hecho. Solo que yo me he empeñado en decepcionarla.

Suelto el aire y apoyo la frente en la ventanilla. El frío se me clava en la piel como una bofetada de realidad. Quizá debería hacerme sentir algo: remordimiento, arrepentimiento, la emoción progresiva

de cerrar una etapa. Pero lo único que siento es el peso de lo inevitable, oprimiéndome como las paredes del tren que me rodean.

Me dije a mí misma que había terminado con este lugar. Harta de sus pasillos perfectos e impecables y de la gente que sonreía con demasiada efusividad cuando preguntaba por mi compromiso, con una curiosidad más afilada que su cortesía. Harta de los susurros en los clubes de campo y de cómo todo el mundo había esperado, conteniendo la respiración, a que explicara por qué Daniel Holt —el chico de oro, el prometido perfecto— no era perfecto después de todo.

Así que me fui.

No solo de Valleria. No solo de Daniel. Dejé atrás la versión de mí misma que una vez había vivido a su sombra, que se había tragado cada cosa horrible que me decía porque no quería admitir que había cometido un error. Pasé los dos últimos años desapareciendo: mudándome de un país a otro, metiéndome de lleno en trabajos de voluntariado, reconstruyendo casas, aprendiendo a hacer café en una cafetera de peltre sobre una hoguera en lugares donde a nadie le importaba Daniel Holt, ni Ivy Dawson, ni la vida perfecta que había reducido a cenizas.

Y durante un tiempo, funcionó.

Hasta que llamó mi hermano.

Hasta que dijo las palabras «*Mamá y papá por fin van a divorciarse*» y, de repente, estaba metiendo mi vida en una maleta, comprando un billete de tren y diciéndome a mí misma que esto sería temporal; solo el tiempo suficiente para ser la hija comprensiva, la hermana que apoya.

Solo el tiempo suficiente para recordar por qué odio esta ciudad.

Me muevo en el asiento y estiro las piernas bajo la mesa. El vagón está casi vacío, solo un puñado de pasajeros perdidos en sus propios mundos. Una pareja está sentada cerca del final, con las cabezas

juntas en una conversación tranquila; la risa de la mujer es suave pero genuina. Al otro lado del pasillo, un hombre de negocios mira el móvil con el ceño fruncido y el maletín apoyado en la rodilla como si fuera un salvavidas.

Y luego estoy yo, acurrucada en mi asiento, con los brazos cruzados para protegerme del frío, contemplando una ciudad en la que una vez pensé que pasaría mi vida.

El tren comienza su lento y constante avance hacia la estación. Las luces pasan como rayas por las ventanillas, los reflejos de neón se esparcen por el cristal. Veo mi propio reflejo por un segundo: el pelo oscuro y revuelto, el jersey demasiado grande que se me resbala por un hombro, las ojeras que me hacen parecer casi una desconocida, no porque esté frágil, sino porque estoy agotada.

Una voz crepita por el intercomunicador, anunciando nuestra llegada. Cojo el bolso y suelto el aire lentamente mientras el tren emite un último gemido metálico y se detiene con una sacudida.

Bienvenida a casa.

Ignoro la voz en mi cabeza que susurra: «*Deberías haberte quedado lejos*».

La estación bulle de movimiento: maletas que retumban sobre baldosas irregulares, voces cansadas que negocian planes, el murmullo de llegadas y salidas que se mezcla con los anuncios de la megafonía. La cafetería junto a la salida todavía tiene sus pasteles carísimos alineados en filas ordenadas, intactos a esta hora. Alguien ha dejado un café a medio terminar en el reposabrazos de una silla de plástico, y el líquido de dentro se balancea con la vibración de otro tren que llega.

Al salir a la calle, me detengo un momento a observar la ciudad que se despliega ante mí, con su perfil recortado contra la oscuridad. Las calles están húmedas, no llueve, pero flota el peso de la lluvia pasada, el pavimento resbaladizo bajo los faros cambiantes. Los

taxis se agolpan junto al bordillo, y el toque impaciente de un claxon rompe de vez en cuando la calma del tráfico.

Me dirijo hacia uno, mis botas dejando huellas superficiales en el hormigón mojado. El conductor apenas levanta la vista cuando me acomodo en el asiento trasero, y en cuanto se cierra la puerta, me golpea una combinación de olores: café quemado, un ambientador barato de vainilla y el inconfundible aroma de los asientos de cuero desgastado que han absorbido demasiadas historias. Es un poco mejor que la estación, aunque no mucho.

Le doy al conductor mi dirección y observo cómo nos alejamos del andén, incorporándonos a las calles resbaladizas y salpicadas de lluvia de Valleria.

Es extraño lo rápido que la ciudad vuelve a atraparte, lo familiar que sigue siendo todo. Las imponentes casas adosadas con sus verjas de hierro cubiertas de hiedra, las boutiques de lujo con escaparates cuidados, el brillo de las luces traseras reflejándose en las calles empedradas. Majestuosa, elegante, refinada; un poco como un anuncio de perfume caro con un toque de riqueza heredada y depresión estacional.

Cuando el taxi gira en Ashford Street, una hilera de casas victorianas se alza sobre el pavimento, sus fachadas elegantes, intactas por el tiempo o por la gente que pasa por debajo. Una de ellas pertenece a mis padres.

Contengo una palabrota al recordar lo que significa para mí. La casa en sí es bonita de una manera que no invita a vivir en ella. Techos altos, suelos de mármol pulido, una lámpara de araña en el vestíbulo tan grandiosa que parece pertenecer a un palacio o a la escena de un crimen especialmente dramático. Es bonita. Ridículamente bonita. El tipo de «bonito» que me incomoda, como si tuviera que recorrerla en tacones y con una sonrisa forzada en lugar de descalza y con un historial de malas decisiones.

—En realidad…, ¿puede parar dos calles más arriba? —pregunto.

El conductor me mira por el retrovisor, escéptico pero obediente. Unos minutos más tarde, estoy de pie frente a la pastelería Hollis & Sons, uno de los únicos lugares de esta ciudad que todavía hace sus dulces con mantequilla de verdad y no con cualquier sustituto carísimo por el que juran las damas de la alta sociedad de Valleria últimamente.

Entro y dejo que los olores a azúcar y masa fresca hagan su magia. La cola avanza rápidamente y, en cuestión de minutos, estoy en la acera, aferrando felizmente un buñuelo caliente y frito, espolvoreado con azúcar glas.

Si la autodestrucción tuviera un sabor, sería este.

Con mis prioridades ahora en perfecto orden, saco el móvil del bolsillo del abrigo y marco el número de la única persona que tiene garantizado echarme en cara mis decisiones vitales.

Suena dos veces antes de que Cassie conteste.

—Ivy Dawson —dice con voz arrastrada, ya teñida de diversión—. ¿Por fin has decidido dejar de fingir que estabas demasiado ocupada salvando el mundo como para hablar con tu mejor amiga?

Me trago un trozo de buñuelo, sin inmutarme. —Estaba ocupada. Ya sabes, comiendo masa frita y contemplando mis decisiones vitales.

—Como debe ser —dice ella, aprobándolo—. ¿Y bien? ¿Qué se siente al volver a la tierra del *brunch* carísimo y la riqueza generacional?

—Ya me estoy arrepintiendo.

—Me lo imaginaba. ¿Celebramos tu inevitable crisis nerviosa esta noche o mañana?

Me río y niego con la cabeza. —Esta noche. Quedamos en Harlow's. Necesito que te rías de mí en persona.

Cassie resopla. —Era de esperar. Supongo que eso significa que analizaremos al ex… y a cierta persona que definitivamente sigue en

tu mente. Vale, nos vemos en unas horas.

Cuelga antes de que pueda responder, y yo me guardo el móvil, totalmente preparada para disfrutar en paz del resto de mi buñuelo.

Es decir, hasta que mi subconsciente decide traicionarme.

Porque justo cuando me estoy lamiendo el azúcar de los dedos, un nombre muy concreto persiste en mi cerebro.

Ethan Cross.

No pretendía pensar en él. Pero Cassie, por supuesto, lo ha sacado a colación sin mencionarlo. Porque ella lo sabe. Siempre lo ha sabido.

Tenía doce años la primera vez que me di cuenta de que estaba colada por el mejor amigo de mi hermano. Diecisiete cuando por fin entendí que no importaría. Veinticuatro cuando me sorprendí a mí misma mirándolo durante demasiado tiempo en una cena y decidí que tenía que parar.

¿Y ahora?

Ahora he vuelto y no debería estar pensando en él.

Así que, naturalmente, me doy la vuelta y me choco de frente con él.

En un segundo, me estoy terminando el último bocado de mi buñuelo y, al siguiente, hay un muro macizo de un metro noventa de músculo y arrogancia justo delante de mí.

El universo es un cabrón frío y vengativo.

Ethan baja la vista, su expresión es indescifrable. Mi cerebro tarda dos segundos en reaccionar, en reconocer al hombre que tengo delante; no solo como Ethan Cross, sino como Ethan Cross de pie en medio de una pastelería, vestido con un abrigo oscuro y las mangas remangadas, con el aspecto de todo protagonista melancólico de una novela que yo tiraría sin dudarlo al otro lado de la habitación.

Me quedo helada.

Su mirada se cruza con la mía, aguda y evaluadora. Luego, baja hasta la mancha de azúcar glas en mi jersey. Levanta una ceja ligeramente.

—Dawson.

El sonido de mi apellido en su voz le hace algo estúpido a mi estómago.

Abortar. Abortar.

Me doy la vuelta sobre mis talones y echo a correr.

No una carrera elegante, no del tipo que podría confundirse con un trote casual, sino el tipo de huida frenética y humillante que sugiere que podría ser realmente culpable de algo.

A mis espaldas, juraría que oigo una risa baja y divertida.

No dejo de correr hasta que estoy a dos calles enteras de la pastelería, con el corazón desbocado y el azúcar todavía pegado a mis dedos. De todas las personas de esta ciudad, de todas las situaciones de «lugar equivocado, momento equivocado», tenía que chocarme de frente con él.

Me froto las sienes y gimo mientras paro un taxi. —A cualquier sitio menos aquí —mascullo mientras entro, cerrando la puerta de golpe detrás de mí.

El conductor apenas me mira por el retrovisor. —¿Es una petición real o…?

Suspiro. —Solo lléveme a casa. A la Casa Dawson.

Todo el mundo en Valleria sabe dónde está. Minutos después, salgo del taxi, con el corazón latiendo lúgubremente mientras la casa se cierne sobre mí, toda piedra pulida y grandes columnas, sus ventanas oscuras sin revelar nada. Dentro, sé que todo estará en perfecto orden. Todo lo está siempre.

Abro la puerta y, en efecto, la casa de la familia Dawson está tan fría como la dejé. No en cuanto a la temperatura —no, la calefacción central siempre está exactamente a veintidós grados—, sino de la manera que importa. El tipo de frío que se instala en los huesos, en los silencios, en los espacios entre personas que antes se querían sin esfuerzo.

La voz de Drew es lo primero que oigo. —Has tardado lo tuyo.

Miro hacia un lado y me encuentro a mi hermano mayor de pie en el vestíbulo, con las mangas remangadas, la corbata aflojada y una expresión que oscila entre la exasperación y el alivio.

—Estaba fuera —digo sin más, quitándome el abrigo.

—Ya me lo imagino. —Entrecierra los ojos ligeramente—. No has venido directa a casa desde la comisaría.

Me quito las botas de una patada, evitando su mirada. —¿Qué pasa, eres mi agente de la condicional?

Drew resopla. —Si lo fuera, ya estaría bebiendo.

Lo fulmino con la mirada. —Ya estás bebiendo, ¿a que sí?

Como respuesta, se limita a levantar su vaso de whisky medio lleno.

La cena es tan incómoda como esperaba. Nuestros padres se sientan frente a nosotros en la enorme mesa del comedor, una ilustración perfecta y simétrica de un matrimonio que debería haber terminado hace una década.

Mi madre, con su impecable blusa de seda y sus pendientes de diamantes de siempre, picotea la ensalada como si estuviera hecha de trocitos de cartón bonito. Mi padre, con aire vagamente irritado mientras lee algo en el móvil, apenas levanta la vista.

Drew y yo mantenemos la conversación a flote, aunque solo sea para evitar que se hunda en un silencio sepulcral.

—Y bien, padre —dice Drew, cortando su filete—, ¿algún progreso con el mediador?

Mi padre emite un sonido evasivo, todavía deslizando el dedo por la pantalla. Mi madre, sin levantar la vista, murmura: —Por supuesto que no.

Pincho el pollo con el tenedor con algo más de fuerza de la necesaria. —Me alegro de ver que esto va bien.

Drew me lanza una mirada que dice claramente *ni se te ocurra empezar*.

En lugar de eso, doy un mordisco agresivo.

Nuestro padre suspira y deja el móvil. —Nos estamos ocupando, hijos.

Drew, todo hay que decirlo, no pone los ojos en blanco. Pero veo el esfuerzo que le cuesta. —Solo digo —continúa, con la voz perfectamente serena— que cuanto antes lo dejemos todo zanjado, mejor. Para todos.

Mi madre se seca los labios con la servilleta. —Desde luego.

La conversación muere sin pena ni gloria.

Me concentro en mi plato, intentando ignorar la tensión que me oprime las costillas. Después de cenar, Drew me sigue al pasillo con las manos hundidas en los bolsillos. Me está estudiando. Lo siento: esa evaluación cuidadosa, la forma en que frunce el ceño como si intentara averiguar qué demonios me pasa esta noche.

—Y bien… —dice con voz suave, como si eligiera las palabras con cuidado—. ¿Cómo estás?

Me quedo paralizada medio segundo antes de coger mi abrigo. —Estoy bien.

Drew exhala, cortante y poco convencido. —Claro.

Le lanzo una mirada. —¿Qué?

Se apoya en la pared, observándome con la misma expresión que ha tenido desde que éramos niños: protectora y exasperada a partes iguales. —Vuelves después de años evitando este sitio, te pasas toda la cena sin apenas hablar y ahora me sueltas el «estoy bien» más convincente que he oído en mi vida. Sí, totalmente creíble.

Me encojo de hombros, forzando una sonrisa despreocupada. —Ya me conoces. Siempre en la cresta de la ola.

Aprieta la mandíbula. —Ivy.

Y, sin más, recurro a la evasiva. —¿Qué tal está Blair?

Drew parpadea, pillado por sorpresa. —¿Qué?

—Blair —repito, fingiendo un interés casual—. ¿Tu mujer? ¿Esa que no ha venido a cenar?

Sus labios se convierten en una fina línea. —Está bien.

—Bien —repito, levantando una ceja—. ¿Y no ha querido venir porque…?

Duda y luego suspira. —Porque preferiría hacer literalmente cualquier otra cosa antes que aguantar una cena con nuestros padres mientras fingen que no están a punto de despedazarse el uno al otro.

Resoplo. —Qué lista.

—Sí, ya lo sé.

Por un segundo, nos quedamos en silencio, dejando que todo lo no dicho se extienda entre nosotros. Drew sabe lo de Daniel, lo infeliz que fui en esa relación, aunque no conoce todos los detalles de lo que me pasó ni por qué finalmente huí. Podría contarle la verdad: lo agotada que me siento solo por estar aquí, que todavía me sorprendo esperando a que ocurra lo inevitable, que los fantasmas de esta casa ya ni se molestan en esconderse.

Pero no lo hago.

En lugar de eso, me acomodo el bolso en el hombro y digo: —Hablamos luego, Drew.

Drew levanta la cabeza de golpe. Me observa, moviendo la mandíbula como si tuviera algo más que decir, pero al final, se limita a negar con la cabeza. —Vale.

Abro la puerta y salgo a la noche, dejando que el aire fresco me muerda la piel.

Drew no me detiene. Sabe que es mejor no hacerlo.

Otro viaje en taxi. Otro conductor silencioso. Otro recordatorio de que esta ciudad todavía no la siento como mía.

Cuando paramos frente al Airbnb, vacilo, apretando los dedos alrededor de la correa de mi bolso. Es una pequeña casa de invitados estilo cabaña, escondida entre imponentes robles, con las ventanas brillando suavemente en la oscuridad. Un cartel de bienvenida se inclina ligeramente junto a la puerta principal, el tipo de toque hogareño que hace que parezca habitada.

La luz del porche parpadea cuando salgo; el olor a lluvia persiste en el aire fresco de la noche.

Al entrar, inspiro con alivio cuando una calidez acogedora me recibe al instante. Un plaid de punto cubre un sofá de aspecto usado, y el ligero aroma a vainilla y canela impregna el ambiente, como si alguien hubiera estado horneando hace unas horas. El suelo de madera cruje bajo mis pasos, no con el silencio espeluznante de una casa vacía, sino con la suave protesta de algo que ha sido amado y utilizado. La cocina es pequeña pero funcional, equipada con tazas desparejadas y una nota manuscrita de la dueña en la encimera.

Siéntete como en casa.

Dejo el bolso junto a la puerta, me quito las botas y doy una vuelta lenta por el espacio. Las estanterías están repletas de libros de verdad, con los lomos agrietados y ablandados por el tiempo. Una vela a medio derretir descansa sobre la mesa de centro, la mecha carbonizada por pasadas noches de tranquila comodidad. Todo aquí está hecho para ser tocado, usado, vivido.

Con un pequeño suspiro, me hundo en el sofá y me acurruco contra un cojín que huele a ropa limpia. Durante cinco minutos, me limito a respirar. Luego, como poseída por una fuerza que escapa a mi control, saco el móvil.

Necesito una noche. Una noche con gente normal en un sitio normal donde no tenga que pensar en el pasado ni en las personas que lo habitan.

Así que le escribo a Cassie.

He cambiado de opinión sobre el Harlow's. Vamos a un sitio donde no pongan jazz suave y te cobren veinte pavos por unas aceitunas.

Su respuesta es inmediata.

¿Dónde has estado toda mi vida? Paso a buscarte en una hora.

Una sonrisa se dibuja en mis labios por primera vez en toda la noche. Después de una ducha caliente, la tensión de mis hombros se alivia, dejándome una sensación más ligera. Mientras rebusco en la maleta, mi mirada se posa en un modelito azul oscuro. Si me estoy comprometiendo con esto de *vivir el momento*, entonces, naturalmente, el vestido es un poco demasiado corto.

O quizá solo me lo parece porque hace tiempo que no me pongo algo que me haga sentir así. Como una mujer que podría encandilar a alguien con nada más que una sonrisa lenta. Como alguien que no está cansada de huir.

Aun así, me aliso el bajo, me pongo la chaqueta de cuero y salgo, donde Cassie ya está esperando junto a la acera, increíblemente chic

con un mono negro ajustado y un pintalabios rojo tan intenso que podría cortar el cristal.

Suelta un silbido ahogado cuando me ve. —Joder, Dawson. Si intentabas que me cuestionara mi sexualidad, enhorabuena.

Sonrío con suficiencia. —Me alegra saber que aún tengo opciones.

Me coge del brazo mientras nos dirigimos al bar. —Entonces, ¿cuál es el plan para esta noche? ¿Copas? ¿Bailar? ¿Ligar con tíos a los que no tenemos ninguna intención de volver a llamar?

—Todo lo anterior —digo con desenfado—. Y espero al menos una ronda de chupitos antes de que acabe la noche.

Cassie asiente con aprobación. —Ahora sí que nos entendemos.

Crowley's está a poca distancia de mi Airbnb. Es exactamente el tipo de sitio que necesito esta noche: animado sin ser caótico, elegante sin ser pretencioso. El tipo de bar donde la música es lo suficientemente alta como para ahogar los pensamientos excesivos, pero no tanto como para tener que gritar por encima de ella. Una mezcla de profesionales pulcros y gente que solo busca pasarlo bien, todo ello bajo el cálido resplandor de apliques de latón y una suntuosa caoba.

Cassie y yo nos abrimos paso entre la multitud, pasando junto a grupos de clientes absortos en conversaciones con sus cócteles, junto al bajo murmullo de las risas y el tintineo ocasional de un vaso contra el mármol. Está concurrido, pero no es agobiante, con el movimiento justo para desaparecer en él.

Llegamos a la barra, donde me deslizo sobre un taburete, apoyándome en el borde frío del mostrador. Cuando el camarero se acerca, no dudo y pido algo fuerte y con el punto justo de dulzura.

—Un whisky sour —digo, esbozando una pequeña sonrisa cómplice.

Cassie sonríe y me da un codazo. —Mírate, yendo directa al grano.

—No lo gafes. —Golpeteo el mostrador mientras el camarero se aleja —. Esta noche solo quiero beber, decir tonterías y fingir que no tengo responsabilidades.

Levanta una ceja. —Ah, sí. El clásico método de Ivy Dawson para sobrellevar las cosas. Beber ahora, arrepentirse después.

—Exacto.

Me ponen el vaso delante; el líquido ambarino reluce bajo la luz tenue. Doy el primer sorbo, dejando que el calor se extienda por mi interior. A medio cóctel, llega la primera víctima de la noche.

—Chicas —dice una voz arrastrando las palabras.

Me giro y veo a dos tipos con pinta de universitarios de fraternidad sonriéndonos, con sus camisas de botones lo bastante arrugadas para parecer «desenfadados» y una colonia lo bastante fuerte como para fumigar todo el local.

Cassie, siempre tan oportunista, les echa un vistazo y dice: —Oh, gracias a Dios. Esperaba que nos entraran de forma agresiva unos tíos que todavía creen que un juego de beber es un rasgo de la personalidad.

El rubio frunce el ceño. —¿Qué?

Le doy una palmada compasiva en el hombro. —Lo estás haciendo genial, amigo. De verdad.

El moreno, claramente sin inmutarse, se inclina hacia nosotras. —Venga, deja que os invitemos a una copa.

Cassie sonríe, enseñando todos los dientes. —Preferiría lamer el suelo.

Él parpadea.

Bebo un sorbo de mi cóctel. —Y yo soy más de las que se sirven su propio veneno.

Intercambian una mirada, claramente tratando de decidir si esto es un desafío o un rechazo.

Les ahorro el problema. —Pero gracias por participar. Más suerte la próxima vez.

Cassie me coge de la mano, ya riéndose mientras nos giramos de nuevo hacia la barra. —Dios, ha sido demasiado fácil.

Todavía estoy sonriendo cuando me doy la vuelta…

La risa se me ahoga en la garganta.

Ethan Cross está sentado en el otro extremo de la sala, relajado, como si nada, con su traje oscuro y las mangas remangadas, su ancha figura apoyada en la barra como si el local fuera suyo. Como si nada hubiera cambiado.

Pero algo sí ha cambiado. Porque esta vez, me ve y no aparta la mirada.

Sé que debería apartar la mirada. No debería preguntarme si todavía huele a cedro y jabón. No debería pensar en el aspecto de sus dedos alrededor del vaso, en lo fácil que sería deslizar los míos por el borde y rozar los suyos. No debería anhelar algo que me dije a mí misma que nunca fue mío.

Pero después de años huyendo, de ser controlada, de pertenecer a hombres que solo querían mantenerme en una jaula de oro, quiero —*por una vez*— cometer un error por elección propia, a diferencia de Daniel, que entró con demasiada fuerza y me hizo creer que nadie más estaría a su altura.

Levanto mi vaso hacia él.

La mirada de Ethan se oscurece. Y entonces se levanta y empieza a caminar hacia mí.

2

ETHAN

Me gusta la disciplina. Me gusta la precisión. Me gusta saber con exactitud a qué profundidad cortar, cuánta presión aplicar, qué hace falta exactamente para recomponer a un hombre cuando lo han hecho pedazos. Mi mundo se rige por el control, por la estructura, por la certeza absoluta. No hay lugar para la vacilación. Ni margen de error.

En el quirófano, es fácil.

¿Fuera de él? No tanto.

Han pasado dieciséis horas desde que empecé mi turno y el cuerpo lo sabe. Me duele el hombro de haber estado demasiado tiempo encorvado sobre un abdomen abierto, el cerebro todavía catalogando cada paso del caso de trauma que he cerrado hace una hora. Pero en lugar de tomar la decisión inteligente —volver a mi apartamento, quitarme el rígido cuello de la camisa, obligarme a dormir de una puta vez—, entro en el Crowley's.

Es un local de los de dinero de toda la vida, de esos que mantienen la música baja y el whisky caro. Refinado, pero no pretencioso. La clientela se compone sobre todo de profesionales: ejecutivos relajándose, cirujanos con las corbatas a medio aflojar, algún que

otro político cerrando tratos en la trastienda con un whisky carísimo. No hablo con nadie. No vengo aquí a hablar.

Saludo con la cabeza al camarero, ocupo mi asiento de siempre y me arremango la camisa hasta los codos. Es una vieja costumbre; instinto quirúrgico, quizá. No me gusta que la tela me oprima las muñecas. Mis manos siempre tienen que estar listas.

Un vaso de bourbon se desliza frente a mí. Doy un sorbo lento, sintiendo el familiar ardor bajando por mi garganta, dejando que el día se asiente en mis huesos.

Y entonces, al otro lado de la sala, envuelta en el resplandor de una luz tenue y reflejos de cristal, veo a Ivy Dawson sentada en la barra, perfectamente preparada para arruinarme la noche.

No debería estar aquí.

No en esta ciudad. No en mi puto campo de visión.

Me digo a mí mismo que me la he imaginado, que mi cerebro está demasiado frito por la cirugía, que el alcohol ya me está haciendo efecto… pero no. No, es ella. Pelo oscuro, ondas sueltas que le caen sobre un hombro. Un vestido corto, perverso por cómo se le ciñe, incitando a que las miradas se detengan. Está hablando con alguien —Cassie, creo—, pero no importa.

Se ríe de algo, echando la cabeza un poco hacia atrás, y un dolor sordo se me instala bajo las costillas.

Sé que no debo reaccionar. Llevo mucho tiempo siendo bueno en ignorar esto.

Ivy Dawson siempre ha sido un desastre anunciado.

La conozco desde que era una cría que corría detrás de Drew, subiéndose a árboles a los que no tenía nada que subirse, peleándose con chicos que le doblaban el tamaño. Yo tenía veinte años cuando ella tenía doce, un estudiante de medicina ahogado entre libros de texto, que apenas prestaba atención a la niña que

siempre intentaba demostrar que no era tan pequeña como la gente pensaba.

Y entonces creció.

Cuando cumplió los veinte, ya no seguía a Drew a todas partes. Me observaba a mí. Siempre en el límite de mi percepción, en reuniones familiares, en cenas benéficas, en las raras ocasiones en que nuestros círculos inevitablemente colisionaban.

Lo ignoré.

Era demasiado joven, demasiado impulsiva, demasiado intensa. Y yo no tenía ningún derecho a fijarme en ella. No me van los impulsos. No me va el caos. No me van las mujeres que me hacen sentir que podría perder el control.

Las mujeres de mi vida son predecibles. Refinadas. Discretas. No me desafían, no me presionan, no me tientan a hacer nada por lo que fuera a perder el sueño.

Ivy Dawson no es ninguna de esas cosas.

Es implacable, imposible de contener, demasiado salvaje, demasiado independiente, el tipo de mujer que se escurre entre los dedos y se niega a que la sujeten. Y ahora está aquí, en el último lugar donde esperaba verla.

No sé cuánto tiempo llevo observándola hasta que por fin se gira. Sus ojos se encuentran con los míos y algo cambia.

No aparta la mirada.

Yo tampoco, aunque sería mucho más sensato romper el momento, volver a mi bebida, fingir que lo que acaba de moverse por mi torrente sanguíneo no era real. ¿Pero Ivy? Ella sabe exactamente lo que está haciendo.

Sonríe con superioridad y levanta la copa en un desafío silencioso. Mis dedos se aprietan en torno al borde de mi whisky.

Que yo sepa, Ivy debería estar todavía en el extranjero, al otro lado del mundo, dedicándose al voluntariado, reconstruyendo casas, o cualquier excusa que encontrara para seguir moviéndose. Debería estar en cualquier lugar menos aquí, en cualquier sitio que no fuera esta ciudad, este bar, delante de mí con ese vestido.

Ivy Dawson ha pasado años rondando los límites de mi percepción, siempre presente, siempre observando, pero nunca al alcance. La hermana pequeña de mi mejor amigo. Una línea que nunca me ha costado no cruzar, salvo en los momentos en que me permitía preguntarme qué se sentiría si no lo hiciera.

Porque esta noche, no está en la periferia. Esta noche, está justo delante de mí, con un vestido escotado, los labios pintados de rojo oscuro, pareciendo cada puto pecado que me he pasado la vida evitando. No creo en el destino. No creo en las señales, en los caminos inevitables, en la predestinación. ¿Pero esta noche?

Esta noche, no tengo elección. Así que me pongo de pie y acorto el espacio que nos separa con zancadas mesuradas y firmes, deteniéndome justo al lado de su taburete. No parece sorprendida.

—Dawson —su nombre me sale con voz neutra.

Ladea la cabeza, con un brillo en sus ojos oscuros.

—Cross.

Sus labios se curvan, como si esperara que me acercara. Como si supiera, en el segundo en que la vi, que no tendría otra opción.

Ha cambiado. Eso es obvio. Siempre fue rápida, de mente aguda, pero ahora hay algo más duro debajo de todo eso.

—Deberías estar al otro lado del mundo ahora mismo —digo, estudiándola.

Se recuesta contra la barra, cruzando las piernas.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

Dejo que mi mirada la recorra, deteniéndome en la curva de su hombro desnudo, en la forma en que la luz tenue proyecta sombras sobre su piel.

—Una pena. A Valleria le iba muy bien sin ti.

Se ríe, un sonido rico, despreocupado.

—Por favor. Esta ciudad estaba suplicando que volviera.

Lo más inteligente sería *darse la vuelta y marcharse*.

En cambio, me acomodo en el taburete a su lado y le hago una seña al camarero.

—Whisky. Solo.

Ivy observa, tamborileando ligeramente con las uñas en el lateral de su vaso. Está esperando que diga algo más. Que le dé un sermón sobre por qué no debería estar aquí, y que, si Drew viera a su hermana pequeña con un vestido tan corto, se volvería loco. Sobre todo cuando se le ciñe así, apenas rozando lo que nadie más debería ver. Pero la verdad es que no estoy pensando en Drew. No estoy pensando en las reglas que siempre he seguido.

No estoy pensando en absoluto.

Exhala lentamente, haciendo girar los restos de su bebida, su mirada desviándose hacia la sala más allá de mí. Miro al camarero mientras me sirve la bebida y luego vuelvo a centrar mi atención en ella.

Tiene los ojos fijos en mi cara.

Enarco una ceja.

—¿Qué?

Se encoge de hombros y toma otro sorbo.

—Solo intento averiguar si de verdad te alegras de verme o si simplemente estás preparando mentalmente el discurso que me vas

a soltar.

Eso me arranca una risa grave.

—¿Crees que me esfuerzo tanto en los discursos?

Lo noto en el momento en que su postura cambia; apenas, pero lo suficiente. Un hombre pasa rozándola demasiado, y veo el destello de inquietud en su expresión, la ligera rigidez de sus hombros. Es sutil, algo que la mayoría no captaría.

Pero yo sí.

Ivy ahora es todo aristas afiladas, su independencia llevada como una armadura. Pero hay algo más debajo, algo que no esperaba. Una tensión que no le corresponde.

Me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos en la barra.

—Entonces… ¿vas a decirme por qué has vuelto en realidad?

Ladea la cabeza, dedicándome una sonrisa lenta y burlona.

—¿Qué te hace pensar que hay una razón?

Porque te conozco.

Porque lo veo; la forma en que no dejas de inspeccionar la sala, la forma en que haces rodar los hombros como si te estuvieras sacudiendo algo de encima.

Pero no digo eso.

En cambio, dejo que una pequeña sonrisa tire de la comisura de mi boca.

—Porque eres tú.

Suelta una risa corta, pero hay algo más detrás. Un muro, levantado rápido, firme.

Lo que pasa con Ivy es que se le da bien fingir. Siempre se le ha dado bien.

Pero yo pasé años en la facultad de medicina, años estudiando las minucias de la expresión humana, aprendiendo a leer lo que no se dice.

¿Y ahora mismo?

Está diciendo muchísimo sin hablar.

No solo la deseo.

Quiero saber qué le ha puesto esa mirada en los ojos.

Cassie hace un ruido a su lado, algo petulante, algo que dice «*veo perfectamente hacia dónde va esto*». Se inclina hacia Ivy, murmurando algo demasiado bajo para que lo oiga, y luego me lanza una sonrisa de complicidad antes de coger su bolso de mano.

—Yo me retiro por hoy —anuncia, más a Ivy que a mí, mientras ya se desliza fuera de su taburete—. No hagas nada que yo no haría.

Ivy apenas le hace caso, simplemente levanta su vaso en una perezosa despedida, su atención todavía fija en mí. Cassie me dedica una última mirada —mitad divertida, mitad de advertencia— antes de desaparecer entre la multitud.

Y entonces quedamos solo nosotros dos.

Ivy se inclina, lo suficientemente cerca como para que perciba los olores a vainilla y humo, suavidad envuelta en peligro.

—Siempre te ha gustado el control, Ethan —murmura, con los labios curvados como si supiera exactamente lo que hace—. Pero no creo que supieras qué hacer conmigo ahora.

Me sostiene la mirada un instante más, luego se pone de pie, terminando el último sorbo de su bebida antes de dejar el vaso vacío en la barra. No necesita decir ni una palabra. La invitación está ahí,

suspendida en el aire entre nosotros, tan clara como una mano cerrándose en un puño alrededor de mi cuello.

No dudo y me levanto del taburete, tiro unos cuantos billetes sobre la barra y la sigo fuera.

La noche es fresca, el aire denso por los sonidos de la ciudad: risas lejanas, el zumbido bajo de los motores al ralentí en un semáforo en rojo, el ritmo desigual de los pasos sobre el pavimento húmedo. Ivy camina delante de mí, segura, sin prisas, guiándome por la acera como si ya lo hubiera hecho antes. Como si supiera desde el momento en que me vio que así terminaría la noche.

Sería sensato dejarla desaparecer en la oscuridad, decirme a mí mismo que esta es una línea que no cruzaré, pero esta noche no soy capaz de hacerlo.

Porque esto ya no va de lo que está bien o mal. Va de la forma en que mi pulso ha estado martilleando en mi garganta desde el segundo en que la vi. Va de la forma en que me miró desde el otro lado de la barra, como si supiera exactamente hacia dónde iba esto y me desafiara a detenerlo.

No se molesta en coger un taxi. La sigo por las sinuosas calles, pasando elegantes casas de piedra rojiza y verjas cubiertas de hiedra, el silencio de la opulencia asentándose sobre esta parte de la ciudad. Pero cuando se detiene frente a una casa de huéspedes más pequeña, escondida entre dos fincas más grandes, enarco una ceja.

—¿No te quedas con tu familia?

Resopla, sacando las llaves.

—Preferiría prenderme fuego.

Comprensible.

Abre la puerta, entra sin dudarlo, y yo hago lo que no debería: la sigo.

Dentro, la calidez me envuelve, impregnada de un leve rastro de algo dulce; vainilla de nuevo, quizá, pero más suave. La iluminación es tenue, las sombras se alargan sobre el parqué. Un sofá se encuentra en el centro del salón, una manta gastada cubre el respaldo, libros apilados al azar en una mesa auxiliar. Es… acogedor. Vivido. Inesperado.

Cierro la puerta detrás de mí, observando cómo se quita los zapatos.

Ivy se gira, ladeando ligeramente la cabeza, estudiándome con la misma mirada expectante y cómplice que siempre ha tenido. Pero esta vez, no hay nada de cautela en ella.

Doy un paso lento hacia delante.

—¿Estás segura de esto? —Mi voz está tensa por un anhelo mal reprimido.

Suspira, acercándose a mí, acortando el espacio que nos separa.

Sus dedos encuentran los botones de mi camisa, rozando ligeramente la tela.

—Estoy segura de esta noche —dice simplemente. Luego se pone de puntillas, sus labios a un suspiro de los míos.

La atraigo contra mí, mis manos abarcando su cintura, los dedos curvándose en la suave tela de su vestido. Suelta un jadeo, suave, sorprendido, antes de que sus brazos rodeen mi cuello, atrayéndome hacia ella.

Su aliento es cálido contra mis labios, su boca ya entreabierta, esperando. Mi control pende de un hilo —fino, deshilachándose—, pero en el segundo en que mi lengua se desliza más allá de la comisura de sus labios, se rompe por completo.

Cede con un pequeño gemido, su cuerpo amoldándose al mío mientras reclamo su boca sin vacilar. Mi lengua acaricia la suya, lenta al principio, incitante, juguetona, hasta que me corresponde con la misma fuerza. No es tierno. No es cuidadoso. Es calor y hambre, un

choque de bocas y aliento y el tipo de tensión que se ha ido acumulando durante años.

Sus dedos se enredan en mi pelo, sus uñas arañando mi cuero cabelludo, y gimo en su boca. Aprieto mi agarre en su cintura, empujándola contra la pared, aprisionándola entre mi cuerpo y la fría superficie. Se arquea contra mí, sus caderas moviéndose, su lengua deslizándose contra la mía en un ritmo que hace que mi pulso martillee en mi garganta.

Le ladeo la barbilla, profundizando el beso, bebiendo el suave y entrecortado gemido que suelta cuando le chupo el labio inferior entre mis dientes. Sabe a whisky y a algo más dulce, algo únicamente suyo, y quiero más. Necesito más.

Me trago su jadeo mientras tomo el control, devorándola, mi boca moviéndose con una intensidad castigadora que no deja lugar a dudas: esta noche es mía. Y ella lo sabe.

Presiona más cerca, y la hago retroceder, paso a paso, hasta que está contra la pared.

Sus manos están por todas partes: mis hombros, mi pecho, sus dedos deslizándose bajo mi camisa como si hubiera estado esperando esto tanto tiempo como yo.

Le muerdo el labio inferior, solo para oír su brusca inhalación, solo para ver cómo se le oscurecen los ojos.

—¿Todavía crees que no sabría qué hacer contigo? —murmuro contra su boca.

Se estremece, sus uñas presionando mi piel.

—Demuéstrame que me equivoco, Cross.

3

IVY

La pared está fría contra mi espalda, pero no hace nada por aplacar el fuego que me consume por dentro. Ethan me mantiene inmovilizada, con sus manos firmes en mi cintura, su cuerpo como un muro de calor y dominación. Sus labios siguen sobre los míos, su lengua acariciándome, reclamándome, pero no es suficiente; ni de lejos.

Estoy intoxicada, borracha de él, de su forma de besar, de su afilado control al tocarme.

Su boca desciende, recorriendo la línea de mi mandíbula, bajando por la columna de mi garganta. Mordisquea el punto donde me late el pulso y pasa la lengua por la zona hasta que me quedo sin aliento. Sus manos se deslizan hacia abajo, agarran el dobladillo de mi vestido y lo suben, exponiendo mis muslos al aire fresco. Sus dedos rozan mi piel, lentos, provocadores, mientras se arrodilla ante mí.

Una lenta sonrisa se dibuja en sus labios mientras presiona la boca contra la cara interna de mi muslo.

—Ivy —murmura, deslizando la nariz por mi piel—. ¿Alguien te ha tocado alguna vez como te mereces?

La pregunta es grave, un desafío teñido de una diversión perversa.

Trago saliva, con la respiración entrecortada.

—Sí.

Sus dedos se tensan, sus ojos verdes se clavan en los míos, oscuros y celosos. Me muerde el muslo y su agarre se vuelve posesivo.

—No —dice arrastrando las palabras, como si estuviera haciendo una promesa—. No tienes ni idea de lo que un hombre puede hacerte.

Y entonces, sin decir nada más, se inclina.

Sus manos se curvan alrededor de los lados de mis bragas, pero en lugar de bajarlas, sus dientes rozan la cinturilla, deslizándolas hacia abajo centímetro a centímetro, la tortura más lenta posible. Me tiemblan las piernas mientras me las baja por los muslos; sus dedos rozan mi piel, su aliento caliente entre mis piernas.

Me da un único beso en la cadera antes de que su boca descienda.

Y entonces me lame con una larga y lenta pasada de su lengua contra mi clítoris que me envía una descarga eléctrica y aguda. Jadeo, mi cabeza golpea contra la pared, mis dedos se aferran a su pelo. Él tararea contra mí, petulante y sabedor, antes de volver a hacerlo.

Y otra vez.

Su lengua chasquea, se arremolina, me provoca hasta que estoy jadeando, retorciéndome, mis caderas arqueándose hacia su boca, pero él solo suelta una risita contra mí, inmovilizándome con sus fuertes manos.

—Qué ansiosa —murmura, moviendo la lengua en círculos lentos y enloquecedores—. Pero todavía no he terminado de jugar contigo.

Gimo, mis dedos se aprietan en su pelo, pero él no cede. Me mantiene al borde, su lengua acariciándome, lamiéndome, nunca es suficiente, nunca me deja correrme. Me observa a través de sus ojos

verdes entornados, una sonrisa pícara jugando en sus labios cada vez que me estremezco bajo él.

Estoy temblando, ahí mismo, a punto de romperme, cuando de repente se aparta, su aliento cálido contra mi piel.

—Todavía no —murmura—. No hasta que entiendas exactamente lo que un hombre puede hacerte.

Y entonces su boca está sobre mí de nuevo, más lenta esta vez, más tortuosa, y me doy cuenta de que nada ni nadie va a impedir que esta noche coja lo que quiere, y mucho menos yo.

Me fallan las rodillas, pero el agarre de Ethan se tensa, manteniéndome pegada a la pared, exactamente donde me quiere. Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Sus dedos se clavan en mis muslos, abriéndome más, dándole acceso total. Me abre con los pulgares, exponiendo mis pliegues hinchados al completo alcance de su boca.

Su lengua se desliza de nuevo hacia fuera, ancha y caliente; la primera pasada es un lánguido recorrido desde mi entrada hasta mi clítoris, que me arranca un gemido. La parte plana de su lengua presiona profundamente entre mis labios antes de curvarse hacia arriba, rozando los bordes. Rodea mi clítoris una vez, dos, apenas tocándolo, solo rozando, lo justo para hacerme retorcer.

—Dios, Ethan.

Mis palabras mueren en un grito silencioso cuando cambia de táctica, lamiendo ahora en forma de ochos apretados, la lengua moviéndose sobre el sensible botón con un ritmo enloquecedoramente perfecto: lo bastante lento para alargarlo, lo bastante firme para volverme loca. Cada pocos segundos, se detiene, inspira profundamente contra mí y luego succiona mi clítoris dentro de su boca como si necesitara mi sabor para respirar.

El sonido es obsceno, húmedo, sucio y fuerte; el eco resbaladizo de cada lametón llena el espacio entre mis jadeos. Su boca trabaja

como si me estuviera bebiendo, su lengua recorriendo mis pliegues una y otra vez, aplanándose para recoger cada gota, y luego curvándose para azotar mi clítoris con latigazos rápidos y superficiales.

—Me encanta cuando te retuerces así —masculla, pasando de nuevo la parte plana de la lengua sobre mí. Gruñe mientras lame, la vibración recorriéndome como la electricidad. Luego entierra su lengua dentro, profunda y lenta, follando con ella hasta que jadeo, con los muslos temblando alrededor de su cabeza. Se retira lo justo para besar mi clítoris de nuevo, luego se desliza hacia abajo para hacerlo todo de nuevo, como si me estuviera preparando a propósito, negándose a dejarme caer todavía.

No hay tiempo, no hay espacio, solo el calor de su boca, el devastador movimiento de su lengua, la forma en que me folla con ella como si estuviera hambriento. Succiona mi clítoris entre sus labios, lo azota con su lengua, y luego lo suelta solo para volver a hacerlo todo de nuevo, ahogándome en sensaciones, en un placer tan agudo y profundo que araño sus hombros, su pelo, tratando de agarrarme a algo sólido. Pero no hay nada —nada— excepto la forma en que me consume como si estuviera compensando años de distancia, como si esto fuera inevitable.

Un gruñido oscuro y satisfecho retumba en su garganta, vibrando contra mí, enviando otra ola de calor que se estrella contra mi sistema.

Jadeo, mi cabeza golpea contra la pared.

—Ethan...

Gruñe en respuesta, negando ligeramente con la cabeza como si dijera: *No hables. Solo recíbelo.* Y entonces su lengua se hunde dentro de mí, follándome profundamente, su nariz presionando contra mi clítoris, su ritmo, un castigo; su intención, absolutamente desenfrenada.

Mi cuerpo se bloquea, todos mis músculos se tensan, mis muslos intentan cerrarse de golpe alrededor de su cabeza, pero él los obliga a abrirse más, su agarre casi me deja un moratón. Me posee en este momento; no hay otra palabra para describirlo. Cada movimiento de su lengua, cada lento roce de sus labios contra mi carne está diseñado para destrozarme, para hacer que me deshaga por completo bajo su control.

Estoy jadeando, suplicando, el placer enroscándose tan violentamente que ya no puedo contenerlo. Me tiemblan las piernas, mis manos se agitan contra la pared detrás de mí, pero no tengo a dónde ir.

No me dejará ir.

Y entonces grito —*con todas mis fuerzas*—, con la voz rota mientras él succiona mi clítoris en su boca y me destroza, su lengua acariciándome a través de cada ola vertiginosa, negándose a dejarme bajar, negándose a dejarme respirar. Tiro de su pelo, tratando de apartarlo, tratando de salvarme de la pura intensidad de lo que está haciendo, pero no para, ni siquiera hace una pausa.

Me *arrastra* a través de él, lamiéndome, recibiendo cada último temblor, cada último gemido, hasta que mi visión se vuelve blanca, hasta que no me queda nada que dar.

Y entonces, por fin, por fin, se levanta.

Su boca se estrella contra la mía, con fuerza, robándome el aliento, su beso profundo, violento, una declaración de posesión y un reproche, todo a la vez. Pruebo mi propio sabor en su lengua, agudo e inconfundible, mientras sus manos se enredan en mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás para poder devorarme como acaba de hacer con su boca entre mis muslos.

Gimo en su boca, mi cuerpo todavía estremeciéndose por la forma en que acaba de desarmarme, pero no es suficiente. Ni de lejos.

Gimo contra sus labios, mis dedos se aferran a sus hombros, atrayéndolo más cerca, necesitando más.

Ethan exhala bruscamente, agarra mis muñecas y las fuerza por encima de mi cabeza, inmovilizándome contra la pared mientras su cuerpo se presiona contra el mío. Puedo sentirlo: grueso, duro, listo. Su polla se tensa contra la tela de sus pantalones, rozando mi piel desnuda e hipersensible, provocándome hasta que me retuerzo, deseándolo.

Pero no cede.

En su lugar, se inclina, sus labios rozando mi oreja.

—Dilo.

Gimo, mi cuerpo tiembla, pero él solo aprieta más su agarre, manteniéndome quieta.

—Dilo, Ivy —exige, su tono afilado por un control puro y duro, por una posesión absoluta—. Dime cuánto me deseas.

Me muerdo el labio, con la respiración entrecortada, mis muslos ya apretándose a su alrededor.

—Ethan, por favor.

Su mano libre recorre mi costado, lenta, burlona, antes de agarrar mi cadera desnuda y tirar de mí contra él, dejándome sentir exactamente lo que me va a hacer.

—Eso no es suplicar —murmura, su lengua moviéndose contra el punto donde me late el pulso, provocándome igual que hizo antes de destrozarme con la boca.

Un escalofrío me recorre y me rompo. Por completo.

—Por favor —jadeo, sin pudor, desesperada, incapaz de preocuparme por nada excepto por cómo me está haciendo sentir—. Te necesito, Ethan. Te necesito dentro de mí. Ahora.

Algo se quiebra en él. Su gruñido retumba a través de mi cuerpo como una fuerza física, y entonces suelta mis muñecas, agarra el escote de mi vestido y lo baja con un movimiento brusco. El aire fresco apenas tiene tiempo de tocar mi piel antes de que su boca esté sobre mí.

Caliente. Posesiva. Insaciable.

Sus dientes raspan mi pecho antes de morder, lo justo para enviar una sacudida de placer directamente entre mis piernas. Grito, mis dedos se hunden en su pelo, atrayéndolo más cerca, incitándolo. Coge mi pezón entre sus labios, su lengua se mueve, succiona, destrozándome de nuevo. Mi espalda se arquea hacia él, mis respiraciones salen en jadeos entrecortados, pero no es suficiente.

Lo necesito. Lo necesito dentro de mí.

Sus manos están por todas partes: me agarran la cintura, me pegan a él, me sujetan en mi sitio mientras se restriega contra mi sexo dolorido, con su polla dura y exigente incluso a través de las capas de tela.

Y entonces… el sonido de su cremallera.

Trago saliva con dificultad, la expectación hace que mi pulso se acelere, que mi piel arda.

Ethan me levanta sin esfuerzo, estampándome contra la pared, y yo enrosco las piernas alrededor de su cintura, aferrándome a él. Mi cuerpo ya está temblando, tan perdida que ni siquiera me doy cuenta de que estoy gimiendo su nombre hasta que su boca encuentra la mía de nuevo.

Luego, un estiramiento agudo y delicioso cuando arremete dentro de mí, llenándome por completo.

Me rompo contra él, mi gemido ahogado por su beso mientras se entierra hasta el fondo, con un gruñido que vibra contra mis labios.

Ethan me embiste con una intensidad que roza la violencia, a un ritmo implacable; cada embestida profunda y castigadora envía ondas de choque por todo mi cuerpo. Mi espalda se estrella contra la pared con cada movimiento, mis piernas se aferran con fuerza a su cintura mientras él me agarra las caderas con la suficiente fuerza como para dejarme moratones, sus dedos clavándose en mi piel como si se estuviera anclando a mí. Su respiración es agitada, irregular, caliente contra mi garganta mientras desliza los dientes por mi piel, con la boca abierta y hambrienta, mordisqueando y succionando cada centímetro a su alcance como si quisiera marcarme a fuego.

El estiramiento que él provoca es abrumador, el agudo escozor dura solo un segundo antes de que el placer se estrelle contra mí, denso y absorbente, haciendo que me dé vueltas la cabeza. Es grande, demasiado grande, y obliga a mi cuerpo a amoldarse a él, pero no frena, no me da un momento para recuperar el aliento. Me folla con el tipo de desesperación que hace que se me encojan los dedos de los pies; su polla hundiéndose profundamente, llenándome una y otra vez hasta que le araño la espalda, mis uñas repasando las duras crestas de sus músculos, necesitando algo a lo que aferrarme antes de perderme por completo.

Gruñe contra mi garganta, un sonido áspero y posesivo, sus dientes rozando mi mandíbula antes de levantar la cabeza para mirarme. Sus ojos verdes están oscurecidos por el hambre, desbocados por algo más profundo que la lujuria, algo que hace que se me encoja el estómago y se me acelere el pulso. Sus embestidas se vuelven más duras, más bruscas, su control se desvanece mientras me agarra la nuca con una mano, obligándome a mirarlo, obligándome a ver exactamente lo que le provoco.

—Me recibes jodidamente bien —dice con voz ronca, espesa por la necesidad, sus dedos apretando mi garganta lo justo para que jadee —. Como si estuvieras hecha para esto. Hecha para mí.

No puedo hablar, no puedo pensar, no puedo hacer nada más que gemir, mi cuerpo apretándose a su alrededor, mis paredes contrayéndose mientras otra embestida profunda envía una nueva ola de calor en espiral a través de mí. Mis manos se aferran a su espalda, mis dedos presionando su piel mientras entierro mi cara en su cuello, mi respiración saliendo en jadeos rápidos y desesperados.

—Ethan —gimoteo, con la voz rota, destrozada, casi suplicante, y él gruñe al oírlo, sus caderas lanzándose hacia delante en un ritmo castigador que me hace temblar, mis muslos agitándose mientras la presión se acumula, mientras el placer se tensa en la parte baja de mi vientre, agudo e insoportable.

Se aparta lo justo para mirarme de nuevo, su pulgar arrastrándose por mi labio inferior antes de inclinar mi cabeza hacia arriba, su aliento mezclándose con el mío. Su expresión es oscura, indescifrable, sus pupilas dilatadas por la lujuria, pero hay algo más debajo, algo peligroso y posesivo.

—Córrete para mí —exige, su tono bajo y áspero, sus dedos curvándose alrededor de mi mandíbula mientras me embiste con una fuerza brutal, moviendo sus caderas de la manera justa, golpeando el punto que hace que mi visión se vuelva blanca, el placer enroscándose tan fuerte que ya no puedo contenerlo.

Mi orgasmo me golpea, mi cuerpo convulsiona, mi espalda se arquea, mi boca se abre en un grito ahogado mientras me hago añicos a su alrededor, mis paredes temblando, apretándolo con fuerza. Ethan maldice, su agarre se tensa mientras penetra profundamente, persiguiendo su propio orgasmo, sus movimientos volviéndose frenéticos, casi brutales, como si se estuviera deshaciendo por completo.

Se entierra dentro de mí una última vez, su cuerpo se tensa, un gemido desgarrado, casi de dolor, brotando de su garganta mientras se corre, caliente y espeso; su agarre sobre mí flaquea, su frente se presiona contra la mía mientras exhala, estremeciéndose contra mí. Siento las secuelas de su orgasmo en lo más profundo de mi ser,

siento cómo su cuerpo todavía tiembla, sus músculos tensos, su respiración aún irregular.

Durante un largo momento, ninguno de los dos se mueve, nuestros cuerpos enredados, nuestras respiraciones aún agitadas mientras bajamos de la nube juntos. Sus manos permanecen firmes en mi cintura, como si esto no fuera solo un momento fugaz, aunque ambos sabemos que no es así.

Esto es un rollo de una noche destinado a grabarse a fuego en la memoria: inolvidable, pero que nunca se repetirá. Me obligo a parpadear, tratando de alejar el repentino escozor de mis ojos. Me digo a mí misma que es solo el bajón después de un subidón inesperado, pero eso sería mentira.

Ethan se mueve, su respiración aún entrecortada mientras finalmente me suelta, pero sus manos permanecen en mi cintura un momento más antes de exhalar y dar un paso atrás, observándome de cerca. Sus ojos verdes, agudos incluso en la penumbra, recorren mi cara, leyéndome como un cirujano podría estudiar a un paciente antes de hacer una incisión. Al principio no dice nada, solo inclina ligeramente la cabeza, pensativo.

Luego, en voz baja: —Ve a darte una ducha.

No es una sugerencia, pero tampoco es una orden. Es solo Ethan, directo y controlado, hablando como si ya supiera que algo va mal, pero no va a presionar hasta que sea su lugar hacerlo.

Dudo, tragando saliva con fuerza, antes de asentir y alejarme para coger mi vestido.

Cuando estoy en la ducha, con el agua abrasadora sobre mi piel, la realidad de la noche me invade. Mi cuerpo vibra, sobreestimulado, mi pulso aún lento y pesado, pero debajo de él está el dolor, ese del que siempre intento huir. El que me recuerda que un calor como este es prestado, no propio.

Me quedo más tiempo del que debería, el calor relajando unos músculos que hasta ahora no estaban tensos. Cuando por fin salgo, envuelta en un albornoz, un aroma cálido y especiado se cuela por las paredes.

Bajo las escaleras de puntillas, apretando el albornoz a mi alrededor, y lo encuentro en la cocina. Está de pie junto a los fogones, removiendo algo en un cazo pequeño, con las mangas de nuevo remangadas, los contornos afilados de sus antebrazos iluminados por el resplandor dorado de las luces. Su postura es relajada, pero hay una cierta alerta en su forma de moverse, como si estuviera esperando.

Al oír mis pasos, se gira y me echa un vistazo lento y deliberado. Su mirada pasa de mi pelo húmedo a la forma en que me agarro al albornoz como si fuera una armadura y, entonces, como si decidiera no echarme nada en cara, simplemente señala con la cabeza la taza que hay en la encimera. —Te he preparado algo.

Avanzo, recelosa. —¿Es esto una especie de plan elaborado para dejarme inconsciente?

Él sonríe de medio lado, vertiendo el líquido caliente en la taza. —¿Crees que necesito un plan?

La comisura de mi boca se curva hacia arriba antes de que pueda evitarlo. —Ahí llevas razón.

Envuelvo la taza con los dedos, dejando que el calor se filtre en mi piel, y doy un sorbo tentativo. Es denso, ligeramente especiado, un poco dulce, pero no demasiado. El tipo de bebida que te adormece sin que te des cuenta.

Lo miro, parpadeando. —¿Qué es esto?

Se apoya en la encimera, con los brazos cruzados, observándome con un grado de satisfacción exasperante. —Leche caliente, canela y un poco de miel.

Levanto una ceja. —¿Acabas de tratarme como si fueras mi abuela?

—Considéralo un cuidado preventivo. —Señala la taza con la cabeza —. Tenías las pupilas dilatadas por algo más que por lo que te he hecho. El bajón de un subidón de adrenalina como ese altera el sistema nervioso.

Me lo quedo mirando, un poco descolocada por lo atento que es. Por cómo se ha dado cuenta, por cómo está intentando arreglarlo sin entrometerse, sin hacerme dar explicaciones.

No tengo palabras para lo que acaba de hacer, así que doy otro sorbo. El calor se extiende por mi interior, relajando partes de mí que no sabía que seguían tensas. —Está bueno —admito.

Su sonrisa de medio lado se acentúa. —No parezcas tan sorprendida.

Pongo los ojos en blanco y me apoyo en la encimera a su lado, ambos en silencio por un momento. Debería ser incómodo, estar aquí solo con este albornoz, bebiendo leche caliente como si no acabáramos de devorarnos contra una pared, pero no lo es.

Y entonces habla.

—¿Vas a decírmelo? —Su voz es más baja ahora, la broma ha desaparecido, reemplazada por algo más amable.

Lo miro. —¿Decirte el qué?

Él no parpadea. —Por qué has vuelto en realidad.

Las palabras aterrizan con un dolor sordo en mi pecho, y desvío la mirada, concentrándome en el remolino de canela de mi bebida.

Porque estoy cansada de huir. Porque aquí es donde nací, y quiero… quiero ver si hay algo aquí por lo que merezca la pena volver o quedarse, o si debería escapar para siempre.

La verdad flota en mi lengua, presionando mis costillas, pero hago lo que siempre hago y sonrío.

—¿Qué te hace pensar que hay una razón?

Exhala, largo y lento, como si ya se estuviera preparando para mi evasiva. —Porque te conozco, Ivy.

Bebo un sorbo, evitando su mirada. —Ya no. Ya no soy quien era, Ethan.

—No —concuerda en voz baja—. No lo eres. —No dice más, y yo tampoco, sino que me dedico a terminar lo que queda de mi bebida. Una vez que se ha acabado, pongo la taza en la encimera antes de retroceder, lista para poner algo de distancia entre nosotros antes de que me haga sentir demasiado.

—Bueno —digo, exhalando mientras me ajusto el albornoz, ya dirigiéndome hacia las escaleras—, gracias por la noche, Ethan. De verdad.

Sus ojos se oscurecen ligeramente, indescifrables, como si no le gustara el tono definitivo de mis palabras.

—¿Eso es todo? —pregunta, inclinando la cabeza.

Fuerzo una pequeña sonrisa. —¿Qué quieres, que te escriba una reseña en Yelp?

—Mal no vendría —responde con seriedad, y me divierte lo suficiente como para que una risa silenciosa se me escape del pecho, el sonido brotando antes de que pueda detenerlo. Es espontáneo, real de una manera que no esperaba y, por un segundo, su expresión cambia. Sus facciones se suavizan, sus ojos parpadean con una emoción que no puedo nombrar, una vacilación que persiste entre nosotros, una atracción que ninguno de los dos debería reconocer.

La ignoro. Tengo que hacerlo.

Así que me doy la vuelta y subo las escaleras, sintiendo su mirada en mi espalda durante todo el camino. El dolor en mi pecho permanece, pero lo reprimo, lo empujo a esa parte de mí que sabe lo que hace.

Esto ha sido solo una noche. Una noche perfecta, trascendental, inolvidable.

Y por la mañana, fingiré que solo ha sido eso.

4

IVY

No consigo dormir. La quietud inconfundible del Airbnb hace que cada pequeño sonido parezca más fuerte. La calefacción hace un clic al apagarse. Los árboles se mecen fuera y su susurro es apenas audible. La vieja madera bajo mis pies cruje por el paso del tiempo y la gravedad. Me acurruco más entre las mantas y dejo que el calor me envuelva, pero no sirve de nada para acallar la inquietud que se me mete bajo la piel. Siento el cuerpo demasiado despierto, el pulso irregular, los pensamientos dando vueltas a las mismas ideas inútiles. Intento forzarme a relajar, pero cuanto más lo persigo, más se aleja.

Me doy la vuelta y cojo el libro que he sacado antes de la estantería, un viejo favorito con el lomo desgastado y las páginas amarillentas. Las palabras me resultan familiares, pero esta noche se desdibujan, se me escapan sin que logre retenerlas. Pierdo la concentración, con el peso del agotamiento oprimiéndome, pero sin llegar a vencerme del todo para caer dormida. Cierro el libro con un leve suspiro y lo dejo sobre mi estómago, tamborileando con los dedos en la tapa.

Mi mano encuentra el móvil antes de poder evitarlo.

Me digo a mí misma que voy a mirar la hora, puede que a ojear titulares sin importancia hasta que me pesen los párpados, pero la costumbre me traiciona. Unos cuantos toques, un rápido deslizamiento, y de repente estoy mirando fotos antiguas. A él.

Daniel Holt, sonriendo a la cámara, con el brazo despreocupadamente echado sobre mis hombros y el perfil de la ciudad brillando a nuestras espaldas, como el telón de fondo de una vida en la que una vez creí. Se me encoge el estómago y mis dedos vacilan sobre la pantalla. Ya he recorrido este camino un centenar de veces, y las cien veces la respuesta ha sido la misma: cotillear el móvil después de las doce nunca es buena idea. Lo más sensato sería tirar el móvil a un lado, apagar la luz y meterme en la cama con un helado o, simplemente, meterme en la cama.

En cambio, sigo bajando, viendo nuestra historia desarrollarse en momentos congelados: fines de semana en los Hamptons, galas benéficas donde sonreíamos para las cámaras, restaurantes de lujo donde él se inclinaba hacia mí para susurrarme cosas que me hacían sentir el centro de su mundo.

Y lo fui, durante un tiempo.

Yo era tan joven, estaba tan ansiosa por que me quisiera un hombre que me miraba como si fuera algo excepcional. Me hizo sentir elegida, como si fuera la única mujer en la sala, la única que importaba.

Hasta que dejé de serlo.

Aún puedo oír cómo cambiaba su voz, la sutil alteración de su tono cuando hacía algo que le disgustaba. Al principio nunca era obvio, nunca era una voz más alta o un portazo. Era más silencioso, insidioso, disfrazado de preocupación, de afecto.

—¿Estás segura de que quieres ponerte eso? Es un poco… atrevido para una cena con mis compañeros.

—Solo creo que has malinterpretado lo que quería decir, Ivy. Te alteras con mucha facilidad.

—Dios, otra vez estás siendo dramática. ¿No podemos tener una noche normal?

Recuerdo la facilidad con la que usaba mis dudas en mi contra, cómo plantaba semillas de incertidumbre y las dejaba echar raíces. ¿Estaba exagerando? ¿Había interpretado mal la situación? Nunca tuvo que gritar. No le hacía falta. Empecé a corregirme a mí misma antes incluso de que él tuviera que decir una palabra.

Dejo que los recuerdos se desgranen, uno tras otro, hasta que agarro el móvil con demasiada fuerza, con la mandíbula apretada y la respiración entrecortada. Esas noches insoportables en las que llegaba a casa borracho como una cuba, en las que usaba las palabras y las manos como armas para demostrarme el poder que tenía sobre mí, y oh, la asquerosa delicadeza de la mañana siguiente en la que mi cara y mi alma estaban magulladas y rotas. ¿Cómo no lo vi antes? ¿Cómo dejé que me convirtiera en alguien que se disculpaba por cosas que no había hecho? ¿Cómo dejé que un hombre me redujera hasta que apenas me reconocía a mí misma?

Paso las fotos con el dedo, como si pudiera borrarlas, pero no necesitan estar en una pantalla para existir. Están grabadas en mí, una parte de mi pasado que nunca podré borrar del todo.

Irme fue la única salida. La única forma de volver a respirar.

La revelación me llegó como un puñetazo en el estómago una noche en la que me planté delante del espejo y vi a una extraña devolviéndome la mirada: una mujer que se pensaba dos veces cada palabra antes de hablar, que sonreía con los dientes apretados, que había aprendido a medir su valía a través de los vaivenes de la aprobación de Daniel Holt.

Recuerdo la fría claridad de ese momento. Cómo me martilleaba el corazón mientras hacía una maleta, mientras me marchaba sin

despedirme.

Nunca pensé que volvería. Juré que no lo haría.

Pero aquí estoy.

¿Y para qué?

¿Para ser una hermana que apoya a los suyos mientras mis padres hacen implosionar su matrimonio a cámara lenta? ¿Para ofrecer consuelo cuando apenas sé cómo mantenerme entera? ¿Para demostrar —¿a quién, exactamente?— que puedo volver a pisar esta ciudad sin dejar que me asfixie?

El agudo tono de mi móvil rasga el silencio y me arranca de mis pensamientos. Parpadeo al mirar la pantalla y se me dispara el pulso antes de reconocer el nombre.

Mamá.

Dudo, luego suspiro y contesto.

—Hola.

—Ivy —exhala con voz cantarina, un poco apresurada, como si hubiera estado esperando a que cogiera el teléfono—. ¿Aún estás despierta?

—Podría decir lo mismo de ti —murmuro, frotándome los ojos con una mano.

—Acabo de colgar con los abogados —dice, lanzándose de cabeza a la conversación sin preámbulos—. Es agotador, ¿sabes? Repasar cada pequeño detalle de una vida que te has pasado décadas construyendo para que luego la destrocen pieza por pieza.

Me quedo en silencio, dejando que hable. No espera que responda. Ni siquiera estoy segura de que quiera que lo haga. Esto no es una conversación. En realidad, nunca lo es. Se trata más bien de que ella necesita decir las cosas en voz alta, soltar todo lo que le da vueltas

por la cabeza mientras yo hago el papel de público paciente. Siempre ha sido así.

La escucho, pero mi mente se desvía, arrastrada por un recuerdo que se cuela por las grietas.

Debía de tener siete u ocho años, de pie al borde del gran comedor con un vestido que me picaba en la clavícula. Mi madre estaba sentada a la cabecera de la mesa, riendo, con su copa de champán en la posición justa, rodeada de amigas con peinados perfectos y vidas perfectamente seleccionadas. Mi padre estaba recostado, encantador sin esfuerzo, acaparando la atención como siempre hacía.

El comedor estaba pulido hasta brillar con una luz tenue, y el resplandor de la lámpara de araña proyectaba suaves halos sobre las mesas cubiertas de lino. Los platos estaban colocados con precisión, los cuchillos y tenedores sin tocar hasta el momento oportuno. El hielo giraba perezosamente en los vasos altos, y su suave tintineo al chocar contra el borde se mezclaba con las risas que subían y bajaban como música de fondo, suave y sin prisas. Todo era sencillo, todo estaba en su sitio, y nada de aquello me incluía a mí.

Me había pasado toda la tarde haciendo algo: una pintura, un amasijo de colores que no tenían mucho sentido, pero que para mí era importante. Era un regalo para ellos, algo para que me vieran.

Recuerdo estar allí, con mis deditos agarrando los bordes del papel, esperando un momento para hablar. La risa de mi madre se elevó de nuevo, mi padre sirvió otra copa y yo esperé. Y esperé.

Drew me encontró antes que ellos. Tenía once años y ya estaba acostumbrado a interpretar el ambiente, ya conocía el tipo de ausencia particular que acompañaba la presencia de nuestros padres. Miró el papel que tenía en las manos, luego me miró a mí y frunció los labios en un gesto de complicidad. Sin decir palabra, cogió mi obra maestra y la colgó en la nevera con un imán, como si ese fuera su sitio desde el principio.

—Vamos, Ivy. Vámonos.

Y así, sin más, dejé que me llevara, abandonando mi lugar en un mundo que no tenía sitio para mí.

Nos cuidábamos el uno al otro. Teníamos que hacerlo. Nadie más iba a hacerlo.

Ahora, sentada aquí, con la voz de mi madre llenando el espacio entre nosotras, siento el dolor familiar de aquella niña que sigue esperando que se fijen en ella. Pero ahora ya he aprendido la lección.

—No creo que tu padre lo entienda —continúa—. Cuánto he hecho, a cuánto he renunciado. Lo di todo para asegurarme de que Drew y tú tuvierais una vida llena de oportunidades, llena de… —Exhala bruscamente, la frustración se filtra entre las palabras—. Es que no me parece justo, Ivy. Que tenga que explicar por qué quiero algo para mí ahora.

Cambio de postura en la cama y aflojo la mano con la que sujeto el teléfono.

—No tienes por qué.

Hace una pausa.

—¿Qué?

—No tienes que dar explicaciones —digo, más suave—. No tienes que justificar que quieras una vida propia. Si no te sientes querida, si te sientes invisible, tienes derecho a alejarte de lo que no te hace bien.

Se produce un silencio. Cuando vuelve a hablar, su voz es más queda.

—No es tan sencillo.

—Lo sé. —Cierro los ojos, apretándome las sienes con los dedos—. Pero lo estás haciendo de todos modos, mamá. Lo único que digo es

que no necesitas justificarme el porqué de todo, porque lo entiendo.

—Gracias.

No puede ver mi sonrisa, así que mantengo un tono de voz ligero y le ofrezco un «de nada» en voz baja antes de colgar.

Dejo el móvil a un lado, mirando al techo, con la mente todavía enredada en sus palabras. El peso de la conversación persiste, oprimiéndome el pecho, pero el agotamiento por fin está haciendo acto de presencia, con las extremidades pesadas y los pensamientos aletargados.

Unos instantes después, el sentido común por fin se abre paso en mi mente, recordándome que si no duermo un poco, me despertaré como si me hubiera atropellado un camión pequeño pero decidido. Con un suspiro, me lanzo bajo las mantas.

Las sábanas están frescas contra mi piel, el silencioso zumbido de la noche se asienta a mi alrededor. Me muevo para ponerme cómoda, pero el dolor del pecho se niega a desaparecer. Mi cuerpo recuerda demasiado: las manos de Ethan, su boca, la forma en que me había mirado en la oscuridad. Me obligo a cerrar los ojos, exhalando lentamente, rogando que el sueño me lleve antes de que mis pensamientos puedan desbocarse más.

Al final llega, sumergiéndome en lentas oleadas.

Me despierto enredada en unas sábanas que no son las mías, en una cama que huele ligeramente a lavanda y a libros viejos. Por un segundo, olvido dónde estoy, atrapada entre el sueño y el recuerdo, con la mente suspendida en ese espacio donde los sueños persisten antes de que la realidad los estrelle contra el suelo.

Entonces recuerdo lo de anoche.

Se me acelera el pulso, pero me obligo a estirarme, a respirar, a actuar como si mi cuerpo no siguiera vibrando por lo que hicimos. La luz dorada que se cuela por las cortinas es suave e ilumina el suelo

de madera, pero no alivia la inquietud que se me instala en el pecho. Exhalo bruscamente y aparto las mantas, rotando los hombros al incorporarme.

Una taza de té con leche dulce. Eso es lo que necesito. Algo lo bastante fuerte para despertarme, lo bastante caliente para quemar el regusto a imprudencia.

Arrastro los pies hasta la puerta y me aprieto más el albornoz al salir al pasillo. Las escaleras crujen a mi paso, el tipo de ruido que pertenece a una casa vieja donde las paredes lo recuerdan todo. Hago una mueca, caminando más ligera, intentando no pensar en qué fantasmas podrían estar escuchando.

Doblo la esquina hacia el salón, y es entonces cuando lo veo.

A Ethan. *En mi sofá.*

Me quedo helada. ¿Por qué sigue aquí?

Está tumbado, con un brazo bajo la cabeza y el otro sobre el estómago. La manta que debió de coger en algún momento se ha escurrido y está medio amontonada en el suelo, dejando al descubierto todo su torso a la luz del alba. Y menudo torso.

Debería ser ilegal tener tan buen aspecto estando inconsciente. Las líneas afiladas de su pecho, la tensa definición de los músculos que descienden hasta la cinturilla de su pantalón de chándal, la forma en que sus oscuras pestañas descansan sobre sus pómulos… es demasiado.

Madre mía. Trago saliva con dificultad, intentando que mi ritmo cardíaco se calme. *No pasa nada. Es solo un hombre. Un hombre muy atractivo y desnudo de cintura para arriba. Puedo con esto.*

Pero no, no puedo.

Porque la habitación está demasiado silenciosa, es demasiado íntima, está demasiado llena de algo que no invité, pero de lo que no parece que pueda escapar. Se suponía que lo de anoche iba a ser

una imprudencia, un único momento en el que me dejé llevar, en el que me aferré a algo real por una vez en lugar de huir de ello.

Pero ahora, a la luz del día, veo el peligro que esto entraña.

Ethan no es de rollos de una noche. Es un hombre controlado, disciplinado, del tipo que no deja que las cosas se le escapen de entre los dedos una vez que ha decidido que le pertenecen. Incluso dormido, sus dedos se contraen, enroscándose como si buscaran algo que no está ahí.

El problema es que lo de anoche me gustó demasiado.

Porque ya he estado aquí, ¿no? Al borde de algo que parece deseo, pero que se siente como una correa. Ya sé lo que es ser poseída, que te sujeten con demasiada fuerza, confundir el control con el amor.

Ethan no es Daniel. Lo *sé*.

Pero a mi cuerpo le da igual. Mi cuerpo solo entiende de supervivencia, y ahora mismo, cada fibra de mi ser me grita que tengo que huir.

Doy un lento paso hacia atrás. Una tabla del suelo me traiciona, crujiendo bajo mi peso.

Ethan se mueve.

Contengo la respiración, observando cómo frunce ligeramente el ceño y su pecho se eleva en una inhalación más profunda. Sus dedos se flexionan, como si pudiera sentir que lo estoy mirando.

Paso. No pienso pasar por esto.

Giro sobre mis talones y voy directa a la cocina.

En cuanto entro, me agarro a la encimera y suelto una exhalación brusca. *Respira. Concéntrate. Prepara el puñetero té.*

Me muevo de forma automática. Lleno el hervidor. Lo pongo en el fuego. Mido las hojas de té. Los aromas a canela y cardamomo flotan en el aire y me envuelven como algo cálido, algo familiar. Me digo a mí misma que me concentre en eso.

No en el hombre que duerme en la habitación de al lado.

No en el fantasma de sus manos todavía en mi piel.

No en la forma en que me tiemblan ligeramente los dedos mientras vierto el agua, como si una parte de mí ya supiera que nunca podré olvidar lo de anoche.

Justo cuando voy a coger la cacerola para calentar la leche, se me resbala de los dedos y se estrella contra la vitrocerámica con un fuerte estrépito metálico que hace añicos la frágil calma de la mañana.

—Mierda. —Hago una mueca, apresurándome a sujetarla, con el corazón dándome un vuelco en el pecho mientras el sonido retumba por toda la cocina.

Antes de que pueda recuperarme por completo, una voz de barítono, grave y rica, resuena a mi espalda, suave y con un toque de sueño.

—Buenos días.

Me quedo paralizada.

Ay, mierda.

5

ETHAN

La sartén resuena contra el fogón, una colisión metálica y seca que rompe la quietud de la mañana. Ivy maldice por lo bajo mientras intenta sujetarla torpemente, con los hombros tensos por la frustración. No me oye entrar, demasiado concentrada en la batalla que esté librando con su habilidad para preparar té.

Me apoyo en el quicio de la puerta con los brazos cruzados, observándola un momento antes de por fin hacer notar mi presencia.

—Buenos días.

Da un respingo y se gira con los ojos como platos antes de fulminarme con la mirada.

—Joder, Ethan. ¿Es que no sabes hacer ruido como una persona normal?

Reprimo una sonrisa y me encojo de hombros.

—No sabía que necesitaba un cascabel.

Pone los ojos en blanco y se vuelve a la encimera, decidida a ignorarme. Los restos del sueño todavía se le aferran: el pelo

revuelto, la curva de sus hombros un poco más suave, el ceño fruncido y obstinado que la hace parecer más joven de lo que suele aparentar. Hay algo extrañamente hogareño en la escena, en Ivy de pie en una cocina silenciosa, intentando preparar té como si fuera lo más importante del mundo.

Me separo del quicio de la puerta y camino hacia ella, echando un vistazo al desastre que ha montado.

—Aparta.

Arquea una ceja.

—¿Perdona?

—Se ve a la legua que tienes problemas —señalo la sartén, las hojas de té esparcidas, la leche que está a punto de derramarse—. Y no me apetece tener que lidiar con los bomberos antes de desayunar.

Aprieta los labios, entornando los ojos.

—Ah, ¿y supongo que tú eres un experto?

Enciendo el fuego, vierto la proporción adecuada de agua y leche antes de medir las hojas de té.

—Sé cómo salvar vidas, Ivy. Creo que podré con una taza de té.

Se cruza de brazos mientras dejo que el té hierva a fuego lento, paciente, mientras el color se intensifica y el vapor se eleva en lentas espirales.

—¿Te enseñaron eso en la facultad de Medicina?

—Justo entre «Cómo ignorar la falta de sueño» y «Por qué tu vida social ya no existe» —le lanzo una mirada—. Una asignatura muy avanzada.

Frunce el ceño, claramente poco impresionada, pero sigue observando atentamente cómo cuelo el té en dos tazas. Cuando

deslizo una hacia ella, la coge con el tipo de suspicacia que se reserva para situaciones de alto riesgo. Luego, le da un sorbo.

En el segundo en que el líquido toca su lengua, sus cejas se levantan ligeramente.

Dejo que el momento se alargue antes de apoyarme en la encimera.

—¿Y bien?

Da otro sorbo, más lento esta vez, como si le molestara lo bueno que está.

—Odio que esté bueno de verdad.

Sonrío, satisfecho.

—Te lo dije. Deberías empezar a hacerme caso en todo.

Suspira de forma dramática.

—Dios, es lo último que necesito.

Golpeo el lateral de mi taza con un dedo.

—Te facilitará la vida.

Masculla algo sobre mi ego insoportable antes de dar otro sorbo; sus hombros por fin se relajan mientras el suave golpe de la cafeína se asienta en su cuerpo. La observo un instante antes de dejar mi taza.

—Vamos.

Levanta la vista.

—¿Adónde?

—A por bagels.

Parpadea.

—Apenas son las ocho de la mañana.

—¿Y?

Me mira fijamente como si estuviera buscando una razón para discutir, pero al final suspira y se aparta de la encimera.

—Como estén malos, te lo guardaré para toda la vida.

—Tomo nota.

La tienda de bagels está a la vuelta de la esquina de su casa de alquiler. El aroma de la masa horneada persiste en las paredes revestidas de madera, impregnado en la veta como un recuerdo. Una campana de latón sobre la puerta anuncia a cada cliente con un tintineo y, detrás del mostrador, un hombre con las mangas remangadas y el pelo raleando en la coronilla coloca los bagels a mano en cestas de mimbre. El suelo cruje a cada paso y el expositor, arañado y ligeramente empañado, brilla débilmente desde dentro; sus estantes de cristal están abarrotados de knishes, pasteles de migas y bialys de cebolla, como algo salido de una ciudad de décadas pasadas. Pido mientras Ivy coge una mesa junto a la ventana, cubriéndose las manos con las mangas mientras observa la calle.

Cuando le pongo el bagel delante, lo mira de forma crítica antes de darle un bocado. En ese momento, se detiene. Es un gesto sutil, pero no se me escapa: la forma en que su cuerpo se queda quieto durante medio segundo, la lenta exhalación por la nariz como si no quisiera admitir que está impresionada.

Me acomodo en mi silla y arranco un trozo del mío.

—¿Tan bueno está?

Da otro bocado y mastica como si estuviera considerando si merezco una respuesta.

—Te estás sonrojando.

Sus mejillas se arrebolan de verdad, solo por un segundo, antes de que me fulmine con la mirada.

No me molesto en ocultar mi diversión.

—Oh, sí. Esa es la cara de alguien que no está enamorada de su bagel.

—Cállate, Ethan.

—Adorable.

Gime, pero el sonido queda ahogado por el café al darle un sorbo.

Comemos en silencio durante unos minutos, dejando que la mañana se asiente a nuestro alrededor. La calle vibra de vida, gente que pasa con abrigos y bufandas, el vapor que se eleva de las tazas en manos enguantadas.

Espero a que vaya por la mitad de su bagel antes de dejar el mío y encontrar su mirada. Probablemente sea una tontería, pero necesito intentarlo una vez más.

—Bueno, ¿vas a contarme por qué has vuelto de verdad a Valleria?

El cambio es instantáneo. Su cuerpo se tensa, sus dedos se aprietan ligeramente alrededor de la taza de café.

Su mirada no se encuentra con la mía. No tiene que decir nada. Lo que sea que la ahuyentó le dolió más de lo que está dispuesta a admitir, y está claro que no la ha soltado. Alargo la mano sobre la mesa y le levanto suavemente la barbilla con dos dedos, incitándola a que me mire a los ojos.

—¿Fue tan malo? —mi voz es baja, áspera—. ¿Tan malo como para que tengas que mantener todas tus barreras levantadas?

Eso le arranca una risa contenida.

—Fue demasiado bueno —murmura, negando con la cabeza—. Ese es el problema.

Una opresión se acumula en mi pecho. Quiero tirar del hilo que mantiene tan fuertemente enrollado, hacer que se deshaga lo

suficiente para dejarme entrar, para que confíe en mí con lo que sea que esté cargando.

Pero entonces se echa hacia atrás, recuperando su espacio, retirándose a una versión de sí misma pulcra, controlada y cuidadosamente compuesta. Dejo caer la mano, observando cómo da otro sorbo de café y su rostro se alisa hasta mostrarse indiferente.

El momento se desvanece. Me recuesto y paso el pulgar por el borde de mi taza de café, viéndola mirar cualquier cosa menos a mí.

Se mueve en su asiento y sus dedos trazan un patrón ocioso en la cerámica.

—Debería irme —dice, con la voz cuidadosamente despreocupada—. Tengo algunas cosas que hacer.

Ladeo ligeramente la cabeza.

—¿Como qué?

Hay una fracción de segundo de pausa. Es pequeña, pero la capto antes de que la cubra encogiéndose de hombros.

—Trabajo —dice a la ligera—. Correos. Llamadas. Cosas importantes.

Entrecierro los ojos, sin estar convencido.

—¿Tú? ¿Priorizando el trabajo sobre evitar las responsabilidades de la vida real?

Exhala, esbozando una sonrisa tensa, casi juguetona, pero veo la forma en que ya se está preparando para escapar.

—Estoy llena de sorpresas —dice, empujando su silla hacia atrás—. Gracias por el desayuno, Ethan.

Eso debería ser todo. Pero algo en la forma en que dice mi nombre —demasiado ligera, demasiado fácil, como si la noche anterior nunca hubiera ocurrido— me crispa los nervios.

—Siempre estás huyendo, ¿verdad? —digo, mi voz más baja, a modo de prueba.

Se detiene, solo un segundo, pero eso es todo lo que obtengo antes de que me ofrezca un encogimiento de hombros evasivo.

—Y, sin embargo, siempre me encuentras.

Se da la vuelta antes de que pueda responder, alejándose con la misma gracia despreocupada de siempre, dejándome allí sentado, mirándola fijamente mientras mi café se enfría.

La observo hasta que desaparece al doblar la esquina. Luego me recuesto, exhalando lentamente, y me paso una mano por el pelo.

Ivy tiene razón. Es una complicación que no necesito y, sin embargo, por más que lo intente, parece que no puedo dejar de seguirla.

Afortunadamente, tengo otras cosas en mi agenda para el día. El trabajo es lo primero, así que después de terminar el desayuno, me voy a casa, me doy una ducha rápida y me pongo a trabajar, al hospital donde todo tiene sentido. Para cuando entro, ya me he desprendido del resto del mundo como si fuera una segunda piel. Mi cuerpo se mueve por instinto: un pie delante del otro, mi mente se pone en marcha en el segundo en que compruebo el tablón de anuncios.

Colisión múltiple. Dos fallecidos en el lugar. Un herido crítico.

El último es mío.

Una mujer de unos cuarenta años, aplastada entre el acero y el impacto, con las costillas destrozadas, un pulmón colapsado, una hemorragia interna que ha convertido su abdomen en una jodida zona de guerra. Apenas se aferra a la consciencia cuando la traen en la camilla, su pulso es algo débil y parpadeante. El tipo de caso en el que o los traes de vuelta o los pierdes entre tus manos.

Ni de coña mientras yo esté de guardia.

Me lavo las manos, me pongo los guantes con brusquedad, echo los hombros hacia atrás mientras entro en el quirófano.

—¿Constantes vitales? —ladro al ocupar mi lugar.

—La tensión está bajando… sesenta cuarenta y en caída —responde una de las enfermeras.

Echo un vistazo al monitor. No es suficiente.

—Otra unidad de sangre. Preparaos para intubar si baja de sesenta. —Cojo el bisturí y me preparo mentalmente—. Vamos a ello.

El primer corte es rápido, a través de la piel y el músculo, revelando el daño subyacente. La sangre brota al instante y se acumula en la cavidad como tinta oscura extendiéndose por el agua.

—Aspirador —ordeno con voz tensa—. Pinzad esa arteria antes de que la perdamos.

El acero quirúrgico destella bajo las luces cegadoras; las manos se mueven con rapidez y precisión. Bloqueo todo lo demás: el pitido frenético de los monitores, la tensión que se extiende por la sala, los olores a antiséptico y sudor.

Durante dos horas, luchamos por mantenerla con vida. Y cuando finalmente doy un paso atrás, respirando con dificultad y con el corazón a mil por hora, ella sigue aquí.

—Buen trabajo —dice alguien, pero apenas le oigo por el zumbido en mis oídos. A continuación, reviso historiales, hago las rondas, me encargo de un interno demasiado ambicioso que casi estropea una colocación de vía central, y luego tengo una conversación tensa con una familia que no quiere oír que la bebida de su patriarca finalmente le ha pasado factura.

Antes de darme cuenta, es por la tarde y he quedado con Drew para comer. Ya está en el restaurante cuando llego, con una cerveza en la mano y mirando el móvil. Cuando me ve, se levanta, me da una palmada firme en el hombro y sonríe.

—Me alegro de verte, tío. Pensé que el hospital por fin te había tragado entero.

Sonrío y me siento frente a él.

—No será porque no lo intente.

La conversación fluye con facilidad. Trabajo, familia, el desastre continuo del divorcio de sus padres. Habla de ello con una especie de desapego cansado, como si estuviera acostumbrado, como si hubiera hecho las paces con su disfunción hace mucho tiempo. No menciona a Ivy, y yo no saco el tema, a pesar de que ha estado rondando por mi mente toda la maldita mañana.

Sigo la corriente: me río en los momentos adecuados, lanzo mis habituales comentarios secos, finjo que no estoy distraído. Pero cuanto más tiempo estoy sentado allí, más siento un picor bajo la piel, una irritación sorda e insistente en mi torrente sanguíneo.

Cuando salgo del restaurante, esa sensación se ha convertido en algo más oscuro. Me digo a mí mismo que solo necesito una distracción y entro en un bar. Encuentro un taburete en el extremo más alejado, me subo las mangas y pido una copa.

Bebiendo lentamente, dejo que el ardor se asiente en mi pecho, permitiendo que el ruido me envuelva. Una mujer se desliza en el asiento de al lado, rubia, segura de sí misma, con el tipo de perfume que está hecho para que se note.

Se inclina ligeramente, lo justo para que sea intencionado.

—¿Estás aquí solo?

La miro, observando la forma en que me mira, esperando ya una invitación.

Decir que sí, llevármela a casa, dejar que me distraiga, dejar que me hunda y borre el persistente tirón en mi pecho… eso sería fácil. Pero no puedo, porque en lo único que puedo pensar es en Ivy.

Veo la forma en que sonrió de medio lado por encima del borde de su taza de café. La forma en que sus ojos se suavizaron durante medio segundo antes de que volviera a ponerse su armadura. La forma en que se alejó sin mirar atrás.

Me bebo de un trago el resto de mi copa, dejo algo de dinero en la barra y me levanto.

La rubia hace un puchero, ladeando la cabeza.

—¿Te vas tan pronto?

Con una brusca negación con la cabeza, me hago a un lado y me alejo.

—Sí. Compañía equivocada.

No tengo intención de conducir hasta el Airbnb de Ivy. Pero de algún modo, me encuentro aparcado fuera, con los dedos tamborileando en el volante y los faros apagados.

No está dentro, así que me quedo sentado, observando la calle, esperando. Quizá solo para verla, quizá para demostrarme algo a mí mismo, quizá por una razón a la que no me apetece poner nombre.

Cuando por fin aparece, no me ve al principio. Se mueve hacia la pequeña casa de estilo rural, con paso ligero, el pelo suelto alrededor de los hombros, las mejillas sonrosadas por el frío. Entonces sus ojos se posan en mí y todo cambia.

Se detiene de golpe; toda su postura cambia en un instante. Sus hombros se tensan mientras su mirada se vuelve afilada y recelosa.

Salgo del coche y la reacción es inmediata.

—¿Ethan? —se queda completamente rígida—. ¿Qué haces aquí?

La observo, la forma en que sus dedos se aprietan y se sueltan, inquietos, como si contuviera algo que amenaza con liberarse. Tiene los hombros rígidos, la tensión irradia de cada centímetro de su ser, como si se esforzara por permanecer perfectamente quieta.

—Quería hablar —digo—. No contestabas al teléfono.

Sus ojos centellean, pero el resto de su cuerpo está clavado en el sitio.

—Así que… ¿qué? ¿Has venido a mi Airbnb?

Me acerco un paso, bajando la voz.

—Ivy, ¿qué pasa?

—¿Me estabas siguiendo?

La acusación me sienta fatal y frunzo el ceño.

—¿Qué? No. ¿Por qué coño iba a…?

—No lo sé —me corta, con la voz estridente por lo que suena muy parecido a rabia inducida por el pánico—. Dímelo tú.

Doy un paso atrás y mi pulso se acelera. El pavor se instala en mis entrañas cuando me doy cuenta de que de verdad creía que la estaba siguiendo.

—Joder, Ivy —murmullo, pasándome una mano por el pelo—. De verdad que no confías en mí, ¿eh?

Aprieta los labios y endereza la espalda.

—Confío en que sepas cuándo dejarme en paz.

La miro fijamente con la vana esperanza de que entre en razón. Pero ella se limita a sostenerme la mirada, con la barbilla levantada y las barreras firmemente en su sitio. No hay nada que pueda hacer o decir para mejorar esto, así que inclino la cabeza.

—Bien.

Doy otro paso atrás, con las manos sueltas a los costados, el corazón martilleándome con fuerza.

—Tú ganas. Considera que me he ido.

Durante medio segundo, algo parpadea en su rostro, pero no tiene sentido esperar para averiguar qué significa. Dándome la vuelta, me subo al coche y conduzco, poniendo distancia entre yo y ese maldito Airbnb, entre yo y ella, agarrando el volante con tanta fuerza que me duelen los nudillos. El frío se cuela en mis huesos, pero no hace nada para mitigar el peso agudo y cortante que presiona mis costillas.

Fui un tonto al pensar que había una oportunidad, aunque fuera por un segundo. No sé qué demonios esperaba. Es Ivy, la hermana pequeña de Drew, la única mujer a la que he pasado años obligándome a no desear, a no mirar durante demasiado tiempo, a no pensar en ella de formas que rompieran todas las reglas no escritas que me había impuesto. Y, sin embargo, lo he hecho. Más veces de las que puedo contar.

He pasado años observando desde la distancia, fingiendo no darme cuenta cuando dejó de ser una niña salvaje y rebelde y se convirtió en una mujer que hacía imposible apartar la mirada. Eso significaba piernas largas y curvas, labios suaves que podían poner a un hombre de rodillas, y esos ojos —joder, esos malditos ojos—, oscuros y luminosos a la vez, del tipo que podía desnudar a un hombre por completo con una sola mirada.

La he imaginado de formas que no debería. He pensado en ella en mi cama, con la espalda arqueada, sus gemidos ahogados rompiéndose en mi boca. Me he preguntado a qué sabría, cómo sonaría cuando por fin dejara de luchar, qué sentiría cuando me dejara desmontarla, pieza a pieza, hasta que no quedara nada más que yo.

Y anoche, por primera vez, me lo permitió. El precio que pago es evidente en la forma en que me está excluyendo, cerrándose en sí misma, huyendo como siempre hace.

Se esconde detrás de los demonios que la han convencido de que los hombres son el enemigo, retirándose tras las murallas que ha construido tan altas que nadie puede tocarla. Y a menos que ella

abra la puerta, a menos que esté dispuesta a dejarme entrar, no me abriré paso a la fuerza.

Aunque quiera. Aunque me muera de ganas, joder.

6

IVY

Dos meses después

Nunca planeé volver a ver a Ethan Cross. Hace dos meses, lo miré a los ojos y le dije que me dejara en paz, y él se marchó antes de que pudiera retractarme. Me dije a mí misma que era lo mejor. Él nunca debió formar parte de este embrollo. Además, había hecho una promesa. Se acabaron los hombres de silencios taciturnos y ojos duros que ven demasiado. Se acabó lo de caminar hacia el fuego porque parecía cálido.

Por supuesto, al destino le dan igual las promesas. O las intenciones. O lo mucho que me esforcé por olvidar el sabor de su boca.

Ha empezado esta mañana, silenciosamente, casi de forma educada. Un susurro de dolor de cabeza enroscándose en mis sienes, un retortijón sordo en el estómago que achaqué a las pesadillas o quizás al sushi barato que cené anoche. Lo ignoré, me envolví en una rebeca demasiado suave para lo irritada que ya me sentía y me arrastré hasta la cocina para preparar una de mis famosas infusiones curalotodo: jengibre y limón a partes iguales, con un toque de cúrcuma que sabe a puro arrepentimiento.

Entonces ha llamado Drew.

—Comida con los padres hoy. ¿Te apuntas? —Su voz sonaba demasiado alegre para ser la de un hombre que también iba a tener que soportar esa encantadora función.

—¿Tengo otra opción? —musité, arrepintiéndome ya de haberme despertado.

—No, a menos que quieras que mamá mande un coche a buscarte.

Encantador.

Lo único peor que los almuerzos motivados por el divorcio en la finca de la familia Dawson es fingir que todo va bien mientras las copas de vino tiemblan de furia reprimida. Acepté de todos modos. Drew tenía ese tono que decía: «*por favor, no me hagas ir solo*», y no pude decirle que no, aunque debería haberlo hecho.

Luego he llamado a Cassie, porque es mi ancla a la cordura y posiblemente una bruja, y necesitaba ambas cosas. «Lo odio todo» ha sido mi respuesta a su «hola».

—Suenas como si te hubieran poseído las malas energías y, posiblemente, un lácteo caducado —dijo.

—Estoy bien —mentí, para luego corregirme—: Solo un poco revuelta. Náuseas, dolor de cabeza. Probablemente sea el estrés. O deshidratación. O que esta ciudad me está matando lentamente.

—Bueno, pues bebe agua, ponte algo que diga «no disponible emocionalmente» y llámame si vomitas en algún sitio memorable.

Debería habérmelo tomado más en serio, pero no lo hice. Me bebí la infusión, hice unos cuantos estiramientos y me convencí de que un paseo hasta la tienda me despejaría la cabeza. Ir a la compra siempre había sido mi terapia de cabecera cuando las cosas parecían descontrolarse. Había algo en su orden —primero la fruta, luego la verdura, luego el pan— que hacía que el mundo pareciera conquistable.

Pero en la tienda no me he encontrado bien. Decidí que era porque me había despertado pensando en Daniel y en todas las formas en las que había desmantelado mi vida en silencio. En Valleria, él no era un rico más. Era a quien los demás respondían. El apellido Holt estaba inscrito en los cimientos de la ciudad. Su familia había amasado su fortuna con la reconstrucción durante la guerra y las adquisiciones de la posguerra. Compraron barrios enteros antes de que valieran nada y luego se los vendieron a la ciudad con el lustre justo para que los consideraran benefactores. Era el tipo de riqueza que no necesitaba anunciarse porque ya estaba tallada en el horizonte. El tipo de riqueza que entraba en las salas de juntas con un favor ya adeudado. Cada urbanización de lujo, cada despacho de esquina con vistas al río, cada político que misteriosamente había votado a favor de Holt tres veces seguidas... él había estado detrás. Su alcance no era obvio, pero era absoluto.

Daniel había aprendido de joven que el poder funcionaba mejor cuando se hablaba en susurros. Una palabra discreta a un propietario, una recomendación retenida, una reputación disuelta por omisión. Sus enemigos no tropezaban. Se desvanecían. La dueña de una boutique que se negó a alquilar su local recibió una inspección de sanidad la semana siguiente. Un funcionario municipal que presionó demasiado para auditar una de sus propiedades fue discretamente reasignado. Una periodista que hizo las preguntas equivocadas recibió una oferta de consultoría en Praga antes de que su artículo pudiera ver la luz.

Yo lo había visto. Había vivido dentro de aquello.

Nunca había necesitado levantar la voz ni la mano. Eso habría sido demasiado torpe. Demasiado evidente. Bajaba la voz e inclinaba la cabeza, la viva imagen de la preocupación. *¿Estás segura de que quieres decir eso, Ivy? ¿Crees que te tomarán en serio si sigues actuando así? Quizá deberías tomarte un respiro. Quizá intentarlo de nuevo. Quizá no montar una escena.*

Al final, dejé de confiar en mis instintos. Empecé a reescribir mis recuerdos a medida que sucedían. Tenía una forma de hacer que su versión sonara más razonable que la mía, incluso cuando yo tenía los moratones para demostrar lo contrario. Lucía sonrisas en público, pero a puerta cerrada ofrecía correcciones silenciosas y un control minucioso. Cada vez que intentaba marcharme, me recordaba lo que le debía. Que mi futuro, mi imagen, la reputación de mi familia —todo lo que yo era— ya estaba ligado a la suya.

No había huido por ser valiente. Huí porque me estaba ahogando y estaba demasiado agotada para fingir que no era así.

No se lo había contado a Ethan porque él era el tipo de hombre que nunca se echaría atrás. Se habría interpuesto entre nosotros sin dudarlo. Y Daniel lo habría utilizado. No con amenazas o violencia. No al principio. Solo una llamada sutil a la junta del hospital. Una donación benéfica retirada discretamente. Una serie de reseñas profesionales reexaminadas de repente. Ethan lo habría perdido todo antes incluso de darse cuenta de que estaba siendo atacado.

Intenté apartar el pensamiento de mi mente y me concentré en colocar un manojo de hierbas en la cinta transportadora. La cajera me ofreció una sonrisa radiante, alargando ya la mano hacia el escáner.

—¿Qué tal el día?

Abrí la boca para responder, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Una oleada de náuseas me recorrió, ya sin sutilezas ni fácil de ignorar. Las luces del techo se movieron, difuminándose en los bordes como halos en el agua. El mundo perdió su forma.

Algo iba mal. Mis rodillas se volvieron poco fiables, blandas de una manera que desafiaba la gravedad. El estómago se me retorció, esta vez con una fuerza brutal. Me agarré al mostrador. Mi mano resbaló ligeramente sobre el borde pulido. La cajera se inclinó hacia delante, frunciendo el ceño.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Quería responder. De verdad que sí. Pero la vista se me nubló. La habitación se inclinó. En algún lugar cercano, alguien dejó caer una botella. Se hizo añicos contra el suelo, un sonido agudo y distante.

Y entonces todo se fundió en negro.

Cuando vuelvo en mí, la luz es demasiado intensa. Se filtra a través de la piel de mis párpados, de la misma forma que el sol atraviesa unas cortinas finas que has olvidado cerrar. Me muevo, girándome instintivamente, pero la almohada cruje bajo mi mejilla, y el olor estéril a antiséptico ya me trepa por la nariz. Conozco ese olor. Conozco el zumbido de las luces fluorescentes sobre mí. Conozco el silencio preciso y clínico que recubre el aire como un barniz.

Estoy en un hospital.

Un paño frío descansa sobre mi frente y, por un momento, me quedo quieta, fingiendo que si no me muevo, nada de esto será real. Pero tengo la garganta seca, algodonosa y áspera, y el débil pitido a mi lado empieza a sincronizarse con el pánico que se acumula en mi pecho.

Entorno un ojo y el borde de la cortina aparece a la vista, a medio correr, un pálido divisor entre lo que sea que venga después y yo. Muevo las piernas bajo la manta, intentando incorporarme, pero siento las extremidades anegadas, el cuerpo demasiado pesado, demasiado lento. Cada movimiento me cuesta un mundo.

Aparece una enfermera, de ojos amables y tranquila, y murmura algo sobre descansar, sobre hidratación, sobre la necesidad de quedarse quieta un poco más. Intento preguntar qué ha pasado, por qué estoy aquí, pero la voz se me quiebra en algún lugar del fondo de la boca. Me ajusta el gotero en el brazo y me da una palmadita en la mano con el cuidado de alguien que ha hecho esto cientos de veces. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Avisaré a su médico —dice con amabilidad—. Hemos notificado a su contacto de emergencia. Se ha llevado un buen susto, pero sus constantes vitales están mejorando. Respire hondo, sin más.

Asiento levemente, más por cortesía que por comprensión, porque todavía no me he puesto al día con el momento. Empieza a hojear mi historial, tarareando en voz baja, y entonces lo dice, tan de pasada que tardo un momento en registrarlo.

—La mantendremos en observación, dado el embarazo, pero por ahora todo parece normal.

Una palabra destaca, y me la quedo mirando, con la boca abierta en una o desvalida.

¿Embarazo?

Parpadeo. Debo de haber oído mal. Quizá quería decir otra cosa. Quizá todavía estoy medio soñando, medio flotando en la bruma febril que me haya traído aquí. Llevaba años tomando la píldora, religiosamente. Nunca me la saltaba. Nunca la olvidaba. La tomaba cada mañana con el mismo vaso de agua, una costumbre tan arraigada como lavarme los dientes. Pero recordé lo que el médico me dijo una vez, casi como una ocurrencia tardía al final de la consulta. Ningún método era perfecto. Los antibióticos, el estrés, una enfermedad, incluso algo tan simple como un virus estomacal podía interferir. Y últimamente, todo en mi vida se había estado desmoronando. Comidas saltadas, falta de sueño, una ansiedad tan aguda que me hacía palpitar la cabeza.

Quizá mi cuerpo no la había absorbido correctamente. Quizá la había tomado tarde demasiadas veces. Quizá simplemente había fallado. Pasaba, aunque nadie creyera que le fuera a pasar.

Pero antes de que pueda preguntar, antes de que pueda dar sentido a la última frase o incluso confirmar que no me lo estoy imaginando, una sombra se mueve al otro lado de la cortina. Unos pasos. Una presencia. Alguien grande, firme y desgarradoramente familiar.

Y entonces la cortina se abre de un tirón.

Por supuesto que es Ethan. Todavía lleva el abrigo, a medio abrochar, como si no llevara mucho tiempo aquí, como si acabara de entrar del frío. Tiene el pelo húmedo cerca de las sienes, el cuello de la camisa torcido y sus ojos están clavados en los míos.

Por su expresión, sé que no me estaba buscando. Debía de dirigirse a otra habitación, a otro caso, o quizá simplemente estaba de paso, pero ahora está paralizado a los pies de mi cama, tan inmóvil como la calma que precede a la tormenta.

No puedo respirar.

Me ve. Y no aparta la mirada.

Su mirada recorre mi cuerpo de esa forma familiar e irritantemente clínica suya, como si ya estuviera buscando signos de trauma. Veo el momento en que su mano tiembla, el instinto de extenderla, de comprobar mi muñeca o tocar mi frente. Pero no me toca. Se detiene justo antes de esa línea.

—¿Qué demonios ha pasado?

Su voz es contenida y todavía no suena enfadada. Solo tensa, atrapada en algún punto entre la preocupación y algo más oscuro. Algo que no sé cómo nombrar.

Intento hablar. Intento sonreír, mentir, fingir que esto es una casualidad. *Estoy bien. No es nada. Solo un pequeño mareo.* Pero nada en este momento me permite recurrir a una mentira que resulte creíble. La enfermera sigue ahí, todavía con el historial en la mano, y por un segundo pienso que quizá no dirá nada más, que quizá todavía tengo la oportunidad de...

—Doctor Cross —dice ella enérgicamente, apenas mirándolo mientras sigue pasando páginas—, las constantes de la paciente se están estabilizando, pero dado su embarazo, deberíamos mantenerla en observación.

El silencio nos envuelve.

Ethan no se mueve. No parpadea. Su rostro es indescifrable. Pero lo veo. Veo el segundo exacto en que las palabras le alcanzan. El momento en que entiende lo que acaba de oír.

Su mirada baja hacia mi vientre, y luego vuelve a mi cara.

—¿Estás embarazada?

No lo está preguntando. No hay nada de incertidumbre en su tono, ni rastro de duda tras la pregunta. Es él, ensamblando los hechos, alineándolos en esa mente aguda y quirúrgica suya y encontrando la única verdad que encaja. Casi puedo verlo suceder, la lenta y calculada combustión de la comprensión tras sus ojos.

Su expresión no se resquebraja, pero una furia silenciosa se instala en él, tensando cada línea de su rostro, dibujando sombras a lo largo de la curva de su pómulo y sellando su boca. Sus ojos permanecen fijos en mí, de un verde más profundo ahora, un color afilado por la contención. Recuerdo esa voz. Cómo siempre bajaba cuando estaba enfadado. Grave, suave, peligrosamente silenciosa... nunca para impresionar, nunca alzada. La ira de Ethan no tiene nada de la estridencia de la de Daniel. La suya no necesita volumen para atravesar los huesos.

Está furioso ahora mismo y, de algún modo, eso le hace parecer imposiblemente más sereno. Más hermoso, como si una tormenta se hubiera asentado justo bajo su piel, contenida por pura fuerza de voluntad, esperando a estallar.

Abro los labios para responder, pero no me sale nada.

Da un paso más cerca, solo uno, como si la habitación no fuera lo suficientemente ancha para contener el espacio que nos separa. Aprieta la mandíbula y sus ojos se oscurecen hasta convertirse en algo para lo que no estoy preparada.

Y entonces la enfermera habla de nuevo, demasiado rápido, con demasiada inconsciencia.

—Sí, de unas ocho semanas...

—Ya es suficiente —espeta él, con una voz lo bastante cortante como para hacer que ella se estremezca y se marche a toda prisa sin decir una palabra más.

Se me cae el alma a los pies. No necesito mirarlo para saber que está haciendo números. Yo también los estoy haciendo. La conclusión nos golpea a los dos al mismo tiempo.

Ethan no se mueve. No visiblemente. Pero algo cambia tras sus ojos. La forma en que el acero se dobla justo antes de romperse.

Vuelve a hablar, su tono tan bajo como preciso. —¿Dime la verdad, Ivy. Es mío?

7

IVY

Retumba en mi cráneo, más fuerte que el pitido de los monitores, más fuerte que los pasos al otro lado de esta cortina, más fuerte que la sangre que resuena detrás de mis ojos. Tengo la boca seca y mi cuerpo se siente extraño, pesado donde no debería, débil en otras partes. Pero nada de eso importa ahora mismo, no cuando Ethan me mira así. No cuando su voz se ha transformado en algo bajo y firme, ese tipo de voz que nunca se alza pero que aun así logra atravesar la piel.

No pregunta para entender. Pregunta porque ya sospecha la verdad.

Y por un segundo —por un estúpido y peligroso segundo—, casi se lo cuento.

Pero la idea me golpea como una bofetada. *Daniel*. La sombra que sigo intentando olvidar. Lo veo de nuevo, sus zapatos relucientes caminando por el suelo de mi antigua cocina, el suave arrastrar de una silla al apartarla, la forma en que su voz siempre bajaba de tono cuando estaba enfadado, nunca la alzaba. El control era su lenguaje. No necesitaba gritar para arruinar a alguien. Solo necesitaba acceso.

Y eso lo tiene de sobra.

Su padre fue concejal del ayuntamiento durante doce años. Su madre es la donante anónima que está detrás de la mitad de los eventos filantrópicos de Valleria. El apellido de su familia está grabado en el mármol de edificios universitarios y alas de museos. Poseen manzanas enteras de propiedades bajo sociedades fantasma y nombres de bancos que nadie cuestiona. Daniel ha aprendido de los mejores. A hacer daño a la gente sin dejar moratones. A hacer desaparecer vidas sin derramar sangre. A sonreír mientras lo hace.

Y si Ethan se acerca lo más mínimo a este niño, Daniel lo sabrá.

Lo verá en los cambios. En los rumores. En el rastro documental. Un médico que aparece en urgencias donde estoy registrada con mi apellido de soltera. Una nota marcada en el seguro. Un favor solicitado en el ala ejecutiva del hospital. No le costará mucho. Y cuando lo descubra, hará lo que siempre hace. Lo recuperará. En silencio. Con eficacia.

No voy a permitir que eso ocurra.

Así que hago lo único que mantiene a salvo a la gente que me importa: miento.

Levanto la barbilla y me obligo a que la voz no me tiemble. —No —digo con calma y claridad—. No es tuyo.

Su cuerpo se queda inmóvil, pero algo cambia en su mirada. No de forma drástica. No con una gran reacción. Sino con un endurecimiento en las comisuras de la mandíbula, una forma sutil en que sus manos se cierran en los bordes de su abrigo como si quisiera anclarse a la realidad. Conozco esta versión de Ethan. Es la misma que he visto antes de las operaciones, cuando está revisando un informe de traumatología que no termina de cuadrar. Concentrado, agudo, diseccionando cada sílaba como si esperara a que la verdad se le escapara.

No dejo que lo haga.

—Fue otra persona —digo, tragándome el ardor que sube con cada palabra—. Ya ha terminado. No está en mi vida.

No parpadeo al decirlo. Eso sería delator. No me estremezco ni bajo la mirada. Le sostengo la suya, aunque todo en mí grita ante la traición que supone. Lo observo procesarlo, dejando que la mentira se asiente como sedimento en el agua, esperando a ver qué forma toma una vez que se hunde en el fondo.

Aprieta la boca, pero no dice nada. Ni preguntas. Ni protestas. Solo ese silencio peligroso en el que solía encontrar consuelo, antes de saber lo que significaba que se mordiera la lengua. Está pensando. Sopesando. Diciéndose a sí mismo que si yo quisiera que supiera más, se lo diría. Pero no se lo cree. No del todo.

Y lo peor de todo es que lo veo.

Veo la parte de él que quiere pillarme el farol, la parte que no confía del todo en la mujer que tiene delante porque la mujer que conoce no le miraría a los ojos para mentirle. Veo la rabia, fría y cuidadosamente contenida, bullendo justo bajo la superficie de su control. No es ruidoso. Nunca lo ha sido. Ethan Cross es el tipo de hombre que se vuelve más silencioso cuanto más furioso está. Es la forma en que se le oscurecen los ojos. La forma en que cuadra los hombros. La forma en que toda la habitación parece contraerse a su alrededor, como si el aire retrocediera para hacer sitio a lo que sea que esté a punto de hacer.

Y aun así, aguanto.

Porque la alternativa es peor.

Si le entrego este niño, le doy a Daniel una razón para atacar. Ethan no tendrá cuidado. Nunca lo ha tenido. No sabe cómo retirarse de una pelea una vez que ve que se ha cruzado una línea. Lucharía por mí, y Daniel se lo tomaría como una invitación. Se metería en la vida de Ethan como un cáncer, encontraría a la gente en la que confía y la arruinaría. Poco a poco. Por completo.

Así que mantengo la expresión serena.

No dejo que se me quiebre la voz.

No lloro.

Porque ya he decidido qué es lo más importante. Y no es que me crean.

Es mantener a este bebé con vida, mantenerme a salvo el tiempo suficiente para convertirme en la madre que nunca pensé que podría ser.

El silencio se alarga de nuevo, pero esta vez Ethan da un paso atrás. Parece un hombre que intenta dar sentido a un diagnóstico que no coincide con los síntomas. Como si esperara el momento en que admita que estoy mintiendo.

Pero dejo que la mentira repose. Dejo que construya su propio andamiaje. Dejo que se convierta en verdad de la forma en que todas las historias de supervivencia acaban haciéndolo.

Él se queda ahí, con el cuerpo tenso, la mandíbula apretada, la mirada fija en mí como si intentara resolver una ecuación que se niega a cooperar. Conozco esa mirada. Está intentando entender cosas que no tienen sentido. Y ahora mismo, yo no tengo sentido.

Está tratando de ordenar la cronología en su cabeza, de sumar todas las pistas, de rastrear cada detalle que falta. Puedo sentir el cálculo corriendo detrás de sus ojos. Mi respuesta no ha sido limpia. No le cuadra porque me conoce. Conoce mi forma de hablar cuando miento, la forma en que se me tensa la voz y mis hombros se quedan quietos, como si cualquier movimiento brusco pudiera delatarme.

Me siento más erguida en la cama del hospital, sujetando la fina sábana sobre mi regazo como si pudiera ayudar a contener el temblor de mis dedos. La enfermera me ha dado un camisón limpio y una sonrisa cansada, y luego ha desaparecido. Su ausencia deja

un silencio demasiado denso para respirar, de ese que espera a que uno de los dos se rompa.

Ethan no se ha movido.

Todavía lleva el abrigo, la ropa arrugada como si hubiera venido directamente de un turno, como si hubiera salido de un ala de traumatología y se hubiera topado directamente con la mía. Tiene las manos apretadas, los dedos flexionándose una y otra vez, como si no supiera qué hacer con ellas. No me cree. Puedo verlo claramente.

Pero tampoco me ha desafiado. Todavía no.

Justo cuando la presión se vuelve excesiva, la cortina se mueve y otra enfermera, más mayor, regresa con una tablilla y empieza a recitar observaciones, la tensión arterial, la frecuencia cardíaca y una leve deshidratación. Asiento a sus palabras, agradecida por la interrupción. La mirada de Ethan nunca se aparta de mí.

—Estoy bien —digo rápidamente, interrumpiéndola—. Solo necesito irme a casa. Me gustaría que me dieran el alta.

La enfermera frunce el ceño. —Debería quedarse en observación. Sobre todo dado su historial de desmayos y…

—Haré un seguimiento con mi ginecólogo —digo esta vez con más firmeza—. Solo quiero irme a casa.

Ella duda, mirando alternativamente a mí y al hombre que está junto a mi cama, y luego asiente brevemente. —Traeré el papeleo.

Se va y, por un momento, el silencio vuelve a inundarlo todo.

Ethan sigue sin moverse. Me mira fijamente como si pudiera arrancarme la verdad a la fuerza si se queda quieto el tiempo suficiente. Siento un hormigueo en la piel bajo el peso de su atención, pero mantengo la barbilla levantada. No me voy a quebrar. No puedo.

Por fin, habla.

—¿De verdad quieres que me crea eso?

Su voz es baja, controlada, desprovista de ira pero cargada de una tensión que me oprime el pecho. Niego con la cabeza, no para responderle, sino para evitar decir algo equivocado.

—No hay nada que creer, Ethan —replico—. No es tuyo. Eso es todo.

Se estremece, apenas, pero lo hace. Un ligero cambio en su mandíbula. Una inspiración brusca por la nariz. Sé que quiere discutir. Lo veo en el ceño fruncido, en la incredulidad que parpadea en sus ojos, pero antes de que pueda volver a hablar, la enfermera regresa con un formulario de alta y un bolígrafo. Me lo pone en la mano, amablemente, como si entendiera que hay ciertas cosas que es mejor no decir.

Garabateo mi nombre y me deslizo fuera de la cama. Todavía siento las piernas temblorosas, mi cuerpo más lento de lo habitual, pero me obligo a ponerme de pie. En el momento en que mis pies tocan el suelo, vuelvo a sentir los ojos sobre mí. Ethan no se ha movido de su sitio, pero está observando, evaluando, como si esperara a que me desplome de nuevo solo para demostrar que tiene razón.

Cojo mi ropa, cuidadosamente doblada en la silla cercana. Él se da la vuelta mientras me cambio, lo que de algún modo es peor que si no lo hubiera hecho. No es distancia. Es contención. Y la contención significa control.

Me pongo el jersey, me aliso los vaqueros y me calzo las botas.

—Gracias —digo, encarándolo por fin—. Por… quedarte. Pero ya estoy bien.

No responde. Ni siquiera parpadea.

Paso a su lado, con cuidado y despacio, manteniendo la espalda recta, ignorando los martillazos detrás de mis costillas y las náuseas que todavía se agitan en mi vientre. Urgencias se siente demasiado

luminoso, demasiado abierto, demasiado ruidoso. Un niño llora al fondo del pasillo. Un par de enfermeras discuten en voz baja detrás de una cortina. En algún lugar, un monitor emite un ritmo constante que parece hacer eco de los latidos irregulares de mi propio corazón.

Las puertas de cristal se abren con un siseo y salgo a la noche.

El aire frío me envuelve, agudo e inmediato, un bálsamo y un castigo a la vez. Las calles están más tranquilas de lo que esperaba, pero no vacías. Pasa un coche, sus neumáticos siseando sobre el pavimento mojado. El leve olor a algo frito persiste desde la cafetería de enfrente. Me detengo al borde de la acera, sin saber si girar a la izquierda o a la derecha, sin saber si voy a caminar o a pedir un coche, sin estar segura de nada, excepto de la necesidad de dejar este lugar atrás.

—Te llevo a casa.

Dejo de respirar.

Su voz está detrás de mí, lo suficientemente cerca como para sentirla a lo largo de mi espina dorsal. No alzada. No tajante. Simplemente resuelta, fría por el control, entretejida con una orden que no se molesta en suavizar.

Cierro los ojos, solo por un segundo.

Luego me giro, lentamente, y le sostengo la mirada. —No es necesario.

Sus ojos no se desvían. No vacilan. Solo se oscurecen. —No lo estaba pidiendo.

8

ETHAN

—No te lo estaba preguntando.

Entreabre los labios, lista para negarse de nuevo, pero no dice nada. Se limita a quedarse ahí parada hasta que asiente con la cabeza y me sigue hasta mi coche. Le abro la puerta del copiloto y espero. Tras una pausa, se mete dentro sin decir palabra. Eso me dice más que cualquier excusa que pudiera haber ofrecido. Tiene miedo. No de mí, sino de algo.

—¿Dónde te alojas?

No me mira de inmediato. En lugar de eso, se entretiene recogiéndose el pelo en un moño deshecho, del que se escapan dos mechones que le enmarcan la cara. —En la casa de alquiler de antes.

Mmm. O sea que no se ha mudado ni se ha ido a quedar a la casa de los Dawson.

El motor ronronea mientras me alejo del bordillo, las farolas resbalan sobre el parabrisas bañando la ciudad en oro y plata. Valleria está en calma esta noche, demasiado en calma, esa clase de calma que solo

significa una cosa: el dinero ya ha dictado sentencia y el resto solo vivimos en su eco.

La miro de reojo. Ivy mira al frente, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia la puerta, como si fuera a salir disparada si digo algo inconveniente. Mantiene las manos apretadas en su regazo. Sus dedos se crispan cada pocos segundos. El ritmo es totalmente anómalo.

Está mintiendo.

Me he pasado la vida leyendo a la gente: observando los patrones de respiración de los pacientes traumatizados, cómo salta una vena cuando alguien está a punto de entrar en parada, cómo tiemblan las manos justo antes de una confesión. Ivy se está delatando de mil maneras. Aprieta la mandíbula cada vez que cambio de carril. Se está mordiendo la cara interna de la mejilla.

Mi mirada se desvía hacia su muslo. Lleva unos vaqueros negros que se ciñen a la curva de sus piernas como si se los hubieran cosido encima. El jersey es demasiado grande, con las mangas cubriéndole los nudillos, como si intentara desaparecer dentro de él. Pero recuerdo el cuerpo que hay debajo. La forma en que se abrió bajo mi boca. La forma en que sus caderas se aferraron a mí como si ese fuera su lugar.

Debería estar pensando en lo que no me cuenta. El cirujano que hay en mí sabe cómo compartimentar. Pero ahora mismo, lo único que quiero hacer es parar el coche, arrastrarla a mi regazo y besarla hasta que se rompa.

Mis nudillos se tensan contra el volante.

Quiero desabrochar ese jersey ojal por ojal, besar la línea de su abdomen, presionar mis labios justo debajo de su ombligo y consagrarme al niño que afirma que no es mío.

Pero si presiono ahora mismo, podría arriesgarme a perderla para siempre. Y no es eso lo que quiero. Quizás un poco de distracción

aliviaría la tensión entre nosotros y la ayudaría a ver que no soy… lo que sea que piense que soy, lo que sea que la hizo creer que la había seguido hasta su casa de alquiler hace dos meses.

—Todavía no me puedo creer que te desmayaras en un supermercado —digo, intentando sonar informal, dejando que los filos de mi voz se suavicen.

Gira la cabeza bruscamente hacia mí y me pilla por sorpresa el sonido que se escapa de sus labios. Un bufido.

—No me desmayé —su voz es seca—. Me… desvanecí con estilo.

La miro de reojo. Vuelve a mostrar esa particular marca de desafío. La que solía aparecer en las discusiones infantiles y que ahora entra en cada habitación a la que accede como si fuera un escudo.

—Claro que sí. —Enarco una ceja, permitiéndome la primera sonrisa de verdad que he esbozado en todo el día—. Seguro que lo hiciste justo delante de las pizzas congeladas para tener una salida dramática.

Un instante de silencio, y luego ríe suavemente. Me detengo en un semáforo en rojo y la miro de nuevo. La luz de la farola se refleja en su pelo, convirtiendo los mechones en bronce pulido. Sus ojos se encuentran con los míos una fracción de segundo, y luego aparta la mirada.

Ese destello de honestidad es todo lo que obtengo. Pero es suficiente para encender la mecha.

Está mintiendo.

Está aterrorizada.

Y está haciendo todo lo que puede para protegerme.

¿En qué demonios se ha metido?

El semáforo se pone en verde. Conduzco.

Pero las fantasías siguen recorriéndome como un reguero de pólvora. Del tipo que no se detiene a menos que yo arda.

Quiero reclinarla en este asiento, separar sus muslos, besarla hasta que olvide cómo mentirme. Quiero llevármela a casa y borrar todo rastro de dolor de su cuerpo. Quiero llenarla tan por completo que no quede espacio para el miedo, ni para los recuerdos. Solo yo.

Le echo otro vistazo mientras avanzamos por la calle tranquila bordeada de viejos sicomoros y aceras agrietadas. Mira al frente, con la columna recta y los hombros encogidos, como si se preparara para el impacto. Pero sus dedos la delatan: apretados contra su muslo, crispándose muy levemente con cada respiración que toma.

Lo que me afecta no es el silencio. Es que todavía piensa que me marcharé. Como si yo fuera el tipo de hombre que elige cuándo aparecer. Me conoce mejor que eso. Y, sin embargo, aquí está, sentada a mi lado como si ya hubiera decidido cómo acaba esto.

Aparco en el bordillo frente a la dirección que me ha dado. Otra casa de alquiler. Fachada limpia, luces acogedoras que brillan a través de las ventanas del frente, anodina de una manera que probablemente es intencionada. Sigue sin estar en la casa de los Dawson, sigue dando vueltas por la ciudad que la forjó como si esta pudiera extender la mano y arrastrarla de nuevo a sus profundidades.

Sigue huyendo, incluso con los pies plantados en el suelo.

Mis manos permanecen fijas en el volante, mis ojos clavados en el suave perfil de la mujer a mi lado. Ivy no se vuelve a mirar. Se queda ahí sentada, aferrando su bolso como si pudiera anclarla a algo, como si el coche fuera a despegar del suelo de otro modo.

—Dijiste que el padre no está en la ecuación.

Hablo en voz baja, pero las palabras resuenan. En el pequeño habitáculo del coche, caen entre nosotros con todo el peso de un bisturí presionado contra la piel.

Lo veo: la forma en que se pone rígida. Un latido bajo sus costillas. Exhala, lenta e irregularmente, pero no lo bastante lento como para convencerme.

Mi voz es firme. Medida. —¿Estás en peligro?

Levanta la cabeza una fracción de segundo, sus pestañas rozan su mejilla. La respuesta ya se está formando antes de que termine la pregunta.

—No —dice, demasiado rápido, como si se estuviera forzando a creerlo. La estudio, observando el ligero temblor en su mano mientras la retira a su regazo. Intenta que parezca casual, pero no lo es. Ivy no se inquieta a menos que esté acorralada. Lo sé. La he observado lo suficiente como para memorizar todas las señales que cree haber ocultado.

Sigue mintiéndome. Y cuenta con que lo deje pasar.

Reprimo un suspiro de frustración. Quiero estirar el brazo por encima de la consola y tocarle la cara, apartarle el pelo de los ojos, obligarla a mirarme cuando miente. Pero me quedo quieto, con las manos apretadas con fuerza alrededor del volante, los nudillos rígidos contra el cuero.

Abre la puerta antes de que pueda decir otra palabra, deslizándose fuera del coche como si estuviera escapando de algo.

Quizás lo esté.

No mira hacia atrás mientras camina hacia la casa de alquiler. La sigo con la mirada, cada paso resonando en el silencio hueco entre nosotros. La luz del porche se derrama sobre sus hombros, su pelo captura el brillo. Lleva uno de esos jerséis anchos que le encantan, de los que se tragan su figura y ocultan a la mujer cuyo sabor todavía tengo en la lengua.

Quiero seguirla adentro. Quiero arrastrarla a mi regazo y sacarle la verdad a besos. Quiero estamparla contra la pared y hacer que diga

mi nombre mientras me entierro dentro de ella. Quiero reclamarla de nuevo, cada centímetro de ella, hasta que olvide todas las razones que tiene para alejarme.

Pero no me muevo.

Me aferro al volante como si fuera lo único que me mantiene entero.

Porque mintió, y la dejé hacerlo porque, ¿qué otra opción tenía en este momento?

Desaparece tras la puerta y me quedo mirando un porche vacío.

Sea lo que sea que esconde, lo que sea que la hizo estremecerse cuando dije la palabra *peligro*, está ahí. Lo sentí en el hospital, en el segundo antes de que la enfermera dijera la palabra *embarazada*. Lo vi de nuevo cuando le pregunté si era mío y su respuesta se resquebrajó bajo la presión de mi silencio.

Está aterrorizada, y si no averiguo por qué, no será solo ella quien pague el precio. Será también ese niño. Sea mío o no, no puedo dar la espalda a esto.

Me paso una mano por el pelo, apretando los dedos en la nuca. El motor zumba bajo mis pies, pero no meto la marcha. Me quedo mirando la casa un momento más, las sombras moviéndose detrás de las cortinas. Una luz se enciende en el piso de arriba. La silueta de Ivy se detiene brevemente en la ventana antes de desaparecer.

Aún no lo sabe, pero voy a protegerla. Incluso si lucha contra mí o me odia por ello.

Miro por el retrovisor, veo un coche pasar detrás de mí y meto primera. Pero no voy lejos. Mi mente no se calma. Martillea como si persiguiera algo que todavía no he tocado. Su voz, su silencio, esa mentira que intentó ocultar tras una respiración contenida, todo se repite en mi cabeza como un mal estribillo.

No está en mi naturaleza alejarme, así que doy una vuelta a la manzana, pasando por la misma fila de sicomoros que se alzan

como viejos huesos del hormigón, sus hojas susurrando sobre la acera. Una segunda vuelta, más lenta. El aire huele a pavimento húmedo y a lluvia de invierno, fresco y limpio, pero no hace nada para despejar la necesidad que siento en las entrañas. Vuelvo a vislumbrar su casa de alquiler. La luz del porche está encendida ahora. Dorada tras el fino velo de sus cortinas. Su sombra se mueve por el salón. Lleva el pelo suelto de nuevo, alrededor de los hombros. Está descalza. Siempre solía estar descalza cuando intentaba respirar.

A la tercera vuelta, sé que no puedo abandonar a Ivy.

Aparco en el bordillo, con los faros apagados, el motor haciendo un tic-tac silencioso en la calma entre las farolas. No puedo dejar de verla en esa cama de Urgencias, pálida contra las sábanas, intentando fingir que no estaba aterrorizada. No puedo dejar de pensar en su boca, temblando antes de que la estabilizara lo justo para mentirme descaradamente.

Veo cómo apartó la mirada cuando le dije que la llevaba a casa. Cómo quería que me fuera, pero no lo dijo como si lo sintiera de verdad. Siempre ha hecho eso; hablar a la defensiva, pero nunca a la ofensiva. No sabe cómo hacer daño a la gente. Solo sabe cómo sobrevivir a ellos.

Y la deseo. Dios, la deseo más de lo que he deseado nada nunca.

Quiero arrastrarla contra la pared de esa casita de invitados perfecta, levantarle ese vestido de algodón suave que lleva como una armadura y recordarle lo que se siente al deshacerse en las manos de alguien que la ve de verdad. Quiero su aliento en mi boca y mi nombre en sus labios, quiero follarla hasta que no quede espacio en su cuerpo para el miedo, hasta que olvide todas las razones que creyó tener para mentirme.

La quiero embarazada, gimiendo y *mía*.

Mis manos se aprietan alrededor del volante, cada músculo tenso con una contención que estoy a punto de dejar de mostrar. Esconde algo, y lo hace para protegerme. Esa es la parte que más me destroza.

Porque si me lo contara, si me diera siquiera una fracción de la verdad, quemaría la puta ciudad entera para mantenerla a salvo. Entraría en la sala de juntas del culpable y lo desangraría con una sonrisa. Rompería cada contrato, cada nombre que cree poseer, hasta que no quedara más que humo de su imperio.

Así que me meto en la boca sombría de una calle lateral, apago los faros y me quedo ahí, observando la ventana superior de su apartamento a través del parabrisas.

Si está en peligro, lo sabré. Si alguien viene a por ella, estaré aquí.

Mi mente repasa todos los escenarios posibles. Todos los hombres que la han mirado durante demasiado tiempo, y entre ellos, un nombre no deja de aparecer. Daniel Holt, el hombre con el que salió justo antes de huir de la ciudad. Cada susurro que he oído en los pasillos del hospital sobre el alcance de la familia Holt. Cada vez que la he visto estremecerse cuando alguien menciona su pasado.

Sea lo que sea que esté ocultando, voy a averiguarlo.

9

IVY

Es el día después de enterarme de que estoy embarazada. Bueno, Ethan y yo.

El suelo cruje suavemente bajo mis pies mientras paseo por el estrecho pasillo del Airbnb. Es más de mediodía, pero las persianas están bajadas y la luz que se filtra proyecta tenues rayas sobre el parqué. No he tocado el ordenador, aunque está abierto sobre la mesa junto a una taza de té a medio terminar. Se suponía que el trabajo iba a ser mi vía de escape hoy. Iba a sumergirme en las correcciones de un cliente, a perderme en paletas de colores y textos publicitarios para una empresa de velas de autor que cree que frases como «viaje olfativo» son el culmen del *branding*. En cambio, estoy dando vueltas en círculos cerrados por mi piso de alquiler como si me estuviera preparando para una batalla.

Todavía me duele el cuerpo de formas extrañas y desconocidas. El dolor es más que físico, como si mis células estuvieran intentando asimilar el hecho de que ya no soy solo Ivy Dawson. Hay otra presencia dentro de mí ahora, silenciosa y quieta, pero presente al fin y al cabo. Esta mañana, he presionado la palma de la mano contra mi vientre y he intentado imaginar el latido que se formaba

allí, he intentado imaginar un futuro con un hijo que se siente a la vez imposiblemente lejano y terriblemente cercano.

Daniel no puede saberlo. Esa verdad es el centro de todo. Quemé todos los puentes para salir de su vida con mis últimas fuerzas y, si se entera de esto, hará todo lo que esté en su mano para destruirme.

Gimo y me froto los ojos, cansada. El rostro de Ethan todavía perdura tras mis párpados, todo acero y ardor, lleno de esa furia masculina que vibra bajo la superficie pero que no estalla. Cuando se enfada, se queda en silencio. La única señal es la forma en que flexiona las manos, el sutil ensanchamiento de sus fosas nasales, la quietud que lo envuelve. Solo le he visto esa expresión unas pocas veces. Ayer, en esa habitación de hospital, fue una de ellas.

Y le mentí.

Para protegerlo, me recuerdo. Para mantenerlo alejado de las consecuencias que se avecinan. Porque puede que Daniel ya no me tenga bajo su techo, pero sigue teniendo sus garras clavadas en esta ciudad. El tipo de poder que no desaparece cuando te mudas; te sigue, se disfraza de amabilidad social, resurge en los peores momentos. Un titular, un susurro en la sala de juntas equivocada, y la carrera de Ethan podría desmoronarse. Y lo conozco. Encajaría el golpe, se metería de cabeza en el fuego con la mandíbula apretada y los puños listos si pensara que lo necesito.

Me dejo caer en el sofá y me abrazo las rodillas. Mi móvil está boca abajo sobre el cojín a mi lado, vibrando contra la tela con una urgencia silenciosa que he ignorado durante demasiado tiempo. Lo desbloqueo y llamo a Drew.

Contesta al segundo tono.

—Ya era hora.

—No sabía que tenía que cumplir un horario —digo con una mueca.

—En cierto modo, sí. El abogado de mamá quiere programar la mediación esta semana y papá finge que no sabe usar un calendario. Es como arbitrar a dos críos con zapatos de diseño.

Suspiro y me apoyo la barbilla en la mano libre.

—¿Estás libre para cenar?

Hay una pausa.

—Eso depende. ¿Vas a cocinar de verdad o va a ser una de esas situaciones de pizza congelada?

—Cocinar —respondo—. Necesito hablar contigo.

Su tono cambia de inmediato.

—¿Es serio?

Asiento, olvidando por un momento que no puede verme.

—Sí.

—Allí estaré.

—¿A las siete?

—Hecho.

Cuelgo antes de que me fallen los nervios, luego pulso el nombre de Cassie y me llevo el móvil a la oreja.

—¿Vamos a planear la dominación mundial o solo a poner a parir a nuestros ex? —contesta con despreocupación.

—Te necesito esta noche —digo, con las palabras un poco ásperas—. Cena. A las siete. En mi casa.

No se burla de mí.

—Llevaré vino. ¿Debo vestirme como si fuera a una intervención o a una celebración?

—Para ambas cosas —respondo.

La llamada termina, pero la presión en mi pecho no cede. Me reclino, con la mirada perdida, y el techo sobre mí de repente parece demasiado lejano.

Es extraño, este ser que crece dentro de mí. Me aterra de formas que no sé cómo admitir. No porque no lo quiera —lo quiero, ferozmente—, sino precisamente porque lo quiero. Porque ya estoy tomando decisiones pensando en alguien más. Porque esta cosita diminuta y sin nombre va a hacer que luche más duro de lo que jamás lo he hecho, y no estoy segura de que me queden fuerzas.

Aun así, cuando presiono mi mano contra mi vientre, el pánico se calma. Solo por un momento. Hay una oleada de algo cálido bajo mis costillas, un suave latido de amor que no esperaba. No estoy sola.

Pero, Dios, qué sola me siento. Lo que pasa con la gente que se ve obligada a huir para sobrevivir es que no consigue conservar muchos amigos. A nuestros padres no suele importarles hasta que es demasiado tarde y, a veces, no es porque no nos quieran, sino porque no saben cómo demostrar su amor de una manera que valga.

Se me empañan los ojos al mirar una foto enmarcada de mi familia. Está en el escritorio de la cocina, visible a través del separador desde donde estoy sentada. La puse allí la primera noche y ahí sigue. Drew y yo estamos cogidos de la mano. Yo tengo la cara roja en un gesto de desafío y él parece estar intentando contenerme. Mamá y papá sonríen a la cámara sin expresión. Resume lo que somos los unos para los otros.

Me levanto y voy a la cocina. Empiezo a cortar verduras más por necesidad de distracción que por hambre. El cuchillo se mueve con facilidad bajo mi mano, el rítmico raspar contra la tabla de cortar es el único sonido en la habitación. Y, sin embargo, mis pensamientos divagan. Siempre encuentran a Ethan Cross. El chico que solía

revolverme el pelo y llamarme *Peque*. Sin querer, una sonrisa asoma a mis labios y me río entre dientes.

Recuerdo el verano en que cumplí veintiún años. Estábamos en la casa del lago. El fuego se había consumido y la mayoría de los adultos se habían metido dentro, pero yo me quedé. Él también. Había estado bebiendo, con un vaso de plástico en una mano y una mala idea en los labios. Recuerdo reírme demasiado alto, fingiendo no ver la forma en que Ethan me observaba desde las sombras. Un tipo se me había acercado por detrás y me había tocado la cintura sin preguntar. También me reí entonces. Para aparentar, pero sobre todo para ver qué haría Ethan.

Se movió como lo hace la gravedad, atrayéndonos a todos a su órbita. Ni siquiera oí lo que le dijo al tipo, solo vi la expresión de su cara, cómo parecía aterrorizado e impresionado a la vez y cómo desapareció de la escena no mucho después.

En cuanto se fue, Ethan me apartó de un tirón.

—Sé más lista, Ivy —gruñó. Sus dedos se clavaron en mi brazo lo justo para anclarme—. Te mereces algo mejor que tíos que solo quieren una cosa.

Yo estaba sonrojada, achispada y enfadada porque no era él quien me estaba tocando como aquel chico.

—¿Y si eso es todo lo que quiero?

Me miró entonces, me miró de verdad, y vi algo crepitar entre nosotros: crudo y hambriento. Pero todo lo que dijo fue:

—Entonces elige a alguien que no sea un puñetero idiota.

No pegué ojo esa noche.

Incluso ahora, ese recuerdo permanece conmigo, la forma en que parecía querer besarme y matarme en el mismo instante. Llevaba años sin permitirme pensar en aquella noche.

Y ahora él lo sabe.

Y yo le mentí.

Termino de cortar, con las manos moviéndose sin pensar. Necesito recomponerme antes de que lleguen. Necesito estar serena cuando les diga la verdad.

Pero mientras miro la encimera de la cocina, con el corazón martilleándome en el pecho, lo único que veo es la cara de Ethan. Y lo único que siento es el dolor de desearlo.

Es ridículo lo mucho que lo echo de menos. Mi cuerpo todavía recuerda el tacto de sus manos, el ardor de su mirada, la tranquila certeza de su presencia. Me digo a mí misma que soy fuerte por haberme alejado. Por elegir el silencio en lugar de la destrucción. Pero ahora mismo, la fuerza se parece mucho a un corazón roto.

Noto la garganta seca mientras subo a darme una ducha. El agua humeante ayuda, al igual que la pequeña rutina de cuidado personal que sigo después. Me aplico crema hidratante en la cara, un poco de bálsamo en los labios y me desenredo el pelo hasta que está liso. Luego, me lo recojo en un moño suelto y me miro el reflejo en el diminuto espejo del baño del Airbnb y me digo a mí misma que espabile.

Se acabó el estar de bajón.

Esta noche es importante. Tengo que hacerlo bien.

Drew va a reaccionar de forma exagerada —siempre lo hace—, pero quizá si suavizo el golpe, lo preparo poco a poco, la explosión no sea nuclear. Así que hago lo único que se me ocurre. Bajo a la cocina, donde las verduras ya están preparadas, y cocino. Limpio. Pongo cada gramo de mí misma en hierbas y especias y en el consuelo silencioso de recetas que nunca me traicionan.

Cocinar siempre ha sido mi forma de recuperar el equilibrio. El corte del cuchillo. El calor de la sartén. La forma en que una ramita de

tomillo puede hacer que todo parezca un poco más manejable. Empiezo con mi pollo asado al limón y hierbas, mi especialidad, dejando la piel crujiente y dorada mientras el ajo se cuece a fuego lento en aceite de oliva aparte. Siguen las patatas al romero, y luego una crema de calabaza que sazono lenta y cuidadosamente, hasta que sabe lo suficientemente cálida como para guardar un secreto. Para cuando saco la última bandeja de zanahorias asadas del horno, la cocina huele a hogar, signifique lo que signifique eso estos días.

Cassie es la primera en llegar, como siempre, puntual y con una botella de vino que probablemente eligió por la etiqueta.

—Vaya —dice al entrar, olfateando exageradamente—. Vale, o estás entrando en pánico o intentas demostrar algo.

—¿No pueden ser ambas cosas?

Ella arquea una ceja.

—¿Qué pasa, Ivy?

Suspiro.

—Intento no darle un infarto a Drew.

—Mmm. Buena suerte con eso.

Se deja caer en la mesa y empieza a comerse las zanahorias asadas como si fueran palomitas. La adoro por eso.

Unos minutos más tarde, Drew y Blair entran juntos, con la mano de Drew apoyada protectoramente en la espalda de su mujer. Se detiene en el umbral, moviendo la nariz como un sabueso.

—Has hecho esa cosa con romero, ¿verdad?

—He hecho muchas cosas.

Blair me da un cálido abrazo. Su perfume, suave y floral, es un sutil recordatorio de que ella es la calma para la tormenta de Drew.

—Todo huele increíble.

—Espero que tengáis hambre —digo, aunque sé que la tienen. Siempre la tienen cuando cocino.

Nos sentamos a comer, y la conversación es ligera al principio. Drew se lanza al pollo como si no hubiera comido en una semana, y Cassie empieza a contar algún desastre con un cliente que manejó como una profesional. Es casi normal. Pero mi corazón es un martillo pilón, y cuando finalmente bajo el tenedor y me aclaro la garganta, la habitación se queda en silencio de la manera en que solo lo hacen las cenas familiares; como si supiera que se avecina una tormenta.

—Tengo que deciros algo —digo.

Cassie se endereza. Blair asiente para animarme. Drew baja el tenedor lentamente.

Respiro hondo.

—Estoy embarazada.

Por un segundo, nadie se mueve. Luego, la cara de Drew se queda sin color.

—¿Cómo dices? —pregunta, como si quizá me hubiera oído mal y todo esto aún pudiera deshacerse.

—Estoy de ocho semanas —le digo con suavidad—. Me enteré hace poco. Estoy bien.

—¿Bien? —repite, con la voz cada vez más alta—. ¡Estás embarazada, Ivy! ¿Quién…, cómo…, qué demonios?

Cassie le pone una mano en el brazo.

—Tranquilo.

—¡No, quiero saber quién demonios ha dejado embarazada a mi hermana y por qué no está aquí sentado con nosotros!

—Todavía no estoy lista para hablar de esa parte —digo, manteniendo la voz firme—. El padre no forma parte de la ecuación. Es complicado y os lo contaré cuando pueda, pero ahora mismo solo necesito que confiéis en mí.

Drew me mira fijamente, luego a la mesa, luego a Cassie, que le lanza una mirada que dice «compórtate».

—Ivy no es una cría —dice Cassie—. No ha hecho esto a la ligera.

Blair habla por primera vez, su voz es suave pero firme.

—Siempre has dicho que Ivy sabe cuidarse sola, Drew. Deja que lo haga ahora.

Drew exhala bruscamente y se pasa una mano por la cara.

—¿Tienes un plan? ¿Citas? ¿Apoyo?

—Lo estoy resolviendo —le digo—. Pero sí. Me estoy cuidando. Y si necesito ayuda, os lo haré saber.

Hay un momento de silencio antes de que Drew asienta, a regañadientes.

—Más te vale.

Sus palabras son rudas, pero tiene los ojos húmedos, y cuando se levanta, dejo que me envuelva en un abrazo que casi me rompe las costillas. Así es Drew. Grita porque le importo.

El resto de la cena es un poco más ligera después de eso. La comida ayuda y el vino calma a Drew. Mi lata de refresco tampoco está tan mal, aunque bebo refrescos con moderación. Al final, Cassie se mete con Drew lo suficiente como para hacerlo reír, y Blair me dice que ya está planeando hacer una colcha para el bebé. Cuando se van, les preparo las sobras y prometo llamar si algo cambia. Drew me lanza una mirada que dice que más me vale, luego me besa la frente y se va con Blair, rodeándola con el brazo.

No lloro hasta que la puerta se cierra tras ellos.

Más tarde, caliento un poco de sopa y me siento junto a la ventana, comiendo lentamente, viendo los faros de los coches pasar como historias de fantasmas por la calle. Siento mi cuerpo diferente. Más pesado, pero no solo por el agotamiento. Hay una vida dentro de mí ahora. Un ritmo que no esperaba sentir tan profundamente, tan rápidamente. Apoyo la mano sobre mi vientre y, por primera vez desde el hospital, creo que estoy contenta.

Justo cuando estoy a punto de meterme en la cama, mi móvil vibra contra la encimera. Número desconocido.

Dudo y luego contesto.

—Ivy.

Esa voz.

Se me eriza hasta el último pelo del cuerpo.

—Daniel —susurro.

Su tono se vuelve falsamente preocupado.

—¿Está bien? No ha estado respondiendo a mis mensajes.

—No debería estar llamándome.

—Me bloqueó el número —lo dice como si fuera una ofensa—. ¿Sabe cuánto tiempo me ha llevado conseguir este?

—Pues bloquearé este también.

—Ivy, por favor —dice—. ¿Podemos hablar? He intentado darle espacio, pero necesito verla. Hay demasiado entre nosotros como para… desaparecer así.

—No hay nada entre nosotros —digo en voz baja.

—Eso no es verdad —replica, suave y persistente—. Hacíamos buena pareja. Todo el mundo lo veía. Funcionábamos. Sabe que sí.

—No. Usted funcionaba. Usted se esforzó mucho por controlar cada aspecto de mi vida.

—Eso no es justo.

—¿No lo es?

Suspira, el sonido es ensayado.

—Estaba bajo mucha presión. Ambos lo estábamos. Ese tipo de estrés… lo distorsiona todo. Yo no fui perfecto, Ivy, pero usted tampoco.

—Me lo quitó todo.

—Intentaba ayudar.

—No —espeto, con la voz temblorosa ahora—. Intentaba poseerme.

—La estaba protegiendo. —La calidez ha desaparecido de su voz, así de repente—. Era una imprudente y lo sabe. Todavía lo es, a juzgar por los rumores que corren.

Se me encoge el estómago.

—No sé qué cree que ha oído…

—Está embarazada, Ivy.

El silencio es atronador. Y por un momento, oigo al verdadero Daniel bajo el barniz: la rabia, la incredulidad de que me atreviera a seguir adelante, a desafiarlo, a pertenecer a otro.

—¿De quién es? —habla con tanta indiferencia, como si no fuera mi ex acosador y manipulador, sino un amigo cercano.

—No tiene derecho a saberlo.

—¿Es alguien poderoso? —un atisbo de sospecha se cuela en su voz —. ¿Alguien que pueda protegerla de mí?

No digo nada.

Su risa es fría.

—Porque esa es la única razón por la que lo mantendría en secreto. De lo contrario, me estaría suplicando que volviera con usted.

Niego con la cabeza, aunque no puede verme.

—Usted nunca me quiso.

—Todavía la quiero —dice—. Simplemente, no entiende lo que es el amor.

—No —digo, con la voz cada vez más alta—. Es usted quien no lo entiende.

Una pausa, luego su tono cambia de nuevo, volviéndose a transformar en algo tranquilo y paciente, el mismo que solía usar con mi madre o con la prensa.

—Necesita a alguien como yo, Ivy. Alguien que sepa cómo funciona esta ciudad. ¿Cree que Valleria la recibirá con los brazos abiertos siendo una madre soltera con un historial cuestionable? Piénselo de nuevo. Yo era su futuro.

—Estoy construyendo uno diferente.

—¿Con quién? —pregunta de nuevo, y esta vez hay acero bajo las palabras—. ¿Va a protegerla cuando decida que usted es un problema?

Cierro los ojos.

—Usted no es Dios, Daniel.

—No —admite suavemente—. Pero sigo siendo a quien llaman cuando necesitan permiso.

Y justo en ese momento, se oye el ruido de un coche que se detiene en el bordillo de fuera. Me acerco a la ventana y miro. Es una berlina negra.

El momento es demasiado preciso para ser otra cosa que intencionado. Me muevo por instinto, descalza y en silencio, cruzando la habitación como si las paredes pudieran traicionarme. Cuando llego a la puerta, forcejeo con la cerradura, con la respiración atrapada entre las costillas. Una maldición silenciosa se escapa de mi boca mientras giro el cerrojo una vez y luego otra.

Aunque me dirijo al dormitorio, ya sé que no voy a pegar ojo esta noche.

10

ETHAN

Cuando por fin llego a casa esa noche, tengo claro que no voy a dejar que Ivy pase por esto sola. Por desgracia, a la hora de poner en práctica esa intención, no tardo en descubrir que es una mujer de lo más cabezota. La primera vez que la llamo, el teléfono suena cuatro veces antes de que salte el buzón de voz. La segunda vez, ni siquiera suena. Va directo al silencio, como si su móvil ya supiera lo que voy a decir.

Al tercer intento, no me molesto en dejar un mensaje.

Ya me ha apartado antes, pero esta vez noto una sensación de finalidad distinta. Levanta muros más rápido de lo que puedo escalarlos, y por primera vez en años, lo siento con agudeza: esa furia vieja y dolorosa retorciéndoseme en las entrañas, la clase de furia que aparece cuando algo que quieres se te escapa de entre los dedos y no puedes hacer una puta mierda para evitarlo.

Lanzo el móvil a la mesita de noche y me tumbo bocarriba, con un brazo estirado por encima de la cabeza y el otro sobre el pecho. El reloj de la pared me dice que me quedan cinco minutos para ser egoísta. Cinco minutos antes de tener que convertirme en el hombre que el mundo espera. Así que cierro los ojos y pienso en ella.

Está tumbada a mi lado.

Con el pelo suelto sobre la almohada, los labios entreabiertos, la piel desnuda iluminada solo por el lento baño de luz de la madrugada que se cuela por las persianas. Tiene el muslo enganchado sobre el mío. Cálido. Flexible. Mi mano se curva bajo él, posesiva por instinto. En esta versión onírica del mundo, anoche se vino a casa conmigo. Se quitó aquel jersey ceñido en mi pasillo y me dejó besarle cada centímetro como he querido hacer desde el momento en que volví a verla.

Cierro los ojos y aspiro su aroma, aunque solo esté en mi cabeza. Todavía puedo saborearla: dulce, adictiva, el sonido de su gemido grabado a fuego en mi torrente sanguíneo.

—Tócame —susurra.

Me vuelvo hacia ella en la oscuridad, le cojo la cintura y la coloco debajo de mí. Separa las piernas con facilidad, como si estuviera abiertamente ávida de más. Y en esta versión de la realidad, no tiene miedo. No se esconde. Arquea la espalda con un jadeo, ese suave sonido que hace cuando quiere más. Mi mano recorre la curva de su cadera, sobre la leve protuberancia de su vientre.

Me besa como si se estuviera muriendo de hambre. Su lengua resbaladiza contra la mía, los dedos enredados en mi pelo. Sus caderas se balancean hacia mí, suplicando sin pudor.

—Por favor, Ethan. Te necesito.

Gimo contra su garganta y recorro su pecho con besos, mis dientes rozando el costado de su seno. Se retuerce bajo mi cuerpo, jadeando, con la voz quebrada cuando le succiono el pezón con la boca. Siento sus muslos apretarse a mi alrededor, desesperados por la fricción. Quiero dársela. Cada centímetro. Cada promesa indecente que he mantenido encerrada tras los dientes apretados desde el día en que me pidió que me fuera.

Tiembla cuando me deslizo entre sus piernas, depositando un beso en la cara interna de su muslo antes de que mi lengua la encuentre. Ivy arquea la espalda con fuerza, agarrando las sábanas con ambas manos. Gime mi nombre, con una pierna sobre mi hombro y la otra temblando mientras me tomo mi tiempo.

—Sabes jodidamente bien —le susurro—. Podría vivir aquí.

Está empapada. Y cuando se rompe contra mi boca, gritando como si se estuviera deshaciendo, no me detengo. Necesito más. Me agarra la muñeca, tirando de mí hacia arriba, con los ojos vidriosos de lujuria.

—Tu turno —dice, con la voz pastosa y temblorosa—. Déjame que te cuide.

Y entonces se desliza por mi cuerpo, sus dedos se curvan alrededor de mi polla como si ya conociera el ritmo que me gusta. Su boca la sigue un segundo después: caliente, húmeda, jodidamente perfecta. Casi pierdo el control cuando gime a mi alrededor. Entrelazo mis dedos en su pelo, observando cómo coge más, lamiéndome como si le perteneciera.

—Joder, Ivy.

Me mira por debajo de las pestañas, con los labios apretados alrededor de mi polla, y a punto estoy de perder el control. Es esa mirada la que me rompe. Esa boca. Esa hambre. La forma en que me posee sin siquiera intentarlo.

—Sigue, nena —digo con los dientes apretados—. Así.

Lo hace. Me corro con su nombre en la lengua, con una mano aferrada a su pelo, mis caderas sacudiéndose hacia su boca. Se traga hasta la última gota, se limpia los labios con el dorso de la mano y sube para sentarse a horcajadas sobre mis caderas. Le brillan los ojos, tiene las mejillas sonrojadas, su cuerpo suave y desnudo contra el mío.

Me despierto de golpe con un sonido ahogado, la piel resbaladiza por el sudor y la polla todavía dura. La tengo rodeada con fuerza por mi mano, mi eyaculación pegajosa sobre el estómago. Cierro los ojos, respirando con dificultad, el pecho subiendo y bajando como si acabara de correr quince kilómetros.

Pero ella no está aquí. La cama está fría, salvo por el espacio que yo mismo he calentado. Me duele el cuerpo de las ganas que le tengo, de lo mucho que la echo de menos. Cada parte de mí sigue excitada por el sueño, por su sabor que aún perdura en mi lengua y el sonido de su voz suplicando más.

Ya basta.

Me levanto de la cama y me paso la palma de la mano por la cara, intentando exorcizar el recuerdo de su boca en mi piel, de su voz en mi cabeza. El agua fría de la ducha cumple su función, devolviéndome a mi cuerpo de golpe, arrancando cualquier fantasía que había dejado que se me metiera bajo la piel durante la noche. Ivy Dawson no está en mi cama. No está en mi vida. No me quiere en ella. Ese es el hecho que no dejo de repetirme mientras me seco con la toalla y me dirijo a la cocina.

El desayuno hoy es combustible, nada más. Tostadas, crema de cacahuete, café solo. Mastico mecánicamente, apenas saboreando nada, con mis pensamientos ya dirigidos en espiral hacia el trabajo, hacia la seguridad de los bisturís y las luces estériles.

Salgo del ático justo después de las siete. El cielo sobre el St. Vincent's todavía está amoratado por la luz del amanecer, esa clase de luz que parece más un fantasma que el sol. El tráfico zumba a lo lejos mientras entro en el aparcamiento subterráneo, apago el motor y subo por la entrada del personal.

Oigo el clic de mi tarjeta contra el escáner y suelto el aire con fuerza al entrar. Para cuando me estoy preparando para la cirugía, el ruido de mi cabeza empieza a acallarse. Este es el ritmo en el que he confiado durante años. Aquí es donde me olvido de todo lo demás.

Llega el primer caso, y ya está en parada cuando lo meten: veintinueve años, accidente de moto, la tensión arterial cayendo en picado. Pido a gritos una bandeja de trauma antes de que la camilla deje de moverse. Guantes puestos. Bata. Mascarilla. Me acerco a la mesa.

—Rotura de bazo —anuncia uno de los residentes—. Tensión de ocho-cinco.

—No dejemos que vuelva a bajar —digo, mientras ya estoy cortando. La incisión es limpia y rápida, en la línea media desde el esternón hasta el ombligo. En el momento en que lo abrimos, la sangre brota a borbotones, está perdiendo demasiada. El aspirador zumba mientras lo guío hacia dentro.

—Necesito un separador. Meted las compresas de laparotomía. Ya.

Las manos se mueven a mi alrededor. No levanto la vista. Localizo el origen. Cuadrante superior izquierdo, rotura clásica, el bazo ha reventado como una fruta. Mis dedos se mueven alrededor del tejido. Pinzo el hilio, rápido pero con firmeza, para controlar la hemorragia. Otro aspirador. Lo estamos estabilizando.

—¿Pinza de clampaje lista?

—Lista.

—A mi señal. —Guío los instrumentos, coloco compresas alrededor del campo. La hemorragia se ralentiza.

—Las constantes se mantienen —murmura el anestesista.

Sigo adelante. Esto es rutinario, y aunque es caótico, tiene un método. Lo he hecho cien veces, quizá más. El bazo no tiene salvación, pero el resto de él sí. Empiezo la extirpación, con cuidado alrededor del páncreas. Sin fallos. Sin sorpresas.

—Parece que tiene una oportunidad —dice alguien.

No respondo. Ya voy dos pasos por delante, cerrando lo que puedo, limpiando el campo, comprobando si hemos pasado algo por alto. Cuando termino, me quito los guantes, con el pecho oprimido. El paciente vivirá.

Durante noventa minutos, había recordado quién solía ser antes de que Ivy se convirtiera en lo único en lo que no podía dejar de pensar. Pero mientras estoy terminando, el pensamiento se cuela de nuevo. Su voz. Esa inflexión suave y exasperada que solía usar cuando se metía conmigo, siempre entre divertida y desafiante.

—Necesitas dormir. O un *hobby*.

No sé por qué ese recuerdo aflora ahora, años después, al final de una operación, pero de repente, vuelvo a tener veinticinco años, saliendo del quirófano tras un turno doble con un nudo de agotamiento en la espalda y el leve sonido de la voz de Drew resonando por el pasillo mientras dobla la esquina… con Ivy siguiéndole.

Tenía dieciocho años entonces, joven, brillante y demasiado intrépida para su propio bien. Solía colarse en el hospital con Drew en sus rotaciones de observación, siempre trayéndome algo de beber porque, según ella, parecía un cadáver que necesitaba ser salvado.

Ese día, me había mirado con esa sonrisita y me había entregado un vaso de cualquier brebaje empalagosamente dulce que me hubiera preparado. Ni siquiera le di las gracias, simplemente lo cogí y me lo bebí de un trago. —La cirugía es mi *hobby* —había murmurado, poniéndome una bata de laboratorio.

Ella se había reído entonces. —Eso es lo más triste que he oído en mi vida.

Y lo era. Pero no importaba. Porque para un hombre como yo, el propósito siempre había pesado más que la paz.

Aun así, se quedó. Eso era lo que tenía Ivy. Nunca parecía tener prisa por irse. Incluso cuando tenía que estar en algún sitio, incluso cuando Drew suspiraba y le decía que dejara de molestarme, ella se quedaba. Haciendo preguntas. Observando. Presionándome con esa curiosidad salvaje que incomodaba a todos los demás, pero que a mí nunca me molestó de verdad.

La veo ahora como la veía entonces, cuando todavía pensaba que solo era una cría con una boca muy lista y demasiado encanto para su propio bien. Solo que ahora, la cría ha desaparecido. Lo que queda es la mujer que me mantiene despierto por la noche, la mujer que está embarazada y que aun así se niega a dejarme entrar. Con el ceño muy fruncido, salgo del quirófano, tiro los guantes a la papelera y me lavo las manos con tanta fuerza que me dejo los nudillos en carne viva.

Los pasillos del St. Vincent's se desdibujan a mi alrededor. Ruido blanco, un torbellino de movimiento y luz blanca. Lo atravieso hasta que me encuentro en la sala de médicos. Café. Necesito café. La máquina está escupiendo algo parecido a una bebida cuando otro recuerdo se estrella contra mí. Ivy otra vez. Pero no en el hospital.

Es verano, en la casa del lago. Hay una hoguera parpadeando en el césped. Ivy con un vestido de verano, contentilla por el vodka barato y bailando descalza en la hierba con alguien que no me gustaba. Un tipo con una sonrisa demasiado fácil y unas manos que se desviaban un poco más abajo de la cuenta cuando creía que nadie miraba.

Pero yo sí que estaba mirando. Y cuando Ivy se había reído demasiado fuerte, inclinándose demasiado cerca, me había movido.

Recuerdo haberla apartado, arrastrándola por el muelle hasta las sombras, y la forma en que me había mirado, todavía sonriendo, todavía desafiante.

—¿Estás celoso, Cross? —se había burlado.

No había respondido, solo le dije que podía aspirar a algo mejor. Que debería ser más lista. Ni siquiera sabía a qué me refería entonces. Si le estaba advirtiendo sobre ese tipo o sobre mí mismo.

Ahora sé que ya estaba metido en un lío. Incluso entonces.

Me hundo en el sofá, con el café en la mano, atrapado en un único pensamiento. Siempre se me ha metido bajo la piel. Y en lo único que puedo pensar ahora mismo es en qué puedo hacer para ayudarla, para convencerla de que no necesita hacer esto sola, aunque crea que puede. Tras unos sorbos, una idea se forma en mi cabeza. Quizá no pueda hacer que quiera más de mí. Quizá no pueda arreglar lo que sea que le da tanto miedo. Pero puedo estar ahí.

11

IVY

A la tarde siguiente, después de ir al juzgado, vuelvo a la casa de alquiler en el viejo sedán de mi madre, el mismo que cogí prestado ayer para tener algo de independencia mientras estoy atrapada en esta ciudad. El juzgado no ha hecho nada por mejorar mi humor. Las horas que he pasado en una sala cargada de veneno legal y viejos rencores me han dejado agotada, con los nervios a flor de piel. Mi madre se ha pasado casi toda la declaración llorando. Mi padre apenas la ha mirado. Sus abogados disparaban preguntas como si fueran balas, cada una más mordaz que la anterior, y yo lo he presenciado todo como una sombra que nadie se ha acordado de despedir.

Aprieto con fuerza el volante al entrar en el camino de entrada. Acaba de ponerse el sol y el cielo está veteado de rojos amoratados y violeta intenso. Apago el motor, pero no me muevo. Hay un coche al otro lado de la calle. Negro, reluciente y muy parecido al de anoche, por lo que pude distinguir a través de la ventana. Es bajo, como si no perteneciera a esta parte de la ciudad.

Intento no quedarme mirando, pero siento un nudo en el estómago.

Recojo mis cosas rápidamente —el bolso grande, los archivos del juzgado, el móvil— y salgo. Mis botas crujen sobre la grava. Al llegar a la puerta principal, siento un escalofrío por la espalda, como si el mismísimo universo me estuviera advirtiendo. Busco a tientas las llaves, intentando meterlas en la cerradura lo más rápido que puedo.

Detrás de mí, el motor del coche se despierta con un suave ronroneo. No se aleja a toda velocidad; solo avanza, como si nunca tuviera prisa. Me giro un poco y observo cómo las luces traseras desaparecen al doblar la esquina. Quienquiera que fuese, quería que supiera que había estado aquí.

Cierro la puerta de un empujón y echo el primer cerrojo. Luego, el segundo. Mi mano se detiene un instante de más antes de echar el tercero, aunque sé que es exagerado. Los dedos no dejan de temblarme.

Dejo el bolso junto al sofá y voy directa a la cocina, atraída por el suave resplandor ambarino que hay sobre los fogones. La bombilla del techo zumba levemente, proyectando sombras largas y desiguales sobre la encimera. Agarrada al borde de la encimera, presiono los dedos contra el laminado frío y respiro hondo, intentando calmar el temblor que todavía me recorre la piel.

Mi móvil pita y lo saco.

¿Sigues jugando a las casitas tú sola con tu bebé nonato? ¿De verdad crees que esto va a acabar bien para ti?

Se me tensa la espalda y se me anudan los hombros mientras la idea toma forma. Debería enseñárselo a alguien. A Drew, quizá. O incluso a Ethan. Pero Drew entraría como un elefante en una cacharrería, metiendo a toda la familia en este lío. Y Ethan… no. No puedo involucrarlo más. No cuando las amenazas de Daniel se han vuelto personales. No dudaría en destruir la carrera de Ethan solo para salirse con la suya.

Intento distraerme revisando el papeleo de la vista del divorcio de hoy. Es un caos. Mis padres se pelean por su patrimonio como si fuera un campo de batalla. Mi padre quiere liquidar la propiedad del viñedo. Mi madre se niega; dice que es lo único que aún quiere.

Y en medio de todo esto, este bebé sigue creciendo.

Me toco el vientre. Aún es demasiado pronto para que se note, pero la conexión ya está ahí. Me aterra lo mucho que quiero ya a esta criatura. Cómo haría cualquier cosa —reduciría mi vida a cenizas— con tal de mantenerla a salvo.

Pero ahora mismo, el miedo pesa más de lo normal.

Ese coche no ha sido una coincidencia. Daniel está volviendo a hacer acto de presencia, y no tengo ninguna duda de que está observando. Esperando a que cometa un desliz. Quizá ya ha estado aquí. Quizá ha hablado con el casero. Quizá sabe más de lo que quiero creer.

Cierro todas las persianas, compruebo dos veces las ventanas. Todo está cerrado con llave.

Pero, aun así, mi corazón no se calma.

Me paso horas deambulando por el salón, con la mente dando vueltas demasiado rápido como para concentrarme. En algún momento, cuando ya no puedo más, pongo un hervidor a calentar. Necesito un plan. No puedo quedarme aquí mucho más tiempo. La casa de Drew está descartada, es demasiado visible. El ático de Ethan sería la opción más segura, pero eso conlleva sus propios peligros. Emocionales.

Y el bebé…

Un temblor me recorre al pensarlo. Me pongo una mano sobre el vientre de nuevo y respiro, intentando centrarme. «Estás bien», susurro, más para mí que para él. «Yo te cuido».

Pero incluso mientras lo digo, vuelvo a oír el leve eco de unos neumáticos. Me acerco a la ventana y miro por entre las lamas. Nada.

Llaman a la puerta —fuerte, con urgencia—, atravesando mis ya deshilachados nervios. Me estremezco, con la espalda tensa como un resorte mientras el pánico se apodera de mi pulso. Es demasiado pronto después de lo del coche, demasiado pronto después del mensaje. Estoy a medio camino de la puerta cuando me doy cuenta de que me tiemblan las manos otra vez.

Me acerco a la mirilla, con la respiración contenida en algún lugar entre las costillas y la garganta. Y ahí está mi caballero de brillante armadura, si tan solo le dejara entrar. Parpadeo dos veces, pero no estoy alucinando. Está ahí de verdad, al otro lado de la puerta, con una chaqueta negra, los hombros tensos y la mirada afilada incluso a través del cristal deformado. Entonces, su voz rompe el silencio, con un tono claramente molesto.

—Ivy, abre.

Me quedo mirando un segundo más, algo dentro de mí se deforma bajo el influjo de su presencia. Y entonces, abro la puerta lentamente. Él ya está a medio camino del umbral para cuando yo retrocedo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, deseando poder sonar más desafiante de lo que sueno. La verdad es que me alivia verlo.

Sus ojos me recorren en un único barrido: el pelo húmedo por mi anterior sudor de pánico, la sudadera con capucha subida hasta la barbilla, un sonrojo que no puedo ocultar. Cierra la puerta a su espalda con un poco más de fuerza de la necesaria. —Deberías haberme llamado.

—No he…

—No lo hagas —me interrumpe, y por un momento creo que va a gritar. Pero Ethan no grita. Nunca lo necesita. Su furia reside en la

forma en que te mira. En la forma en que se queda, perfectamente quieto, como si contuviera algo con ambas manos.

Pasa a mi lado y se detiene justo antes de la cocina. Su atención se fija en los fogones aún encendidos por el hervidor, en la esquina de la alfombra levantada de cuando entré corriendo. —¿Qué ha pasado?

—Nada. —Me cruzo de brazos y odio la forma en que parece una armadura—. Estoy bien.

—Ivy.

Su voz es baja, plana, pero la siento por todas partes.

—Había un coche —admito, evitando su mirada—. Aparcado fuera cuando llegué a casa. Creo que lo vi anoche también. Pensé que quizá solo estaba… imaginando cosas. Pero estaba ahí. Y luego no. No sé qué vi.

—Sabes lo que viste —me corrige, frunciendo el ceño—. ¿Era alguien de tu pasado?

—No lo sé.

—¿Estás en peligro, Ivy? —pregunta de nuevo, esta vez más despacio.

Le sostengo la mirada entonces, y toda la lucha se desvanece de mí. —Creo que sí.

El silencio que sigue se alarga, tenso. Ethan se da la vuelta, como si no pudiera soportar mirarme ni un segundo. Tiene la mandíbula apretada; el músculo se le contrae a un lado de la cara. Cuando por fin habla, su voz es más baja, pero vibra con ardor.

—¿Por qué no me has llamado?

Trago saliva. —Porque anoche pensé que no era nada.

Su mirada vuelve a la mía bruscamente. —Había alguien fuera de tu apartamento.

Retrocedo hacia la encimera, necesitando algo a lo que agarrarme. —Pensé que quizá estaba exagerando.

—No lo haces.

Su voz es cuidadosamente tranquila, pero el filo que hay debajo corta profundamente. Se acerca un paso más. —Puedes seguir mintiéndote a ti misma, Ivy, pero yo ya me he cansado de que me mientas a mí.

Abro la boca. Intento decirle que se vaya, decirle que puedo manejarlo. Pero las palabras se marchitan en mi lengua.

Ethan se endereza, con una mano rodeando el respaldo de una silla cercana y la otra a un lado. Sus ojos están fijos en los míos, esperando algo que no sé cómo dar.

—No puedes arreglar esto, Ethan —susurro, desesperada por encontrar algún punto de apoyo—. No puedes.

Le veo tragar saliva lentamente. Luego, su aliento se desenrosca entre nosotros como el calor. —Mírame.

Antes de que pueda formar un solo pensamiento, me atrae a sus brazos, y mi cuerpo cede sin dudarlo. No hay espacio entre nosotros, ni lugar para la resistencia. Se me corta la respiración mientras me lleva en brazos por la habitación, su agarre inquebrantable, como si hubiera tomado una decisión y nada pudiera hacerle cambiar de idea.

La mesa golpea la parte de atrás de mis muslos. Me deposita sobre ella, pero sus manos nunca me sueltan. Se deslizan lentamente por mis costados, recogiendo la tela de mi vestido y arrugándola alrededor de mi cintura. Baja la mirada, abrasadora mientras se posa en la seda entre mis muslos. Por un momento, no se mueve, solo

mira como si estuviera memorizando la imagen de mí así: abierta, esperando, suya.

Entonces, un dedo engancha el borde de mis bragas y las desliza hacia abajo con una lentitud exasperante.

—Esta noche no estoy para juegos —dice, con la voz melosa y empapada de intención.

—Ethan… —Mi voz tiembla al pronunciar su nombre, pero no termino. Él baja la cabeza entre mis muslos, y la primera pasada de su lengua me deja sin aliento.

12

IVY

Sus labios son fuego.

No hay preliminares. Ni un calentamiento lento. Solo un calor que lo consume todo mientras Ethan aferra su boca a mi coño y toma lo que quiere. Su lengua se clava en mí, húmeda y codiciosa, abriéndome a lametones como si fuera lo más dulce que ha probado en su vida.

Estoy despatarrada en el borde de la mesa, con el vestido arremangado en la cintura y las rodillas sobre sus hombros. Él está de rodillas, con la cara enterrada en mi sexo como si ese fuera su lugar, como si nada más en el mundo importara.

La primera pasada de su lengua por mis pliegues me hace estremecer. La segunda me arranca un gemido, con las caderas ya elevándose, anhelando más.

Gime contra mí y el sonido hace que mi clítoris palpite. Un brazo me rodea el muslo con fuerza, anclándome. El otro me agarra por debajo del culo, levantándome, inclinándome para encontrar su boca. Intento moverme, abrumada, pero él gruñe.

—Quieta —brama, con la boca rozando mi carne empapada—. Déjame tenerte.

Y lo hace. Dios, vaya si lo hace.

Al principio me lame despacio —pasadas largas, con la boca abierta, que me dejan jadeando— y luego cambia a lametones rápidos y lascivos sobre mi clítoris. Vuelve a bajar, su lengua trabajando mi entrada, húmeda y hambrienta, gimiendo como si se estuviera emborrachando de mí. Entonces lo hace: muerde. No con fuerza, solo un pellizco brusco justo en los labios de mi sexo.

Grito, mis piernas se sacuden, y lo hace de nuevo.

—¡Joder, Ethan!

—¿Te gusta eso? —Su voz es ronca, obscena—. ¿Quieres que muerda este coño tan bonito mientras te como viva?

Ni siquiera puedo responder. Él ya se está moviendo de nuevo, succionando mi clítoris con fuerza y luego pellizcando el capuchón con la presión justa para hacer que mi espalda se arquee sobre la mesa. Introduce dos dedos sin avisar, enroscándolos rápida y profundamente hasta que me quedo sin aliento.

—¡Oh, Dios mío!

Hace presión hacia arriba, dando en ese punto perfecto, su lengua rodeando mi clítoris en círculos prietos y brutales. Luego aplana la lengua y succiona. Con fuerza.

El orgasmo me golpea tan rápido que me roba el aliento de los pulmones. Grito, mi cuerpo se tensa y entonces me corro a chorros: las piernas me tiemblan, el coño me palpita, un torrente se derrama sobre su boca.

Él gime contra el líquido como si estuviera orgulloso de lo que ha hecho, como si quisiera cada gota. No para: sigue jodiéndome con los dedos, sigue succionando mi clítoris durante el orgasmo, haciéndome retorcer, sobreestimulada y chorreando.

—Dios, mírate —gruñe contra mí—. Jodidamente empapada. Me has puesto la cara perdida, nena.

Su boca regresa, más suave ahora, pero todavía implacable. Lo lame todo, me limpia con pasadas lentas y deliberadas que me hacen estremecer y temblar. Su barba raspa mi piel sensible mientras me besa la cara interna de los muslos y luego vuelve a morder: posesivo, casi brutal.

Cuando finalmente se levanta, tiene la boca reluciente, la mandíbula enrojecida y los ojos oscuros de deseo. Parece un hombre que ha saboreado su propósito y ha decidido que nunca lo dejará ir.

—Debería mantenerte aquí —dice, con la voz baja y destrozada—, en esta mesa, con el coño húmedo y abierto para mi polla hasta que no puedas caminar derecha.

Y lo peor de todo es que lo quiero. Cada puto segundo. Así que le miro fijamente, con la boca entreabierta, y me lamo el labio inferior. —¿Qué tal si me lo demuestras?

No me da ni un momento para recuperarme. En un segundo, su boca está húmeda y caliente entre mis piernas. Al siguiente, jadeo mientras él se aparta y ya se está bajando los vaqueros lo justo para liberar su polla.

Es gruesa, enrojecida, goteando líquido preseminal por la punta y, joder, parece furiosa.

—Tú querías esto —dice, acariciándosela mientras se acerca—. Así que ahora te la vas a tragar.

—Sí —respiro. Mi voz ya tiembla—. La quiero toda.

Me agarra de los muslos, tira de mí hasta el borde de la mesa y se alinea sin dudarlo. La cabeza de su polla presiona mi entrada, separándome centímetro a centímetro hasta que se clava dentro de una sola embestida.

Grito, con la cabeza echándose hacia atrás. La sensación de plenitud es demasiado, y sin embargo no es suficiente.

—Joder —gime con los dientes apretados—. Estás tan jodidamente apretada. Mira cómo me aprietas.

Se retira y embiste de nuevo, más fuerte, más profundo. Me deslizo un centímetro sobre la mesa por la fuerza y él sonríe como si le encantara.

—Voy a destrozarte este coño —murmura, agarrándome las caderas con tanta fuerza que sé que luego lo notaré—. Para asegurarme de que nadie más pueda tocarte sin saborearme a mí.

Gimo cuando vuelve a tocar fondo. Mis manos se agitan buscando el equilibrio y finalmente se aferran al borde de la mesa mientras él acelera el ritmo.

Me jode con fuerza, pero no sin cabeza. Observa cada reacción, cada respiración, cada espasmo de mi cuerpo. Su polla roza ese punto dentro de mí que hace que se me nuble la vista, una y otra vez, hasta que estoy empapada y temblando, apretándome a su alrededor con cada embestida.

La mesa cruje bajo nuestro peso y aun así me jode más fuerte. Cada movimiento me arranca un jadeo.

—Sí, *sí*, Ethan —gimoteo, con la voz aguda y frenética—. Así. Dámelo. ¡Soy tu chica buena, por favor!

Sus manos aprietan. Sus caderas se estrellan hacia delante, enterrando su polla hasta la empuñadura.

—Dilo otra vez.

—Soy tu chica buena.

Él gruñe, me agarra por los muslos y me *levanta*, con la polla aún enterrada dentro de mí. Mis brazos se envuelven alrededor de su

cuello mientras me lleva por la habitación como si no pesara nada, todavía empalada en él, cada paso haciéndome jadear.

—No me dejes caer —jadeo contra su hombro, aferrándome más fuerte.

—Nunca. —Tiene los labios en mi oreja, su aliento caliente—. Eres mía, nena. Y voy a joderte hasta que lo grites.

Se deja caer en la cama, cayendo hacia atrás conmigo a horcajadas sobre su regazo. Su polla se desplaza profundamente dentro de mí mientras me incorporo, con los muslos temblando. Pero no dura mucho. Apoya los pies y embiste con fuerza hacia arriba, y yo grito, con mi cuerpo golpeando contra él una y otra vez.

Mis manos buscan a tientas su pecho mientras me jode desde abajo, con los ojos clavados en los míos.

—¿Sientes eso? —dice entre dientes—. Eso es lo que pasa cuando mi chica buena pide polla.

—Ethan…

—No dejes de hablar.

—Me encanta tu polla —grito, mis caderas balanceándose para recibir cada embestida—. Me encanta cómo me usas. ¡No pares, por favor, no pares!

Se mueve debajo de mí. De repente, estoy boca abajo, con la cara pegada al colchón, y él está detrás de mí, levantándome las caderas.

Entonces vuelve a clavarse en mí, más profundo ahora, más duro en este ángulo, y yo grito su nombre.

Su mano se enreda en mi pelo, tirando de mí hacia atrás lo justo.

—Qué chica tan buena —gruñe en mi oído—. Te lo tragas todo, ¿verdad?

—Sí, sí, me lo tragaré… ¡Me lo tragaré todo, Ethan!

Empuja más fuerte, su polla golpeando profundo, el sonido húmedo de nuestros cuerpos sucio y rápido. Su otra mano me agarra la cintura, guiándome hacia cada embestida, hasta que el ritmo es despiadado.

Sollozo contra el colchón, abrumada, abierta en canal, pero me *encanta*.

—No puedo… Voy a…

—Vas a correrme para mí —brama—, y luego voy a seguir hasta llenarte este coño con cada gota que tenga.

Mi cuerpo se tensa. Mi orgasmo me desgarra, tan agudo y absorbente que grito, con la boca abierta contra las sábanas, todo mi cuerpo convulsionando alrededor de su polla.

Sigue jodiéndome a través de él, como si *necesitara* sentir hasta el último temblor.

Entonces su mano se aparta de mi cadera. Sube por mi estómago, luego más arriba, hasta que me ahueca un pecho, apretando con fuerza. Su pulgar roza el pezón, provocando, rodeándolo y luego pellizcando con la fuerza justa para hacerme jadear.

—Te encanta que te toque aquí —dice, con voz grave y oscura—. Te pones blandita para mí en cuanto te pongo las manos encima de estas tetas.

Me arqueo hacia él, necesitada y desesperada, rogando en silencio por más.

Se inclina sobre mí, arrastrando su boca caliente por mi columna. Cuando llega a mi hombro, muerde, y no con suavidad. Grito, mi centro contrayéndose a su alrededor.

—Oh, eso es —gime—. ¿Sientes eso? Te gusta que te muerda, ¿verdad?

Asiento, jadeando. —Sí. Más fuerte. Por favor, Ethan.

Su mano deja mi pecho, se desliza entre mis piernas, y entonces me frota el clítoris en círculos apretados mientras sigue embistiéndome por detrás. Me tiemblan los muslos. Mis brazos casi ceden.

—Ya estás temblando —dice, petulante y brusco—. ¿Vas a correrte para mí otra vez?

—No puedo —sollozo—. Es demasiado…

—Sí que puedes. —Me da una palmada en el culo, no juguetona, sino de castigo—. Vas a correrte cada vez que te lo ordene.

Mi orgasmo crece demasiado rápido para luchar contra él. Mi cuerpo se tensa, mi respiración se detiene y exploto: fuerte, incontrolable, empapando su polla mientras grito su nombre.

Él sisea y luego gruñe de forma profunda y posesiva.

—Me estás jodidamente empapando. Goteas por mis huevos, nena. ¿Te gusta ponerme perdido?

—Sí —susurro, medio rota—. Me encanta. Quiero sentirte correrte dentro de mí.

—¿Quieres ordeñarme, cariño?

—Te quiero tan dentro que te sienta durante días.

Entonces es cuando me agarra. Simplemente me rodea la cintura con ambos brazos, se retira y me gira. Mis piernas apenas me sostienen, pero él me sujeta, me levanta sobre su regazo y me hunde de nuevo en su polla mientras estamos cara a cara.

Gimo en su boca mientras me besa: un beso húmedo, abierto, desordenado. Sus manos recorren mi espalda, mi culo, y una se desliza de nuevo entre mis piernas mientras me folla desde abajo.

Ahora lo cabalgo, con los muslos en tensión, los pechos botando con cada movimiento, y él no me quita las manos de encima ni un segundo. Con una me retuerce el pezón, con la otra me rodea de nuevo el clítoris, y en el momento en que grito, cambia de postura.

Sus labios envuelven mi pezón, su lengua lo recorre y lo succiona, sus dientes lo rozan lo justo para hacerme estremecer y gemir más fuerte.

—Dios, qué bien sientas —jadeo, moviendo las caderas más rápido, desesperada.

Él echa la cabeza hacia atrás. —Cabálgame. Ordéñame. Quiero sentir cómo me exprimes cada gota de la polla.

Y lo hago. Me follo contra él, con los muslos ardiendo y el coño palpitando. Y cuando me estiro entre los dos para cogerle los huevos y apretarlos suavemente, pierde el control.

Aprieta los dientes, me empuja con fuerza sobre su polla una última vez y se corre; calientes y espesas pulsaciones me inundan tan adentro que puedo sentir cómo se estremece dentro de mí. Gruñe mi nombre como si quisiera marcármelo a fuego en la piel.

Y sigue duro, sigue dentro de mí... *¿cómo demonios es eso posible?* Se acerca, su voz caliente en mi oído. —Ponte de rodillas. Aún no he terminado contigo.

Estoy hecha un desastre, chorreando su semen, dilatada e hipersensible, pero cuando Ethan da una orden, mi cuerpo obedece antes de que mi mente pueda reaccionar. Me deslizo de su regazo con las piernas temblorosas y me giro hacia él, arrastrándome por el colchón hasta que quedo a cuatro patas. Mi pecho se hunde en la cama mientras mi culo queda en alto, expuesto y sonrojado, y le oigo gemir detrás de mí. —Joder, nena.

Su mano me agarra la cadera. La otra me abre, sus dedos separando mis pliegues hinchados. —Estás chorreando por las sábanas. Mira eso, mi corrida goteando de este coño perfecto.

Gimo, con la cara enterrada en el colchón. Entonces él está ahí, grueso, de alguna manera todavía duro como una roca, arrastrando la punta de su polla por mi humedad. La frota arriba y abajo, provocando en mi entrada, restregando su propia corrida de nuevo

en mí. Intento echarme hacia atrás, desesperada por sentirlo otra vez, pero me agarra la cadera y me sujeta.

—No, no. Solo recibes lo que te doy. Nada más.

Se me corta la respiración mientras se alinea de nuevo. Esta vez, la primera embestida es más lenta. Se hunde centímetro a centímetro, dilatándome de nuevo por completo. Mi gemido es largo, tembloroso, desvalido.

Empieza a moverse, balanceando las caderas. Grito con cada embestida, empujando hacia atrás, buscando el roce de su polla sobre cada terminación nerviosa. Me folla como si fuera de su propiedad. Como si no hubiera terminado de demostrar que le pertenezco.

—Lo querías duro —gruñe, una mano deslizándose por mi espalda, presionándome más profundamente contra el colchón—. Pues tómalo. Déjame follarte hasta abrirte de nuevo.

Empuja más fuerte. Más profundo. Mi culo azota contra sus caderas con cada movimiento, un sonido fuerte y húmedo, y mis gemidos se elevan cada vez más.

—Tócate —dice de repente.

Obedezco, deslizando los dedos entre mis muslos, rodeando mi clítoris. Mis paredes se contraen a su alrededor mientras me froto rápido y desesperada, ya cerca de nuevo.

—Eso es —dice, jadeando—. Córrete mientras te follo este coño hasta dejarlo en carne viva.

Balbuceo ahora. No puedo quedarme quieta. No puedo contenerme.

—Por favor, Ethan. Por favor, voy a—

—Te correrás cuando yo lo diga.

Me quejo, mordiendo las sábanas.

Cambia de ángulo, una mano agarrándome el hombro, la otra deslizándose bajo mi cuerpo para ahuecarme un pecho, apretándolo con fuerza mientras me folla por detrás. Ahora su polla golpea más profundo, con la curvatura justa, rozando ese punto que me hace gritar.

—Ahora.

Me hago añicos. El orgasmo me desgarra, duro y rápido, el placer cayendo como un rayo, todo en mí pulsando y convulsionando a su alrededor. Grito su nombre contra las sábanas mientras me corro, mi coño ordeñándolo en oleadas.

Ethan gime como si lo hubiera roto de nuevo. Sus caderas se estrellan hacia delante, su polla latiendo dentro de mí, y se corre otra vez con un sonido gutural que hace que mi espalda se arquee.

Pulsaciones calientes y espesas vuelven a inundarme. Su agarre en mi cadera se tensa mientras se vacía en mí, su polla temblando hasta que no queda nada. Se desploma sobre mi espalda, ambos sin aliento, empapados en sudor, completamente agotados.

Ethan no se retira de inmediato. Se queda dentro de mí, con el pecho pegado a mi espalda, su mano extendida sobre mi cintura como si se estuviera anclando a sí mismo. O quizá a mí.

Su aliento es cálido en mi cuello. Puedo sentir la subida y bajada de su pecho, la forma en que se estremece cada pocos segundos como si aún estuviera bajando del subidón. Ninguno de los dos habla, no hasta que se acerca y deposita un beso entre mis omóplatos. Suave. Lento. Nada que ver con la forma en que acaba de follarme.

—¿Estás bien? —murmura contra mi piel.

Asiento hacia las sábanas, con la voz todavía temblorosa. —Sí.

—¿Seguro?

Hay algo en su voz ahora. Áspera, pero más baja. Protectora. Le he oído gruñir. Le he oído ordenar. Pero esto es diferente.

Giro la cabeza, lo justo para que vea mi cara. —Estoy más que bien.

La comisura de sus labios tiembla como si no me creyera del todo, como si necesitara más que palabras.

Así que busco la mano con la que todavía me agarra la cadera y entrelazo mis dedos con los suyos. Me aprieta la mano al instante, anclándome a la realidad.

—¿No te he hecho daño? —pregunta, ahora en voz más baja.

Sonrío, con la respiración todavía entrecortada. —Solo de la manera que yo quería.

Eso le arranca una risa pequeña y retumbante. Finalmente se retira, lenta y cuidadosamente, y me muerdo el labio por el roce hipersensible. Siento cómo su semen se me escurre en el momento en que se va. Mis muslos se contraen. Estoy hecha un desastre.

Me duele todo el cuerpo en sitios que había olvidado que existían. Y, sin embargo, es lo más viva que me he sentido en todo el año, quizá en toda mi vida, excepto cuando supe que iba a ser madre. Un sollozo me sube por la garganta, pero me lo trago y lo reprimo.

Quiero decírselo. No porque tenga que hacerlo. No porque se me esté acabando el tiempo o las opciones. Sino porque de alguna manera, imposiblemente, confío en él.

Pero ¿y si me equivoco? ¿Y si en el momento en que abra la boca, en el momento en que le entregue la verdad, todo se acaba? ¿Y si se aleja, dice lo que no debe, me mira de otra manera? ¿Y si el ardor en sus ojos se convierte en distancia o, peor, en lástima?

Y Dios, ¿y si se queda, solo para que Daniel le clave sus garras como me las ha clavado a mí?

Daniel no necesita amor para herir a alguien. No necesita una debilidad que explotar, la crea. Y Ethan, con toda su fuerza, su silencio y sus sombras, podría ser más vulnerable de lo que él mismo cree.

Si Daniel lo supiera, si descubriera que Ethan es el padre, lo usaría como arma. Y tal vez no solo tengo miedo de lo que Ethan hará cuando se lo diga. Tal vez estoy aterrorizada de lo que Daniel hará si Ethan decide quedarse.

Quiero quedarme en este momento, en la cálida y enredada quietud que hemos creado entre nosotros, pero el dolor entre mis muslos y la creciente marea de pensamientos en mi pecho ya me están sacando de él.

—Debería ducharme —murmuro.

No responde de inmediato, solo presiona un último beso en la parte de atrás de mi cuello y luego se incorpora, levantándose de la cama para coger la manta de donde se había caído al suelo.

Me deslizo de debajo de él lentamente, haciendo una pequeña mueca al moverme, pero él ya está a mi lado, ayudándome a estabilizarme sin darle mayor importancia. Hay algo cuidadoso en la forma en que me toca ahora, como si supiera que todavía estoy al borde de algo a lo que no le he puesto nombre.

El cuarto de baño es pequeño y se llena de vapor en segundos, y mientras estoy bajo el agua, dejando que recorra mi cuerpo, me presiono una mano en el vientre, donde la alegría aún perdura como un silencioso recordatorio.

Cuando por fin salgo, con la piel húmeda y el pelo recogido en un moño suelto, la habitación está en penumbra pero, de alguna manera, es más cálida. Ethan ha vuelto a colocar el edredón en su sitio y ha encendido la lámpara de la mesilla de noche. Está de pie junto a la ventana, sin camiseta, con una mano acunando una taza y la otra metida en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Cuando me ve, su mirada se suaviza.

—¿Estás bien?

Asiento, abrazándome a mí misma. —Sí.

Se acerca y me tiende la taza. Está caliente en mis manos, dulce y densa, y el primer sorbo me dice que es una especie de chocolate caliente delicioso. Ni siquiera sabía que había chocolate en la nevera, pero joder, qué bueno está. No es instantáneo. Es un cacao de verdad, espeso, demasiado indulgente para estas horas de la noche.

—No tenías por qué—

—Parecía que necesitabas algo reconfortante.

Consigo soltar una risa tranquila, de esas que no llegan a los ojos. —No te equivocas.

Nos quedamos así un momento, sin tocarnos, solo respirando en el espacio silencioso que está lleno de tantas cosas no dichas. Vuelvo a sorber de la taza, observándolo por encima del borde. No presiona. No insiste. Solo espera.

—No quiero estar sola esta noche —digo finalmente. Mi voz es suave, vacilante—. Pero solo por esta noche, ¿vale?

Él suelta una pequeña risa resignada. —Vale.

—Lo digo en serio, Ethan. —Intento sostenerle la mirada, aunque me duela decirlo—. Es solo por esta noche.

Él asiente. —Lo sé.

No pide más, no intenta negociar un espacio que no le estoy ofreciendo. En cambio, me quita la taza de las manos, la deja a un lado y me envuelve los hombros con el edredón, metiéndolo suavemente bajo mis brazos como si pudiera deshacerme si me soltaba.

—Ven aquí —murmura.

Dejo que me lleve hacia la cama, sus manos cálidas y firmes mientras me guía bajo las sábanas. Cuando se acuesta a mi lado, no es de forma posesiva. Es silenciosa. Cuidadosa. Su brazo se desliza

de nuevo alrededor de mi cintura, como antes, con la palma descansando sobre la parte baja de mi vientre.

Me acomodo contra él, dejando que la tensión se drene lentamente de mis hombros, aunque la presión detrás de mis costillas permanece. Mi mano baja, cubre la suya, y cierro los ojos. En este momento de quietud, con la respiración de Ethan rozando la parte de atrás de mi cuello y la ciudad durmiendo fuera, dejo que vivan dentro de mí.

El bebé es tuyo.

Tú eres el padre.

Y no sé qué pasará cuando lo diga.

No sé si te quedarás.

No sé si esto que hay entre nosotros es lo suficientemente fuerte como para sobrevivirlo, o si se desmoronará bajo el peso de todo lo que nunca dijimos.

Pero quiero creer que esta vez podría ser diferente.

Quiero creer que decirte la verdad no lo arruinará todo, que quizá sea la única forma de que lleguemos a algo real.

Y, sin embargo, el miedo se asienta pesadamente en mi pecho, enroscándose con fuerza alrededor de mis costillas.

Porque si me equivoco y te vas, si Daniel se entera, si esto acaba como todas las demás cosas en mi vida, entonces no solo te perderé a ti. Perderé esta frágil y aterradora esperanza a la que me he estado aferrando.

13

IVY

Cuando me despierto, el apartamento está en silencio, y el suave resplandor de la mañana se cuela por los bordes de las cortinas. Las sábanas aún conservan el calor del cuerpo de Ethan y, sin pensar, me acurruco en ese hueco, inspirando los rastros que ha dejado en la almohada. Tengo un dolor entre los muslos, agudo y dulce. Me saca los colores y hace que hunda más la cara en el algodón, con los ojos cerrados y el corazón latiendo despacio.

Se ha ido. Sabía que lo haría. No se le oye moverse por el apartamento, ni silbar la tetera, ni sus pasos firmes cruzando el suelo con precisión quirúrgica. Aun así, por un momento, siento como si estuviera aquí. Me quedo así más tiempo del que debería, enredada en unas sábanas que huelen a sexo, a calor y al tipo de consuelo que había olvidado cómo desear.

El móvil vibra sobre la mesita de noche. Me giro sobre un costado y lo cojo sin abrir los ojos.

Un mensaje de Drew.

¿Comemos hoy? A Blair le apetece tailandés y quiero verte la cara. ¿A mediodía? Besos.

Debajo, veo otra notificación. Y luego otra. Mensajes de números desconocidos, con fechas de los últimos días. Toco la pantalla una vez.

Tu gusto en hombres va a peor. Me pregunto qué haría Ethan si supiera toda la verdad. No se te da muy bien huir, nena.

Siento una opresión en el pecho. Dejo el móvil boca abajo, me trago las náuseas que me arañan la garganta y me arropo más con la manta. Se me queda un sabor amargo cada vez que pienso en anoche. No porque me arrepienta. No lo hago. Ni de lejos. Sino porque sé que estoy bailando sobre el filo de una navaja, y le acabo de dar a Ethan una forma mejor de agarrar la empuñadura.

No me había pedido nada cuando se fue. Ni promesas. Ni palabras que se quedaran flotando en el aire. Solo el roce cálido de sus labios en mi hombro, una mano apartándome el pelo de la mejilla y el sonido de su voz grave contra mi piel.

—Tengo que irme. Me han llamado de urgencias.

Yo había mantenido los ojos cerrados, con demasiado miedo de lo que podría decir si lo miraba. Se había vestido deprisa, metódicamente, como si estuviera acostumbrado a dejar las cosas atrás. Cuando la puerta por fin se cerró, conté hasta sesenta antes de permitirme respirar.

Ahora, en la calma que ha quedado, intento reconstruir los muros que había derribado con tanto esmero la noche anterior. Fue un momento. Un desliz. Nada más.

Para cuando consigo salir de la cama y meterme en la ducha, la mentira ya resulta más fácil de creer. El agua caliente me alivia el dolor de las extremidades, pero no la tensión que se me enrosca bajo la piel. Me pongo un jersey holgado y unos vaqueros oscuros, me recojo el pelo en un moño bajo y me obligo a afrontar el día.

Primero, la compra. Luego, la farmacia. Luego, la cafetería a dos manzanas con ese expreso amargo que odio, pero con esos asientos

junto a la ventana que me encantan. Me acomodo allí con el portátil, contestando a medias correos del trabajo, escuchando a medias el murmullo de las conversaciones a mi alrededor.

El ruido, el movimiento, la normalidad, ayudan un poco.

Pero hay una sensación agria que no sé nombrar. La nuca me hormiguea cada vez que se abre la puerta. Levanto la vista cada vez que entra un hombre alto con un abrigo oscuro. Finjo no darme cuenta de que mis manos se posan constantemente en mi vientre, plano, pero ya no vacío. Un escudo que llevo conmigo aunque nadie más pueda verlo.

A las once y media, cierro el portátil y me dirijo al restaurante que ha mencionado Drew. Es un local pequeño y tranquilo, escondido junto a una hilera de floristerías y papelerías. El tipo de sitio que huele a hierbalimón y albahaca en cuanto abres la puerta. Él ya está allí, haciéndome un gesto para que me acerque mientras le sujeta la mano a Blair con la otra.

—Llegas tarde —bromea mientras me siento en el reservado, frente a ellos.

—Estoy embarazada. Legalmente, tengo permiso para llegar tarde a todo.

Blair se ríe.

—No le falta razón.

Pedimos rápidamente: pad thai, curry rojo, arroz extra. La conversación fluye con facilidad, saltando de cotilleos familiares al tráfico de la ciudad y a la nueva obsesión de Blair con los caramelos ácidos. Drew me hace un par de preguntas cuidadosas sobre el alquiler, sobre cómo me las estoy arreglando, pero no insiste. Lo intenta. Se le nota. Intenta estar presente sin agobiar. Intenta que todo sea ligero.

Pero, bajo la superficie, sé que me está observando, que nota la ligera tensión en mi sonrisa, la forma en que mis hombros no se relajan del todo. Siempre ha sido demasiado perspicaz para su propio bien.

—¿Todo bien? —pregunta cuando Blair se ha ido al baño y no hay nadie lo bastante cerca para oírnos.

Lo miro a los ojos y fuerzo una sonrisa lo justo.

—Todo bien.

Me estudia. Lo veo: esa parte de él que quiere indagar, esa parte que se pregunta si debería sacar su lado de hermano mayor y presionar hasta que me rompa. Pero no lo hace.

—Vale —dice finalmente, con voz calmada—. Pero si deja de estar bien…

—Lo sé.

Él asiente y algo en su expresión se suaviza.

—Bien.

La comida termina antes de que esté lista. Esa misma sensación de inquietud se me enrosca en la columna. La acera parece demasiado silenciosa. Las sombras se alargan un poco más. Miro por encima del hombro y no veo nada, pero mis pies aun así se mueven más rápido. Aprieto con fuerza la correa de mi bolso.

No hay nadie detrás de mí.

Ningún paso que no vaya acompasado con los míos.

Y, sin embargo, no puedo quitarme la sensación de que alguien me está observando. Esperando.

El café que había planeado tomarme se convierte en una intención olvidada. La calle se ha quedado demasiado quieta.

Tardo un segundo en comprender por qué he dejado de respirar. Un momento estoy caminando junto a Drew y Blair, escuchando sus voces tranquilas, riendo por algo que apenas he registrado; al siguiente, mis pies se detienen sin previo aviso, como atrapados por una corriente que no puedo ver.

Al otro lado de la calle, justo detrás de la fila de coches aparcados, está Daniel.

Apoyado en un reluciente coche negro que no pertenece a esta parte de la ciudad, tiene exactamente el mismo aspecto que recordaba: impecable con una camisa de cuello abierto y un abrigo entallado, su postura informal, su expresión todo lo contrario. No finge mirar a otra parte. No se esconde. Me está mirando a mí, solo a mí, como si este hubiera sido el plan desde el principio.

La sangre se me hiela en las venas. No hay forma de confundir la lenta curva de su boca, esa sonrisa familiar que siempre ponía cuando sabía que había ganado algo. La clase de sonrisa que nunca le llegaba a los ojos.

Debo de parpadear. Debo de hacer algo, porque el siguiente sonido que oigo es el de Drew pronunciando mi nombre, las sílabas distantes y afiladas, como si atravesaran el agua. Consigo asentir. Incluso fuerzo una pequeña risa, fingiendo que me he distraído con un escaparate. Pero las piernas me tiemblan y ya estoy calculando lo rápido que puedo volver al Airbnb.

Daniel no se mueve. Se queda ahí, con una mano apoyada con ligereza en el techo del coche, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si hubiera estado esperando a que me diera cuenta de su presencia.

Y, Dios, claro que me doy cuenta. Me doy cuenta de cada detalle. La calma en su rostro. La precisión de su postura. La certeza de que sigue teniendo el control.

No recuerdo haberme despedido de Drew ni de Blair. No recuerdo haberme alejado. Solo que me falta el aire para cuando doblo la esquina y que el ruido de la ciudad ya no me hace sentir invisible.

De alguna manera, consigo llegar a casa sin derrumbarme. No recuerdo haber abierto la puerta. Solo sé que se cierra detrás de mí con demasiada fuerza y que me tiemblan los dedos mientras echo todos los cerrojos. Uno. Dos. Tres. Y otra vez, por si acaso.

El silencio del interior es peor que cualquier ruido que la calle pudiera ofrecer. Pesa en la habitación, lleno del eco de lo que no he dicho en voz alta. Que me ha visto. Que ha dejado que lo viera. Que todo lo que he hecho para ir un paso por delante de él no ha sido suficiente.

Me muevo como si intentara que no me vieran, aunque estoy sola. El abrigo cae sobre el respaldo de una silla. Los zapatos aterrizan cerca de la puerta sin su estrépito habitual. El móvil vibra sobre la mesa donde lo dejé antes y doy un respingo.

Es solo un mensaje de Blair preguntándome si he llegado bien a casa. Empiezo a escribir algo tranquilizador y me detengo a la mitad. Bajo la mano, con la pantalla todavía encendida. Y debajo del hilo de mensajes, veo los otros. Los más antiguos. Los que debería haber borrado, pero no lo hice.

Eres tan fácil de seguir, nena. ¿Creías que no sabría dónde estás?

Miro las palabras hasta que se vuelven borrosas.

Toda la calidez de la comida, de la risa fácil de Drew y de las bromas amables de Blair, se drena de mi cuerpo como si alguien hubiera abierto una espita. Me dejo caer en el sofá sin querer, con las rodillas pegadas al pecho, aferrando el móvil entre las manos como si pudiera convertirse en un arma o en un escudo según la fuerza con la que lo sujete.

Quiero creer que es una coincidencia. Que quizás solo estaba de paso. Que quizás ni siquiera me ha visto. Pero sé que no es así.

Daniel nunca hace las cosas a medias. Si ha dado la cara hoy, ha sido intencionadamente.

Quería que lo viera. Quería que recordara que siempre está un paso por detrás, que nunca se ha ido del todo, que siempre está acechando.

Mi respiración se acelera de nuevo. Apoyo la palma de la mano sobre el pecho, intentando recuperar la compostura. Pero el peso es demasiado, demasiado rápido, y por primera vez en días, siento esa horrible oleada de pánico que me invade sin piedad.

Me levanto. Paseo de un lado a otro. Intento decirme que esto no cambia nada, pero sí que lo hace. Lo cambia todo.

Sé lo que debería hacer. Debería llamar a la policía. Debería denunciar que lo he visto, darles todos los mensajes que me ha enviado, suplicarles que se lo tomen en serio. Pero también sé cómo funciona este juego. Daniel tiene dinero. Influencia. Amigos en los sitios adecuados. Un largo historial de hacer que las mujeres parezcan locas antes de que el sistema por fin escuche.

Necesitarán pruebas. Y no tengo ninguna. Solo mensajes de texto de un número bloqueado y un nombre que me da demasiado miedo decir en voz alta. Miro el móvil de nuevo, con el pulgar suspendido sobre otro nombre. Otro número.

Ethan. Él no pediría pruebas. No esperaría.

Sacudo la cabeza, ahuyentando el pensamiento. No puedo llamarlo. No puedo volver a meterlo en esto. Es peligroso, y no solo para mí. Si Daniel sospecha que Ethan significa algo para mí, la cosa no terminará en amenazas. Lo retorcerá hasta convertirlo en algo más oscuro. Encontrará la manera de castigarlo.

Aun así, no me muevo. Mi pulgar está congelado sobre la pantalla, atrapado entre el miedo y la necesidad.

Por un frágil segundo, cierro los ojos e imagino lo que diría Ethan si estuviera aquí. No me dejaría restarle importancia a esto. Vería a través de cada mentira que intentara contar. Y se enfurecería por no haberlo llamado antes. Mi mano se cierra con más fuerza alrededor del móvil.

No quiero arrastrarlo a esta tormenta. Pero la tormenta ya está aquí.

Y puede que ya no tenga elección.

14

ETHAN

Poco después del mediodía, cuando el cielo es de un plateado desvaído y la ciudad al otro lado de mi ventana resuena con el ajetreo habitual de entresemana, recibo una llamada de Ivy. Contesto sin dudar, sin dejar que suene ni una vez.

—Ivy.

Se produce una pausa al otro lado de la línea. No es el tipo de pausa que significa que está distraída, ocupada o sopesando cómo responder. Es el tipo de silencio que grita que algo va mal y que no sabe por dónde empezar. Me inclino hacia delante, con el codo apoyado en la rodilla y la vista clavada en el horizonte, aunque en realidad no lo veo.

Su voz por fin se oye.

—¿Estás ocupado?

Es el tono lo que me alerta. Apagado, como si lo hubiera ensayado. Una capa de control que no le pega nada. A Ivy nunca se le ha dado bien ocultar lo que siente.

—Puedo hablar —digo con cuidado, intentando no delatar la aceleración de mi pulso—. ¿Qué pasa?

Vuelve a dudar. Oigo el suave temblor en su respiración, como si luchara por no decir algo de verdad.

—¿Podemos hablar luego? ¿En persona?

Mis nudillos se aferran con fuerza al borde del escritorio. No me gusta cómo suena. No me gusta notar el esfuerzo que le supone mantener la compostura.

—¿Dónde estás?

—En el apartamento.

—Llego en veinte minutos.

Emite un pequeño sonido —quizá de asentimiento—, pero no discute. Solo con eso ya sé todo lo que necesito saber.

Cuando llego a su casa, el cielo se ha oscurecido con nubes que amenazan lluvia, pero nunca cumplen. Aparco justo delante, ignorando la señal de zona roja, y subo las escaleras de dos en dos. Ya tengo la mano hecha un puño cuando llamo a la puerta con la fuerza suficiente para que el sonido retumbe por el estrecho pasillo.

Me abre la puerta unos segundos después. No le sorprende verme. De hecho, parece que estuviera esperando justo detrás. Lleva la sudadera con capucha subida hasta el cuello, los brazos cruzados, y hay algo tenso en su expresión que no se relaja cuando nuestras miradas se encuentran.

—Estoy bien —dice antes de que pueda articular palabra.

Entro sin esperar invitación. El apartamento está demasiado silencioso. Ni música, ni el silbido de la tetera, ni velas encendidas en un rincón como de costumbre. Las luces están encendidas, pero el lugar parece abandonado, como si no hubiera estado viviendo aquí realmente. Solo existiendo.

—Ivy —digo, volviéndome hacia ella—. Dime qué ha pasado.

Aprieta la mandíbula, pero no me mira a los ojos. En lugar de eso, pasa a mi lado, tira de la cortina y luego vuelve a comprobar la cerradura, aunque la he visto cerrar detrás de mí.

—Tengo la sensación de que alguien me sigue.

Hace una pausa y traga saliva.

—No te he llamado para darle importancia a una tontería —dice, casi para sí misma.

—Que alguien te siga no es ninguna tontería.

Se estremece. Solo un ligero movimiento del hombro, pero lo veo. Acorto la distancia entre nosotros despacio, sin tocarla, sin agobiarla, pero lo bastante cerca para que se detenga.

—Te creo —aseguro—. Cuando dices que alguien te vigila, te creo. Esas cosas no se inventan, Ivy.

—No tengo pruebas.

—No las necesitas.

Entonces me mira. Está pálida, con la boca apretada, pero sus ojos están vidriosos por el agotamiento y por algo más pesado que el miedo. El tipo de peso que solo cargas cuando llevas tanto tiempo mirando por encima del hombro que olvidas cómo se siente mirar hacia delante.

—Pensé que quizá pararía —murmura—. Pensé que si no respondía, si me mantenía en silencio…

No da nombres, pero tengo una idea bastante clara de a quién se refiere, dado que antes de que Ivy se marchara de la ciudad, solo estuvo con un hombre durante varios años. Hubo rumores entonces, pero ella estaba demasiado alejada de mí como para que yo pudiera hacer algo. Odiaba estar cerca de ella porque me recordaba lo que no podía tener. Pero ahora es diferente.

—¿De verdad crees que los hombres como él funcionan así?

No dice nada.

—Ivy, escúchame.

—Lo hago.

—No, no lo haces. Sigues pensando que puedes manejar esto sola.

No lo niega. Simplemente cambia el peso de un pie a otro, como si el suelo se hubiera vuelto irregular de repente.

—No quiero empeorar las cosas —dice en voz baja.

—¿Para quién?

Abre la boca y la vuelve a cerrar. No pronuncia mi nombre, pero lo oigo de todos modos. Está ahí, en la forma en que mira mis manos, en mi postura. Como si ya se estuviera preparando para las consecuencias.

Retrocedo un paso y me paso una mano por la mandíbula.

—Necesitas un descanso de este sitio.

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—Haz una maleta.

—No.

—Ivy.

—No voy a ninguna parte.

Le lanzo una mirada que la hace vacilar.

—Vienes conmigo.

Vuelve a abrir la boca para protestar, pero la interrumpo.

—No te lo estoy pidiendo. No estás a salvo aquí. Y, te guste o no, no pienso dejarte sola.

Me mira fijamente durante un largo momento. Yo no me muevo. Ni parpadeo. Al final, algo en ella se desmorona lo justo para que vea la respuesta que no quiere decir en voz alta.

Me dirijo hacia el pasillo.

—Diez minutos —le digo, mientras me muevo para comprobar las cerraduras de la ventana trasera—. Coge lo que necesites. Ya nos ocuparemos del resto más tarde.

No me sigue de inmediato, pero oigo sus pasos unos segundos después.

Cuando llego al bordillo, la ciudad ya se está enfriando a mi alrededor. El anochecer se instala, lento y amplio, del tipo que cubre las calles de sombras, pintándolo todo de un azul desvaído y un dorado silencioso. Abro el coche y me apoyo en la puerta del conductor; el metal todavía está tibio por el sol. No miro hacia atrás. No lo necesito. Sus pasos son suaves pero seguros, el ritmo familiar de sus botas contra el hormigón de la escalera la delata.

No hablo mientras se acerca y me conformo con abrir la puerta del copiloto y esperar.

Ivy tampoco dice nada. Se desliza en el asiento, suave y silenciosa, el borde de su abrigo rozando mi brazo mientras cierra la puerta. Su aroma la sigue, vainilla y el más leve rastro del aceite de árbol de té del jabón que usa. No intenta llenar el silencio y, por una vez, yo tampoco.

El motor ruge y cobra vida bajo mis manos. Nos alejamos del bordillo y dejamos la ciudad atrás.

El viaje se extiende ante nosotros como una bocanada de aire que no sabía que estaba conteniendo. Kilómetros de carretera abierta, el horizonte fundiéndose con las colinas, la última luz hundiéndose bajo

una línea de árboles que se espesan a cada curva. La postura de Ivy se relaja centímetro a centímetro, su hombro se acomoda contra el asiento, sus ojos siguen el movimiento de los árboles en lugar de lanzarse al teléfono en su regazo. No hablamos durante los primeros veinte minutos. No hay música. Ni el murmullo de una conversación. Solo el leve sonido de los neumáticos deslizándose sobre el asfalto y el viento rozando el capó mientras la ciudad desaparece por el retrovisor.

Finalmente, me mira de reojo. Su voz es queda, pero más clara de lo que la he oído en días.

—¿Todavía vienes por aquí a veces?

—Hacía tiempo que no —respondo, con los ojos aún fijos en la carretera—. Mi familia dejó de usar la cabaña hace unos años. Demasiado lejos. Demasiado aislada. No hay suficiente wifi para mi madre.

Eso le arranca una pequeña curva en los labios, la primera señal real de vida que le he visto desde ayer.

—¿Por qué la conservas?

—Ahora es mía —digo, sin más—. Me gusta saber que está ahí.

Conducimos el resto del camino con ese pensamiento entre nosotros. La carretera se estrecha. El cielo se oscurece. Los pinos se arquean sobre la carretera, altos y antiguos, sus agujas atrapando la poca luz que queda. Cuando finalmente nos detenemos frente a la cabaña, los faros barren el porche, bañando los viejos tablones de madera en un suave resplandor dorado. La estructura es sólida y oscura contra los árboles, medio engullida por la hiedra y el musgo, las ventanas pequeñas y cálidas tras contraventanas envejecidas.

Apago el motor y salgo. El aire es más fresco aquí, limpio y húmedo, lleno de humo de leña y pino y algo ligeramente terroso. Doy la vuelta hasta el lado del copiloto y abro la puerta antes de que ella pueda hacerlo. Ivy sale, lenta y cautelosa, su mirada recorriendo el

claro como si esperara que algo saltara y le dijera que esto fue un error.

No lo encuentra.

La puerta principal cruje al abrirse bajo mi mano. Dentro, la cabaña huele a cedro y a libros viejos, con un persistente rastro de lavanda seca de las bolsitas que mi madre solía colgar en los armarios. No hay iluminación moderna, solo apliques de latón y una fila de velas desiguales que enciendo una a una. El resplandor parpadeante llena el espacio de calidez, ahuyentando cualquier escalofrío que nos hubiera seguido hasta aquí.

Me sigue hasta la cocina sin preguntar.

Nos movemos el uno alrededor del otro sin instrucciones, sin necesidad de asignar roles. Ella encuentra los platos mientras yo rebusco en la nevera y la despensa, sacando ingredientes con un ritmo que no me he permitido en meses. Hay algo terapéutico en ello, el suave tintineo de la cerámica y la madera, el cuchillo cortando limpiamente los pimientos rojos, el leve chisporroteo del aceite de oliva al caer en la sartén de hierro fundido. Ivy se apoya en la encimera a mi lado, pelando ajos con los dedos, con el ceño fruncido en silenciosa concentración.

Canta en voz baja, una melodía que no reconozco, pero que llena la cabaña de una forma que la música nunca podría. No le digo que pare. Ni siquiera quiero moverme.

La cena es pasta con tomate triturado, pimientos rojos, ajo asado, chalotas caramelizadas y finas lascas de parmesano que encuentro enterradas en el fondo de la nevera. Le sirvo una copa de algo tinto y seco de la pequeña vinoteca bajo las escaleras. Se la bebe sin rechistar. Cenamos a la luz de las velas, sentados a la desgastada mesa de roble, nuestras rodillas casi rozándose bajo la vieja manta de lana que he echado sobre las sillas antes para evitar que se colaran las corrientes de aire.

La comida desaparece lentamente, cada bocado puntuado por el ocasional murmullo de agradecimiento o el suave raspar de los cubiertos. Al final, la conversación resurge. Empieza con la cabaña. Luego, los recuerdos.

Me cuenta la vez que ella y Drew se colaron en la cocina de aquí cuando eran niños e intentaron hacer un pastel. Se había hundido en el horno, pero su madre había declarado que era lo mejor que había comido nunca. Yo le respondo con una historia sobre cómo me caí del muelle de adolescente, empapado hasta los huesos y demasiado orgulloso para admitir que no podía volver a nado a la orilla hasta que su hermano saltó detrás de mí. Entonces se ríe, abiertamente, con arrugas en las comisuras de los ojos, y algo dentro de mí se afloja sin permiso.

Su tenedor se detiene sobre el último bocado y lo deja con cuidado antes de volver a mirarme. Sus dedos trazan el tallo de su copa.

—Gracias por esto —dice, con voz queda—. Significa mucho.

Asiento, observándola.

Ella no da más detalles, y yo no pregunto. El aire entre nosotros se vuelve más denso, pero no desagradable. El tipo de peso que proviene de las cosas no dichas, no porque estén ocultas, sino porque nombrarlas podría cambiarlo todo.

Más tarde, fregamos los platos uno al lado del otro. El fuego que encendí antes crepita bajo en el hogar, el resplandor anaranjado proyectando sombras en las paredes revestidas de madera. Ella seca mientras yo friego, pasándome paños y silencio y algo que se parece sospechosamente a la confianza.

Cuando terminamos, se traslada al sillón cerca del fuego y encoge las rodillas bajo ella. La luz juega en su rostro, convirtiendo su pelo en caoba bruñida y sus ojos en pozos de verde bañados en ámbar.

No me siento. Solo la observo.

Y en esa quietud, lo siento de nuevo. El cambio, el calor, la atracción que he estado fingiendo que no existe.

He intentado ser cuidadoso con ella, paciente con todos sus muros y silencios. Pero de pie aquí ahora, viendo la luz del fuego danzar sobre su piel, sé que estoy a una mirada equivocada de ceder por completo.

Y la verdad es que nunca se me ha dado bien resistirme a ella.

15

IVY

En la cabaña no hay ruidos que me distraigan ni presiones externas de las que preocuparme. El fuego de la chimenea se ha suavizado hasta convertirse en un suave parpadeo, y la tenue luz de la lámpara proyecta sombras cálidas e inmóviles sobre las paredes de pino nudoso. Ethan está sentado en el sofá, con un brazo apoyado en el respaldo y las piernas abiertas, relajado de una forma que le hace parecer intocable. Pero yo sé que no es así. Conozco la contención que hay detrás de esa postura, la tensión acumulada que lleva como una segunda piel.

Apenas ha dicho nada desde que le pedí que se quedara. Ni preguntas. Ni expectativas. Solo un leve asentimiento y esa serena firmeza de la que he llegado a depender más de lo que debería.

Y creo que eso es lo que me desarma.

No presiona. Espera, como siempre ha hecho. Y de pronto, me doy cuenta, con una claridad aguda y certera en el pecho. Nunca ha intentado forzar la entrada. Siempre se ha mantenido al margen, silencioso y firme, esperando que yo acudiera a él por mi cuenta. Hay un sentimiento de posesión en él, sí, pero nunca quema. No asfixia ni exige. Protege. Incluso cuando está distante, incluso

cuando su silencio corta más que cualquier palabra, sigue respetando el espacio que necesito para respirar.

Y, de repente, ya no quiero esperar más.

Cruzo la habitación despacio, descalza, con el corazón en la garganta. Cada paso es una confesión silenciosa que no sé cómo pronunciar en voz alta. Me observa, pero no se mueve. Su mirada permanece fija en mí: firme, indescifrable, paciente.

Cuando llego a su lado, no hablo. Me arrodillo entre sus rodillas y apoyo las palmas de las manos en sus muslos.

Su respiración se entrecorta, de forma casi imperceptible. Aun así, no me toca.

Lo miro a los ojos, a esos ojos oscuros y marcados por la tormenta, y por un momento olvido lo que significa tener miedo.

Entonces, le agarro la cinturilla de los vaqueros.

Me deja.

No se mueve, no me detiene, no dice una palabra.

Le desabrocho el cinturón con facilidad. Suelto el botón, bajo la cremallera, y entonces él levanta las caderas, sin decir palabra, ayudándome a bajarle los vaqueros y los bóxeres por los muslos con un movimiento lento y deliberado.

Ya está duro: una polla gruesa y sonrojada, pesada en mi mano, con la piel caliente y suave. Le rodeo el miembro con los dedos y oigo el sonido grave y ronco que emite, ese gemido ahogado que sale del fondo de su garganta como si lo hubiera estado conteniendo.

Cuando me inclino y le lamo el glande —solo una vez, lenta y provocadora—, sus caderas se mueven, un apenas perceptible vaivén hacia mi boca.

Pero aun así, no me mete prisa.

Eso es lo que hace que me duela el pecho.

Porque siento la fuerza con la que se está conteniendo, dejándome marcar el ritmo, dejándome coger lo que necesito… y no sé si alguien ha hecho eso por mí alguna vez.

Paso la lengua por la parte inferior de su polla, lenta y sin prisas, antes de metérmela en la boca. Es gruesa y caliente, y el estiramiento hace que me duela la mandíbula, pero no me detengo. Quiero sentir cómo me llena, quiero oírle perder esa compostura a la que se aferra con tanta fuerza.

Absorbo más, me deslizo más abajo, uso la lengua, los labios y las manos hasta que se le corta la respiración y sus dedos se flexionan contra los cojines del sofá.

—Joder, Ivy —su voz es áspera—. No tienes por qué—

Me aparto lo justo para murmurar: «Quiero hacerlo», antes de metérmela de nuevo.

Y después de eso, no vuelve a hablar.

Solo respira, profunda y entrecortadamente, mientras lo trabajo con la boca: chupando, acariciando, dejando que mis dedos recorran la base, ahuecando sus testículos con suavidad y bajando hasta que lo siento estremecerse.

No dura mucho. Está demasiado tenso, demasiado excitado, y cuando levanto la vista y lo miro a los ojos, la expresión de su cara acaba conmigo.

No es solo lujuria o ardor, sino una adoración cruda y reverente que es explícita en su desprotección. Sus manos todavía están en mi pelo cuando levanto la cabeza. Su pecho sube y baja con fuerza debajo de mí, sus abdominales se flexionan con el peso de cada respiración, y hay una mirada cruda y hermosa en sus ojos que me hace doler por todas partes. Sigue duro —quizá más que antes— y su polla brilla, sonrojada y palpitante, apoyada contra su estómago.

Me siento en su regazo antes de poder contenerme y abro las piernas sobre sus muslos mientras el vestido se me sube por encima de las caderas. Siento su presión a través de la ropa de ambos, gruesa y dura debajo de mí, y algo en sus ojos se quiebra.

—Ivy —dice, con la voz áspera y tensa, ya oscura por la advertencia. Sus manos se posan en mi cintura.

Me inclino y lo beso, pero no con suavidad. Mis labios se estrellan contra los suyos, abiertos y hambrientos, mi lengua se desliza contra la suya como si hubiera necesitado esto durante años. Él gime en mi boca, un sonido gutural y profundo que me atraviesa por completo.

Sus manos están por todas partes ahora, recorriendo mi espalda, agarrando la parte posterior de mis muslos, apretándome más contra él hasta que siento toda la longitud de su polla presionando contra el fino algodón de mis bragas.

—No tienes ni idea de lo que me haces —murmura durante el beso, con la voz rota por la necesidad.

—Sí —respiro, con los labios rozando los suyos—. Sí que la tengo. Te deseo. Ahora.

—Joder, estás empapada —masculla, deslizando la punta de su polla entre mis pliegues. El sonido es húmedo y ansioso, y mi respiración se corta cuando encuentra mi entrada y se detiene, apenas conteniéndose.

No me quita las bragas, solo aparta la tela a un lado antes de agarrarme el culo con ambas manos y tirar de mí bruscamente, apretándome contra él hasta que el glande de su polla choca contra mi entrada empapada. El sonido que escapa de él es un gemido roto, cargado de hambre, como si el esfuerzo de contenerse pudiera partirlo en dos. Entonces embiste dentro de mí con un empujón brusco y despiadado, y mi grito rompe el silencio, con los labios entreabiertos y los ojos desorbitados como si una descarga de placer me hubiera sacudido.

Se mueve de nuevo, esta vez más profundo, arrastrándome con él como si mi cuerpo le perteneciera por completo. Cada movimiento es desenfrenado, crudo, una presión profunda que me abre de par en par y hace que mi espalda se arquee como si me hubiera dejado sin aliento. Mis bragas siguen a un lado, un trozo de tela empapado y arrugado en el pliegue de mi muslo, y eso solo hace que la fricción sea más sucia. El bofetón húmedo de la carne contra la carne, el deslizamiento resbaladizo de su polla hundiéndose en mi interior, resuena en las paredes de la cabaña.

—Buena chica —gruñe, con el aliento caliente contra mi garganta y la voz deshilachada—. Mírate, aceptándolo como si estuvieras hecha para esto. Joder, qué profundo ya.

Gimo, con las caderas balanceándose para recibir cada embestida castigadora. Mis dedos se clavan en sus hombros, intentando seguir el ritmo que marca. Es brusco, desordenado, ruidoso. El choque de nuestros cuerpos y mis propios gemidos es todo lo que oigo, unido al arrastre obsceno de su polla dentro de mí y al roce caliente de su aliento contra mi cuello.

Sus dedos se hunden en mi culo mientras me levanta y me deja caer de nuevo, una y otra vez, usándome como le rogué que hiciera. Cada embestida golpea profundo, haciendo que mis muslos tiemblen y mis labios se separen más con cada gemido desesperado.

—Querías esto —jadea, pasando la boca por mi clavícula, lamiendo el sudor de mi piel—. Te pusiste de rodillas como una buena chica, me la chupaste con esos labios tan bonitos, y ahora mírate. Con los ojos muy abiertos, la boca abierta, aceptando cada centímetro de mí.

Ni siquiera puedo responder. Siento la lengua pesada, inútil, mientras la presión se acumula y arde en mi vientre. Todo lo que puedo hacer es aferrarme. Embiste de nuevo, más fuerte, y todo mi cuerpo se arquea, con la boca abierta en un grito silencioso mientras empiezo a deshacerme encima de él.

—Sí —respiro—. Dios, sí.

Sus manos se deslizan por mis costados, ásperas y posesivas, hasta que tiene una en mi pecho, pellizcándome el pezón hasta que vuelvo a gritar.

—¿Sientes lo jodidamente apretado que está tu coño a mi alrededor? Estás exprimiendo mi polla, Ivy.

Ni siquiera puedo contestar. Todo lo que puedo hacer es moverme, restregándome contra él mientras él embiste hacia arriba; mi cuerpo se encuentra con el suyo en un ritmo brutal que hace que me tiemblen las piernas.

De repente, se inclina hacia delante, su boca se cierra sobre mi pezón y muerde lo justo para que me apriete a su alrededor.

—Dilo —murmura contra mi piel—. Di que este coño es mío.

—Es tuyo —jadeo—. Todo tuyo.

—Di que estabas hecha para esta polla.

—Lo estaba. Ethan… joder… estaba hecha para ti.

Gime como si acabara de devolverle la fe.

—Sí, lo estabas —gruñe—. Mírate. Mira cómo me cabalgas. Mira cómo tu coño me aprieta. Lo *necesitas*, ¿verdad?

Asiento frenéticamente, tan cerca que apenas puedo articular palabra.

—Lo necesito. Te necesito. Por favor—

Me da una fuerte palmada en el culo que me hace gritar de nuevo.

—Córrete para mí.

Me rompo cuando mi orgasmo golpea como una ola, rápido y brutal. El placer inunda cada centímetro de mí mientras grito, apretándome a su alrededor, temblando en sus brazos.

No para ni reduce la velocidad.

Se levanta, todavía dentro de mí, agarrándome los muslos mientras me alza. Le rodeo los hombros con mis brazos y hundo la cara en su cuello mientras me lleva a través de la cabaña con la polla enterrada tan profundamente que apenas puedo respirar.

Llega a la encimera de la cocina y me inclina sobre ella con un movimiento suave.

Todavía estoy jadeando cuando me empala en su gruesa polla por detrás.

—Quédate ahí —gruñe—. No te muevas. Quiero ver cómo este coño se traga todo lo que le doy.

Me apoyo en la madera fría mientras me folla duro, con las manos en mis caderas, su polla entrando y saliendo de mí con embestidas húmedas y codiciosas.

—¿Te gusta que te usen así? —gruñe—. ¿Te gusta que te ponga a cuatro patas y te folle como si no me importara quién te oye gritar?

—Sí. Por favor, no pares.

—No lo haré. No hasta que te haya vuelto a llenar. No hasta que no puedas caminar sin sentirme gotear de ti.

Gimo, mi cuerpo ya se precipita hacia un segundo orgasmo más rápido de lo que creía posible.

—Voy a correrme otra vez —grito—. Ethan, yo—

—Hazlo. Córrete por todas partes para mí.

Me da una palmada en el culo y luego me aprieta contra él mientras me corro de nuevo, esta vez más fuerte, con el cuerpo convulsionando mientras me desplomo contra la encimera. Un chorro de calor sale de mí, y me corro de nuevo mientras aprieto su polla, mis jugos cubriéndola. Él gime profundamente detrás de mí, me agarra del pelo y tira de mí hacia atrás para susurrarme al oído.

—Te vas a tragar hasta la última gota, cariño. Hasta la última.

Entonces se entierra profundamente y se derrama dentro de mí con un sonido gutural, palpitando caliente y espeso hasta que se vacía.

Permanecemos así un largo momento, respirando, temblando, el sudor enfriándose en nuestra piel.

Entonces me besa la nuca. No hablamos mucho después, pero me envuelve en una manta y caminamos hacia el dormitorio. El fuego se ha consumido hasta convertirse en un suave resplandor que proyecta una luz ámbar a lo largo de las paredes de la cabaña. El aire se ha enfriado lo justo para que me suba la manta por los hombros. Ethan yace a mi lado, con un brazo bajo la cabeza y el otro apoyado en mi cadera, como si todavía temiera que pudiera desaparecer si me soltaba.

Su respiración es profunda y regular. Se mueve detrás de mí, acercándome más, su brazo firme alrededor de mi cintura. No me resisto. Dejo que me abrace, que mi cuerpo descanse contra el suyo, incluso mientras mi mente da vueltas. Me encantaría compartir la paz que él probablemente siente, pensar que así es como debería ser: dos personas enamoradas y un bebé como prueba de ello. Pero es mucho más que eso, y no en el buen sentido.

Miro fijamente las sombras que parpadean a lo largo de las vigas de madera del techo mientras Ethan se queda dormido, escuchando los suaves sonidos de la noche, tratando de calmar el dolor que se acumula en mi pecho. Pero el silencio lo empeora. Agudiza todo lo que he intentado evitar. La verdad resuena con fuerza dentro de mí, presionando mis costillas como si quisiera salir. Este es el comienzo de algo a lo que quizá no sobreviva.

Y lo peor de todo es que no creo que quiera detenerlo. Pero la realidad está esperando, y sé que no será amable.

16

ETHAN

Mucho antes de abrir los ojos, ya sé que se ha ido. No que haya desaparecido o huido, sino que se ha ido de esta cama, de este calor, de este refugio silencioso que construimos entre la medianoche y la mañana. Es la ausencia lo que me despierta, no el frío de las sábanas ni el silencio, sino el vacío en el lugar donde debería estar ella. Alargo la mano hacia el sitio donde durmió, todavía ligeramente cálido, con el aroma de su piel impregnado en el algodón de una forma que me oprime la garganta.

El fuego se ha consumido hasta quedar en poco más que ascuas en el hogar, y la cabaña se ha sumido en ese ritmo sosegado que solo encuentra al amanecer. Me incorporo despacio, con las articulaciones entumecidas y la espalda aún dolorida, como siempre después de años encorvado sobre las mesas de operaciones. Respiro hondo, buscando calma en los olores a cedro, a humo y en el leve rastro que ha dejado, y durante un largo instante, no me muevo.

Un sonido suave me trae de vuelta: un susurro, el siseo del vapor... Y sé exactamente dónde está.

La encuentro en la cocina, envuelta en la suave luz de la mañana, descalza y con mi camisa, con las mangas remangadas hasta los

codos, mientras vierte café en una de las tazas de porcelana desconchada que mi madre coleccionó hace décadas. Hay algo casi sagrado en verla así. Encaja aquí. Eso es lo que no me puedo quitar de la cabeza. No solo en la estancia, sino en su ritmo, moviéndose por este espacio como si siempre hubiera sido suyo, como si siempre hubiera pertenecido a él.

Cuando levanta la vista y me ve observándola, no se sobresalta. Se limita a levantar la taza ligeramente, ofreciéndomela como un tratado de paz.

—He preparado café —murmura, con la voz todavía ronca por el sueño—. No pensé que te importaría.

Entro en la habitación despacio, atraído más por el silencioso vínculo que nos une que por la cafeína.

—Me habría ofendido que no lo hicieras.

Me pasa la taza y, cuando nuestros dedos se rozan, el contacto es cálido. Familiar.

Nos adentramos en la mañana con esa misma intimidad tranquila, la que nace del silencio compartido en lugar de las palabras compartidas. Es fácil, engañosamente fácil. Se mueve por la cocina con una gracia tácita, sacando ingredientes de la despensa mientras yo enciendo los fogones. No hacen falta instrucciones. No hace falta hablar de los pasos a seguir. Ella casca los huevos mientras yo corto el chalote, y la cocina se llena de olores a mantequilla, a humo y a algo más dulce que no sabría describir.

—Todavía me sorprende lo bien que cocinas —dice en un momento dado, observando cómo remuevo la sartén con un cuidado experto.

La miro de reojo.

—¿Crees que un hombre sobrevive a turnos de catorce horas sin aprender a alimentarse?

Su risa es suave.

—Touché.

Y de algún modo, todo fluye a partir de ahí. Historias, pequeños pedazos de quiénes éramos antes de que el mundo viniera a por nosotros. Hablo del hospital, de los años enterrado entre libros de anatomía y de las largas noches haciendo guardias con cirujanos de trauma que habían dejado de creer en nada que no fuera el bisturí. Le hablo del paciente que perdí en mi tercer año de residencia, un chico no mucho mayor de lo que era yo cuando me puse la bata blanca por primera vez.

—Entró en parada en la mesa —digo en voz baja, dejando la espátula—. Una hemorragia interna que no detectamos a tiempo. Sus padres esperaban justo fuera del quirófano. Salí con las manos manchadas de sangre y una mentira en la boca, porque nadie te enseña qué decir cuando una vida se te escapa de entre los dedos.

Ivy no me interrumpe. No aparta la mirada.

—Se suponía que iba a meterme en política —añado tras una pausa, sirviéndole café en su taza—. Dinero de familia. Linaje diplomático. El apellido Cross se construyó sobre fincas de mármol y guerras en salas de juntas. Pero crecí rodeado de hombres que preferían pulir una mentira a afrontar la verdad, y, sobre los diecisiete, me di cuenta de que prefería empuñar un bisturí a una firma.

Su expresión se suaviza, sus ojos recorren los míos con algo que no logro descifrar.

—¿Odian que te marcharas?

—Mi madre finge que estoy de año sabático —digo con sequedad—. Mi padre dejó de fingir hace mucho tiempo. Cree que salvar vidas es noble... para el hijo de otro.

Podría detenerme ahí. Debería. Pero algo en la forma en que me observa, abierta, quieta, con una curiosidad que nunca parece impostada, me hace querer darle algo real.

—Sabes, los Holt solían veranear con nosotros.

Ahí es cuando se le tensan los hombros. No levanta la vista, pero su mano se congela sobre el borde de la taza, con el pulgar suspendido.

Mantengo un tono de voz neutro, como si no me diera cuenta de que todo su cuerpo acaba de bloquearse.

—El padre de Daniel y el mío coincidieron en una docena de juntas. Fusiones, desarrollo urbanístico, financiación política. Hubo una época en la que no podía ir a una gala benéfica sin tropezarme con uno de los chicos Holt, enfundado en una americana azul marino impecable y con un corte de pelo que todos parecían compartir. Daniel era el más joven; siempre observando, siempre escuchando, incluso cuando nadie lo quería cerca.

Sigue sin moverse.

Esta vez, es evidente que voy por el buen camino, aunque Ivy todavía no ha dado ningún nombre ni me ha contado nada de su pasado que me haga sospechar que Daniel es un capullo.

—No me gustaba. Ni entonces, ni ahora. Siempre hubo algo calculado en él. Demasiado callado, demasiado observador. Mi madre solía decirme que ese tipo de silencio era señal de buenos modales. Pero, incluso con quince años, yo ya sabía que no.

Mi voz se vuelve más grave, invadida por el recuerdo.

—Hubo una noche. En la finca de verano en Chesapeake. Yo tenía diecisiete años. Daniel llegó tarde a una hoguera, oliendo a whisky y a ceniza, aunque era solo un crío. Y cuando se rio, no sonaba bien. No como alguien que se lo está pasando bien. Sino como alguien que está ensayando. Recuerdo que pensé: «Dios, este chico va a ser peligroso algún día». Fue la primera vez que pensé algo y recé por estar equivocado.

Levanto la vista. Ivy mira fijamente su café como si pudiera ofrecerle una salida.

—Salí con él durante un tiempo.

Asiento despacio.

—Sí. A Drew y a mí no nos hacía ninguna gracia.

—Nunca dijisteis nada.

—No parecía que me correspondiera a mí.

Vuelve a guardar silencio.

Pero no es el tipo de silencio que invita al consuelo. Es el que cierra puertas. El que baja puentes levadizos y echa el cerrojo dos veces.

Me inclino un poco hacia delante, apoyando los codos en la mesa, intentando no hacer que se sienta acorralada.

—No tienes que contarme más —digo en voz baja, observando cómo se le tensa la mandíbula, cómo sus manos se han detenido por completo—. Pero conozco esa mirada, Ivy. Y sea lo que sea que pasara entre vosotros dos, te dejó una marca.

Me mira, con los ojos ahora afilados, no enfadados, no dolidos… simplemente resueltos.

—No lo entiendes —dice, y no suena cruel, ni cortante, pero percibo el peso de sus palabras, la distancia que está intentando volver a poner entre nosotros, ladrillo a ladrillo.

—Creo que deberíamos volver.

Me enderezo, con el café enfriándose en mi mano y el fuego casi extinguido a mi espalda. Siento el pecho dolorido por la decepción, pero quizá me lo he buscado por sacar demasiados temas, demasiado pronto. En realidad, me preocupa lo que pueda pasar si Ivy sigue ocultándome cosas.

—¿De vuelta a la ciudad?

Asiente una vez, sin apartar la vista de la encimera, donde dobla el mismo paño de cocina una y otra vez como si fuera lo único que la mantiene entera.

—Ivy... —digo con cuidado, dejando la taza.

—No ha pasado nada.

Me acerco a ella, lento pero firme, deteniéndome justo antes de tocarla.

—No hagas eso.

—No estoy haciendo nada —dice a la ligera, con una sonrisa que tira de sus labios de forma extraña, como si estuviera cosida—. Solo... necesitábamos un descanso, ¿no? Pues ya lo hemos tenido.

Le cojo la muñeca, no para retenerla, solo para anclarla de nuevo al momento, pero se aparta tan rápido que parece una bofetada.

Se da la vuelta antes de que pueda hablar, pasa a mi lado y empieza a recoger sus cosas con la clase de concentración precisa y mecánica que solo he visto en el duelo. Conozco ese ritmo. Lo he vivido. Lo he ejecutado después de funerales, después de la muerte de pacientes, después de las noches en las que el quirófano se quedaba en silencio y nadie tenía agallas para pronunciar el nombre de la persona que habíamos perdido.

Es el ritmo de alguien que cierra la puerta de su propio corazón.

—Ivy —intento de nuevo, entrando en el umbral del dormitorio donde está doblando sus vaqueros, cerrando la cremallera de su bolso, demasiado rápido, demasiado bruscamente—. Si es por lo de anoche...

Niega con la cabeza.

—No. No es eso.

Y aunque esto es culpa mía, va de lo que acabo de contarle y de lo que esperaba que ella me contara, quiero que hable de ello. Quiero que me deje ayudarla antes de que sea demasiado tarde.

—Entonces dime de qué va.

Abre la cremallera de su bolsa de viaje con un solo movimiento y mete una sudadera dentro. Su voz no se quiebra. Ni siquiera tiembla.

—Va de lo que es inteligente. No debería haberme quedado. Es culpa mía.

Hay algo brutal en la forma en que lo dice. Como si estuviera dando un diagnóstico médico sin ningún interés en el paciente.

Me acerco más. Esta vez, sí que le cojo la mano.

—Ivy, habla conmigo.

Pero ya se está poniendo el abrigo, con la mirada fija en algún punto por encima de mi hombro.

—No necesito hablar, Ethan. Necesito irme.

El silencio que se extiende tras esa frase es del tipo que solía odiar durante una operación, cuando un monitor se quedaba plano y nadie quería ser el primero en decir la palabra «código».

Doy un paso atrás. Asiento una vez.

—De acuerdo —digo en voz baja—. Recoge tus cosas. Yo empaquetaré lo demás.

No hablamos mientras salimos de la cabaña, y el silencio que se interpone entre nosotros no es suave ni reconfortante ni nada que se le parezca a la paz. Le sujeto la puerta aunque no me lo pide, absurdamente protector incluso ahora, observando cómo aprieta la correa de su bolso, sus ojos mirando una vez hacia los árboles, no como si los estuviera asimilando, sino como si ya los estuviera borrando de su memoria.

Se sube al asiento del copiloto sin decir palabra, con la mandíbula apretada y la mirada fija en algo mucho más allá de los pinos, y cuando me siento a su lado y arranco el motor, finjo no darme cuenta de que se aparta ligeramente, no lo suficiente como para acusarla de retirarse, pero sí lo bastante como para sentir la pérdida de su calor como algo físico.

Conduzco. Los neumáticos zumban bajo nosotros, el bosque se alza como una catedral de quietud verde a ambos lados y ella sigue sin decir nada, con los brazos cruzados sobre el pecho y los dedos aferrados a la manga de su abrigo como si se estuviera preparando para un impacto.

La observo por el rabillo del ojo, estudiando su figura a la luz de la mañana: la curva de su cuello, la tensión en su boca, la forma en que su cuerpo se niega a acomodarse en el asiento, como si ni siquiera aquí, ni siquiera conmigo, creyera estar a salvo.

Y conozco esa mirada. La he visto en pacientes que se despiertan de la anestesia, con los ojos desorbitados por un dolor que no pueden nombrar, todavía luchando batallas de las que sus cuerpos aún no se han recuperado. La he visto en los hijos de adictos, en las viudas de soldados muertos, en el espejo los días en que recuerdo a cuánta gente no pude salvar.

Está construyendo un muro ahora mismo, piedra a piedra, rápido, limpio y con práctica, del tipo de muro que no se desmorona con súplicas, ni con ternura, ni siquiera con la verdad, y lo peor es que puedo notar que cree que me está protegiendo.

Como si no hubiera pasado toda una vida caminando hacia el fuego.

Como si no la hubiera elegido, sabiendo perfectamente que ya estaba ardiendo.

Quiero decirle que he cargado con cosas peores. Que la sangre bajo mis uñas y los fantasmas que me hacen compañía no me han hecho huir de lo que importa. Quiero recordarle lo que sentimos anoche, la

forma en que su cuerpo se abrió bajo el mío, la forma en que tembló cuando susurró mi nombre en mi boca como si significara algo más que una rendición.

Pero nada de eso la alcanzará ahora, no mientras se retira dentro de sí misma con esa gracia aterradora, no mientras finge que lo que compartimos fue temporal, un lapsus de lógica en lugar de la verdad que reveló.

Así que no hablo. En cambio, observo cómo la carretera se curva más adelante, cómo los árboles se clarean y la tierra se allana a medida que nos acercamos a las afueras de la ciudad, y espero, sabiendo que este es el momento en que ella espera que la deje ir.

Porque lo que ella no sabe —lo que nunca ha entendido— es que yo no suelto las cosas que quiero. Nunca lo he hecho.

Ni cuando renuncié al tipo de legado familiar por el que los hombres venden su alma solo para demostrar que podía construir algo con mis propias manos en lugar de vivir del poder heredado.

Ni cuando dejé atrás los pasillos impolutos y la política de club de campo del apellido Cross, cambiándolos por batas manchadas de sangre, noches en vela y el tipo de respeto que solo puedes ganarte cuando nadie te lo regala primero.

Y no ahora, especialmente no ahora que he visto lo que hay detrás de la máscara, no ahora que he probado la verdad bajo su silencio.

Aprieto la mandíbula mientras la silueta de la ciudad se perfila en la distancia, cada kilómetro acercándonos más a la vida de la que intenta esconderse y al hombre que ya no estoy dispuesto a ser. Puedo sentir las palabras acumulándose en mi pecho, listas para atacar, listas para hacer añicos el silencio que intenta usar como escudo.

17

IVY

La ciudad se alza ante nosotros en un silencioso desafío a todo aquello de lo que creía poder escapar, su perfil dibujado en plata y cristal, un agudo contraste con el suave silencio de la cabaña donde el tiempo se había replegado sobre sí mismo y nada parecía peligroso, salvo lo profundamente que deseaba quedarme. Ahora, mientras cruzamos de nuevo su corazón, siento el viejo peso instalarse de nuevo en mi pecho, no agudo ni repentino, sino constante, pesado e imposible de ignorar, como una armadura que creía haberme quitado pero que nunca abandoné de verdad.

Ethan conduce con una mano en el volante y la otra apoyada en el muslo, con una postura tranquila, contenida, perfectamente serena, pero ya lo conozco lo suficiente como para ver la sutil tensión en su mandíbula, la forma en que su mirada se desvía hacia mí de vez en cuando aunque no dice ni una palabra. El silencio entre nosotros está construido sobre todo lo que no dijimos al irnos de esa cabaña, todo lo que ahora me da demasiado miedo decir, porque la verdad sigue enredada en algún lugar profundo de mi pecho y aún no sé si nos salvaría o lo arruinaría todo.

Para delante del piso que he alquilado sin ceremonias, sin una palabra, solo con el silencioso zumbido del motor y la sutil tensión

en el aire que dice que sabe que me estoy distanciando de nuevo y que está esperando a ver si vuelvo. Intento desabrocharme el cinturón de seguridad, con los dedos algo torpes aunque trato de mantenerlos firmes, y cuando abro la puerta y salgo a la calle, el aire de la ciudad me golpea en una oleada de sonido, contaminación y recuerdos tan densa que me envuelve como algo vivo. Cierro los ojos un momento, solo una respiración, y entonces él está ahí, a mi lado.

No dice nada mientras camina conmigo hasta la puerta, y le agradezco el silencio, porque cualquier cosa que dijera ahora mismo solo ahondaría el dolor que crece dentro de mí. Cuando llegamos a la casa, dudo, no porque no esté segura de adónde ir, sino porque siento su atracción detrás de mí, firme y silenciosa, y me aterra que, si me doy la vuelta y lo miro demasiado tiempo, me derrumbaré. Pero lo hago de todos modos.

Y él ya me está mirando.

Hay algo en sus ojos que no puedo nombrar, algo paciente, seguro e imposible de ignorar, y antes de que pueda pensar en una sola excusa o explicación, da un paso adelante y me atrae suavemente a sus brazos. Sus manos están cálidas en mi espalda, y la presión de sus labios en mi frente es tan tierna que casi me deshace. No pide nada, no exige una respuesta ni ofrece promesas que no estoy lista para sostener, solo deja que el silencio se asiente a nuestro alrededor de una manera que se siente como un permiso en lugar de una presión.

—Puedes tomarte tu espacio —dice en voz baja, las palabras pronunciadas como una promesa y una advertencia a la vez—, pero vas a tener que acostumbrarte a tenerme cerca.

Vuelvo a cerrar los ojos, y esta vez el dolor que florece tras ellos es más suave, más parecido a la añoranza que al miedo. Debería decir algo, debería decirle que este no es el momento adecuado, que ambos estamos todavía demasiado heridos para construir algo duradero, pero las palabras no me salen, y cuando finalmente logro

encontrarme de nuevo con su mirada, lo único que puedo hacer es asentir.

Una pequeña sonrisa tira del borde de mis labios, del tipo que no tiene que ver realmente con la felicidad, sino más bien con la forma en que un corazón se ablanda cuando se da cuenta de que no está solo. No le digo que se quede. No le pido que se vaya. Simplemente me doy la vuelta y camino hacia la puerta, y cuando se cierra detrás de mí, me quedo con el peso de su voz aún suspendido en el espacio entre mis hombros.

La casa está fría y silenciosa cuando entro; el aire contiene ese tipo de quietud que solo existe en los lugares que han estado abandonados durante demasiado tiempo. Dejo caer mi bolso al suelo, me quito el abrigo con los dedos entumecidos y me dirijo al dormitorio sin encender ninguna luz. Todo está tal como lo dejé, un poco más desordenado por los bordes, un poco más vacío, y mientras me acurruco en la cama y dejo que el aroma de él en las sábanas me inunde, algo dentro de mí por fin empieza a calmarse.

Los sueños llegan rápido esta vez, sin resistencia, sin niebla, solo calor y piel y el recuerdo de la boca de Ethan contra la mía, la forma en que sus manos sabían encontrar los lugares que nadie más pensó en tocar, la forma en que me miraba como si no fuera algo roto, sino algo que valía la pena sostener de todos modos. En el sueño, él está debajo de mí, a mi alrededor, dentro de mí, nuestros cuerpos enredados y resbaladizos por el sudor, el mundo reduciéndose al sonido de su voz en mi oído, baja y reverente y tan llena de deseo que me roba el aliento. Me besa como si poseyera cada secreto que he guardado, como si supiera exactamente cómo deshacerme y aun así eligiera recomponerme, y cuando me corro en el sueño, es con su nombre en mis labios y su mano en la mía, anclándome a una realidad que no sé cómo alcanzar cuando estoy despierta.

Y cuando me despierto, con el corazón acelerado y los muslos húmedos, sé exactamente con quién estaba soñando.

Nunca fue Daniel.

Siempre fue Ethan.

La luz es suave cuando me despierto, no el gris apagado que he llegado a esperar de la ciudad en invierno, sino algo más cálido, algo más cercano al dorado, del tipo que se filtra suavemente a través de las persianas y me roza la piel como una promesa tácita. Por un momento, permanezco quieta bajo las sábanas, acurrucada en torno al leve dolor que perdura detrás de mis costillas, no de pena, sino de algo más silencioso, algo más pesado y dulce, algo que se siente casi como anhelo pero no escuece como antes.

El teléfono vibra en la mesita de noche, agudo contra el silencio de la mañana, y cuando lo cojo, con los ojos aún pesados, veo su nombre en la pantalla y algo dentro de mí se eleva antes de que pueda evitarlo. El mensaje es corto, no por su longitud, sino por el aliento que transmite; llena la habitación como si él estuviera aquí diciendo las palabras en persona.

Buenos días, preciosa.

Gimes mi nombre en sueños. No me quejo. Solo quería que lo supieras. Además, espero que hoy comas algo que no sea solo peppermint bark. O iré y te daré de comer algo decente yo mismo. Sin camiseta. Tú decides.

Se me escapa una risa antes de que pueda reprimirla, pequeña y sorprendida, y tal vez un poco vertiginosa, porque el efecto que tiene en mí no se ha atenuado, no se ha desvanecido, y no importa lo complicado que sea el resto, este momento es ligero, fácil y luminoso.

Me siento lentamente, estirándome, una mano bajando hasta mi vientre con el tipo de ternura inconsciente que no solía tener, no cuando la idea de la maternidad todavía se sentía como un concepto que intentaba comprender en lugar de una realidad que florecía dentro de mí día a día. Pero ahora, lo siento: el ligero cambio de forma, el suave desplazamiento del peso cuando me muevo demasiado rápido, la forma en que mi cuerpo ya no es solo mío. Hay

algo profundamente íntimo en eso, un vínculo silencioso formándose en el trasfondo de todo lo demás, y esta mañana, por razones que no puedo nombrar, se siente más como un regalo que como una carga.

—Oye —susurro, con la palma extendida suavemente sobre la curva de mi bajo vientre—. Tú y yo, peque. Podemos con esto.

La tetera silba en la cocina mientras me peino en una trenza suelta, el aroma del té de vainilla y clavo envolviéndome mientras realizo los gestos de la mañana, anclándome en pequeños rituales que hacen que el mundo se sienta más amable. Hay una repentina flotabilidad en mi pecho, algo ligero y efervescente, como esperanza vestida de cafeína, y para cuando termino mi tostada y vierto el último resto de té en una taza de viaje, ya estoy sacando el teléfono de nuevo.

Cassie responde al segundo tono, y por el sonido de su voz sé que todavía está envuelta en forro polar y su característica actitud.

—Vaya, vaya. Si es la mismísima Bella Durmiente. ¿Qué te hace llamar antes del mediodía en fin de semana?

—Necesito un día de chicas —digo, poniéndome el abrigo con una mano mientras cojo el bolso con la otra—. Cosas de bebés. Tiendas acogedoras. Iluminación favorecedora. ¿Te apuntas?

Hay una pausa, seguida por el sonido de ella levantándose de cualquier sofá en el que estuviera acurrucada. —Ahora mismo llevo mis vaqueros más suaves. ¿Me recoges en veinte minutos?

Conducimos hasta el casco antiguo de Valleria, donde las aceras son estrechas, irregulares en algunos lugares, pero ahora vestidas con guirnaldas de pino y lazos rojos que se mecen con la brisa fría, como si la ciudad hubiera respirado hondo y decidido volver a ser bella. Los escaparates brillan con encanto prenavideño, las ventanas espolvoreadas con escarcha falsa y llenas de estrellas de papel, gorritos de bebé de punto, caballitos balancines en miniatura y estantes repletos de miel y jabones de lavanda prensada.

Cassie me arrastra a una boutique llena de pasteles apagados y telas increíblemente suaves, y en el momento en que paso los dedos por el dobladillo de un diminuto pelele con forma de hombre de jengibre, algo dentro de mí se resquebraja por completo. Lo aprieto suavemente contra mi pecho, imaginando ya cómo se verá contra una mejilla dormida, y Cassie debe de ver cómo parpadeo demasiado deprisa porque me rodea los hombros con un brazo y me aprieta.

—Vas a ser una madre genial —dice, y la creo, no porque esté segura, sino porque lo dice como si ya fuera verdad.

Paseamos durante horas, bebiendo sidra de vasos de papel y parándonos a admirar cada gorrito de punto y cada mantita. Dejo que me convenza para comprar un par de patucos ridículamente pequeños con forma de osos polares y una manta tan suave que parece un abrazo, y para cuando nos sentamos en una tranquila cafetería escondida entre una librería de antigüedades y una juguetería, mis brazos están llenos y mi corazón está más ligero de lo que ha estado en semanas.

Cassie remueve su café lentamente, observándome con esa media sonrisa que reserva para los momentos en los que sabe que está a punto de soltar una pregunta que no querré responder.

—Y bien —dice, con la suficiente naturalidad como para ponerme en guardia—, ¿dónde tienes pensado estar cuando llegue el bebé?

La pregunta aterriza con suavidad, pero con peso, como la nieve que se acumula demasiado rápido en un tejado, y me detengo a mitad de sorbo, de repente consciente de que no tengo una respuesta real. El piso de alquiler es temporal, está apenas amueblado y no es mío. La casa de mi madre está descartada, la de Drew parece un punto intermedio del que no puedo abusar, y la de Ethan… bueno, cualquier cosa de Ethan sigue siendo un mundo en el que no estoy segura de poder permitirme vivir todavía.

—No lo sé —admito, apretando los dedos alrededor de la taza—. En algún lugar seguro. Tranquilo. Me gustaría una habitación para el bebé. Paredes de verdad. Una ventana por la que entre el sol.

Cassie asiente, sin presionar, pero sé que ya está dándole vueltas a ideas en su cabeza. —Ya lo resolverás. Solo no esperes demasiado, ¿vale? El instinto de anidar pega fuerte. Un día estás bien y al siguiente estás llorando porque no tienes suficiente espacio en los cajones para los calcetines.

Nos separamos con abrazos, risas y promesas de más tardes como esta, y cuando regreso al piso de alquiler, el peso de la realidad comienza a instalarse de nuevo a mi alrededor como un abrigo viejo, familiar y más pesado de lo que recordaba. Mi ordenador portátil me espera en la mesa, con el cargador ya enrollado, y en cuestión de minutos estoy conectada, mis dedos deslizándose sobre las teclas mientras respondo correos electrónicos y doy formato a textos de marketing para una marca de cuidado de la piel con la que he estado colaborando desde la primavera. El trabajo es ligero hoy —escribir eslóganes publicitarios, revisar calendarios de contenido, esbozar *mood boards* para un lanzamiento navideño— y sienta bien moverse a través de algo que puedo controlar.

Fuera de la ventana, Valleria se extiende en toda su suavidad invernal, con las calles bordeadas de guirnaldas y luces parpadeantes, los escaparates de las tiendas brillando con la promesa de calidez y algo dulce. La nieve amenaza en las nubes, pero el aire se mantiene lo suficientemente cálido como para oler a canela, a cedro y a algo nostálgico, como un recuerdo que quiero guardar en la boca para siempre. Por un momento, presiono la palma de mi mano contra el cristal frío y me permito creer que esto podría ser mío: esta ciudad, esta vida, este ritmo tranquilo.

Una vez quise un hogar aquí, un futuro que incluyera largos paseos por estas calles con un carrito de bebé en una mano y un café en la otra, mañanas pasadas doblando la ropa junto a ventanas soleadas, paredes pintadas en suaves tonos de verde, azul o amarillo según

los caprichos del bebé, nanas que resonaran en rincones llenos de amor.

Antes de que mis pensamientos puedan apoderarse de mí, el teléfono vibra con una llamada de Ethan. Respondo por instinto, la calidez en mi pecho floreciendo solo por el sonido de su voz, baja y tranquila y ribeteada con ese inconfundible ardor que siempre se enrosca en mi columna como seda hilada con fuego.

—Estaba pensando —dice, sin molestarse en decir hola— que has tenido demasiada responsabilidad y no suficientes palomitas esta semana. ¿Qué te parece una noche de peli?

Sonrío al teléfono, de esa manera que se dibuja en tu cara antes de que puedas evitarlo, y me recuesto en la silla, con las piernas encogidas bajo mi cuerpo y el recuerdo de la suavidad de esta mañana aún presente en mi piel. —Suena perfecto. Pero solo si es algo con diálogos malos y un final feliz.

—Hecho —responde sin dudarlo un instante—. Paso a buscarte a las siete.

No me da la oportunidad de preguntar qué vamos a ver ni dónde, pero no insisto. Me gusta que esté planeando algo, que me esté haciendo un hueco en su vida de formas que nunca esperé, que nunca pedí. Cuando termina la llamada, dejo el teléfono con delicadeza, con el corazón acelerado de esa forma ligera y efervescente que solo consigue él, y me paso el resto de la tarde flotando en esa sensación, dejando que lo tiña todo de un tenue resplandor de anticipación.

Cuando salgo a la calle esa noche, el mundo se ha sumido en el crepúsculo; las calles de Valleria están bañadas en un suave color ámbar, hay lucecitas parpadeando en los bordes de las ventanas y el aroma a castañas asadas flota en el aire como un viejo villancico hecho realidad. Ethan espera junto al coche, alto y elegante con un abrigo oscuro, sus ojos atrapan la luz como si guardaran un secreto y, en el momento en que me ve, algo en su expresión se suaviza; no

es su habitual sonrisa socarrona, ni siquiera esa media sonrisa burlona que reserva para nuestros intercambios más mordaces, sino algo más tranquilo, más profundo, como si él también hubiera estado esperando esto todo el día.

—Estás preciosa —dice mientras me abre la puerta, y aunque el vestido es sencillo, de lana suave y terciopelo en un discreto azul invernal, lo siento hasta la médula, esa forma en que me mira. Como si yo fuera lo único que existe en su campo de visión.

Conducimos sin prisa, con la radio a bajo volumen, la ciudad moviéndose lentamente a nuestro alrededor como un ser vivo que se acomoda a su ritmo nocturno, y no me doy cuenta de adónde vamos hasta que paramos frente a un antiguo cine, de esos con una marquesina iluminada con bombillas cálidas y una alfombra roja que conduce a unas altas puertas de cristal.

No hay cola. Ni gente. Solo Ethan, que me ayuda a salir del coche y me guía hacia la entrada con una mirada que me acelera el pulso, que me hace sentir como si hubiera entrado en una historia que él está escribiendo solo para nosotros.

El vestíbulo está vacío, a excepción de un único empleado que lo saluda con un gesto de cabeza, le entrega un juego de llaves y desaparece por un pasillo sin decir palabra.

—¿Has reservado el cine entero? —pregunto, medio riendo, medio sin aliento.

Me mira, complacido, y luego me ofrece el brazo. —Te lo dije. Necesitabas palomitas. Y privacidad.

El cine en sí es precioso, todo butacas de terciopelo y apliques dorados, el tipo de lugar construido cuando el cine aún era una novedad y se esperaba opulencia. Me guía por el pasillo hasta la fila central y nos acomodamos, uno al lado del otro, con los hombros rozándose lo justo para erizarme la piel.

La película es antigua y romántica, de paisajes grandiosos y crescendos orquestales, de amantes que se pelean, se separan y vuelven a encontrarse a través de continentes y vidas enteras. Pero apenas la veo.

Lo observo a él.

La forma en que su mano roza la mía, su pulgar recorriendo mis nudillos como si se los estuviera aprendiendo de memoria. La forma en que su mirada se desvía hacia mí en el resplandor de la pantalla, oscura e intensa, hasta que su brazo se desliza por detrás de mi asiento y me atrae hacia él, como si fuera lo más natural del mundo.

Cuando sus dedos se curvan alrededor de mi cintura, me dejo hundir en su calor, dejo que mi cabeza descanse en su hombro y aspiro el aroma que se ha vuelto tan familiar que casi me deshace: jabón, cedro y el leve rastro de piel caldeada por el deseo.

Sus labios encuentran primero mi cuello, rozándome justo debajo de la oreja, un susurro de calor que me provoca un escalofrío por la espalda. Luego me besa más abajo, más despacio, hasta que su mano se desliza hasta mi muslo, guiándolo sobre su regazo hasta que estoy sentada a horcajadas sobre él en la penumbra, la luz cambiante de la película proyectando sombras sobre nuestra piel.

—¿Estás segura? —murmura con voz pastosa, mientras sus manos ya se deslizan bajo el bajo de mi vestido.

Asiento, con la respiración atrapada en un punto intermedio entre la necesidad y la rendición. —Te deseo.

Las butacas crujen levemente bajo nosotros, pero el sonido se desvanece bajo el torrente de sangre en mis oídos y el calor que se acumula en la parte baja de mi vientre. La pantalla parpadea frente a nosotros, proyectando una luz dorada sobre el rostro de Ethan, pero toda mi atención está en la forma en que sus manos se aferran a mis caderas como si le pertenecieran, como si hubiera esperado toda la noche para tenerme de nuevo en su regazo, donde

claramente pertenezco. Hay reverencia en la forma en que me toca, sí, pero también hay obscenidad en la forma en que sus dedos se deslizan bajo mi jersey y aprietan la curva desnuda de mi culo, con rudeza y avidez, como si estuviera a segundos de romper todas las reglas que se ha impuesto.

Muevo las caderas sobre su polla, todavía apretada bajo sus vaqueros, y la fricción arranca un sonido gutural de su garganta que hace que mi coño se contraiga en el vacío. Su boca encuentra la mía de nuevo y me besa profunda y lentamente, el tipo de beso que se siente como posesión y plegaria a la vez, pero puedo sentir lo duro que está ahora, sentir cómo se contiene, a duras penas, y eso solo me hace restregarme con más fuerza. Sus dedos se flexionan y luego se mueven, apartando el suave algodón de mis bragas, lo justo para dejar mi coño empapado al descubierto, expuesto al aire fresco y a la presión caliente y sólida de su polla, que aún se esfuerza por salir de sus vaqueros.

—Joder, nena —masculla contra mis labios, con la respiración entrecortada e irregular mientras se mueve bajo mi cuerpo, sus manos desabrochándole la bragueta, trabajando deprisa, no sin cuidado, sino como si ya estuviera demasiado perdido como para fingir que no necesita esto tanto como yo. Lo ayudo, buscando a tientas el botón, bajando la cremallera, y en el momento en que su polla se libera, gruesa, dura y ya brillante en la punta, casi suelto un gemido.

Le rodeo la polla con una mano y lo acaricio lentamente, observando cómo su cabeza cae hacia atrás contra el asiento mientras gime con los dientes apretados, los músculos de su mandíbula crispándose mientras intenta quedarse quieto. Pero no hay nada de quietud en la forma en que lo alineo, ni nada de suavidad en la forma en que me hundo sobre su polla, centímetro a centímetro, hasta que está completamente hundido dentro de mí y mis paredes lo aprietan como si no quisiera soltarlo nunca. El estiramiento es profundo y obsceno, y el ángulo me hace ver las estrellas por un momento; se

me corta la respiración cuando presiona justo contra ese punto sensible dentro de mí que hace que me tiemblen las piernas.

—Oh, Dios mío —jadeo, clavando los dedos en sus hombros para mantener el equilibrio mientras empiezo a moverme, lentamente al principio, probando el roce de su polla contra mi punto G con cada movimiento de caderas. Es grueso y caliente dentro de mí, cada centímetro acierta justo donde debe, y la forma en que me observa, con la mandíbula apretada, los ojos fijos en el punto donde estamos unidos, lo hace sentir aún más sucio.

—Estás jodidamente empapada —gruñe, deslizando una mano entre nosotros para presionar su pulgar contra mi clítoris en círculos apretados y castigadores—. Este coño me echaba de menos, ¿a que sí? Echaba de menos estar lleno de polla así.

Gimo, alto y desesperado, sin importarme cómo el sonido resuena en el cine vacío. —Sí, joder, echaba de menos esto. Te echaba de menos a ti.

Me embiste, con fuerza, y el golpe repentino de su polla contra mi cérvix me hace gritar, todo mi cuerpo se estremece por la fuerza. Ahora lo cabalgo más rápido, buscando la fricción, restregando mi clítoris contra la base de su polla con cada caricia mientras el calor se acumula entre nosotros, denso, rápido e imposible de ignorar.

—¿Lo sientes? —jadea, con la voz rota, sus labios rozando mi oreja —. Es tu coñito glotón succionándome, intentando mantenerme justo aquí.

Asiento, incapaz de hablar mientras otra embestida golpea mi punto G, haciéndome sacudirme y contraerme, mis gemidos volviéndose más rápidos, más descontrolados, completamente desenfrenados. Me tiemblan los muslos, la presión en mi centro se vuelve tensa y caliente, cada terminación nerviosa encendida mientras cabalgo al borde del orgasmo, mis manos aferradas a sus hombros como si fuera a deshacerme en pedazos si lo suelto.

—Córrete para mí —gruñe, mordiéndome el cuello con la fuerza suficiente para hacerme gritar—. Quiero sentir cómo empapas mi polla, nena.

Me hago añicos con un grito ahogado contra su garganta, mi coño contrayéndose y palpitando a su alrededor mientras me corro con fuerza, empapando su polla con cada oleada de placer. Todo mi cuerpo tiembla en su regazo, y él me agarra el culo, embistiéndome una y otra vez, buscando su propio éxtasis mientras yo sollozo y tiemblo en sus brazos.

—Trágatela —ruge, el sonido bajo y feral—. Trágate hasta la última puta gota.

Sus caderas se sacuden una vez, luego otra, cada movimiento más profundo que el anterior, hasta que se entierra hasta el fondo y se queda ahí, inmóvil, conteniendo la respiración mientras su corrida pulsa, caliente y espesa, dentro de mí. Gime mi nombre entre dientes, con la voz desgarrada por la satisfacción y algo más oscuro, algo posesivo, mientras yo me agarro a sus hombros, aún temblando por las réplicas de mi propio orgasmo. La película sigue parpadeando frente a nosotros, un ritmo olvidado de luz y sonido, pero lo único que oigo es el eco de nuestras respiraciones, el suave tartamudeo en nuestros pechos mientras recuperamos el aliento juntos.

Me quedo en su regazo un rato más, derretida contra él, con los muslos pegajosos y doloridos, y sus brazos rodeándome la cintura sin apretar. El silencio es ahora cálido, cómodo, y cuando finalmente me aparto de él, es solo porque la pantalla se funde a negro y empiezan a aparecer los créditos finales, sumiéndonos en la suave calma de la conclusión. Me arreglo la ropa con manos temblorosas, todavía sonrojada, húmeda y dolorida de la mejor manera posible, y cuando lo miro, me encuentro con esa sonrisa torcida y satisfecha que ya se extiende por su rostro.

Es petulante, sin reparos. Y cuando veo mi reflejo en la brillante pantalla negra que tengo delante, me doy cuenta de que yo también

llevo una sonrisa: tímida, dulce y satisfecha. Esta sonrisa permanece en mi rostro durante todo el camino de vuelta al piso de alquiler y mucho después de que me bese para despedirse. Todavía está ahí cuando salgo de la ducha, envuelta en una toalla acogedora, y reviso mi móvil para ver si ha llegado bien a casa, pero en su lugar encuentro un mensaje de mi ex, con una foto mía de pie fuera de la cabaña de Ethan.

¿Cuándo pensabas contarme lo de tu nuevo novio, nena?

El significado completo de su mensaje se va filtrando lentamente, de la misma manera que un veneno podría deslizarse bajo la piel sin avisar, no de forma ruidosa ni obvia, sino deliberada y asfixiante. Al principio, no parece más que un escalofrío, un susurro en el fondo de mi mente, algo que puedo ignorar si me esfuerzo lo suficiente. Pero luego se profundiza, echa raíces, y el peso de sus palabras se hunde en mi pecho como una piedra arrojada a aguas tranquilas, alterando todo lo que toca.

No va a dejar en paz a Ethan.

No porque me quiera a mí. No porque quede algún amor andrajoso que perseguir o recuperar. Sino porque ahora sabe —sin lugar a dudas— que Ethan significa algo para mí. Y para un hombre como Daniel, eso, por sí solo, es suficiente. Ese conocimiento se convierte en una palanca, un punto de presión, un arma que puede esgrimir con una precisión aterradora. No necesita gritar para hacer daño. Su silencio siempre ha sido más afilado que un cuchillo, su contención más cruel que la rabia.

Una pesadez nauseabunda se enrosca en mi estómago, lenta al principio, luego más rápida, hasta que la sola idea de que se acerque a Ethan se vuelve insoportable. Intento no imaginar lo que podría hacer, qué puertas podría abrir con su dinero, sus favores, su alcance. Pero las imágenes aparecen de todos modos, arrastrándose por los bordes de mi mente como humo, desdibujando todo lo demás hasta que solo puedo ver lo peor. Veo a Ethan en el hospital, sorprendido por susurros y mentiras. Veo una sala de juntas con

puertas cerradas y sonrisas forzadas. Veo titulares inventados de la nada, tribunales llenos de ruido y preguntas, cada centímetro de su vida desmenuzado bajo un escrutinio que nunca pidió.

La náusea sube, fuerte y rápida.

Me tambaleo hacia el baño, con el corazón martilleándome en los oídos, la vista nublada, la respiración atrapada en la garganta como si mis propias costillas intentaran aplastarla. En el momento en que la puerta hace clic al cerrarse, caigo de rodillas junto al inodoro, con arcadas hasta que no queda más que el ardor hueco del miedo alojado en algún lugar entre mi columna y mi esternón. La piel se me cubre de sudor y me agarro al borde del lavabo con los dedos temblorosos solo para mantenerme en pie.

El espejo no suaviza nada. Mi reflejo me devuelve la mirada, pálido y demacrado, con la boca apretada y los ojos muy abiertos y vidriosos, con algo peligrosamente cercano a la pena. No sé cuánto tiempo paso allí, viéndome desmoronarme en silencio, pero al final encuentro la fuerza para apartarme, para echarme agua fría en la cara y presionarme la toalla en las mejillas, dejando que el algodón húmedo me ancle a la realidad que tanto me esfuerzo por controlar.

De vuelta en el dormitorio, cojo el móvil con manos que aún no han dejado de temblar. Cuando abro el hilo de mensajes, veo el último texto de Ethan, enviado hace solo unos momentos, dulce y sincero, cargado de una calidez que perdura como una caricia en la piel desnuda.

Es un recordatorio de todo lo que quería creer que aún podría ser posible. Sus palabras llenan la habitación como si estuviera aquí mismo, descalzo y divertido, ofreciéndome una taza de café que no he pedido, brindándome consuelo de la única manera que sabe. Se me nubla la vista antes de llegar al final, y parpadeo con fuerza, pero las lágrimas caen de todos modos, espesas y silenciosas, porque sé lo que tengo que hacer.

Esta es la parte a la que nunca quise llegar. La parte en la que protegerlo significa hacerle daño. Aprieto los pulgares contra la pantalla. La luz brilla demasiado en la penumbra de la habitación y, por un largo momento, me quedo mirando el cursor parpadeante, tratando de encontrar una manera de decir adiós sin que él vea el moratón que se está formando bajo mis costillas. Quiero decirle que no es una cuestión de confianza, que no ha hecho nada malo. Quiero decirle que sus manos son el único lugar donde alguna vez me he sentido estable, que su voz es la que busco en sueños. Quiero decirle que nada de esto es justo.

Pero no lo hago.

En su lugar, tecleo lenta, cuidadosamente, como si cada palabra costara algo que no puedo recuperar. Lo leo una, dos, tres veces antes de enviarlo.

No podemos seguir viéndonos.

Luego dejo caer el móvil a mi lado en la cama y dejo que el silencio regrese.

18

ETHAN

La puerta se cierra con un clic a mi espalda, pero no la oigo. Mi mente todavía está envuelta en el sonido de su voz de anoche, suave y entrecortada en la oscuridad, sus labios entreabiertos bajo los míos, sus dedos clavándose en mis hombros como si me necesitara más que el aire. Ese recuerdo lo tengo grabado a fuego en la piel; sin embargo, la pantalla de mi mano cuenta una historia completamente diferente.

Ya no podemos vernos.

Leo el mensaje dos veces antes de que mi cuerpo registre siquiera la tensión que me ha oprimido el pecho. Pesa mucho, demasiado contenida para ser pánico, demasiado aguda para no ser deliberada. Me quedo mirando las palabras como si pudieran reescribirse solas si las miraba con la suficiente atención, pero permanecen fijas, frías y asépticas, como si hubiera arrancado una página de su propio corazón y la hubiera enviado sin pestañear.

Sin punto final. Sin explicación. Solo una frase concebida para crear distancia.

Apoyo la mano en la encimera de la cocina para anclarme a la realidad, respirando para controlar el tipo de opresión que no había

sentido desde la facultad de Medicina, cuando los pacientes entraban en parada ante mis ojos y tenía que elegir entre quedarme paralizado o cortar. Ahora no me paralizo. Nunca he sido ese tipo de hombre.

En lugar de eso, le respondo.

No. Inténtalo otra vez. Llámame.

El mensaje aparece como entregado, pero no responde. La pantalla permanece en silencio.

Un minuto después, el silencio se rompe. El móvil me vibra de nuevo, pero no es Ivy. Es un número nuevo. Sin nombre, solo un mensaje.

Deberías haberlo sabido, Cross. No es tuya.

Las palabras me golpean como una cuchillada entre las costillas, no porque tenga miedo, sino porque sé exactamente quién lo ha enviado. La forma de expresarse es refinada, la cadencia controlada. Apesta a dinero, a privilegios y al tipo de hombre que se ha pasado la vida cogiendo lo que quiere sin afrontar nunca las consecuencias. Daniel Holt.

Reenvío el número a un contacto de ciberseguridad que he utilizado en el pasado para pacientes que necesitaban protección, mujeres que habían dejado a hombres peligrosos y querían desaparecer sin hacer ruido. Pido que lo rastreen. Pido cualquier coincidencia confirmada. Diez minutos después, mis sospechas se confirman. El número está vinculado a una cuenta de empresa privada de Holt Enterprises, marcada una vez por denuncias de acoso que nunca prosperaron.

Bloqueo el teléfono y dejo caer la mano a un lado. La rabia que siento a continuación no es explosiva. Es fría y constante, el tipo de ira que se acumula sin hacer ruido, adquiriendo precisión como un bisturí antes de cortar. Holt está merodeando otra vez. Ivy no me ha apartado porque quisiera. Lo ha hecho porque él la ha presionado

primero. El mensaje estaba programado. Calculado. Me está enviando una advertencia. Aléjate. No la protejas. Deja que vuelva a caer en la jaula que una vez construyó a su alrededor.

Ha elegido al hombre equivocado para amenazar.

Busco el número de Drew y lo llamo. Lo coge al tercer tono, su voz despreocupada, ajena a todo.

—Ethan. ¿Qué pasa?

—Necesito cinco minutos. En privado.

Hace una pausa.

—Vale. ¿Estás bien?

—La verdad es que no. Es sobre Ivy.

Su voz se tensa al instante.

—¿Qué ha pasado?

No dudo ni un segundo.

—Está husmeando por el hospital otra vez. Se comenta que está intentando colar una donación a través de una de sus fundaciones fantasma. Dinero viejo disfrazado de nueva tecnología. Ya sabes cómo va.

Otra pausa, esta vez más corta. Casi puedo oírlo sopesarlo.

—No está en ninguna lista de la junta directiva.

—Todavía no. Pero ya he visto esta jugada antes. Consigue que pongan su nombre en un ala del hospital, empieza a mover hilos en la sombra. Y, antes de que te des cuenta, los datos de los pacientes se utilizan para inflar la valoración de alguna mierda de empresa biotecnológica —dejo que el asco se filtre en mi voz—. Si hay algo turbio en su pasado, necesito saberlo ya.

—Capullo estúpido y arrogante —maldice—. Ojalá pudiera ayudarte, Ethan, pero todo lo que sé es que fue un gilipollas con mi hermana, y de eso sé más bien poco.

—Cualquier cosa que sepas es útil. —Menos mal que no puede verme la cara ni lo enfadado que estoy.

Drew suspira.

—No sé los detalles. Nunca me los ha contado. Pero sé que acabó mal. Vino a mí hecha pedazos. Me dijo que nunca le preguntara sobre ello. No lo hice, pero vi las secuelas. Rompió algo dentro de ella. Y todavía la tiene controlada a través del miedo.

Me apoyo en la pared y cierro los ojos.

—¿Sabes qué hizo? —pregunto, porque necesito algo, cualquier hilo del que tirar.

—No. Solo lo que Cassie insinuó una vez. Que nunca le pegó, no de formas que la ley pudiera rastrear, pero que la fue minando hasta que apenas quedaba nada de ella. Control emocional. Aislamiento. Luz de gas. El tipo de guerra psicológica que convierte a mujeres seguras de sí mismas en sombras. En un momento dado, me temo que pudo haber hecho más, aunque nunca me lo dijo. Y ella lo quería. Al principio, de verdad que sí. Lo que lo hace peor.

Siento que algo duro se asienta dentro de mí. La sola imagen de que Daniel le haya puesto *alguna vez* una mano encima a Ivy… La imagen de Daniel Holt poniéndole una mano encima a Ivy hace que la sangre me hierva. No solo quiero que desaparezca. Quiero prenderle fuego, verlo arder hasta que no sea más que una ruina carbonizada, y luego arrastrar lo que quede de él desde el umbral de la muerte solo para verlo arder en llamas de nuevo. Quiero que esté consciente cada segundo, quiero que sepa que es porque la tocó.

—Ha vuelto —digo—. Lo ha visto. Creo que tiene miedo de que la emprenda contra mí si no se aleja.

Drew exhala lentamente.

—Probablemente lo hará. Y por eso se está distanciando.

—Puedo con él.

—Ethan…

Se me dilatan las fosas nasales.

—Drew, ¿no crees que merece que se haga justicia?

—Sí —responde, con la voz cargada de la misma rabia contenida que yo siento—. ¿Pero cómo lo haces si Ivy no dice lo que ha pasado?

—No lo sé —replico bruscamente—, pero joder que si pienso averiguarlo.

Esas palabras resuenan en mi cabeza mucho después de colgar. Se me ocurre una idea mientras voy a la habitación. Sentado en la cama, abro la página de Cassie en las redes sociales y me desplazo hasta encontrar una publicación de hace casi un año. Una foto de Ivy, con el pelo más corto, los ojos cansados, pero sonrientes, de pie junto a Cassie a las afueras de una pequeña tienda en el norte del estado de Nueva York. El pie de foto es vago. Un fin de semana de chicas. Un retiro para recuperarse. Pero los comentarios cuentan otra historia. Menciones a nuevos comienzos. A dejar ir. A reconstruir la confianza.

Sigo una etiqueta que me lleva a un blog que Cassie tiene bajo seudónimo donde escribe sobre supervivencia, sobre reclamar la propia identidad tras relaciones coercitivas. No hay mención de nombres, ni detalles, pero las historias que cuenta son las de Ivy. Las siento en el espacio entre cada línea.

Hombres que te arrebatan el poder poco a poco. Que envuelven el control en regalos y encanto. Que levantan la voz no para gritar, sino para silenciar. Hombres que utilizan el amor como un arma, que convierten la devoción en una forma de presión, que nunca pegan, nunca golpean, nunca dejan moratones. Solo grietas.

Se me oprime el pecho mientras me desplazo por la página porque ahora sé lo que Ivy nunca dijo. Y entiendo el silencio que viste como una armadura. Todavía lo está protegiendo a él.

O, más probablemente, me está protegiendo a mí.

Pero se acabó el dejar que cargue con este peso sola. No soy un crío con el que solía ligar cuando la vida era fácil. Soy un hombre con colmillos, con recursos, con el tipo de concentración que ha mantenido a gente con vida en quirófanos incluso cuando las probabilidades decían lo contrario.

Si ella no me dice de qué huye, lo averiguaré por mí mismo.

Dejo el teléfono y cruzo la habitación, cojo el portátil de la estantería y lo abro con más fuerza de la necesaria. El reloj de la esquina me dice que es poco más de medianoche. Eso no importa. No a la persona a la que estoy a punto de llamar.

Repaso mi lista de contactos hasta que llego a un nombre que no he usado en más de un año. Mason Garrick. Expolicía. Ahora trabaja como autónomo en las grietas entre la legalidad y la necesidad. El hospital lo contrató una vez para un caso de protección que involucraba al acosador de una paciente. Es un hombre discreto, competente y aterradoramente eficaz. Exactamente lo que necesito.

Escribo el mensaje.

Necesito una investigación de antecedentes. Discreta. Llámeme esta noche si es posible.

Lo envío sin preámbulos y tiro el móvil sobre la cama. Me paseo mientras espero. El apartamento está demasiado limpio, demasiado quieto, lleno de los residuos de una noche que se suponía que iba a ser otra cosa. Ella debería estar aquí. No porque quiera poseerla, sino porque, por primera vez en años, he dejado que alguien entrara tras los muros que construí, y encajó como si siempre hubiera conocido los planos.

El silencio se alarga. Vuelvo a mirar el móvil. Sigue sin haber nada.

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua, pero lo vacío en el fregadero sin beber. He suturado arterias con manos más firmes de las que tengo ahora mismo. El pulso me martillea en la garganta; no es miedo, no es duda, solo una corriente interminable de frustración y determinación entrelazadas tan fuertemente que no puedo separar la una de la otra.

Finalmente, el teléfono vibra.

Número desconocido. Respondo al primer tono.

—Mason.

—Cuánto tiempo —dice él, con una voz como grava sobre acero—. ¿De qué se trata?

Miro por la ventana, las luces de la ciudad me devuelven el reflejo en patrones ambarinos y fracturados.

—De una mujer. Ivy Dawson. Necesito saberlo todo. Rápido.

—¿Fugitiva? ¿Testigo? ¿Amenazada?

—No es una delincuente. Está asustada. Hay un hombre… Daniel Holt. Dinero viejo. De los círculos de Valleria. Salió con él una vez. Creo que está intentando volver a someterla.

Hay un breve silencio al otro lado.

—¿Lo cree o lo sabe?

—Sé lo suficiente —respondo, con palabras más duras de lo que pretendía—. Y si me equivoco, le deberé una botella de algo caro. Pero si tengo razón, está en serios problemas.

—Envíeme lo que tenga. Nombre completo, última dirección conocida, cronología si la tiene. Investigaré.

Ya le estoy reenviando la información antes de que termine de hablar.

—Quiero todos los lazos que tenga. Legales o no. También todo sobre Ivy. No quiere hablar, pero necesito saber qué le pasó.

—Deme una hora —dice Mason—. Quizá menos.

La llamada termina. Dejo el teléfono sobre la mesa y me reclino en la silla, mirando al techo como si pudiera darme las respuestas que el mundo se niega a ofrecer. Pienso en la cara de Ivy esa mañana en la cabaña, de líneas suaves y calor somnoliento, en la forma en que su mano se curvaba alrededor de la hinchazón de su vientre como si estuviera aprendiendo a ser dos personas a la vez. Ese tipo de ternura no surge de la nada. Ese tipo de resiliencia significa que ya ha sobrevivido a más de lo que puedo imaginar.

Cierro los ojos, solo por un momento.

Cuando el móvil vuelve a sonar, respondo antes de que termine la primera vibración. Mason parece fatigado, como si se hubiera movido deprisa.

—Puede que quiera ver esto en persona.

Me enderezo, el tono de su voz atraviesa la calma que intentaba recuperar.

—¿Qué es?

—Le estoy enviando un archivo a su línea segura, pero esto no es el tipo de cosa que quiero explicar por teléfono. Si tengo razón, su chica tiene un problema serio. Uno que no es solo emocional.

Aprieto la mandíbula.

—¿Dónde está usted?

—En una oficina en la esquina de Winthrop con la Octava. Arriba. Sin letrero. La encontrará.

Cojo la chaqueta y las llaves, y ya me dirijo hacia la puerta.

—Envíeme el código de acceso.

—Está abierto —dice—. No espero a nadie. Dese prisa.

Termino la llamada y me guardo el móvil en el bolsillo, la adrenalina ya recorriéndome las venas como un segundo latido. No sé a qué me enfrento, pero sé una cosa con certeza.

Si Holt es tan peligroso como creo, acaba de cometer el peor error de su vida, porque ahora también es mi problema.

19

IVY

Hilos de luz matutina se filtran por la ventana de la cocina como si fueran miel, lentos y dorados, calentando la porcelana de mi taza de té hasta que está casi demasiado caliente para tocarla. Estoy sentada, acurrucada en una esquina del comedor de diario, con una manta sobre los hombros y los dedos ahuecados alrededor del borde mientras el vapor se eleva hasta mis labios. El té es suave, manzanilla con un toque de rosa, y aunque no es el sabor intenso que suelo desear, se asienta en mi pecho como un bálsamo. Bebo despacio, meciéndome ligeramente en el asiento, con una palma apoyada en la pequeña curva de mi vientre.

Apenas es visible todavía, solo una suavidad, como el borde de un secreto que aún estoy aprendiendo a guardar. Pero por dentro, algo parece seguro, como un instinto que me susurra en los huesos. Una niña. No sé cómo lo sé, solo que es así. A veces la veo cuando cierro los ojos, en ráfagas de vestidos de algodón suave y rizos rebeldes, en risas que resuenan en porches soleados y en deditos apretados con fuerza alrededor de los míos.

Pienso en lo que significará criarla. En enseñarle a ser fuerte en un mundo que no siempre sabe qué hacer con las chicas que dicen lo que piensan. Quiero mostrarle también la delicadeza, no solo la

fortaleza. Quiero que tenga una habitación con paredes amarillas y estanterías flotantes, una ventana por la que entre el sol de la mañana, un lugar donde pueda convertirse en ella misma sin miedo. Me imagino meciéndola por las noches, tarareando canciones de mi infancia que casi he olvidado, sosteniéndola cerca mientras el mundo exterior se desvanece en silencio.

La idea hace que se me encoja la garganta, así que tomo otro sorbo y me concentro en el calor.

La vista judicial está programada para el mediodía, y me visto con esmero, no porque quiera impresionar a nadie, sino porque hoy parece el final de algo que se ha alargado demasiado. La última fase del divorcio de mis padres ha durado meses, un lento desgranar de amargura y viejas heridas que ninguno de los dos pudo dejar enterradas. Un taxi me lleva al juzgado y, una hora más tarde, me encuentro en el duro banco con las manos entrelazadas en el regazo, escuchando hablar a los abogados. Mi madre llora de nuevo, de forma suave y cansada, mientras mi padre evita su mirada por completo.

Cuando el mazo golpea, no siento alivio. Siento un vacío. Como ver arder una casa en la que dejaste de vivir hace mucho tiempo. Cuando me levanto para irme, mi madre me hace un breve gesto con la cabeza, con los ojos brillantes de lágrimas. Reacciono instintivamente y la atraigo para darle un abrazo, pero ella me rehúye en el último momento, con el rostro pálido. La tristeza me araña las entrañas, pero la reprimo. En casa de los Dawson no somos de muestras de afecto. Mi padre se va sin hablar con ninguno de nosotros, así que al menos me ahorro la desdicha de tener que cruzar unas palabras con él.

Drew me espera fuera, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta y una expresión tensa. No dice gran cosa, solo me pasa un brazo por los hombros y me guía hacia el coche. Conducimos en silencio hasta que se mete en un aparcamiento conocido y se vuelve hacia mí con una pequeña sonrisa tímida.

—He pensado que nos vendría bien un helado —dice.

Asiento, demasiado rápido.

Encontramos un lugar tranquilo al borde del parque, justo después de la fila de puestos de comida ambulante que bordean la zona verde. Blair y Cassie nos encuentran allí, y ríen con naturalidad al vernos. Cassie se acerca de un salto y me envuelve en un abrazo al instante.

—Mírate —dice radiante—. Eso del resplandor del embarazo es verdad.

Intento sonreír. El calor del sol se filtra a través de los árboles y, por un momento, casi parece una tarde perfecta. Nos sentamos en una manta gastada que Blair extiende sobre la hierba, con nuestras tarrinas de helado derritiéndose en el regazo mientras unos niños chillan en algún lugar cercano, persiguiendo pompas de jabón.

Cassie empieza a navegar por aplicaciones de nombres de bebé en su teléfono mientras Blair me pregunta si he empezado a pensar en los colores para la habitación. Les digo que verdes suaves, quizá un azul pálido, y Cassie bromea con que ya estoy preparando el nido.

Entonces, la voz de Drew interrumpe, tranquila pero directa.

—Entonces… ¿el padre va a implicarse al menos?

La cuchara se detiene en mi mano. Se me seca la garganta y, por un largo segundo, se me olvida cómo respirar.

Abro la boca, pero no me salen las palabras.

Cassie me mira con los ojos como platos. Blair mira a Drew con enfado.

—¿En serio? —espeta—. ¿Podemos dejarlo por hoy?

Drew levanta las manos. —Solo pregunto. No está sola en esto.

Pero sí lo estoy. Y la verdad de esa afirmación hace que me escuezan los ojos.

Parpadeo rápidamente, fingiendo estar demasiado concentrada en la vainilla que se derrite en mi tarrina como para hablar. Blair se acerca y me aparta con delicadeza un mechón de pelo de la cara, y la suavidad de su tacto lo empeora todo de alguna manera.

—Ivy —dice en voz baja y con cuidado—, no tienes que responder a eso ahora mismo.

Asiento, tragándome el dolor. —Gracias.

El momento pasa, pero no del todo. Poco después pongo una excusa y las dejo allí, con sus voces desvaneciéndose a mis espaldas mientras vuelvo rápidamente al piso de alquiler. Abro la puerta con los dedos temblorosos, entro y, por fin, dejo que las lágrimas fluyan. Porque sé que cortar con Ethan es lo correcto. Lo sé con una claridad que me destroza por dentro. Pero eso no hace que duela menos. Es la única persona que me ha hecho sentir segura en meses, el único que vio a través de mi silencio y me ofreció algo estable. Y he tenido que alejarlo.

Por su bien.

Me acurruco en el sofá, todavía con la rebeca que me prestó Cassie, con los brazos apretados alrededor de mi vientre. Susurro naderías en el espacio entre mis respiraciones, promesas de que mantendré a este niño a salvo, de que nada volverá a tocarnos.

Entonces llaman a la puerta.

Suavemente. Casi con educación.

Dudo un instante y luego me dirijo a la puerta. No hay nadie en el umbral. Solo un pequeño sobre blanco, sin marcar, en el felpudo.

Lo cojo con manos lentas.

Dentro hay una fotografía. Mi última ecografía, rota por la mitad, con los bordes rasgados y mi nombre aún apenas visible en la esquina.

El pánico es instantáneo y total.

Me hundo en el suelo, con una mano agarrando la imagen rota y la otra instintivamente envuelta alrededor de mi vientre. Ha estado aquí. Me está observando. Y ahora me está recordando que esto ya no va solo de mí.

Apoyo la frente en las rodillas mientras me agacho en el suelo; el silencio que me rodea me presiona por todos lados como una cámara de eco que conoce demasiados de mis secretos. Durante un buen rato, dejo que mis pensamientos den vueltas, rotos y afilados, deshilachándose por los bordes como una tela demasiado tensada sobre una astilla.

Intento concentrarme en mi respiración, inspirar y espirar, lenta y constantemente, tratando de que el pánico remita, pero cada inhalación se entrecorta en la parte alta de mi pecho y nunca llega a llenarme del todo. Mi mano vuelve a mi estómago, las yemas de los dedos presionando suavemente la suave protuberancia que ha empezado a formarse allí, no por miedo, sino por instinto.

—Estás bien —susurro, con los ojos cerrados, la voz casi inaudible—. Estamos bien. Te mantendré a salvo. Te lo juro.

Apoyo la espalda en la pared y me levanto lentamente, con las piernas aún temblorosas y el corazón latiendo a un ritmo que no puedo calmar. Voy a la cocina, no porque necesite algo, sino porque necesito moverme, fingir que hay algo que puedo hacer que no sea esperar el siguiente golpe.

La tetera sigue en el fuego, fría ya. La lleno y la pongo a hervir de todos modos, escuchando el suave gorgoteo del agua llenando el silencio, pero no hace nada por calmar la tormenta que tengo dentro. Me apoyo en la encimera, con los dedos aferrados al borde, y miro sin ver por la ventana a la calle de abajo. Valleria parece

tranquila desde aquí, bañada en una luz ambarina, la tarde suave e inocente. Si alguien mirara a esta ventana, podría ver a una mujer envuelta en soledad, nada más.

Pero siento que me estoy desmoronando.

Pienso en Ethan. Su voz en la oscuridad. Su boca sobre la mía. Sus manos trazando la curva de mi cadera con reverencia, como si pudiera reescribir todo el dolor que llevo dentro solo con paciencia y contacto. Y luego pienso en la forma en que lo aparté. En cómo le hice creer que podía alejarme de todo limpiamente. Que podía borrar lo que teníamos con un solo mensaje, cuando la verdad es que no he dejado de sufrir desde el momento en que se fue.

Es el único hombre que me ha hecho sentir segura en mi propia piel. Y ahora bien podría estar en peligro por mi culpa. La culpa me apuñala, pero también hay una rabia lenta y latente por todo lo que he tenido que negarme a mí misma, todo por culpa de este hombre.

Y en algún lugar debajo de todo eso, bajo el pánico, el dolor y el miedo vacío que he estado cargando desde que vi por primera vez el coche de Daniel fuera de mi ventana, una decisión comienza a surgir. Al principio llega lentamente, como un soplo a través de una puerta entornada, luego más rápido, más nítido, hasta que toma forma detrás de mis ojos cerrados y exige una voz.

Es imprudente y peligroso. No necesito que nadie me diga esa parte. Cada instinto dentro de mí se rebela contra la idea, advirtiéndome de que es una trampa, un terrible error, el tipo de cosa que podría acabar mal sin importar lo cuidadosamente que juegue mis cartas. Pero ya nada de eso importa. Porque, ¿cuál es la alternativa?

Si sigo escondiéndome, él seguirá cazándome. Si me quedo callada, él alzará más la voz. Y si sigo huyendo, esto no tendrá fin. Ni para mí. Ni para mi bebé. Ni para la gente que me importa. La verdad es que estoy harta de vivir como una presa. Harta de vigilar mis espaldas, de mirar por encima del hombro, de sentir que cada respiración que tomo tiene que ser con permiso.

Me enderezo lentamente, con las palmas de las manos apoyadas en la encimera, los músculos temblando por algo más profundo que el agotamiento. Camino hacia la mesa, cojo el móvil y me quedo mirando la pantalla como si fuera a morderme.

Todavía estoy a tiempo de parar. A tiempo de contárselo a Drew. De llamar a Ethan. De involucrar a alguien que pueda ayudar. Pero no lo hago. Porque la verdad es que esta no es su carga. Es mía. Y si quiero una vida libre del alcance de Daniel, tengo que ser yo quien corte el último lazo.

Mis dedos se mueven antes de que mi miedo pueda disuadirme. Abro el hilo de mensajes con Daniel. Su último mensaje me devuelve la mirada, burlón en su silencio.

Escribo una palabra.

Quedamos.

Luego le doy a enviar.

Aunque todavía estoy en las primeras etapas, siento algo raro en el estómago, como un aleteo en su interior. Me pongo la palma de la mano allí, justo sobre el punto donde lo he sentido, y respiro por primera vez en lo que parecen horas. Ahora hay alguien conmigo en esto. Alguien a quien ni siquiera conozco pero que ya está condicionando cada decisión que tomo.

La respuesta de Daniel llega menos de un minuto después.

Hora y lugar.

20

ETHAN

El cielo tras las ventanas de mi apartamento empieza a palidecer, a desangrarse lentamente del índigo al gris, señal de que la mañana está en camino, pero llevo aquí toda la noche, recorriendo los mismos metros cuadrados una y otra vez, como si las paredes pudieran abrirse de repente y darme más espacio para moverme. He preparado dos tazas de café y las he dejado intactas. Me he dado una ducha que no ha servido de nada para apagar el calor que aún arde bajo mi piel. No he llamado a Ivy. No porque no quiera, sino porque ahora sé demasiado.

El expediente que me entregó Mason descansa sobre la mesa de la cocina, grueso y de aspecto clínico, con el papel gastado por los bordes de tanto hojearlo una y otra vez. No había dicho mucho cuando llegué; se limitó a deslizar la carpeta sobre el escritorio, descorchó una botella de algo oscuro y caro y se recostó como si esperara a que me llegara la verdadera reacción.

—Será mejor que te sientes —había dicho—. Porque esto es gordo.

Y no se equivocaba.

Dentro de la carpeta había una serie de hojas de cálculo, antiguos archivos de seguros, registros de recetas marcados y una cuenta de

haberes extraterritorial vinculada a una empresa fantasma registrada bajo una filial de Holt Enterprises. El rastro documental estaba fragmentado, cuidadosamente construido para evadir el escrutinio, pero el patrón estaba ahí si sabías qué buscar. Llevo una década trabajando en hospitales, he visto de cerca las entrañas del sistema: clínicas con poco personal llevadas al límite, representantes farmacéuticos ofreciendo incentivos que no deberían, familias a las que se les entregan facturas por tratamientos que nunca deberían haberse cobrado.

¿Pero esto? Esto es harina de otro costal.

Hace tres años, una pequeña empresa farmacéutica llamada Auralis Therapeutics empezó a promocionar un estabilizador del ánimo experimental bajo la apariencia de un ensayo de investigación, aprobado para un uso clínico limitado, pero solo bajo estricta supervisión. El ensayo no fue público, los informes de la FDA estaban enterrados, pero ¿lo más fuerte? Auralis ya no existe. Fue disuelta hace dieciocho meses, justo después de que varios pacientes informaran de graves efectos secundarios que nunca llegaron a registrarse en ninguna base de datos oficial. Y la firma en los papeles que autorizaban la disolución del ensayo era de un hombre llamado Stuart Holt.

El padre de Daniel.

La empresa fantasma, Garnett Biomedical Holdings, recibía pagos trimestrales por «consultoría» de Auralis antes del cierre. Esos pagos se desviaban a propiedades por todo el noreste, incluidas dos en Valleria. ¿Los nombres en esas propiedades? Una registrada a nombre de Daniel Holt. La otra, de forma discreta y silenciosa, a nombre de alguien que trabajaba en el pabellón de psiquiatría del Valleria General. Una mujer que solo recuerdo porque su dimisión se produjo la semana después de un pequeño escándalo que nunca salió en los periódicos.

Un paciente había muerto.

Se había dictaminado que fueron causas naturales. Sin autopsia. Sin investigación. Solo un expediente cerrado y una enfermera trasladada.

Pero yo estaba allí ese día. Acababa de terminar una consulta con un paciente cardíaco cuando pasé junto al carro de paradas fuera de la habitación 408. La familia estaba en la sala de espera: silenciosa, enfadada, confusa. El hombre que murió no tenía antecedentes de complicaciones de salud mental, solo una leve depresión tras el nacimiento de su segundo hijo, y le habían recetado un nuevo medicamento que nadie había visto antes en el formulario del hospital.

Ahora, mirando este expediente, me doy cuenta de que lo que vi fue un centro de pruebas. Un ensayo que salió mal. Una muerte que no tenía por qué ocurrir.

¿Y Daniel? Era parte de ello.

Mason me había mirado directamente a los ojos cuando dije el nombre en voz alta. —No es el cerebro, pero sí el brazo ejecutor.

Recuerdo haberme agarrado al borde de ese escritorio de laminado barato, sintiendo que algo frío se extendía por mi pecho; no miedo, ni siquiera rabia. Solo la certeza de que el hombre que amenaza a Ivy tenía el alcance y la arrogancia de jugar a ser Dios con vidas humanas. Que había estado vinculado a algo tan peligroso, tan criminal, y había salido de rositas. Porque los Holt siempre se salen con la suya.

Pero esta vez no.

El truco, dijo Mason, era demostrar la intencionalidad. Sobre el papel, la empresa fantasma estaba limpia. Pero había testigos. Uno en particular: una enfermera llamada Melinda Garrow. Presentó una queja interna pocos días antes de dejar su trabajo en el hospital, pero el documento nunca llegó al sistema. Mason lo encontró enterrado en una unidad de red secundaria, sin firmar, pero con

marca de tiempo. La queja describía dosis irregulares, registros falsificados y presión de los superiores para ignorar ciertos protocolos.

Era suficiente para empezar a construir un caso.

Pero llevaría tiempo.

Lo que Mason no sabía, lo que no dijo —porque yo no se lo conté— era que Ivy había estado saliendo con Daniel en la época en que todo esto estaba sucediendo. Que podría haber visto algo. Que podría haber sido silenciada no solo con manipulación, sino por el conocimiento de lo que él era capaz de hacer. Si Daniel estaba involucrado en la realización de este ensayo extraoficialmente, si Ivy sabía o sospechaba algo, entonces no es solo una mujer que intenta escapar de una relación abusiva.

Es un cabo suelto.

Y eso la convierte en un objetivo aún mayor.

Me froto la cara con las manos, y el áspero roce de la barba de un día me ancla en el presente. Cada parte de mí quiere llamarla. Advertirla. Contarle lo que he descubierto. Pero si lo hago ahora, si doy un paso en falso antes de entender el panorama completo, podría hacer que vuelva a huir. O peor, podría ponerla en más peligro.

Y no puedo hacer eso. La tetera silba con fuerza desde la cocina, pero la ignoro. Mi móvil vibra en la encimera y cruzo la cocina en dos zancadas, cogiéndolo con el pulso más acelerado de lo normal.

Es un mensaje de Mason.

Novedades. Ha salido un nuevo nombre. Podría no ser nada. O podría ser el eslabón perdido. Te digo algo después de la entrevista con Garrow. Estate quieto.

Abro el mensaje, lo releo y luego me guardo el móvil en el bolsillo trasero mientras camino hacia la ventana. La ciudad de fuera se

despierta lentamente, las farolas aún zumban débilmente mientras la primera oleada de madrugadores empieza a serpentear por las avenidas. Pero no estoy pensando en el hospital, ni en las rondas que debería estar preparando, ni siquiera en los pacientes que veré hoy.

Estoy pensando en Ivy. En la chica que me hizo sentir que el mundo podía volver a ser un lugar amable. En la mujer que entró en mi vida, la abrió de par en par y me hizo querer quedarme.

Y estoy pensando en Daniel Holt, el hombre que está a punto de descubrir lo que pasa cuando se amenaza a la persona equivocada.

La luz del sol asciende entre los edificios, alcanzando el borde del marco de la ventana mientras mi móvil vuelve a vibrar. Espero que sea Mason, quizá con más archivos, otra migaja que seguir. Pero, en cambio, es una foto. Sin mensaje. Solo la imagen.

La abro.

La foto es granulada, probablemente tomada desde una buena distancia con un objetivo pensado para la discreción, pero la reconocería en cualquier parte. Ivy. Sentada sola en la mesa de una cafetería, envuelta en ese abrigo gris y suave que siempre se pone como si fuera una armadura, con una mano apoyada en un vaso de papel y la otra acunando la pequeña curva de su vientre. Su rostro está ligeramente girado, mirando hacia abajo, sin sonreír. En todo caso, parece preocupada y retraída. El instinto me dice que no está allí solo para tomar un café o encontrarse con una amiga.

Pero no es ella lo que me deja sin aliento.

Es el hombre del fondo.

Al otro lado de la calle, medio oculto por el toldo de una panadería, está Daniel Holt.

Abrigo negro. Móvil en mano. Observándola.

No sé cuánto tiempo abarca la foto. Podrían haber sido segundos. Podría haber sido media hora. Pero la implicación es clara.

La está observando. A plena luz del día. A su alcance.

Ya estoy cogiendo las llaves cuando me doy cuenta de que me estoy moviendo. El café que serví sigue intacto en la encimera, enfriándose, olvidado. Le envío a Mason un mensaje de una palabra —dónde— pero se me adelanta con un segundo mensaje.

Me envía el nombre de la cafetería, una marca de tiempo, una chincheta de ubicación. Es de esta mañana. De hace menos de diez minutos.

Me meto el móvil en la chaqueta y cierro la puerta de un portazo, y el hueco de la escalera resuena con el sonido de mis botas mientras bajo los escalones de dos en dos. El garaje todavía está en silencio cuando saco el coche, pero el motor ruge al cobrar vida con una urgencia que no intento contener. Acelero a través de la neblina de la madrugada, las luces se vuelven borrosas a mi paso, el tráfico empieza a densificarse mientras la ciudad despierta.

La llamo mientras giro hacia la avenida principal. Mi pulgar se detiene sobre su nombre y lo presiono sin dudar. Da un tono y luego salta el buzón de voz.

Una sarta de maldiciones sale de mi boca mientras cuelgo y vuelvo a intentarlo, pero el resultado es el mismo. Mis nudillos se aprietan alrededor del volante con más fuerza, y la ciudad se extiende ante mí como una carrera de obstáculos que debo superar. No contesta. Lo que significa que algo va mal. O que algo ya ha pasado.

Acelero, conduciendo tan rápido como puedo. Solo hay una cosa que se repite en mi cerebro. Si Holt la alcanza, se han acabado las reglas.

.

21

IVY

La puerta de la pastelería tintinea cuando la abro, un suave repique que atraviesa el tranquilo murmullo de las conversaciones matutinas y la suave melodía de un villancico de Nat King Cole que suena por los altavoces. El aire huele a canela y mantequilla y a algo casi sagrado: nostalgia glaseada con vainilla envuelta en un bollo caliente y espolvoreada con azúcar. Debería ser reconfortante. Solía serlo, en otros tiempos.

Fuera, la mañana es pálida y fresca, el cielo bañado en un tenue color plateado, como si la ciudad aún no se hubiera despertado del todo. Los copos de nieve caen perezosamente tras la ventana, enganchándose en la guirnalda de hoja perenne que adorna las farolas y los escaparates. Unos niños aprietan la nariz contra el cristal de la tienda de caramelos de enfrente. Un hombre con una bufanda roja levanta su vaso de cartón en señal de agradecimiento a un músico callejero al pasar. Es el tipo de día que quiere parecer mágico.

Pero la magia está muy lejos de mí hoy.

Me deslizo en el reservado que solía ser mío, cuando este café todavía era un lugar donde el amor sucedía. Cuando Daniel se

inclinaba sobre la mesa y me quitaba las migas de los labios como si fuera alguien en quien pudiera confiar. El asiento sigue agrietado en la esquina donde una vez derramé sidra caliente, todavía ligeramente inclinado hacia delante por una pata. Recorro con los dedos el borde de la mesa, notando su familiar tambaleo, y me pregunto a cuántas otras mujeres ha traído aquí desde entonces.

No pido nada. No lo necesito. Él me dijo exactamente lo que tenía que hacer.

—*Pide un cruasán* —decía el mensaje. Solo eso. Sin contexto. Sin saludos. Sin amenazas. Solo la vieja taquigrafía de un hombre que aún cree que tiene derecho a decirme lo que quiero.

Llamé a la camarera con una sonrisa tensa y lo pedí sin mirarla a los ojos. Ahora, está en un plato frente a mí, dorado y delicado, con los extremos deshaciéndose sobre la servilleta de papel. No lo toco. No puedo.

Mi móvil vibra contra la mesa. No necesito leerlo para saber de quién es.

Pero lo hago.

Una sola línea.

Ya puedes irte. Whispering Pines Lane, 412. Quince minutos.

Eso es todo. Sin firma. Sin advertencia. Solo una orden, despreocupada y cruel, como si ya supiera lo que voy a hacer. Y es que lo sabe.

Marco su número. Descuelga al segundo tono.

—¿Cómo sabe que estoy sola? —Mi voz es queda, pero firme. Quiero que oiga el control que he recuperado con esfuerzo, aunque tiemble en los bordes.

Hay una pausa. Luego, una risa, grave y llena de desdén, retumba a través del auricular como una tormenta que se gesta al borde de un

mar en calma.

—Oh, Ivy —dice en voz baja, como se le hablaría a una niña que aún no ha aprendido cuál es su lugar—. De verdad que no entiende de lo que soy capaz, ¿verdad?

Aprieto el móvil con más fuerza; los nudillos se me ponen blancos.

—Siempre he sabido dónde está —continúa—. Lo que come. Lo que viste. Con quién habla. Y ahora, con quién se acuesta.

Mi corazón se encoge.

—Le estoy dando la oportunidad de terminar esto por las buenas —dice, con un tono más oscuro y calculado—. No me obligue a cambiar eso.

La llamada se corta.

Ya me he puesto en pie, con el cruasán intacto y el estómago revuelto por las náuseas y el miedo. Me muevo por el café como si estuviera bajo el agua, el calor de la pastelería aferrándose a mi abrigo mientras salgo a la gélida luminosidad de finales de diciembre. El mundo se mueve a mi alrededor, alegre e inconsciente. En algún lugar calle abajo, un cuarteto de viento empieza a tocar *O, Holy Night*. Acelero el paso.

El taxista no dice ni una palabra cuando le doy la dirección. Me hundo en el asiento trasero, presionando una mano en la curva inferior de mi vientre. La bebé está quieta. Silenciosa. Pero le susurro de todos modos.

—Todo va a ir bien. Lo prometo.

Whispering Pines Lane es una calle medio olvidada por la ciudad, un lugar donde el tiempo parece ralentizarse e incluso las farolas parpadean con más cautela. El parque de oficinas es un cementerio de cristal y hormigón, sus letreros descoloridos y su asfalto agrietado son los únicos testigos del trato que acabo de hacer conmigo misma.

El taxi se aleja. Estoy sola.

El aire es más frío aquí, afilado contra mis mejillas mientras entro en el aparcamiento. El edificio de enfrente se alza en silencio, tres pisos de ventanas cerradas y gloria desvaída, como una corporación que una vez creyó que duraría para siempre y se derrumbó bajo el peso de su propia ambición. Las líneas del aparcamiento apenas son visibles bajo una fina capa de nieve. Un único coche negro se encuentra en el centro, con el motor al ralentí.

Ya está aquí.

Mis botas crujen sobre la grava helada mientras cruzo el aparcamiento, cada paso medido. Me abrazo con fuerza, tanto por el calor como por el valor. El olor a pino flota débilmente en el viento, mezclándose con algo más: aceite, humo, recuerdos.

La puerta del coche se abre.

Y Daniel sale.

Tiene exactamente el mismo aspecto y, de alguna manera, peor. El abrigo es nuevo. La sonrisa de suficiencia no. Sus ojos brillan con satisfacción, como un hombre que acaba de ver un jaque mate desarrollarse exactamente como lo había planeado. Abre los brazos como si esperara que yo cayera en ellos.

—Ivy —dice, como si los dos últimos años hubieran sido solo un sueño que he tenido mientras dormía en sus brazos.

No me muevo. No hablo.

Deja caer los brazos y camina lentamente hacia mí, sus zapatos apenas hacen ruido sobre la grava. Cuando llega a mi altura, se detiene, con la cabeza ladeada como si estuviera estudiando un cuadro que aún no ha decidido si volver a comprar.

—Parece cansada —dice—. Pero está preciosa.

Mantengo la barbilla en alto. —Esto se acaba aquí.

Su sonrisa se crispa.

—No voy a ir con usted, Daniel.

Se produce una larga pausa.

Entonces su mano se lanza, rápida como siempre, y me rodea la muñeca. —No volverá a abandonarme —murmura, con la boca demasiado cerca de mi oreja.

El eco de sus palabras abre una grieta en mi pecho, no solo de miedo, sino de una profunda constatación de que he cometido un error. Uno peligroso. Pensé que podría venir aquí y ser yo quien tuviera el control. Pensé que podría razonar con él, fingir cooperar lo justo para trazar una línea en la arena, convencerlo de que dejara en paz a Ethan. Pero el hombre que tengo delante no es de los que negocian. Nunca lo fue. Solo sabe arrebatar.

El agarre en mi muñeca se tensa con la aguda precisión de alguien que ha practicado la posesión como un arte. Intento retroceder, apartar mi cuerpo, zafarme de él como he hecho en pesadillas que siempre terminaban conmigo despertando sin aliento en una habitación oscura. Pero esta vez, no me escapo. Su otra mano golpea mi hombro y me empuja contra el coche con una fuerza que hace que mis dientes castañeteen. El dolor florece en mis costillas mientras el metal se clava en mi espalda, y la respiración se me corta en la garganta antes de que pueda evitarlo.

—Daniel… —lo intento, pero mi voz es de papel. Fina, arrugada, no lo suficientemente fuerte como para importar.

Se inclina, demasiado cerca, su aliento caliente en mi mejilla, oliendo a canela, menta y algo más por debajo que se me revuelve en el estómago. Luego me llega su colonia, esa misma mezcla cara que solía usar cuando quería impresionar a los donantes o llevarme a algún sitio solo para exhibirme. Solía oler a consuelo, a lujo, al mundo en el que se suponía que debía estar agradecida de haber entrado. Ahora, huele a podredumbre bajo el barniz.

—Qué dramática es —dice, como si yo fuera una niña que se porta mal en público—. Ivy, mírese. Sigue siendo preciosa. Sigue siendo mía. Todo este tiempo, he esperado a que dejara de fingir.

Siento su mano deslizarse desde mi muñeca hasta mi cintura, lenta y posesiva, los dedos extendiéndose como si estuviera reclamando territorio. Intento de nuevo apartarlo, crear un espacio entre nuestros cuerpos, pero él solo se aprieta más contra mí. El abrigo que llevo podría ser de papel de seda. El frío se filtra a través de la tela y en mi piel, pero es su contacto lo que me hace temblar.

—¿Que no es mía? —susurra, las palabras enroscándose contra el pabellón de mi oreja—. ¿Es eso lo que se ha estado diciendo?

Desliza la mano por mi cadera, su pulgar rozando la curva justo encima de mi muslo, una trayectoria demasiado practicada, demasiado familiar. Mi cuerpo entero se pone rígido, el estómago se me revuelve mientras intento infundir fuerza a mi voz.

—No lo haga —consigo decir, lo suficientemente alto como para que la palabra exista.

Pero él sonríe. No de par en par. No de forma obvia. Solo esa pequeña curva en la boca que solía hacerme sonrojar, la que usaba para desarmarme cuando era más joven y estaba demasiado ansiosa por ser amada por alguien que parecía tener todas las respuestas. Solo que ahora lo sé muy bien. Ahora veo el arma detrás de la sonrisa.

—Le encantaba que la tocara —murmura, su palma deslizándose lentamente sobre la curva de mi estómago antes de que se la aparte de un manotazo.

Ahí es cuando su máscara se resquebraja.

La sonrisa desaparece. Sus ojos se vuelven inexpresivos y su mandíbula se tensa lo suficiente como para dejar al descubierto el pulso que late en su sien. La afabilidad desaparece, y veo lo que realmente hay debajo. El hombre que me manipuló durante años. El

hombre que me hizo luz de gas hasta silenciarme. El hombre que ha pasado cada segundo desde que me fui intentando reescribir la historia para que él siga siendo quien tiene el control.

—¿Cree que no lo sé? —espeta, y por primera vez, el filo de algo horrible se desliza en su voz—. ¿Cree que no la he estado observando? He visto cómo lo mira a él. A ese médico. A esa patética excusa de hombre que cree que puede llevarse lo que me pertenece.

Me encojo, pero él no se detiene. Sus manos están sobre mí de nuevo, agarrando mi muñeca, luego mi hombro, empujándome contra el coche con tanta fuerza que esta vez grito. El sonido resuena en el aparcamiento, agudo e indefenso. Me aparto, el pánico me invade, pero su agarre es como el acero.

—Daniel, por favor…

—¿Ah, ahora suplica? —dice, enseñando los dientes—. ¿Ahora recuerda quién es realmente su dueño?

Cierro los ojos, mi mente piensa no solo en la bebé, sino en Ethan. En sus manos. En su boca. En la forma en que me miraba como si fuera algo que valiera la pena proteger, no controlar. En la sensación de sus labios en mi vientre, en la firmeza de su voz cuando me pidió que me quedara. Debería habérselo contado todo. Debería haberlo dejado entrar.

Pero no tengo la oportunidad de caer en esa espiral de culpa, porque entonces oigo el sonido de la grava al moverse. Zapatos contra el asfalto. Una voz, aguda y grave, que atraviesa la neblina de pavor en mi mente. —Suéltala.

Me quedo helada. Daniel se tensa, su cabeza girando bruscamente hacia la fuente de la voz. Su mano sigue aferrada a mi brazo, pero su cuerpo se queda tan quieto como una estatua.

Y entonces, como una sombra que emerge de la niebla, Ethan sale de entre las penumbras, sus ojos fijos en Daniel con una furia que

nunca antes le había visto.

22

ETHAN

No sopeso las consecuencias ni me contengo. En el instante en que la voz de Daniel rasga la noche, cuando oigo la amenaza enroscada en la forma del nombre de Ivy, algo primario se enciende en mi interior, algo que arde más que la furia y es más antiguo que la razón. Me muevo antes de que el sonido termine de abandonar sus labios, mi cuerpo impulsado por algo que va mucho más allá del instinto y, en lo que dura un suspiro, ya estoy sobre él.

No le da tiempo a reaccionar. Ni un respingo, ni una palabra, ni una sola sonrisa de suficiencia. Mi puño se estrella contra su mandíbula con una fuerza que me reverbera desde los nudillos hasta la columna vertebral. Siento la sacudida en cada hueso, en cada tendón. Retrocede tambaleándose, aturdido, con un reguero de sangre que ya le asoma en el labio mientras se estrella contra el lateral del coche.

Pero no me detengo ahí.

Lo agarro por la pechera del abrigo y vuelvo a estamparlo contra el coche. El sonido de su cuerpo al chocar contra el metal es agudo e implacable en la quietud. Intenta lanzar un puñetazo, pillarme desprevenido, pero es demasiado lento, demasiado blando, un

hombre que se ha pasado la vida ordenando a otros que ejerzan la violencia sin haberla probado él mismo. Esquivo el puñetazo con facilidad, le clavo el hombro en el pecho y lo empujo de nuevo hacia atrás, inmovilizándolo con fuerza contra el capó del coche mientras le presiono la garganta con el antebrazo.

Ahora tiene los ojos como platos. La arrogancia ha empezado a resquebrajarse.

—Como vuelva a tocarla —mascullo, con las palabras brotando ásperas de lo más profundo de mi pecho—, le juro por Dios que la próxima vez no me detendré.

Se ahoga en una media risa, con la sangre manchándole la comisura de los labios. —Muchas palabras, Cross. Muy heroico.

Aprieto el puño, rechinando los dientes. Quiero hacerle más daño. Quiero que sienta lo que sintió ella, aunque solo sea una pizca de la impotencia con la que la envolvió durante meses, quizá años. Pero no le doy ese poder. Retrocedo lo justo para dejarlo respirar, para dejarlo tropezar, para que se recuerde a sí mismo que los cobardes siempre son los que caen con más fuerza cuando se ven acorralados.

Y Daniel Holt no es más que un cobarde.

No se defiende cuando me aparto. No intenta seguirme ni golpearme cuando le doy la espalda. Se limita a apoyarse en el coche, a lamerse los labios y a hacer una mueca mientras se limpia la sangre con el dorso de la mano. Porque así es él. Pura fachada y manipulación, un hombre que juega a ser Dios a puerta cerrada, pero que se dobla como el papel cuando los focos le apuntan demasiado directamente. Su silencio ahora no es miedo a las consecuencias, sino cálculo. Se cree por encima de cualquier castigo, que los hombres como él no tienen que mancharse las manos. No cuando pueden dejar que otros sangren por ellos.

No me importa qué esté planeando ahora mismo. En este momento, no. Mis ojos ya están puestos en Ivy.

Está temblando donde se encuentra, con una mano apoyada en el lateral del coche y la piel tan pálida como el halo de la farola que nos ilumina. Sus ojos se encuentran con los míos, abiertos de par en par por la incredulidad, por el alivio, por algo más complicado que cualquiera de las dos cosas. Recorro rápidamente el espacio que nos separa y le acuno la cara entre las manos mientras le levanto la barbilla para buscar moratones, cortes, cualquier cosa más de lo que ya he visto.

—¿Te ha hecho daño? —Mi voz es baja, pero la tensión en ella es innegable.

Niega con la cabeza, pero es una mentira piadosa. Lo veo en la forma en que se le entreabren los labios, en la forma en que se le tensan más los hombros. Físicamente no, tal vez. Todavía no. Pero se ha acercado demasiado. La ha alcanzado, la ha tocado, la ha arrastrado de nuevo a ese lugar donde el miedo habla más alto que los recuerdos.

—Estoy bien —susurra, pero le tiembla la voz. Le doy un beso en la frente y luego en el punto justo debajo de la oreja, no por ternura ni por romanticismo, sino porque necesito que se sienta anclada a algo, real, viva.

—Ya estás a salvo —digo, y lo digo de verdad.

Se apoya en mí, con las manos aferradas a mi chaqueta, y por un instante la noche se detiene.

Es entonces cuando el cabrón vuelve a hablar.

La voz de Daniel atraviesa el aparcamiento, lenta y tranquila, como si esto fuera una táctica más de sala de juntas, un guion más que ha ensayado frente a un espejo.

—¿Cree que esto ha terminado? —dice, con un tono áspero, pero engreído. Ahora está apoyado en el coche, con una pierna ligeramente flexionada, tratando todavía de parecer que es él quien tiene el control a pesar de la sangre en los dientes y los moratones que empiezan a hincharse en su mandíbula—. No tiene ni idea de lo que acaba de hacer.

No respondo. No vuelvo a darle la satisfacción de mi ira. Mantengo a Ivy cerca, girándome ligeramente para que quede detrás de mí, con un brazo todavía protector alrededor de su cintura.

Daniel ríe, en voz baja y entrecortada. Luego, como si fuera su última reverencia, se limpia la boca y se endereza lo justo para que su frase final hiera donde más duele.

—¿Cree que le ha dicho la verdad, Ethan? —Su voz es ahora más fuerte, como si esperara la llegada del público—. ¿Cree que es realmente suya cuando le ha estado mintiendo todo el tiempo sobre quién es el padre del bebé?

Ivy se tensa a mi lado. Se le corta la respiración. Mi mano se aprieta en su cintura, anclándola antes de que pueda caer en espiral.

—Si de verdad te quisiera, ¿no crees que te lo habría hecho saber? —continúa, como si me estuviera contando un pequeño secreto entre él e Ivy—. Quiero decir…, teniendo en cuenta lo involucrado que podrías estar si lo supieras, es una verdadera lástima…

No lo miro a él de inmediato. En lugar de eso, la miro a ella. Porque ella importa más que cualquier cosa que él pueda decir. Vuelve a tener los ojos muy abiertos, pero esta vez es por algo completamente distinto: vergüenza, dolor, miedo a lo que haré con la semilla que acaba de intentar plantar entre nosotros.

Pero conozco a los de su calaña. Los hombres como Daniel Holt no pelean con los puños. Luchan con la duda. Con la insinuación. Con sombras y fragmentos de verdad retorcidos hasta convertirlos en armas diseñadas para aislar y controlar. Y la mayoría de las veces,

cogen la verdad y la usan como un arma de destrucción. Suelto a Ivy. La distancia entre nosotros se reduce a metros, luego a centímetros; el espacio, denso de calor y silencio. Daniel tiene la boca apretada, la sangre del labio partido ya seca en la comisura, pero sus ojos brillan con algo parecido a la victoria.

Me detengo justo delante de él, dejando que el aire frío se cuele entre los dos, y hablo lo suficientemente bajo para que Ivy no me oiga si no estuviera ya conteniendo la respiración.

—¿Qué acaba de decir?

Sonríe como si no le costara nada, la inclinación perezosa de su boca un último acto de arrogancia. —He dicho —repite, lenta y deliberadamente— que debería preguntarle a ella de quién es realmente el bebé.

Giro la cabeza ligeramente, no lo suficiente como para apartar los ojos de él por completo, pero sí lo bastante como para verla a ella. A Ivy. De pie, en el espacio entre la luz y la sombra, con los brazos cruzados como si se estuviera sosteniendo a pura fuerza de voluntad. Tiene los ojos muy abiertos, la boca entreabierta. Y ahora lo veo: no solo el miedo, ni el dolor, ni la culpa. Veo ese instante de vacilación que no puede ocultar.

Me aparto de Daniel sin decir una palabra más. Me observa marchar, engreído y satisfecho, retirándose ya a las sombras donde a los hombres como él les gusta acechar cuando el lío ya está montado y es otro el que tiene que limpiarlo.

Cruzo el pavimento de vuelta hacia ella y, aunque mi paso es controlado, mi pulso no lo es.

Abre la boca, tal vez para explicar, tal vez para suavizar las cosas, pero la detengo antes de que pueda hablar.

23

ETHAN

Espero, pero no con paciencia ni esperanza. Espero como un hombre espera un veredicto, de esos que lo cambian todo. O te libera o te entierra.

El vaho de mi aliento se dibuja en el aire frío, pero apenas lo noto. El aire a nuestro alrededor vibra con ese tipo de tensión que no se mueve. Solo presiona. Pesada. Absoluta. Ivy no ha dicho ni una palabra, y cada segundo que permanece en silencio parece una confesión en sí misma.

No lo está negando.

Eso, por sí solo, dice mucho más que cualquier cosa que Daniel pudiera haber dicho.

—Ivy —digo, y mi voz no parece la mía—, ya lo sospechaba. Estaba esperando a que me lo dijeras tú.

Se estremece como si la hubiera golpeado, y quizá en cierto modo lo he hecho, porque no es así como quería que sucediera este momento. Esta no es la versión de la realidad que estaba preparado para recibir, no así, no a la sombra de ese cabrón engreído que sigue apoyado en el coche como si fuera el dueño de la escena.

—Iba a decírtelo —dice. La voz se le quiebra en la palabra *iba*, y se rodea el talle con los brazos, de forma protectora e instintiva, como si pudiera evitar desmoronarse por pura fuerza de voluntad—. Es que... no estaba preparada. No sabía cómo contarte algo tan enorme, no cuando aún estábamos descifrando qué éramos el uno para el otro.

—¿Que no estabas preparada? ¿No creíste que merecía saber que voy a ser el padre de tu hijo?

—No fue así —dice rápidamente, acercándose a mí, con los ojos muy abiertos y brillantes por las lágrimas que no derrama—. No lo entiendes, Ethan, yo...

A nuestras espaldas, Daniel da una palmada, lenta y burlona, un sonido que golpea el aire frío como un insulto.

—Conmovedor, de verdad —dice con sorna—. Sois adorables. Qué cimientos más sólidos, construidos sobre mentiras y delirios. ¿Quién necesita confianza cuando se tienen sexo y bebés secretos?

No lo miro. No lo necesito. Es una interferencia de fondo, un ruido al que me niego a dar importancia en este momento. Mis ojos solo están fijos en Ivy.

Y lo que veo en ellos me desgarra por dentro.

Está temblando. Con los hombros encogidos. Los labios le tiemblan. No porque yo esté gritando, sino porque soy la única persona que no quería perder y cree que esto podría ser lo que nos rompa.

—Tenía miedo —susurra, y esas palabras no lo justifican, pero aun así me golpean en el pecho—. Tenía miedo de lo que significaba compartir esto con alguien de nuevo, de confiarle a alguien algo tan enorme. Daniel me hizo sentir que nada de lo que yo elegía era mío, que al final todo lo que compartía le pertenecía a él. Necesitaba espacio para sentir que este bebé era mío primero, que tenía voz y voto en cómo sería mi vida. Necesitaba tiempo para creer que podía

mantenerla a salvo por mi cuenta antes de permitirme creer que te quedarías.

Su voz se quiebra en esa palabra —*quedarías*— y siento cómo se me retuerce algo por dentro.

—Nunca te comparé con él —dice—. No en mi corazón. Pero mi mente... mi mente aún recuerda lo que era que te quisieran como a una posesión. No quería entregarte algo sagrado solo para ver cómo lo convertías en algo que pudieras usar en mi contra más tarde.

Cierro los ojos, con la mandíbula tan apretada que noto el dolor en las muelas.

—Yo no soy ese hombre —digo, conteniendo a duras penas el tono de mi voz—. Nunca he sido ese hombre. Y deberías haberlo sabido antes de dejar que te tocara.

—Y lo sé —dice, y ahora las lágrimas le caen, surcándole las mejillas como si fueran culpa, pena y alivio todo a la vez—. Lo sé. Pero no sabía cómo desaprender todo lo que él me enseñó sobre lo que hacen los hombres cuando tienen poder sobre ti.

Daniel vuelve a reírse, esta vez más fuerte, mientras se aparta del coche con pasos lentos y satisfechos.

—Un discursito conmovedor —se burla—. ¿Pero de verdad cree que se lo habría contado si yo no la hubiera forzado?

Ahí es cuando pierdo los estribos.

Me vuelvo hacia él en un instante, lo agarro de la solapa del abrigo y lo estampo contra la puerta del coche con un golpe sordo que retumba en el metal y los huesos.

—Vuelva a tocarla —digo, en voz baja y firme, cada palabra una promesa—, y le demostraré hasta dónde estoy dispuesto a llegar por lo que es mío.

Se le corta la respiración, pero la sonrisita no desaparece. Su mirada se desvía hacia Ivy y luego vuelve a mí.

—Siempre se le ha dado bien guardar secretos —dice, con la voz más débil ahora, la arrogancia resquebrajada—. ¿Qué le hace pensar que este es el último?

Lo suelto. No porque lo crea, no porque haya terminado, sino porque siento la mano de Ivy en mi espalda, sus dedos aferrados a la tela de mi abrigo como si me anclara al último ápice de cordura que me queda. Me giro, la miro, y me cuesta toda mi fuerza de voluntad no besarla.

Durante un largo instante, me quedo ahí, el peso de su silencio aún resonando en mis oídos, más fuerte que cualquier cosa que haya dicho Daniel, más fuerte que el viento que azota este miserable aparcamiento. Respiro lentamente, del tipo de respiración que tienes que medir cuando estás en medio de un turno de trauma y el mundo se derrumba a tu alrededor y lo único que importa es que no te tiemblen las manos.

Pero ahora me tiemblan las manos.

No por miedo, sino por ella. Porque me mira como si quisiera decir algo que lo arreglara todo, algo que borrara lo que se acaba de decir. Veo cómo separa los labios y luego los vuelve a cerrar, como si las palabras estuvieran ahí, pero fueran demasiado pesadas para pronunciarlas. Está pálida, con los ojos muy abiertos, húmedos, llenos de esa clase de pena que no se puede fingir.

—Iba a decírtelo —dice de nuevo, con la voz tan baja que apenas la oigo.

—Pero no lo hiciste.

—No sabía cómo —susurra—. Tenía miedo. He tenido miedo desde que me enteré.

—¿De mí? —La pregunta impacta en el aire como una cuchilla, más afilada de lo que pretendía.

—No —dice, deprisa, demasiado deprisa, pero capto la vacilación que esconde debajo. Traga saliva—. De lo que significaría. De que todo cambiara. De arrastrarte a algo que no me parecía justo.

—¿Crees que me habría marchado? —Mi voz se está quebrando por momentos, baja pero partida por la mitad—. ¿Crees que no habría luchado por ti? ¿Por el bebé?

Se lleva las manos al pecho y por un segundo parece que no puede respirar.

—No quería pedirte que cargaras con esto conmigo —dice—. No después de todo lo de Daniel. No quería que el bebé fuera otra atadura, otra trampa. Necesitaba hacer esto por mi cuenta durante un tiempo. Necesitaba saber que podía.

—¿Y qué? —pregunto, con la voz temblorosa ahora, la rabia desvaneciéndose en algo más vacío—. ¿Ibas a esperar a que lo descubriera por mí mismo?

—Pensé que tenía más tiempo —dice con voz temblorosa—. Pensé que podía protegerte.

Detrás de ella, Daniel se ríe, en voz baja y burlona, un sonido que atraviesa el momento como veneno en el agua. Miro por encima de su hombro y lo encuentro apoyado en el coche, con la sangre aún corriendo de su nariz, el labio partido y, sin embargo, sonríe como si hubiera ganado.

—Hacéis buena pareja —dice, aplaudiendo lentamente—. De verdad. Muy dramático. Deberías haber sido actriz, Ivy.

Me vuelvo hacia él lentamente, toda mi rabia apenas contenida tras las costillas, pero no dejo que se note. Avanzo hasta quedar a pocos metros y no digo nada, solo lo miro a los ojos.

—Tiene tres segundos para largarse de aquí —digo—, o llamo a la policía, y le prometo que me aseguraré de que registren su coche antes de que se lo lleve la grúa.

Daniel resopla, pero se endereza. Se seca el labio con el dorso de la mano, hace una mueca de dolor y luego murmura algo que no me molesto en entender. Se aparta del coche, camina con una cojera que parece más fingida que real, y me dedica una sonrisa de suficiencia por encima del hombro antes de desaparecer en su vehículo.

En cuanto se va, me vuelvo hacia Ivy. Sigue en el mismo sitio, inmóvil, como si temiera que si se mueve, yo también me desvaneceré.

—Ethan, no mentí porque no confiara en ti —dice—. Mentí porque no confiaba en mí misma para afrontar lo que venía después.

—¿Y ahora? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Le tiembla la barbilla. —Ahora sí confío.

La creo. Dios me ayude, la creo. Pero eso no borra el dolor que me ahueca el pecho. No silencia el sonido de su voz no diciendo nada cuando Daniel la acusó.

Exhalo lentamente, sin fiarme de mi propia voz para hablar, y me meto la mano en el bolsillo para sacar el móvil. Abro la aplicación de VTC, introduzco la dirección del piso de alquiler y le pido un coche sin decir una palabra. Cuando llega, la cojo suavemente del brazo, ya no por rabia, sino porque sé que si me quedo, podría derrumbarme ahí mismo, a su lado.

Entra en el coche con vacilación, se gira una vez para mirarme, con los labios temblando como si estuviera a punto de decir algo —algo importante, algo definitivo—, pero cierro la puerta antes de que pueda hablar. Me inclino y le doy una instrucción al conductor en voz baja, compruebo el destino y luego me aparto.

El coche se aleja lentamente y yo me quedo allí, mirándolo hasta que las luces traseras desaparecen. Solo entonces me doy la vuelta, mis pies me llevan en la dirección opuesta, las manos hundidas en los bolsillos como si pudiera evitar que todo lo que siento se desborde.

Ando. Sigo andando. Manzana tras manzana, esquina tras esquina, hasta que la ciudad me engulle por completo y el frío cala lo suficientemente hondo en mi piel como para anclarme de nuevo.

Está esperando un hijo mío. Y nunca iba a decírmelo.

24

IVY

El taxi huele ligeramente a ambientador de pino y a vinilo barato, una combinación que normalmente no me molestaría, pero que esta noche se me retuerce en el pecho como algo agrio. Me recuesto en el asiento, con el abrigo todavía húmedo por haberlo agarrado con demasiada fuerza, y miro por la ventanilla una ciudad engalanada para una celebración que no siento. Valleria resplandece con su encanto prenavideño, con luces colgadas en los toldos y enroscadas en las farolas; el escaparate de cada tienda es una viñeta cuidadosamente dispuesta de calidez y alegría, como si alguien hubiera intentado embotellar la nostalgia y la hubiera derramado por todas las aceras. Hay un coro de villancicos en la esquina de St. Andrews con Belmont, envueltos en bufandas de cuadros escoceses, con la boca muy abierta emitiendo un sonido que no puedo oír desde el interior del taxi y cuyo aliento empaña el aire en suaves y alegres ráfagas.

Dentro del taxi hay silencio. Sofocante. El tipo de silencio que deja que el dolor se te asiente en las costillas y florezca hacia el exterior. El taxista tararea algo de la radio, pero para mí no es más que ruido de fondo. Tengo los dedos apretados en el regazo, los nudillos pálidos, la piel en carne viva por donde Daniel me ha agarrado, pero

ya no siento eso. Solo siento el eco de la voz de Ethan, dolida y temblando apenas bajo el peso de las palabras que no fui capaz de pronunciar hasta que fue demasiado tarde.

Veo a una pareja joven pasar corriendo por delante de un escaparate lleno de trenes de juguete y calcetines de terciopelo, la mano de ella firmemente aferrada a la de él, sus risas visibles en el frío. Me pregunto qué se debe de sentir al ser así de ligero, sin cargas, alguien que aún no ha aprendido lo que significa destruir algo antes de que tenga la oportunidad de crecer. Los copos de nieve empiezan a caer, lentos y vacilantes, derritiéndose en cuanto tocan el cristal. Desdibujan los contornos del mundo y, por un momento, cierro los ojos y dejo que la imagen del rostro de Ethan vuelva a mí; no la de esta noche, sino la de aquella mañana en la cabaña, cuando me miró como si yo fuera algo que nunca esperó desear, pero de lo que no podía apartarse.

Parpadeo rápidamente. No sirve de nada. Las lágrimas acuden de todos modos, silenciosas e implacables, dejando un rastro caliente en mis frías mejillas. Me vuelvo hacia la ventanilla y apoyo la frente en el cristal, avergonzada de lo pequeña que me siento después de todo. Creía que lo estaba protegiendo. Creía que estaba protegiendo al bebé. Pero esta noche, lo único que he hecho ha sido demostrar que no sé cómo confiar, ni siquiera cuando quiero hacerlo. Ni siquiera cuando se trata de la única persona que vio a través de cada una de mis aristas rotas y aun así eligió abrazarme.

El taxi se detiene frente a la casa de alquiler y el taxista dice algo —probablemente la tarifa—, pero yo ya le estoy entregando un billete y abriendo la puerta. El frío me golpea de inmediato, mordiéndome a través de la lana del abrigo, colándose por mis mangas como un castigo. Apenas soy consciente del camino hasta la puerta. La llave tiembla en la cerradura, tengo la mano entumecida. El calor del interior es falso, un calefactor que funciona en algún rincón; el aroma del té de canela de esta mañana todavía se aferra débilmente al aire como el recuerdo de una vida que podría haber vivido si hubiera sido más valiente, si hubiera sido mejor.

No me quito el abrigo. Me dejo caer en el sofá, me acurruco sobre mí misma y dejo que la habitación se oscurezca a mi alrededor. El móvil vibra dentro de mi bolso y no lo miro de inmediato. No puedo. Todavía no. Pero cuando vuelve a vibrar, algo en esa insistencia me hace cogerlo, con los dedos torpes mientras lo saco.

Blair.

Contesto al tercer tono. No me fío de mi voz para hablar primero.

—Oye —dice, con la suavidad de una nana—. Me ha llamado Cassie. Me ha dicho que te has ido del parque disgustada. Solo quería ver cómo estabas.

Eso es todo lo que hace falta. Las lágrimas brotan de nuevo, peor esta vez, los sollozos se abren paso a través de la barricada que he intentado levantar en mi interior. Intento hablar, intento decir algo que tenga sentido, pero lo único que sale es un sonido bajo, gutural y roto, y siento que me pliego sobre mí misma.

—Ivy —dice Blair rápidamente, con la voz más aguda por la preocupación—, ¿qué ha pasado? ¿Dónde estás?

—Estoy en casa —consigo decir, apenas audible, con la palabra rota por la mitad por otro sollozo—. Lo he estropeado todo, Blair. Le he hecho daño. No era mi intención. Creía que estaba haciendo lo correcto, pero le mentí y ahora se ha ido.

—Respira, nena —susurra—. Solo respira. Voy para allá.

—No —grazno, limpiándome la cara con la manga del abrigo—. Por favor, no se lo digas a Drew. Por favor. No puedo… Él no puede saberlo. Todavía no.

—No lo haré —dice sin dudar—. Te lo prometo. Pero aun así voy a ir.

No vuelvo a discutir. No puedo. La línea se queda en silencio y dejo el teléfono, acurrucándome aún más. No sé cuánto tiempo paso así, pero cuando llega Blair, la puerta se abre con suavidad y sus pasos

son lo único que oigo hasta que se agacha frente a mí, con su mano cálida en mi mejilla.

—Cariño —dice, con una voz que es apenas un soplo—, estás helada.

Me ayuda a quitarme el abrigo y desaparece en la cocina. Un momento después, regresa con un cuenco de sopa, del que salen suaves cintas de vapor. Lo coloca en la mesa de centro con una rebanada de pan con mantequilla y una servilleta, pero no me atrevo a tocarlo. Me quedo sentada, con los aromas de zanahoria y romero llenando la habitación, y siento que la culpa se acumula como nubarrones de tormenta.

—Se lo he dicho —susurro, con la voz hueca—. A Ethan. Le he dicho que el bebé es suyo. Estaba tan dolido, Blair. No quería hacerle daño. Creía que lo mantenía a salvo. De Daniel. De todo.

Blair se sienta a mi lado, me pasa el brazo por los hombros y me acerca a ella.

—Te creo —dice—. Pero, Ivy, no tienes que hacer todo esto sola. Nunca has tenido que hacerlo.

Apoyo la cara en su hombro, intentando no volver a llorar, pero las lágrimas están ahí, esperando, abriéndose paso como si supieran cuánto necesito vaciarme.

—Pensé que si se lo decía, se marcharía. O peor, que se quedaría por obligación. No quería que se sintiera atrapado.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que podría haber arruinado lo único bueno que me ha hecho sentir completa.

Blair me acaricia el pelo, lenta y cuidadosamente. —Entonces, lucha por ello. Cuando estés lista. Cuando hayas tenido tiempo de sanar. Pero esta noche, solo respira. Come algo. Deja que alguien te cuide por una vez.

Miro la sopa, sigo sin apetito. Pero asiento e intento tomar unos cuantos sorbos. Pasa una hora, y en algún momento, me rindo y ella lo acepta, contentándose con ofrecerme una cerveza en su lugar. No hablamos mucho después de que mis lágrimas se calmen. Simplemente me rodea con el brazo mientras las luces de la ciudad se filtran por las ventanas, formando charcos de oro líquido en el suelo, y el mundo exterior se envuelve en una quietud silenciosa y festiva.

Debería ser precioso. En otra vida, quizá lo habría sido. La ventana está escarchada por las esquinas, el resplandor de las farolas pinta sombras con forma de copo de nieve en las paredes, y en algún lugar de la calle, oigo a un grupo de niños cantar desafinadamente, sus risas elevándose por encima de la melodía como campanas que no pueden evitar sonar con alegría incluso cuando la música flaquea.

Pero nada de eso me llega.

Me siento vacía por dentro, vaciada por completo, como si no quedara nada más que arrepentimiento, silencio y el recuerdo de los ojos de Ethan cuando le dije la verdad. No era solo el dolor que reflejaban. Era la incredulidad. Como si no pudiera conciliar a la mujer que tenía delante con la que creía conocer. Esa mirada atravesó cada capa de protección que tenía y no ha dejado de sangrar desde entonces.

Blair me arropa las piernas con la manta y apoya la cabeza en el respaldo del sofá. Ha sido muy delicada conmigo toda la noche, pero algo en su silencio ahora parece cauteloso, como si se estuviera guardando algo.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo, con apenas un susurro de voz—. Y necesito que seas sincera.

Me mira, con los ojos llenos de ternura. —Lo que sea.

—Ethan. ¿Por qué le duele tanto esto? Sé que mentí. Sé que es culpa mía. Pero siento como si… como si esta herida fuera más

profunda. Como si hubiera tocado algo que ni siquiera sabía que estaba ahí.

Blair no responde al principio. Sus dedos trazan el borde de la manta, como sopesando cuánto debería decir, y puedo ver el momento en que decide dejar de protegernos a las dos.

—Porque ya ha pasado por esto antes —dice en voz baja—. Hace años. Hubo alguien. Una mujer a la que amaba más que a nada. Se iban a prometer. Creo que hasta tenía el anillo. Ella le engañó un mes antes de que fuera a pedírselo.

Las palabras se asientan lentamente, como ceniza.

Me quedo muy quieta.

Blair suspira, frotándose las manos como si intentara ahuyentar viejos fantasmas con el calor. —Le mintió durante meses, Ivy. Le hizo creer que tenían un futuro, le hizo creer que él era el único. Y cuando se descubrió todo… se cerró en banda. Se fue de la ciudad durante un año. Simplemente hizo las maletas y desapareció. Nadie supo dónde estaba hasta que volvió y empezó a trabajar de nuevo como si nada. Pero nunca ha vuelto a ser el mismo. Ahora mantiene a la gente a distancia. Incluso a Drew. Sobre todo a las mujeres.

Me llevo la mano al pecho. Me duele físicamente respirar.

—Y entonces yo he hecho esto —susurro—. He hecho lo único que nunca ha podido perdonar.

No hay respuesta para esto, así que Blair simplemente me coge la mano y me la aprieta, en silencio, de la forma en que solo puede hacerlo alguien que te quiere de verdad.

Después de que ella se marche, me quedo sentada en la oscuridad durante mucho tiempo; la única luz proviene del pequeño árbol de Navidad del rincón, que decoré a medias el día que me mudé. Parpadea con colores suaves, los rojos, verdes y dorados latiendo suavemente como el latido de una vida que ya no puedo alcanzar.

Las horas se alargan, largas y vacías. Intento no mirar el reloj. Intento no coger el móvil para ver si hay mensajes que no están. Intento no imaginar a Ethan solo en su apartamento, mirando las mismas cuatro paredes.

Pero hago todo eso.

Todas y cada una de las veces.

Cuando la noche se cierne por completo sobre la ciudad, me he cansado de esperar.

Me pongo el abrigo, cojo las llaves y salgo al frío. El viento me muerde con fuerza las mejillas, trayendo los olores a humo de chimenea y a frutos secos tostados del vendedor de la esquina, y las luces de la calle se balancean suavemente como si toda la ciudad estuviera conteniendo la respiración. Camino deprisa, con el corazón desbocado y mis pasos resonando en el pavimento mojado. Mi aliento se empaña frente a mí, pero apenas me doy cuenta.

Su edificio está en silencio cuando llego. Hay coronas en las puertas, lazos plateados en las barandillas y luces en las ventanas de arriba. Todo festivo y hermoso. Todo lleno de vida con una estación que debería tratar de esperanza, perdón y calidez.

Subo las escaleras lentamente, cada escalón es una plegaria que no consigo formular.

Cuando llego a su puerta, me tiemblan las manos.

Llamo. Una vez. Luego otra, pero no hay respuesta.

Sin ganas de rendirme, llamo más fuerte, y el sonido resuena en el pasillo.

Por favor.

La puerta se abre.

Ahí está él, enmarcado por una luz cálida, con una camiseta negra de manga larga y vaqueros oscuros, y la expresión de su cara es

indescifrable. No parece enfadado ni triste. Es todo un lienzo en blanco.

Mi voz sale rota. —Tenía que verte.

No dice nada.

—Lo siento —susurro, dando un paso adelante—. Ethan, lo siento muchísimo. Nunca quise hacerte daño. Estaba asustada. No quería presionarte de esa manera. No creí que pudiera soportar que te fueras si te enterabas demasiado pronto. No sabía lo que estaba haciendo. Sigo sin saberlo.

—Me mentiste —dice en voz baja, con palabras como escarcha—. Eso es lo que hiciste.

—No era mi intención.

—Pero lo hiciste.

Trago el nudo que me sube por la garganta. —Te quiero —digo, porque es la única verdad que me queda—. No sabía que lo haría, pero lo hago. Te quiero tanto que no puedo respirar sin pensar en ti. Y estaba intentando protegerte, pero ahora veo que en vez de eso rompí algo. Por favor, Ethan. Por favor, no me excluyas de tu vida.

Me estudia, con la mandíbula apretada, con el músculo de la sien palpitándole.

Entonces, sin un atisbo de cambio en su voz, habla.

—Vete a casa, Ivy.

Se me hunde el pecho.

No grita. No se enfurece. Simplemente lo dice como si fuera un hecho. Como si yo fuera un capítulo que ya ha terminado de leer.

—Ethan…

Me cierra la puerta en la cara.

25

ETHAN

La puerta se cierra con fuerza y el portazo suena definitivo, como el final de algo que no me había dado cuenta de que ya se me escapaba de entre los dedos. Me quedo ahí un momento, con la mano todavía en la madera, con la frente casi pegada a ella mientras el aire entre nosotros se asienta en un silencio demasiado denso como para respirar. Ella está al otro lado, esperándome. Tengo el pecho oprimido, ya no de rabia, ni siquiera de decepción, sino de algo más silencioso, más profundo, el tipo de dolor hueco que llega cuando la esperanza ha quedado en carne viva. Quiero volver a abrir la puerta. Quiero creer que la he oído mal, que su silencio era otra cosa, que sus mentiras se basaban en el miedo y no en la misma maldita traición que he visto antes. Pero el peso de lo que no ha dicho todavía me retumba en los huesos.

Me alejo de la puerta como si pudiera quemarme si me quedo demasiado cerca, me desabrocho la camisa con los dedos entumecidos, luego me la arranco y la tiro sobre el brazo del sofá. El aire está frío en mi piel. O quizá es que me he quedado insensible. Ya no lo sé. Abro el armario de debajo del mueble bar y saco la botella que llevo guardando desde el año pasado, un bourbon de color ámbar intenso que una vez me prometí que solo abriría para

celebrar algo bueno. Retiro el corcho y sirvo hasta llenar el vaso. Sin hielo. Sin pensarlo dos veces. Me bebo la mitad de un trago que me abrasa la garganta, una quemazón bienvenida, que me ancla a la tierra, algo a lo que aferrarme mientras todo lo demás se va por las grietas.

El sofá gruñe cuando me siento, el cuero cruje bajo mi peso, y me hundo en él como si pudiera engullirme. Me quedo mirando la ventana oscura al otro lado de la habitación, el tenue fantasma de mi propio reflejo en el cristal, y me pregunto quién demonios es ese hombre. La quería. Que Dios me ayude, pero sigo queriéndola. La dejé entrar en mi vida, en los espacios que nadie más llega a ver, y me miró a los ojos y mintió.

Y no sobre una nimiedad.

Mintió sobre el niño que crece en su interior. Mi hijo.

Y yo sabía que era mío, pero, de alguna manera, la confirmación de que me mintió, de que no confió en mí para decirme la verdad, me ha golpeado con fuerza. Me han mentido. Otra vez.

El vaso está vacío antes de que me dé cuenta de que me lo he terminado. Vuelvo a servir, esta vez más despacio. El temblor de mi mano no es por el alcohol, sino por todo lo demás que me oprime. Creía que conocía el dolor. He sostenido manos de moribundos. Les he dicho a madres que sus hijos no volverían a despertarse. He abierto cuerpos y los he sentido dejar de respirar bajo mis palmas. Pero nada me había preparado para lo que siento ahora.

Como si se me hubieran partido las costillas y el aire frío se me hubiera instalado dentro.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. El sueño no llega. Solo el sonido de su voz, la imagen de ella de pie en mi puerta con lágrimas en los ojos y demasiado silencio en la garganta. Quería que luchara. Quería que pronunciara mi nombre y me dijera que tenía miedo, pero que aun así me elegía a mí. Quería creer que yo era

diferente, que no era un hombre más al que decepcionar o del que huir.

Pero no dijo nada.

Y yo no pude quedarme.

Así que ahora estoy aquí. Con aliento a bourbon, su olor aún impregnado en la camisa que he dejado arrugada en el suelo y un recuerdo con el que no sé cómo vivir.

Pienso en la última vez que me sentí así, en la mujer con la que una vez planeé una vida. Pienso en cómo sonrió la noche que le puse el anillo en el dedo, en cómo lloró y me besó y me prometió un para siempre. Pienso en cómo, menos de un mes después, encontré los mensajes en su móvil. En cómo me quedé en la puerta de nuestro apartamento mientras ella hacía una maleta, diciéndome que era complicado, que lo sentía, que me quería, pero que no podía ser lo que yo necesitaba.

Dijo que yo pedía demasiado.

No creía estar pidiendo nada más que sinceridad.

La botella de bourbon está casi vacía. No recuerdo haberme servido el último vaso, solo que me da vueltas la cabeza, siento los miembros pesados y lentos, y estoy tan cansado de este dolor, de este patrón que sigue reescribiéndose en mi vida con diferentes nombres y diferentes caras, pero siempre con el mismo final. La quería. Joder, todavía la quiero. Y no sé qué hacer con eso.

La habitación da vueltas cuando me muevo. Intento ponerme de pie, pero las rodillas me fallan. El suelo se inclina. El sofá me recoge cuando caigo de nuevo sobre él, golpeándome la cabeza contra el cojín con la fuerza suficiente para que me castañeteen los dientes. Y eso es lo último que recuerdo antes de que todo se vuelva borroso.

Cuando me despierto, lo hago con el sabor agrio de la mañana en la boca y una presión detrás de los ojos como si alguien me hubiera

martilleado el cráneo desde dentro. Tengo la boca seca. La garganta me raspa. Me duele el cuello por la postura en la que me quedé dormido, medio torcido, con un brazo muerto debajo de mí. Me siento con un gemido y me paso ambas manos por la cara, luego por el pelo y de nuevo hacia abajo mientras intento recomponerme. Huelo a sudor, a arrepentimiento y a bourbon rancio, y el peso de la noche anterior se cierne sobre mí como una nube de humo.

Me ducho rápido, frotándome con fuerza, no porque sirva de algo, sino porque necesito sentirme limpio, necesito sentir algo que no sea el dolor podrido que se enrosca en mi pecho. Me pongo un pijama médico, ignoro el dolor de cabeza que me martillea detrás de los ojos y me tomo dos tazas de café solo antes incluso de encontrar las llaves. De camino al hospital, pienso en nada y en todo, con los dedos aferrados al volante como si eso pudiera estabilizar el resto de mí. Pero no lo hace.

El vestíbulo ya está abarrotado cuando llego, los enfermeros se mueven con una rapidez ensayada y el turno de la mañana bulle con el tipo de caos silencioso que normalmente agudiza mi concentración. Pero hoy no. Saludo con la cabeza a gente que apenas reconozco, respondo a saludos que no oigo y actúo por inercia como un hombre que interpreta una versión lejana de sí mismo. Firmo un historial que no leo. Apruebo una prueba de imagen que debería haber cuestionado. Casi me choco con una camilla antes de que alguien la aparte.

Mi mente no está aquí.

Está en un taxi con ella.

Está en el umbral que nos separaba.

Está en el espacio donde no dijo mi nombre.

Voy por la mitad de la ronda cuando se me cae una carpeta. Golpea el suelo, las páginas se desparraman, y me agacho demasiado rápido para recogerlas, tambaleándome tanto que una de las

enfermeras me echa una mano. Se la aparto con un gesto. Ella duda, pero retrocede.

Entonces lo oigo.

—Cross.

Levanto la vista. Jordan Singh, uno de los médicos adjuntos más jóvenes, está de pie al borde del puesto de enfermería con expresión preocupada y una tableta en una mano. Siempre ha sido respetuoso, avispado, el tipo de médico en el que suelo confiar sin necesidad de dudar.

—¿Está bien? —pregunta.

Abro la boca para decir que sí, pero la palabra me sabe extraña. No digo nada.

—Tiene una cara espantosa —añade, sin acritud.

Miro el historial que tengo en la mano, me doy cuenta de que es el equivocado y maldigo en voz baja. Singh se acerca.

—Tómese un respiro —dice con calma—. En serio. Sea lo que sea, salga. Una hora. Solo eso. Así no le sirve de nada a nadie.

La advertencia es justa, y la vergüenza, inmediata, así que me alejo y me dirijo al pasillo. Huele a desinfectante y a café quemado, del que lleva demasiado tiempo en la cafetera, enroscándose amargamente en el aire. Me quedo de pie junto a la ventana que hay frente al puesto de enfermería, con las manos apoyadas en el alféizar, observando cómo la luz cambia sobre el horizonte de la ciudad mientras la tarde se desvanece lentamente en algo más oscuro. Detrás de mí, el hospital bulle. Los monitores pitan, las puertas se abren y se cierran, las hojas revolotean, las voces suben y bajan en un idioma que normalmente entiendo sin pensar. Pero hoy, nada de eso me llega.

Mi mente sigue dando vueltas sobre lo mismo como un bisturí repasando una cicatriz.

Me mentiste.

Lo dije anoche y lo pensaba de verdad. Sigo pensándolo. Pero cuanto más tiempo paso aquí de pie, más pierden su filo las palabras, no porque la traición sea menor, sino porque algo más grande está ocupando su lugar. Algo más pesado. Algo más ruidoso. Ivy está embarazada de mi hijo. Y está en peligro.

Esa es la única verdad que importa ahora.

Se equivocó al no decírmelo. Fue egoísta, quizá incluso tenía miedo, pero he visto el miedo reducir a la gente al silencio más veces de las que puedo contar. Lo he visto agarrar por el cuello a los hombres más fuertes y reducirlos a meras cáscaras. ¿E Ivy? Ha estado viviendo bajo la sombra de un hombre que se alimenta del miedo. Que doblega a la gente hasta que la rompe. Que quiere poseerla, no amarla.

Daniel Holt sigue ahí fuera y no va a parar.

Me aparto de la ventana. La presión en las costillas vuelve a punzarme con fuerza, como un hueso roto que por fin encaja en su sitio. Me dirijo al vestuario, me quito el pijama médico y me pongo los vaqueros y la chaqueta sin molestarme en ducharme. Todavía tengo el pelo húmedo de sudor, la mandíbula oscura por la barba de un hombre que no ha dormido, pero no me importa. Cojo las llaves de la bandeja que hay cerca del lavabo y ni siquiera miro el móvil al salir.

El trayecto hasta su apartamento es borroso. El tráfico se abre a mi paso sin saber por qué debería hacerlo. Los semáforos se ponen en verde antes de que llegue, o quizá me salto uno; no lo sé, no me importa. Lo único que veo es su cara cuando le cerré la puerta, la forma en que sus ojos suplicaban sin pedir nada, la forma en que levantó ligeramente la mano, como si quisiera detenerme. Y aun así me fui.

No estoy dispuesto a hacerlo esta vez.

En el momento en que aparco frente a su piso de alquiler, ya estoy fuera del coche, moviéndome rápido, subiendo las escaleras de dos en dos. Mis botas golpean con fuerza cada escalón, mi pulso resuena más fuerte que el ruido del exterior. Cuando llego a su planta, no dudo. Llamo una vez, con fuerza, y luego otra. Más fuerte.

—Ivy.

La puerta no se abre.

Vuelvo a llamar.

—Ivy, abre la maldita puerta.

Oigo movimiento dentro. Luego nada. Llamo una vez más, esta vez con la palma de la mano. No con violencia, pero con firmeza.

Cuando por fin abre la puerta, parece un fantasma de sí misma. Tiene los ojos rojos, las mejillas amoratadas y el jersey se estira sobre la suave curva de su vientre. Lleva el pelo recogido en un moño suelto, como si se hubiera rendido a medio camino de intentar que pareciera presentable. Y me mira como si quisiera que se la tragara la tierra. Y aun así, es la cosa más hermosa que he visto en mi vida, maldita sea.

—Ethan —susurra.

No le doy tiempo a decir más. —Haz la maleta.

Parpadea, como si no estuviera segura de haberme oído bien. —¿Qué?

—Te vienes conmigo. Ahora.

Sus dedos se aprietan alrededor del borde de la puerta. —No lo entiendo. ¿Adónde—

—He dicho que hagas la maleta —la interrumpo, dando un paso adelante, con los ojos fijos en los suyos—. No te lo estoy pidiendo. Daniel no parará, Ivy. Crees que puedes manejar esto sola, pero no

puedes. Ya está demasiado cerca. Y no voy a dejar que te enfrentes a él sin mí.

Sus labios se separan, la protesta ya en su lengua, pero levanto una mano ligeramente, no para silenciarla, sino para tranquilizarla.

—Basta —digo en voz baja—. Lo hemos hecho a tu manera. Has mentido, me has apartado, has intentado protegerme. Pero nada de eso ha funcionado. Así que ahora lo haremos a mi manera.

Entro antes de que pueda discutir, pasando a su lado, observando el espacio desordenado, el correo sin abrir sobre la mesa, la ropa de bebé a medio doblar en el sofá. No ha estado viviendo aquí. Ha estado sobreviviendo. A duras penas.

Se gira lentamente, rodeándose el vientre con los brazos como si intentara no desmoronarse. —No puedo irme sin más.

—Sí que puedes —digo—. Y lo harás. Coge una bolsa. Solo lo que necesites para esta noche. Ya cogeremos el resto más tarde.

Sigue sin moverse, y me acerco a ella, deteniéndome justo antes de tocarla. —No te voy a dar una salida. Vienes conmigo, Ivy. No me importa lo que haya pasado antes. No me importa que mintieras. Eso es cosa nuestra. Pero Daniel Holt no va a andar por esta ciudad con una diana en tu espalda y una razón para hacerte desaparecer. No mientras yo siga respirando.

Algo se rompe en ella entonces. No visiblemente, pero lo siento. La resistencia abandona sus hombros. Su garganta se mueve mientras traga saliva con dificultad. Entonces asiente. —De acuerdo.

26

IVY

Permanezco en silencio mientras la ciudad queda atrás, mientras el perfil de los edificios se difumina en una estela de luces lejanas a través de la ventanilla del coche. La carretera se extiende ante nosotros como una cinta que se desenrolla hacia algo que no acierto a nombrar, y aunque Ethan conduce en silencio, su presencia impregna el espacio que nos separa. Está en la tensión de su mandíbula cuando los faros le iluminan el rostro, en la rigidez con que sujeta el volante, en el modo en que sus ojos no se apartan de la carretera, pero su atención tampoco se aparta de mí. No hablamos en todo el trayecto y no estoy segura de si el silencio es un castigo o una tregua.

Quizá ambas cosas.

Cuanto más nos alejamos de la ciudad, más siento que las paredes se cierran a mi alrededor, no por la distancia con lo que conozco, sino porque siento que algo está cambiando dentro de mí. Irme a vivir con Ethan, dejarle tomar el control de la situación, es como ponerme algo que juré no volver a usar jamás. Una vida dictada por las decisiones de otra persona. Un hogar que no es mío. Una seguridad que no me he ganado. Me digo a mí misma que es

temporal, que esto es solo hasta que nos encarguemos de Daniel, pero la verdad es más complicada, más peligrosa.

Porque no es a Daniel a quien temo ahora mismo. Es a Ethan.

Es lo que me hace sentir.

Le miro las manos, las venas visibles bajo la piel, la forma en que cambia de marcha con suavidad, el sutil crujido de sus nudillos que antes no estaba ahí. De la pelea. De protegerme. La culpa se me vuelve a atascar en la garganta. Le he hecho daño, más del que pretendía, más del que creía que podía hacerle. Y aun así, ha venido a por mí. Aun así, se ha metido de cabeza en el fuego sin dudarlo. Eso me aterra de un modo que Daniel nunca podría. Porque Ethan no quiere controlarme. Quiere quererme. Y no sé qué hacer con esa clase de piedad.

Cuando llegamos al garaje privado de su edificio, tengo el estómago encogido por los nervios. Las paredes de hormigón brillan bajo la luz mientras la verja de seguridad se cierra con un traqueteo a nuestra espalda. Dejo que saque mi bolsa del maletero, aferrando con demasiada fuerza el cinturón de seguridad mientras me obligo a salir. El aire aquí huele a limpio, casi antiséptico, como si hasta el polvo hubiera sido filtrado. Me resulta extraño. Demasiado silencioso.

El trayecto en ascensor es corto. No hablamos. Su mano roza la mía una vez cuando vamos a pulsar el mismo botón, pero la retira antes de que pueda decidir si quiero apartarme o acercarme. Cuando las puertas se abren, me recibe un largo tramo de luces suaves y suelos relucientes. El ático es precioso de una forma que duele mirar: paredes de cristal que contienen el resplandeciente perfil de la ciudad, muebles que parecen intactos, caros, puestos con esmero. Es el tipo de lugar en el que hablas en voz baja, el tipo de casa que no parece un hogar.

Deja mi bolsa en la entrada y avanza sin decir palabra. Lo sigo, sintiéndome como un fantasma en el recuerdo de otra persona.

—Puedes quedarte en la habitación de invitados —dice al fin, con voz baja y cortante. Me guía por un pasillo decorado con fotografías en blanco y negro, con todas las puertas ligeramente entornadas y sombras que se acumulaban en los rincones a los que la luz no llega del todo. Se detiene ante la última puerta de la izquierda, la abre con una mano y me hace un gesto para que entre.

La habitación es minimalista pero acogedora: una iluminación suave, tonos neutros, una cama grande con sábanas impolutas, una única silla junto a la ventana. Huele ligeramente a cedro y a detergente. A limpio. A deshabitado. Entro despacio, dejando que mis dedos rocen el borde de la cómoda al pasar para anclarme a la realidad con el tacto.

Ethan no entra de inmediato. Se queda en el umbral, con una mano en el marco, como si no estuviera seguro de si cruzarlo nos arrastrará de nuevo a la discusión que aún no hemos terminado.

—Deja que te ayude a deshacer la maleta —dice finalmente.

Me giro para mirarlo. Su expresión es indescifrable. No está enfadado, ni frío. Simplemente contenido. Está reprimiendo algo. Probablemente todo.

—No tienes por qué —digo en voz baja.

No responde; simplemente avanza y se arrodilla junto a la bolsa de lona, abriendo la cremallera con un esmero que resulta demasiado íntimo para lo que somos ahora. Saca un jersey, lo dobla con pulcritud y lo coloca en un cajón. Lo observo hacer lo mismo con mis vaqueros, mis bufandas, la crema que uso por la noche. Cada objeto pasa por sus manos como una historia que ya no sabe cómo leer.

Quiero llorar.

Me siento en el borde de la cama, con las rodillas juntas y las palmas de las manos apoyadas a ambos lados. Intento encontrar algo que decir, algo que no suene a disculpa, a súplica o a grito.

Pero tengo demasiadas cosas en la garganta. Todo sigue ahí atascado, denso por todo lo que debería haber dicho hace semanas.

Cuando la bolsa queda vacía, Ethan se endereza, cierra el cajón y se vuelve hacia mí. Sus ojos se encuentran con los míos, y algo dentro de mí se derrumba ante la ternura que veo. No es perdón. Aún no. Pero es algo parecido. Algo más silencioso.

—Aquí estarás a salvo —dice—. Nadie entra sin mi llave. Y no voy a volver a dejarte sola.

Asiento porque no puedo hablar.

—Refréscate —continúa—. Te espero en la cocina. —Sin decir más, cierra la puerta, esta vez con suavidad, poniendo espacio entre nosotros. Me cambio lentamente, quitándome la ropa que he llevado todo el día como si fuera una segunda piel que ya no necesito, dejándola caer en un montón junto a la silla mientras el silencio se extiende a mi alrededor, suave y tenso. El baño está impecable; su mármol pulido y sus cromados son tan inmaculados que parece más un *spa* que un espacio real que alguien usa a diario, pero la calidez de las toallas y el aroma a jabón de sándalo son reconfortantes de un modo que no esperaba. Me tomo mi tiempo para lavarme la cara, cepillarme el pelo, intentando no fijarme demasiado en las ojeras ni en cómo mi reflejo carga con el peso de alguien que ya no se reconoce a sí misma.

Cuando vuelvo al dormitorio, siento el cuerpo un poco más ligero, pero el pecho sigue oprimido, como si la piel se hubiera olvidado de cómo expandirse del todo. No sé qué esperaba esta noche —quizá silencio, quizá un distanciamiento educado—, pero no los suaves golpes que suenan en la puerta pocos minutos después de sentarme en la cama.

Dudo un instante y luego abro la puerta.

Ethan está ahí, todavía con la ropa que llevaba antes, con las mangas remangadas, las marcadas líneas de sus antebrazos

recortadas por la luz del pasillo. No sonríe, no me pregunta cómo estoy. Solo inclina la cabeza hacia la cocina y dice:

—A cenar.

Lo sigo sin decir palabra, con los pies descalzos y silenciosos sobre el parqué. El aroma me llega primero: especias cálidas, intensas y complejas, la inconfundible mezcla de comino, cilantro, tomate y *ghee*. Me rugen las tripas, y me sorprende porque llevo días sin tener hambre. La comida se ha convertido en una obligación, una necesidad que me forzaba a cumplir. Pero ahora, de pie en el umbral mientras Ethan saca recipientes de comida para llevar y dos platos, mi apetito se despierta como algo que emerge de un largo sueño.

—No estaba seguro de lo que te apetecería —dice, sin mirarme, mientras saca pan *naan*, arroz, pollo *tikka masala* y *saag paneer*—. Así que he pedido de todo.

Es lo que más me ha dicho desde el aparcamiento. Y sus palabras se asientan en lo más profundo de mi pecho.

—La comida india es perfecta —digo en voz baja, deslizándome en la silla frente a él.

Comemos en silencio al principio. Corto un trozo de *naan* y lo mojo en el *paneer*; el sabor es tan intenso y reconfortante que cierro los ojos un momento solo para saborearlo. Mi cuerpo recuerda el hambre antes que mi mente. Como despacio pero sin dejar nada, bocado a bocado, y un calor florece en mi pecho como si algo se estuviera recomponiendo, cucharada a cucharada.

Al otro lado de la mesa, Ethan come menos, con movimientos mecánicos pero distantes. Tiene la mandíbula tensa, los hombros ligeramente encorvados, como si cargara con algo que aún no puede nombrar. Pero no deja de mirarme de reojo, estudiando cómo sostengo el tenedor, cómo respiro entre bocados, como si buscara algo en los detalles que estoy demasiado cansada para ocultar.

Y entonces, justo cuando voy a coger el vaso de agua, habla.

—¿Sabes si es niño o niña?

La pregunta cae como una piedra en un estanque en calma, enviando lentas ondas que golpean cada nervio que he estado intentando acallar. Mi mano se detiene. El vaso tiembla ligeramente en mi mano antes de que lo deje sobre la mesa.

Le miro a los ojos, y lo que veo en ellos me deshace: no hay ira, ni acusación, sino algo más suave, más agotado. Un hilo de curiosidad tendido sobre un abismo de dolor. Por primera vez en lo que parecen días, vislumbro al hombre del que me enamoré. El hombre que me besó en la frente la noche que hicimos el amor como si de verdad lo sintiera.

—No —susurro—. No he hecho la prueba para saber el sexo.

Su mirada no se desvía.

—¿Por qué no?

Debería mentir. Debería decir que estaba esperando el momento adecuado o que no quería saberlo. Pero la verdad se me escapa antes de que pueda detenerla.

—No quería enterarme sin ti.

Su expresión no cambia al principio. Pero entonces, durante un instante, algo en su rostro se relaja. Solo un destello, una suavidad tras la mirada. Una grieta en el caparazón que lleva como armadura.

Y desaparece tan rápido como ha llegado.

Deja el tenedor, se limpia las manos con una servilleta y se levanta.

—Descansa un poco —dice, con voz baja y neutra.

No me muevo. Solo lo observo recoger su plato, darme la espalda y caminar hacia el fregadero. El silencio que sigue se alarga mientras termina de fregar y sale de la cocina, dejándome sola, con la mirada fija en mi comida mientras las lágrimas comienzan a caer.

27

ETHAN

La dejo en la cocina porque si me quedo un solo segundo más, voy a besarla. Voy a olvidar todo lo que me prometí no hacer y voy a ir a por ella como si volviera a ser mía, como si su cuerpo no hubiera sido un campo de batalla y su boca no hubiera estado manchada de mentiras; y la subiré a mi regazo, la apretaré contra la encimera y me enterraré en el único lugar que nunca he dejado de anhelar. Y no puedo hacer eso. Todavía no. No cuando la herida aún está reciente, la confianza sigue rota y la verdad apenas ha empezado a asentarse entre nosotros como polvo que aún no hemos barrido. Así que me doy la vuelta y me marcho, con los puños apretados, la mandíbula tensa y todos los músculos del cuerpo doloridos por la contención mientras cruzo el pasillo hasta mi habitación y cierro la puerta tras de mí.

Las luces aquí dentro están tenues, la ciudad se extiende ancha tras las ventanas, una colcha de luz amarillenta y ruido sosegado que nunca se apaga del todo. Me subo las mangas, me desabrocho los puños, me quito la camisa como si fuera una armadura que ya no necesito y la tiro sobre el respaldo de una silla. El portátil me espera en el escritorio, con el cargador aún enchufado y las pestañas del navegador abiertas de la investigación de antes, cada una de ellas

una miga de pan en el rastro que Mason y yo llevamos días siguiendo. Me siento, me crujo los nudillos y me pongo a trabajar.

Vamos a desmontar a Daniel Holt pieza a pieza.

Los archivos que sacó Mason son más exhaustivos de lo que creía posible: cuentas vinculadas a empresas fantasma, nombres barajados a través de sociedades instrumentales como cartas en una partida amañada, registros que debían desaparecer, pero que no llegaron al incinerador. Hay un patrón, y a mí se me dan bien los patrones. Me he pasado la vida leyendo constantes vitales, tomografías y análisis de sangre, aprendiendo a predecir el fallo antes de que llegue. Y esto… esto es lo mismo. Solo que el cuerpo es más grande. El cáncer se extiende más.

Hay un archivo de audio en una de las carpetas que Mason marcó, una conversación grabada de una línea telefónica privada, y vuelvo a escucharla mientras la voz de Daniel —descuidada, arrogante, inequívocamente cruel— bromea sobre drogar a un sujeto clínico por «incumplimiento». Pauso la reproducción, me quedo mirando la onda de sonido en la pantalla y respiro lentamente por la nariz. Esto ya no va solo de Ivy. Va de todas las mujeres como ella. De cada víctima que pensó que estaba sola. De cada voz silenciada por el poder, el dinero y el apellido equivocado.

Abro la línea segura que Mason configuró y le envío un mensaje cifrado. Responde casi al instante. Ha estado investigando por su cuenta: localizando a la enfermera que presentó la queja en el Valleria General, esa cuya firma desapareció de los registros, esa que lleva semanas sin devolver las llamadas. La ha encontrado. Ahora está en Michigan, trabajando con una nueva licencia, muerta de miedo y apenas dispuesta a hablar, pero lo recuerda todo. Mason va a conseguir su declaración. Dice que podría ser suficiente para que el estado abra un caso.

Pasamos a los rastros de activos, rebuscando en las propiedades conocidas de Daniel. Hay una casa adosada a las afueras de Montville comprada en efectivo hace dos años a nombre de un

fideicomiso de las Islas Caimán. ¿Dentro? Una sala de servidores. El contacto de Mason la inspeccionó: una instalación paranoica, fuera de la red, que funciona con su propia red interna. No pudo entrar, pero consiguió fotos. Y los cables coinciden con un proveedor de Ohio conocido por trabajar con clientes farmacéuticos privados que quieren mantener las pruebas fuera del radar. La dirección se le ha enviado a alguien de confianza de Mason, alguien que no lleva placa, pero que tiene muchos amigos que sí.

Seguimos presionando.

Hay otra conexión que a Mason no le gusta. Un antiguo juez, ahora jubilado, que intervino en el cierre de la primera ronda de quejas cuando Auralis se hundió. Resulta que ese juez acaba de comprar un apartamento frente al mar con vínculos con el primo segundo de Holt. No hay rastro documental, pero hay suficientes rumores como para que el panorama quede claro. Y Mason está rastreando registros telefónicos, sacando registros de llamadas, construyendo una cronología que demuestra algo más que una amistad.

Lo anoto todo, cada hilo, cada nombre, cada marca de tiempo, construyendo el caso de la misma manera que construiría un diagnóstico. Clínico. Frío. Preciso.

Porque voy a destruir a Daniel Holt y voy a hacerlo de forma legal.

Cojo mi vaso, me doy cuenta de que nunca me serví nada y opto por agua, el tipo de pequeña decisión que me recuerda que sigo intentando ser el hombre en el que Ivy podría volver a confiar. Pero es difícil. Más difícil de lo que esperaba. Miro la pantalla, las fotos de la cafetería donde Daniel la acosó, la transcripción del informe de vigilancia donde rodeó su piso de alquiler con un círculo, y lo único que quiero es encontrarlo en la oscuridad y terminar lo que empecé en aquel aparcamiento.

En lugar de eso, cierro el portátil, lo dejo a un lado y me froto la nuca con una mano; los músculos están rígidos y me arden por horas de tensión. Siento el cuerpo tenso, inquieto, lleno de una

energía acumulada que no consigo quitarme de encima. Echo un vistazo hacia la ventana. La ciudad resplandece abajo. Y en algún lugar de ahí abajo, Daniel Holt sigue respirando.

Me reclino y dejo que el silencio se deslice por mi piel.

Pienso en Ivy con esa rebeca suave, sentada frente a mí en la mesa de la cocina, con las piernas recogidas, el rostro pálido por todo lo que ha pasado, y, aun así, mirándome como si yo fuera lo único sólido que le queda en el mundo. Pienso en su voz cuando dijo que no había querido saber el sexo sin mí. Pienso en sus ojos cuando me levanté para irme. Pienso en que no se opuso cuando le dije que viniera a casa.

Y entonces me la imagino en la habitación de al lado, durmiendo en una cama que solía ser mi cuarto de invitados, conteniendo ahora algo más importante que cualquier cosa que haya conocido jamás.

Me levanto, voy hasta la ventana y apoyo la mano en el frío cristal.

Está aquí. En mi casa. Esperando un hijo mío.

Y sigo sin poder tocarla.

La frustración se me enrosca en el bajo vientre, un dolor lento y ardiente que he estado fingiendo no sentir. Me paso una mano por el pelo, cierro los ojos e intento pensar en cualquier otra cosa, pero su imagen —descalza, con el vientre blando, el rostro sonrojado por algo entre el miedo y el deseo— se me clava tras las costillas.

No puedo evitarlo.

Cruzo hasta el sofá, me hundo en él, con la mano ya moviéndose para desabrocharme los vaqueros mientras el peso de todo me oprime por todos lados: su olor aún leve en el aire, su presencia como una gravedad que tira de mí incluso a través de la pared que nos separa. Cierro los ojos, una mano acariciándome lentamente, la respiración densa, el corazón palpitando con cada fantasma de un recuerdo al que no debería entregarme, pero lo hago de todos

modos. Imagino su boca, sus muslos, el suave aliento de su voz cuando susurra mi nombre, el calor de su cuerpo mientras se arquea bajo el mío, y cuando me corro, no es un alivio. Es solo otro recordatorio de todo lo que no puedo tener. Todavía no.

Me tumbo contra los cojines, con un brazo sobre los ojos, el pecho subiendo y bajando en respiraciones entrecortadas.

La ciudad sigue zumbando fuera. Mi pulso se ralentiza. Mi piel se enfría y el sueño finalmente se apodera de mí. Los días siguientes se deslizan en un ritmo que parece casi funcional en la superficie, pero que late con una tensión que no puedo quitarme de encima. Me sumerjo en el trabajo. Pongo el móvil en silencio cuando estoy con pacientes y me quedo mirando la bandeja de entrada más tiempo del necesario cuando no lo estoy. Me preparo para las cirugías y tomo notas en historiales que ya he leído dos veces. Pero por debajo de todo eso, me estoy deshaciendo en pedazos que nadie ve, desmoronándome en formas silenciosas: una cita perdida, una respuesta cortante, una llegada tardía a las rondas que nunca habría tolerado a un residente.

Por la noche, vuelvo al ático, un espacio que sigue siendo demasiado silencioso a pesar del sonido de los dedos de Ivy en el teclado o el suave parpadeo de la música que escucha cuando está trabajando. Siempre está en la encimera de la cocina o acurrucada en el extremo más alejado del sofá, encorvada sobre su portátil como si fuera lo único que la anclara a la versión de sí misma que existía antes de todo esto. Es buena en lo que hace —sea lo que sea—, aunque solo conozco fragmentos. Estrategia de marketing para marcas de cuidado de la piel éticas, consultoría de campañas a distancia para organizaciones sin ánimo de lucro, algo con impacto, alcance y un tipo de integridad silenciosa que tiene sentido cuando la conoces.

Nunca dice mucho cuando entro. Solo levanta la vista, a veces ofrece un «hola» tranquilo, a veces nada en absoluto. Y no sé si está esperando a que yo hable primero o si simplemente agradece la distancia. Sea como sea, la dejo estar.

Pero sigo observándola.

Cada noche, me encuentro escuchando sonidos en la oscuridad, esforzándome por captar el movimiento de sus pasos o el crujido de las tablas del suelo fuera de su puerta. La ciudad es más silenciosa a esta altura, pero sigo oyendo cosas. Una vez, cuando algo sonó con un golpe sordo en la cocina —solo un bote de vitaminas prenatales que había tirado sin querer—, ya estaba fuera de la cama y en el pasillo antes de que mi mente pudiera reaccionar. Estaba descalza con una de mis sudaderas, el pelo enmarañado, los ojos muy abiertos, y por un momento, se parecía tanto a la chica de la que me había enamorado en la calma entre batallas que casi la cojo.

En lugar de eso, al día siguiente revisé la despensa y la llené con todo lo que a ella pudiera sentarle bien. Té de jengibre. Barritas de proteínas. Una cantidad ridícula de manzanas rojas porque recordé que una vez dijo que se le antojaban durante las náuseas matutinas. Nunca menciona nada, solo las coloca en una cesta sobre la encimera y sigue trabajando.

En las horas que no duermo o que no paso demasiado tiempo de pie en los umbrales de las puertas observándola respirar, estoy en llamadas con Mason.

Estamos construyendo algo peligroso; con cuidado, con precisión, sin descanso. Mason no hace preguntas para las que no necesita respuestas. Es todo aristas y pura concentración, su voz escueta pero afilada, cortando los hilos de la vida de Daniel Holt con precisión quirúrgica. Juntamos las piezas de una red hinchada de corrupción y unida por donaciones no registradas, falsas subvenciones de bienestar y empresas médicas fantasma con más secretos que personal. Lo que comenzó como un encubrimiento de un ensayo privado ahora se convierte en algo más profundo, más feo. Hay pruebas de recetas falsificadas distribuidas a través de pequeñas clínicas de pueblo, instalaciones cerradas tras quejas de pacientes, pagos desviados a través de ramas benéficas que ya no existen.

Mason lo rastrea todo. Yo sigo su ejemplo en lo que importa. Pero en lo que respecta al motivo, a por qué esto es importante, esa parte es mía.

Puede que Daniel Holt comenzara siendo un hombre al que odiaba por lo que le hizo a Ivy. ¿Pero ahora? Ahora quiero que lo entierren bajo el peso de todo lo que ha construido.

Y aun así, a pesar de todo, vuelvo a casa con ella.

Una vez la pillo mirando por la ventana, la curva de su mano rozando su vientre como si ya fuera un acto reflejo, como si el movimiento perteneciera a algo primario y silencioso. La observo desde el umbral, fingiendo que solo estoy de paso, pero veo cómo sus hombros suben y bajan lentamente, cómo inclina la cabeza como si intentara escuchar algo que solo ella puede oír.

Quiero ir hacia ella. Quiero decirle que recuerdo lo que dijo de que sería una niña. Que ya puedo ver el futuro de esa niña en ella: la fuerza, la delicadeza, el fuego.

Pero no lo hago. Porque el recuerdo de su silencio es más sonoro que cualquier cosa que pudiera decir.

Y, sin embargo, eso no me detiene.

No me impide doblar mantas cuidadosamente fuera de su puerta. Ni detenerme frente al baño cuando oigo cómo vuelve a vomitar. Ni buscar en Google masajistas prenatales a medianoche solo para ver qué hay cerca por si alguna vez menciona que le duele la espalda. No me impide sentir algo crudo y peligroso cuando la veo bostezar y me doy cuenta de que no ha dormido, o pasar la mano por el termostato solo para asegurarme de que hace suficiente calor para ella cuando me voy antes del amanecer.

Lo que sí provoca, no obstante, es dolor. Duele en los espacios silenciosos entre lo que éramos y lo que somos ahora. Duele en la forma en que la deseo y no puedo alcanzarla. Y duele cada vez que

me pregunto cuántos momentos como este me perdí antes de que me dijera la verdad.

Las luces del apartamento se atenúan mientras el atardecer se funde con la noche. Ella sigue trabajando, sus dedos danzando sobre las teclas, el pelo recogido y ligeramente descolocado. La miro durante demasiado tiempo, luego me obligo a moverme, a respirar, a recorrer el pasillo y dejarla sola antes de hacer una locura como caer a sus pies y pedirle que me mienta de nuevo solo para que este dolor se detenga.

La dejo en paz y voy a mi habitación, oscura ahora salvo por el fino haz de luz de la ciudad que se filtra por las ventanas, proyectando vetas plateadas en las paredes como arañazos en un espejo. Me tumbo boca arriba, con un brazo sobre los ojos, la respiración superficial e irregular, intentando calmar la tormenta que aún me araña las costillas. La habitación está demasiado cálida, las sábanas demasiado enredadas, los pensamientos en mi cabeza demasiado afilados para mitigarlos. Sigo esperando que la ira se desvanezca, que el dolor se endurezca hasta convertirse en algo útil, pero todo lo que siento es este dolor lento y persistente que tira de todo lo que toco.

El teléfono vibra una vez sobre la mesita de noche.

Número desconocido.

Lo miro un segundo, planteándome dejarlo sonar. Luego, sin pensar, deslizo el dedo para responder, llevándome el teléfono a la oreja como si fuera a morderme.

—Hola.

Hay una pausa, y luego una voz que no espero. Familiar. Femenina. No es Ivy.

—De verdad que la vas a cagar, ¿eh?

Me siento de golpe, paso las piernas por el borde de la cama, mi voz sale áspera.

—¿Cassie?

—Me imaginé que ese tono significaba que no estabas demasiado borracho para escuchar —dice, seca y directa, como si no acabara de llamarme de la nada en mitad de la noche—. Bien. Porque no me apetece repetirme.

Me presiono el talón de la mano contra la sien, con los ojos cerrados.

—¿Qué es esto, exactamente?

—Esto soy yo llamando porque Ivy es una desgraciada —dice, su voz se aplana, perdiendo el sarcasmo—. Y no me refiero a que esté llorosa o dramática o triste hecha un ovillo. Me refiero a rota. Vacía por dentro. Como si estuviera intentando cargar con algo a lo que ya no sabe cómo ponerle nombre.

Algo dentro de mí se retuerce, tenso y culpable.

—Mintió —mascullo, demasiado bajo para el filo que quería ponerle a las palabras—. Me hizo creer—…

—Te lo hizo creer porque estaba aterrorizada —espeta Cassie—. ¿Alguna vez te has parado a pensar en eso? No mintió porque fuera fácil. Mintió porque un trauma no te deja pensar con claridad. Porque a veces, decir la verdad parece un riesgo mayor que permanecer en silencio.

—Yo no soy Daniel —digo, más cortante ahora.

—No, no lo eres —concuerda—. Pero eso no significa que no tuviera miedo de perderte. De arruinar lo único que le parecía seguro después de haber estado con alguien que la hizo dudar de todo lo que creía saber sobre el amor.

El silencio se alarga entre nosotros.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto.

Cassie suspira.

—Desde ayer. Quedé con ella para comer y al final lo soltó. Dijo que ojalá te lo hubiera contado antes. Que la estaba consumiendo por dentro.

Se me seca la garganta. Me presiono los dedos contra los ojos, respirando lenta y profundamente.

—Ni siquiera te culpó por marcharte —dice Cassie—. Dijo que eras el único hombre con el que se había sentido segura. Que fuiste lo primero que la hizo sentir que quizás podría empezar de nuevo.

La culpa me golpea como una ola lenta, arrastrándose por cada decisión que he tomado desde que lo descubrí. Mi ira. Mi silencio. La frialdad con la que la dejé plantada en el pasillo. La parte de mí que todavía quería protegerla incluso cuando no podía mirarla a los ojos.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunto, aunque ya lo sé.

La voz de Cassie se suaviza.

—Porque cuando alguien se está rompiendo, no sigues haciéndole pedazos. Especialmente si la quieres.

Me quedo sentado mucho después de que termine la llamada, las palabras resonando en mi cráneo como una quemadura lenta a través del hueso. No me muevo de inmediato. No hablo. Solo dejo que el peso de lo que ha dicho se asiente en mi pecho hasta que finalmente puedo ponerme en pie, hasta que finalmente puedo hacer que mis piernas se muevan.

El pasillo está en silencio cuando salgo del dormitorio. El apartamento vibra con una tranquila vida doméstica, las luces bajas, los olores a manzanilla y lavanda flotando débilmente en el aire, como si hubiera intentado calmarse y no lo hubiera conseguido.

La encuentro en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho, el rostro bañado por el pálido resplandor de la televisión. Una vieja comedia de situación parpadea frente a ella, con las risas enlatadas sonando en bucle, pero no se está riendo. Ni siquiera la está mirando. Simplemente está ahí, envuelta en una manta de punto demasiado grande para ella, con los ojos vidriosos, la mirada perdida en la distancia como si hubiera olvidado cómo moverse.

Levanta la vista cuando me oye, sobresaltada. Separa los labios como si quisiera decir algo, pero no emite ningún sonido.

Y antes de que pueda pensármelo mejor, camino hacia el sofá y me siento a su lado.

Al principio ella no se mueve, y yo no la miro. Fijo la vista en la pantalla, en los colores ridículos, en las líneas de risa de extraños que no saben lo que es estar tan cansado, tan lleno de cosas no dichas. Debería levantarme. Debería darnos a ambos el espacio que seguimos fingiendo que necesitamos. Pero entonces su cabeza se apoya en mi hombro, vacilante, con cuidado.

Su pelo es suave contra mi mandíbula, su cuerpo una línea cálida junto al mío, y aunque todo en mi pecho todavía duele por los escombros de lo que hemos pasado, el momento se extiende entre nosotros como un hilo tenso.

Dejo que se quede y me permito sentirlo todo. Dejo que la culpa y el amor y el dolor impotente se mezclen hasta que solo queda su aliento cerca de mi cuello, la curva de su cuerpo contra mis costillas, el latido constante de algo no dicho que intenta surgir entre nosotros.

No se sabe qué pasará mañana ni si sobreviviremos a esto. Pero ahora mismo, en esta quietud, en esta calma fracturada, ella está aquí y yo no me voy a marchar. La pantalla brilla, y el héroe y la heroína bailan un vals bajo una luna de papel al son de alguna melodía alegre, de esas que prometen que todo saldrá bien en veintidós minutos o menos, pero nada de eso capta mi atención.

Todo lo que puedo sentir es el calor de Ivy contra mí y cuánto anhelo que esto se convierta en lo que debería ser.

28

IVY

Lo primero en lo que me fijo al despertar es en la suavidad. La luz, pálida y plateada, se derrama sobre el edredón como leche recién vertida, silenciosa y tersa sobre las sábanas arrugadas. La manta huele ligeramente a detergente y a pino, el olor del hogar de Ethan, y por debajo, a algo más cálido. A él. Estoy sola, pero sé que me ha traído aquí. Recuerdo cómo me acurruqué a su lado, demasiado cansada para fingir que estaba bien, y cómo sentí su cuerpo junto al mío: sólido, cálido, seguro de esa forma en que solo él sabe serlo. Debí de quedarme dormida junto a él. Me tuvo que traer en brazos, porque mi último recuerdo son las risas enlatadas de una comedia y el suave peso de mi cabeza apoyada en su hombro como si ese fuera su lugar.

Vivir con Ethan es un paraíso y un infierno a la vez. En apariencia, nos hemos instalado en una rutina casi doméstica. Prepara mi té antes de que yo esté del todo despierta. Mantiene la nevera llena de cosas que ni siquiera sabía que me apetecían hasta que las veo ahí. Ahora hay vitaminas prenatales en la encimera —de la marca de la que Cassie hablaba maravillas durante su rotación de residencia en salud materna— y calcetines de algodón suaves que él eligió, doblados pulcramente junto a unas zapatillas que nunca le pedí.

Cuando intento darle las gracias, él se limita a asentir, callado e indescifrable, como si eso fuera simplemente lo que se hace cuando alguien espera un hijo tuyo, incluso si esa persona te rompió el corazón.

Los mensajes de Daniel han cesado. Por ahora, al menos. El silencio me inquieta, pero intento no alimentar el miedo. Hay algo más firme en la forma en que Ethan se mueve por el apartamento, en el sonido de su voz cuando contesta al teléfono desde el despacho, en la manera en que sus llaves caen en el cuenco junto a la puerta cada tarde. Sigue aquí. No ha huido. Y eso significa más de lo que soy capaz de expresar con palabras.

Esta mañana vamos juntos a la revisión. Intento que no se me note el nerviosismo cuando entramos en la clínica, pero Ethan extiende la mano instintivamente y la posa en la parte baja de mi espalda. Ese simple contacto es suficiente para que no me desmorone. La doctora es amable, la enfermera es eficiente y la consulta huele a menta y a papel, pero yo solo puedo concentrarme en la tranquila subida y bajada del pecho de Ethan a mi lado mientras esperamos a que la pantalla se ilumine con la silueta de nuestro bebé.

La imagen hace que se me corte la respiración. Ahí está. Todavía no sé oficialmente el sexo, pero en lo más profundo de mi ser, lo siento: es una niña. El contorno es perfecto, un pequeño perfil con una mandíbula testaruda y una manita levantada como si ya se estuviera preparando para discutir con el mundo. La mirada de Ethan está fija, inmóvil, con la mandíbula ligeramente apretada como si contuviera algo en su interior. Le echo un vistazo y, por un momento, veo algo en sus ojos que casi me destroza. Asombro. Fascinación. El más leve atisbo de una sonrisa.

Más tarde, paseamos por el parque, con los abrigos bien cerrados contra el frío, y Ethan me entrega una bolsa de papel blanca sin decir palabra. Dentro hay dos sándwiches de helado derritiéndose, de los que solo venden en la pequeña tienda de la esquina que a él le gusta porque lo hacen todo de forma casera, como solía hacerlo

su abuela. El aire nos muerde la cara, pero el helado está delicioso: una rica vainilla prensada entre galletas blandas de jengibre. Me río al darle un bocado, con los dientes doliéndome por el frío, y él me observa como si estuviera grabando el sonido a fuego en su memoria.

—¿Quién come helado en diciembre? —murmuro, con la voz suave, llena de una alegría que no quiero examinar demasiado.

Sus ojos no se apartan de los míos.

—Nosotros.

Nos sentamos en un banco de madera cerca del parque infantil, lo suficientemente lejos para no llamar la atención, pero lo bastante cerca para observar el torbellino de color y movimiento. Unos niños se persiguen por el césped escarchado, sus botas levantando hojas quebradizas, con las mejillas sonrosadas por el frío. Una niña con un abrigo acolchado rojo se sube a la estructura para trepar y saluda con la mano a su padre, que responde con un aplauso y una sonrisa tan amplia que siento que algo se me retuerce en el pecho. Miro de reojo a Ethan. Él también está observando, callado e inmóvil, con el helado olvidado en la mano. En ese momento lo veo con total claridad: a él, sosteniendo a una niña en brazos, enseñándole a montar en bici, dándole un beso en la frente antes de ir al colegio. Sería el tipo de padre que recuerda cada cumpleaños, que lee cuentos para dormir con voces graciosas, que aparece en cada partido, en cada recital, en cada rodilla raspada.

Nunca he necesitado que nadie me cuide. Tengo dinero. Tengo un trabajo en el que creo. Mi puesto a distancia en la ONG me permite crear campañas de comunicación para la salud de la mujer en regiones desatendidas. Es importante. Yo soy importante. Pero esto… esto es otra cosa. Es un cuidado que no pide nada a cambio. Hace que algo en mí se ablande y duela al mismo tiempo.

Regresamos al apartamento en silencio. No porque no haya nada que decir, sino porque ninguno de los dos sabe cómo salvar la

distancia que nos separa. Ethan desaparece en la cocina, calienta las sobras y pone la mesa como si estuviéramos casados o algo parecido. Comemos en silencio, uno al lado del otro, y yo intento no desear más. Me digo a mí misma que esto es suficiente. Que tenerlo cerca —aunque en realidad no estemos juntos— es mejor que nada. Pero el dolor solo crece, más profundo ahora, más paciente, como si no tuviera otro lugar adonde ir que hacia dentro.

No me ha tocado desde aquella noche en la cabaña. No de esa manera. No de ninguna forma que haga que mi cuerpo recuerde. Y siento cada centímetro de esa distancia. La siento cuando me entrega una taza de té sin dejar que nuestros dedos se rocen. La siento cuando entra en la habitación y su mirada me atraviesa como si intentara no desear lo que una vez tuvo. La siento cuando deja la puerta de su dormitorio abierta por la noche, pero nunca lo suficiente como para invitarme a entrar.

Intento no llorar. A veces, lo consigo.

Sucede mientras estoy doblando la colada en el sofá. La televisión zumba de fondo con alguna vieja reposición que no estoy viendo. La habitación huele a canela y a suavizante, a algo íntegro y limpio. Cojo un pelele suave que compré hace semanas, de color amarillo pálido con estrellitas en el pecho, y algo dentro de mí se retuerce con fuerza. Pongo una mano sobre mi vientre, sin esperar nada, sin esperarla a ella.

Y entonces se mueve.

Es la cosa más ligera. Un cambio. Un giro. Un empujoncito desde dentro que no son gases, ni un músculo, ni una ilusión, sino ella. Mi bebé. La niña dentro de mí, viva y dando patadas.

Me quedo completamente quieta. Mi palma está plana y temblorosa sobre el pequeño bulto bajo mi sudadera, con la respiración contenida en mis pulmones. Ahí está otra vez: un suave golpecito, como una llamada desde el interior, como si me estuviera haciendo

saber que está aquí, que está escuchando, que ahora es parte de todo.

Las lágrimas me llenan los ojos, calientes, punzantes e imposibles de contener. No porque tenga miedo. No porque esté triste. Sino porque hay algo tan indescriptiblemente hermoso en sentirla moverse, en sentir a esta pequeña persona que he creado en silencio presionar contra el mundo por primera vez. Es mágico. Es insoportable guardármelo para mí. Me levanto del sofá con piernas temblorosas, secándome las lágrimas de las mejillas, apenas consciente de la suavidad de las luces que me rodean o del suave murmullo de la música que suena desde el altavoz del salón. Mis pies encuentran el pasillo sin pensarlo, atraídos como el agua hacia la gravedad. La casa está en silencio, ese tipo de silencio que se alarga como una respiración contenida, pero sé dónde está él.

La puerta de su despacho está entornada. Lo suficiente para que el cálido resplandor ámbar de su lámpara de escritorio se derrame en el oscuro pasillo, rozando el suelo de madera como la luz del fuego. Oigo el clic rítmico de las teclas, el bajo murmullo de un archivo al cerrarse, y luego el silencio.

Está dentro.

Llamo una vez, suavemente. El tipo de llamada que no es realmente una llamada, sino más bien un susurro envuelto en piel. La puerta cruje al empujarla, y él levanta la vista al instante, con los ojos alerta, la espalda recta en su silla. La pantalla de su portátil refleja tenues líneas de código y un mapa digital marcado en rojo, pero sea lo que sea que esté haciendo, cierra la tapa de golpe en el momento en que me ve.

—¿Qué pasa? —pregunta, y su voz es brusca al principio —prevenida, cautelosa—, pero se suaviza cuando ve mi cara.

No encuentro las palabras. Se dispersan como pétalos ante una tormenta, dejándome muda en el umbral con demasiadas emociones agolpándose a la vez. Empieza a levantarse, su silla gimiendo

débilmente bajo su peso, pero yo niego con la cabeza y avanzo hasta estar lo bastante cerca para ver las sombras bajo sus ojos, la barba incipiente en su mandíbula, la tensión en sus hombros que ya nunca desaparece del todo.

Entonces hago lo único que puedo hacer. Le cojo la mano.

Está cálida y es sólida, con callos en todos los lugares familiares, y la guío hacia abajo lentamente, presionándola sobre la curva de mi vientre.

No habla. No al principio. Su mano simplemente descansa ahí, firme y abierta, esperando.

Por un instante no hay nada. Solo silencio. Solo la densa pausa sin aliento de un mundo en suspenso.

Entonces sucede.

Un aleteo. Un pequeño e inconfundible movimiento, como una llamada desde dentro. Como un saludo con la mano. Su respiración se contiene. Su mano se queda inmóvil.

Le observo la cara, incapaz de apartar la mirada. Se mira la mano como si no le perteneciera, como si la sensación fuera algo extraño y demasiado sagrado para sostenerlo. Tiene los ojos muy abiertos, no de miedo sino de asombro, y por primera vez desde que le dije la verdad, lo veo. El muro se resquebraja.

Algo cambia tras su expresión. Algo profundo y sísmico, como si esto —este único y frágil movimiento bajo su palma— estuviera reescribiendo cada historia que se ha estado contando a sí mismo desde el día en que le rompí el corazón. Su pulgar roza suavemente la curva de mi vientre, casi con reverencia, como si temiera asustarla.

Y aun así, no dice nada, pero no tiene por qué.

Sus dedos se aprietan ligeramente, con la más mínima presión, el ancla más suave, como si estuviera tratando de mantener este

momento en su sitio antes de que se le escape de las manos. Y quizá por eso me lo creo; por eso, por primera vez desde que empezó todo esto, me permito creer que este no es nuestro final.

29

ETHAN

Los pasillos del St. Vincent se estrechan a mi espalda mientras me quito el abrigo y entrego mis últimos informes de la tarde, con el ruido blanco de los monitores y los diagnósticos murmurados retirándose como la marea. Todavía me huelen las manos ligeramente a látex y jabón; la huella del día grabada en mi piel con el tipo de peso que solo el agotamiento puede traer. Normalmente, esta parte de mi turno me trae una calma extraña y fugaz. Pero hoy no. No cuando he estado mirando el móvil entre cirugías, no cuando cada sombra me resulta demasiado familiar y cada silencio parece una trampa a punto de saltar.

El móvil me vibra justo cuando me dirijo a los ascensores; la vibración es aguda contra el bolsillo de mi pijama quirúrgico. Ni siquiera miro el identificador de llamadas. Sé que es ella.

—¿Ivy? —La voz se me quiebra con algo que no me molesto en disimular. Preocupación. Miedo. El peso de demasiados «y si...».

Suena frágil. Llorosa. —Siento molestarte —dice deprisa, como si ya se estuviera preparando para una decepción—. Es que... pensaba que habían parado, Ethan. Pensaba que quizá por fin lo habría dejado estar.

Me presiono la base de la mano contra la frente y cierro los ojos. —¿Qué ha hecho?

Hay una pausa. Se le entrecorta la respiración como si luchara por mantenerse serena, y sé que está a punto de desmoronarse. —Me ha enviado un mensaje. Ahora mismo. Ha esperado días, Ethan. Como si me estuviera dando espacio. Pero esta vez es peor. No ha dicho mucho. Solo... *Sé lo que has estado haciendo*.

Eso es todo lo que hace falta. Una sola línea, una sola muestra de control por parte de Daniel Holt, y el mundo de Ivy empieza a tambalearse de nuevo. Y yo estoy harto. Más que harto.

—Me encargo —digo, dirigiéndome ya hacia la salida de personal—. Pero primero tengo que ocuparme de una cosa. Te llamaré en cuanto pueda. Quédate en casa, Ivy. Por tu seguridad.

Cuelgo antes de que pueda protestar.

La ciudad bulle a mi alrededor mientras conduzco, las calles pasan como ráfagas de amarillo y acero, y el peso del momento se me instala en la columna con cada giro. Mason me espera en la misma oficina trasera donde hemos estado intentando resolver este lío, un espacio oscuro y sin ventanas encima de un taller mecánico con una sola mesa, dos sillas y un tablón de anuncios cubierto de impresiones y fotos que parecen más el comienzo de una teoría de la conspiración que una investigación.

—Llegas pronto —dice Mason sin levantar la vista, tecleando en su portátil con la misma intensidad que usaba cuando trabajaba de incógnito para la policía de Valleria—. Supongo que el cabrón por fin ha movido ficha.

—Ha vuelto a enviarle mensajes —digo, lanzando el móvil sobre la mesa—. Y esta vez, lo ha hecho personal. Se nos acaba el tiempo.

Los dedos de Mason se congelan sobre las teclas y luego vuelven a volar. —Pues acabemos con esto.

Llevamos semanas montando un caso. En silencio. Con cuidado. La influencia de la familia Holt está tan arraigada en esta ciudad que es prácticamente parte de las cloacas. Sus huellas están en todos los comités, en todas las juntas, en todos los suculentos tratos inmobiliarios en los que no se hacen preguntas. Pero el error de Daniel es que nunca ha aprendido a borrar sus huellas por completo. Es chapucero de una manera que solo lo son los hombres que se creen intocables.

Mason abre un archivo y gira la pantalla hacia mí. —Hemos conseguido un avance.

Se echa hacia atrás, con una rara sonrisa asomando por la comisura de sus labios. —Acabo de hablar por teléfono con la capitana Elena Molina. Es nueva en la cúpula, la acaban de ascender a asuntos internos y ha llegado pisando fuerte. Su primer memorando interno fue sobre erradicar patrones de abuso y proteger a las mujeres a las que el sistema les ha fallado. Eso ha levantado mucho polvo.

»Otras dos mujeres habían presentado denuncias contra Daniel en el pasado, pero tenían demasiado miedo para dar la cara. El nombramiento de Molina lo ha cambiado. Volvieron a ponerse en contacto la semana pasada. Elena Molina se reunió con ellas anoche. Informes confidenciales y sellados. Ambas tenían un rastro documental. Órdenes de alejamiento. Documentación. Cruzó todos los límites que le pusieron, y una de ellas tenía a un investigador privado siguiendo a su ex durante meses. Ese rastro lleva directamente a la puerta de Holt.

Es más de lo que esperaba. Más de lo que me atrevía a creer que podríamos reunir a tiempo.

—¿Y el ángulo farmacéutico? —pregunto.

Mason vuelve a girar su portátil. —La enfermera del psiquiátrico que fichamos por fin ha colaborado. Garrow. Corroboró todo sobre el ensayo de Auralis, incluyendo correos electrónicos internos y un rastro de facturas que nunca llegó a contabilidad. El nombre de Holt

no aparece directamente en nada, pero sí las cuentas fantasma. Y las hemos vinculado a la línea de crédito personal de Daniel.

Esto lo confirma todo. El dinero, la intimidación, el acoso repetido. El hombre es un caso penal andante con trajes a medida.

—Elena ha puesto al corriente al comisario de la policía de Valleria —añade Mason—. Lleva años con el ojo puesto en la familia de Holt. La única razón por la que nunca lo han pillado es la falta de testigos. Esa excusa acaba de morir.

Los nudillos me crujen al flexionar las manos. —Bien.

—¿Cuál es el plan?

Miro la foto de Ivy que todavía llevo en la funda del móvil. —No se reunirá conmigo directamente —digo—. No es tan estúpido.

—Entonces haremos que piense que es ella.

Asiento una vez, el plan se forma más rápido ahora. —Ella hará la llamada. Fijará la hora y el lugar. Tú te asegurarás de que el perímetro esté limpio.

—Traeré a Elena —dice Mason—. De paisano, coche sin distintivos. Dejemos que se ahorque solo.

Mason asiente una vez y empieza a imprimir todo lo que necesitaremos: papeles, copias de mensajes, registros de transferencias, las declaraciones de ambas mujeres con datos ocultos y preparadas para presentarlas a la policía. —Estaré con Molina en menos de una hora. En cuanto dé el visto bueno, actuamos.

Para cuando me voy, la ciudad vuelve a estar a oscuras, su silencioso zumbido es bajo y vigilante. Saco el móvil, busco el nombre de Ivy y llamo.

Responde de inmediato. Su voz es suave. —¿Estás bien?

—Estoy bien —digo—. Pero necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea.

—Escríbele un mensaje a Daniel. Pídele que se reúna contigo. En un lugar neutral. Público pero tranquilo. Hazle pensar que estás dudando, que solo quieres hablar. No dirá que no.

Hay una pausa al otro lado de la línea. —¿Y después?

—Después me encargo yo.

Se le corta la respiración, pero no discute. Solo dice que de acuerdo, y la línea se queda en silencio. Minutos después, su respuesta llega por mensaje, y me hace respirar hondo. El plan está en marcha.

30

ETHAN

El aire del aparcamiento es tan frío que corta. Las farolas proyectan largas sombras sobre el asfalto y yo estoy de pie cerca del borde, resguardado entre dos coches aparcados, esperando. El viento serpentea desde los tejados y se me cuela por el cuello de la camisa, pero apenas lo noto. Tengo las manos relajadas a los costados, los hombros rectos, el pulso acompasado como si me preparara para una cirugía. Pero esto no es un hospital, y el hombre al que estoy a punto de enfrentarme no es un caso que pueda tratar.

Es una amenaza a la que voy a quitar de en medio.

No vuelvo a mirar el móvil. El mensaje de Ivy ha llegado hace unos minutos. Daniel ha accedido a reunirse con ella. Dijo que la echaba de menos. Que todavía quería que volviera. Que nunca había dejado de vigilarla. La ubicación fue elegida con cuidado: un tramo tranquilo de un distrito de galerías medio abandonado justo al lado de Elmhurst. Mason ha rastreado la zona dos veces, ha comprobado los ángulos de las cámaras y las líneas de visión, y ha colocado a dos agentes fuera de la vista al otro lado de la calle. La agente Elena Molina está en su puesto y a la espera; su nombre ha quedado grabado en la espina dorsal de esta operación.

No solo esperamos que meta la pata. Contamos con ello.

El sedán entra como si la calle fuera suya, oscuro y elegante, con los faros cortando el asfalto en dos amplios arcos. Daniel baja con un abrigo demasiado elegante para el asfalto que pisa. Su andar es lento, seguro, mientras se alisa la solapa con una mano enguantada mientras mira a su alrededor con una sonrisa que ya se dibuja en la comisura de sus labios. La actuación está ensayada y la arrogancia la lleva grabada a fuego.

Espera a Ivy y no me ve hasta que salgo de entre las sombras.

Todo su cuerpo se sacude como si hubieran roto un resorte. La sonrisa vacila. Entrecierra los ojos.

—Usted.

Sigo caminando.

—¿No es a quien esperaba?

Sus labios se curvan en algo a medio camino entre una sonrisa de superioridad y una mueca de desdén.

—¿Dónde está ella?

—Le pedí que hiciera la llamada. Está a salvo. Y ya no va a formar parte de esto.

Él exhala, en voz baja y molesto, ya calculando.

—Si no está aquí, entonces esta reunión se ha acabado.

—No —digo, deteniéndome a pocos metros de él—. Aquí es donde empieza.

Sus ojos se desvían detrás de mí, escudriñando las sombras en busca de movimiento, y sé exactamente lo que está pensando. *¿Está solo? ¿Alguien está mirando? ¿Es una trampa?*

Lo es.

Doy otro paso adelante.

—La ha estado observando. Enviando mensajes. Apareciendo donde no le corresponde. Siguiéndola.

—No la he tocado desde nuestra última conversación.

—No —convengo—. Y, sin embargo, como un cobarde, continúa rondando su vida. Ha encontrado formas de seguir volviendo cuando ella apenas se estaba recuperando. Hay un lugar especial en el infierno para cabrones como usted. Afortunadamente, no volverá a hacerlo nunca más.

La comisura de su boca se curva, como si estuviera saboreando lo último de su arrogancia antes de que se agrie. Su labio superior se levanta muy ligeramente, dejando al descubierto el borde de un diente mientras entrecierra los ojos.

—Está muy seguro de sí mismo, ¿no?

Asiento lentamente.

—Sí. Lo estoy.

Sus cejas se alzan con frágil diversión.

—Por favor. Esta ciudad se come vivos a los hombres como usted. ¿Cree que su placa del hospital significa algo?

—No —digo—. Pero los supervivientes sí. ¿Recuerda a Melinda Garrow? —pregunto—. Hospital General de Valleria. Unidad psiquiátrica. Renunció después de que uno de sus pacientes muriera de insuficiencia hepática. Un paciente al que nunca se le debería haber recetado ese medicamento. El mismo medicamento que su padre impulsó en los primeros ensayos. El mismo ensayo que usted ayudó a financiar bajo un nombre diferente a través de Garnett Biomedical.

Se queda inmóvil.

—Ha dado un paso al frente —continúo—. Declaración jurada firmada. Correos electrónicos personales. Pautas de dosificación. Sus propias notas de reuniones donde su nombre aparecía en los libros de contabilidad de pagos. Lo guardó todo. Nos dio una cronología. Llevó a una propiedad fantasma a las afueras de la ciudad donde se realizaban ensayos no regulados. Ensayos vinculados directamente a usted.

Se burla.

—No tiene suficiente —provoca—. Incluso si sus supuestas pruebas apuntan en mi dirección, la proximidad de Ivy a mí durante ese período la hace cómplice. Ella estaba allí, involucrada. Exponerme a mí significa arrastrarla a ella también. ¿Está preparado para hacer eso?

Le sostengo la mirada con firmeza, reprimiendo la oleada de ira que encienden sus palabras.

—Está dando palos de ciego, Daniel —replico—. La participación de Ivy fue como participante involuntaria. No tenía conocimiento de las actividades ilegales que usted orquestó. Las autoridades la verán como una víctima de su manipulación, no como una cómplice. Su intento de implicarla solo subraya su desesperación.

—Y ahora —digo—, Asuntos Internos le pisa los talones. ¿La capitana Molina? Su primera directiva fue proteger a las mujeres a las que el sistema les ha fallado. Ha cabreado a la mujer equivocada con placa.

Sus hombros se congelan a medio camino y no bajan. Una mano se aprieta, apenas perceptible, el pulgar hincándose en la yema de la palma. La inclinación desenfadada de su postura, ese peso arrogante sobre una pierna, desaparece. Ambos pies se afianzan, equilibrados ahora. Preparado.

—Es un farol.

—¿Lo es? —Con la ceja levantada, doy un paso más, observándolo, dejando que el silencio entre nosotros se espese con lo que él aún no sabe.

—La capitana Molina sacó órdenes de alejamiento selladas. Otras dos mujeres, ambas amenazadas y acosadas. Una de ellas se cambió el nombre. La otra contrató a un detective privado después de recibir una corona fúnebre en su cumpleaños.

Él levanta la vista bruscamente.

—Ese detective siguió el rastro —digo—. Móviles de prepago. Grabaciones de vigilancia. Registros de transacciones. Su coche aparcado fuera de la consulta del médico de Ivy la semana pasada. Su cara captada por una cámara en una gasolinera a veinticinco kilómetros de su Airbnb la noche que se mudó.

La boca de Daniel se abre, pero no sale ningún sonido.

—Fue cuidadoso —añado—. Pero no lo suficiente. Usó los mismos puntos de entrega de dinero en efectivo. Mantuvo el mismo equipo de seguridad. Seguimos sus rutas. Cotejamos la actividad bancaria con esas direcciones. Todo vuelve a Garnett. Incluso la empresa de seguridad privada que contrató tiene contratos con una filial registrada a nombre de soltera de su madre.

Frente a mí, la expresión de Daniel vacila. Sus cejas se fruncen ligeramente. Su boca se entreabre, luego se vuelve a cerrar, y durante un instante demasiado largo, no parpadea. La bravuconería se desvanece por grados. Esa arrogancia perezosa que lleva como una colonia ya no le sienta bien. Sus ojos se mueven con el escrutinio nervioso e irregular de alguien acorralado. Como si buscara salidas sin darse cuenta. Como si su cuerpo ya hubiera comprendido lo que su boca no admitirá.

Tiene miedo. No de lo que estoy diciendo, sino del hecho de que realmente pueda ser verdad.

—Sabemos cómo lo pagó —digo—. Sabemos de dónde vino el dinero. Movió millones a través de cuentas fantasma, algunas bajo Garnett, otras bajo el antiguo comité de acción política de la campaña de su padre. Usó facturas fantasma. Enumeró equipos médicos que nunca existieron. Y tuvo ayuda.

Se lame los labios y sacude la cabeza con una risa seca.

—No tiene un testigo.

Asiento una vez.

—En realidad, tenemos dos.

Se me queda mirando.

—Su contable fue detenida en el aeropuerto anoche intentando volar a Zúrich con dos millones en criptomonedas y un disco duro lleno de libros de contabilidad falsificados. Ya ha cantado. Nos lo ha contado todo. Cómo sobornó a los médicos. Cómo falsificó los historiales de los pacientes. Incluso cómo borró el nombre de Ivy de la base de datos.

Una grieta se abre entonces en su máscara. No solo sorpresa. Miedo.

—¿Y el segundo testigo? —pregunto, ladeando la cabeza—. Esto le va a encantar.

Aprieta la mandíbula.

—¿Recuerda a la doctora Emilia Cassane?

No responde, pero sus ojos se desvían. Lo tengo.

—Le dijo a Ivy que tuvo una sobredosis el año pasado. Que murió en una habitación de hotel en Carthridge. Pero no fue así. Desapareció. Se cambió el nombre. Y durante los últimos dieciocho meses, ha estado trabajando con investigadores federales para llevar este caso a los tribunales.

No respira. Yo tampoco.

—Está en la ciudad ahora mismo. En un piso franco. Con un agente federal. Y ha traído más que su testimonio. Ha traído grabaciones de vídeo. Autorizaciones firmadas. Correos electrónicos internos donde la amenazaba. Y, sobre todo, ha traído la prueba de que Garnett Biomedical realizó ensayos clínicos en sujetos humanos sin consentimiento.

Parpadea una vez. Sus manos se curvan a los costados.

—Y aquí está la pieza final —digo, bajando la voz—. Lo pagó todo. No solo con dinero, sino con su nombre. Firmó las autorizaciones para la última ronda de pruebas. Tenemos los documentos. Un perito calígrafo los comparó. ¿Y la tinta? Coincide con el bolígrafo encontrado en el antiguo despacho de su padre, el que usted ocupó el año pasado.

Su silencio ya no es calculado. Es asfixiante.

—No solo tiene un patrón, Daniel —digo—. Tiene un historial. Dejó un rastro. Y esta vez, escogió a la mujer equivocada para seguirla.

Se abalanza sin decir palabra.

Es repentino, todo músculo e instinto, pero estoy preparado. Mi mano se estrella contra su pecho y lo hace tambalearse hacia atrás. Su cuerpo golpea el costado de su coche, respirando con dificultad, el estupor parpadeando en su rostro.

Antes de que pueda recuperarse, dos agentes salen del callejón, moviéndose con rapidez, su presencia cortando limpiamente la tensión. Elena Molina los sigue, placa en mano, con el rostro endurecido con el tipo de furia que no necesita ser ruidosa para ser letal.

—Daniel Holt —dice, con voz clara y resonante—, aléjese del vehículo y mantenga las manos donde podamos verlas.

Daniel se congela.

—Esto es un error —dice, levantando las manos lentamente—. Me invitaron aquí. Tengo los mensajes.

—A nadie le importa —responde ella—. Está detenido por múltiples cargos de acoso, violación de dos órdenes de alejamiento y obstrucción a la justicia. Ya tendrá su momento en el tribunal.

Su bravuconería flaquea. Lo veo: la grieta en la máscara. Me mira, la desesperación filtrándose entre sus dientes.

—¿Crees que esto termina conmigo esposado? —escupe—. ¿Crees que la ciudad permitirá que esto suceda? ¿Sabes cuánta gente todavía le debe favores a mi familia?

—Creo que están cansados de hombres como usted —digo—. Y creo que esta ciudad está lista para dejar de fingir que su nombre le compra la inmunidad.

Las esposas se cierran con un chasquido alrededor de sus muñecas.

No se va en silencio. Lanza todos los insultos que se le ocurren, gruñe sobre Ivy, jura que me arrepentiré de esto. Pero nada de eso me afecta. Soy de piedra. Y he terminado.

Observo cómo se abre la puerta del coche y meten a Daniel dentro. Su voz se corta cuando la puerta se cierra de golpe, una puntuación final a una historia que debería haber terminado hace años.

Molina me asiente una vez, luego se vuelve hacia el resto de su equipo. No necesita decir nada más. Su sola presencia lo dice todo.

El coche se aleja, las luces traseras brillan brevemente antes de desaparecer al doblar la esquina.

31

IVY

Es casi medianoche cuando la puerta principal se abre con un clic.

Estoy en el sofá, rodeada por el silencioso zumbido del apartamento y las sombras que se han alargado y vuelto más extrañas desde que se fue esta noche. No me he movido en horas. He estado aquí sin más, acurrucada en la esquina del sofá modular como si pudiera desaparecer en él si me quedaba lo suficientemente quieta. Una taza de té de menta descansa intacta sobre la mesa de centro. Un pijama a medio doblar yace olvidado sobre mi regazo. Las luces de la ciudad se extienden tras las ventanas en largas vetas doradas, pero no las he mirado. Solo he estado escuchando el sonido de su regreso a casa.

Y ya está aquí.

Oigo el familiar tintineo de sus llaves al caer en el cuenco de cerámica, el suave susurro de su abrigo al quitárselo. Sus pasos son más pesados de lo habitual. Más lentos. Medidos. Cuando dobla la esquina para entrar en el salón, lo primero que veo es el agotamiento, grabado en las líneas de su cara, tirando de las comisuras de sus labios. Parece que ha envejecido en cuestión de

horas, como si llevara encima algo que le ha costado más que el sueño.

Me enderezo, con el corazón apretado contra las costillas. —¿Ethan?

Asiente una vez, apenas, y luego se hunde en el sillón de enfrente como si ya no pudiera sostener su propio peso. Apoya los antebrazos en las rodillas, con las yemas de los dedos juntas. Durante un rato no dice nada, solo respira. Mira al suelo como si hubiera algo digno de estudio. Espero. No lo presiono. Sea lo que sea, siento que se acerca a nosotros como una marea, y sé que es mejor no romper el silencio demasiado pronto.

Entonces, por fin, levanta la vista.

—Está detenido.

Exhalo. Es un suspiro bajo, pero siento que viene de algún lugar más allá de mis pulmones. El alivio no es ruidoso. Ni siquiera es agudo. Es lento y ondulante, como agua tibia vertida en algo frío.

—¿Cómo? —pregunto, apenas en un susurro.

—Hemos construido el caso —dice—. Pieza por pieza. Mason encontró el rastro que necesitábamos. Y esta noche, ha caído de lleno en la trampa. —Se recuesta lentamente, como si el mero recuerdo le doliera—. Es un caso blindado. Registros financieros. Fraude médico. Acoso. Vigilancia. Hay otras dos mujeres con órdenes de alejamiento documentadas. Una de ellas tiene el informe completo de un investigador privado que rastrea los movimientos de Daniel durante más de un año. Ha aparecido otro confidente. Hay incluso grabaciones de uno de los ensayos farmacéuticos que financió.

La habitación parece demasiado quieta.

—Pero hay más —dice, bajando la voz—. Va a haber un juicio.

Asiento. Claro que lo habrá. Un hombre como Daniel no desaparece sin hacer ruido. Tiene abogados. Dinero. Influencias entretejidas en

lugares que aún no hemos visto.

—Y me van a pedir que testifique —digo, sabiéndolo ya.

Ethan no responde de inmediato. Me observa, con la mirada fija, con la verdad ya esperando en su silencio.

—¿Marcará la diferencia? —pregunto.

—Podría marcar *toda* la diferencia.

Me muevo en el sofá y me aprieto más la manta alrededor de los hombros, aunque no tengo frío. En realidad, no. Solo intento no desmoronarme.

Vuelve a inclinarse hacia delante. —No eres la única, Ivy. Lo sabes. Ha hecho daño a otras. Les ha mentido. Las ha amenazado. Ha destrozado vidas. Pero tú… —Aprieta ligeramente la mandíbula, como si las palabras fueran difíciles de articular—. Tú eras en quien se obsesionó. A ti era a quien quería poseer. Los mensajes. Las amenazas. Las grabaciones de vigilancia. La niña. Todo conduce a ti.

Mi mano encuentra mi vientre por instinto. Está quieta. Durmiendo, quizá. O simplemente esperando.

—Sé que es mucho pedir —continúa—. Sé que nunca quisiste que esto se hiciera público. Y si dices que no, te protegeré igualmente. Te lo juro, Ivy, este caso no descansa únicamente sobre tus hombros.

—Pero podría desmoronarse sin mí.

No responde a eso.

Me levanto, lentamente, y camino hacia el otro lado de la habitación, donde los ventanales van del suelo al techo y la ciudad se extiende bajo nosotros como un sueño pintado. Apoyo la palma de la mano en el cristal. En algún lugar ahí fuera, Daniel Holt está sentado en un calabozo, y el mundo no ha dejado de girar. Todavía no.

—¿Cómo sería? —pregunto, con la voz firme ahora.

Ethan también se levanta y se une a mí, pero no demasiado cerca. —Tu nombre estará en el expediente. Te someterán a un contrainterrogatorio. Habrá transcripciones, quizá incluso cobertura de prensa si llega a ser un caso federal. Sus abogados intentarán desprestigiarte. Intentarán insinuar consentimiento donde no lo hubo. Tergiversarán tus silencios para convertirlos en complicidad. Te pintarán como una persona emocional, inestable. Te preguntarán por qué te quedaste. Por qué no llamaste a la policía. Por qué no me lo contaste antes.

Cierro los ojos. —Ya sé las respuestas.

Asiente. —Pero no te lo pondrán fácil.

Siento que da un pequeño paso hacia mí.

—Pero el jurado oirá tu voz. No solo el rastro documental. No solo grabaciones, libros de contabilidad y datos. Te oirán a ti. Y quizá eso sea lo que les haga creer que no era solo humo. Que este hombre realmente hizo todo eso. Que pensó que podría seguir saliéndose con la suya.

El silencio nos oprime.

—Tengo miedo —digo, y no es vergonzoso como pensé que podría ser. No es debilidad. Es solo la verdad. Algo claro y nítido—. Tengo miedo de entrar en esa sala. De verlo. De ver su sonrisita de suficiencia, la de siempre. Tengo miedo de que me pregunten por las cosas que nunca quise recordar.

Ethan me tiende la mano. No la coge, solo la ofrece. Y cuando deslizo mis dedos entre los suyos, me sujeta como si fuera algo frágil pero en cuya fortaleza aún confía.

—No lo harás sola —dice.

Permanecemos así mucho tiempo. Solo respirando. El tipo de silencio que encierra una decisión.

—Pensé que ya no tendría miedo —digo en voz baja—. Pero quizá el miedo también forma parte de la supervivencia. Quizá significa que todavía tengo algo que perder.

No dice nada, solo me aprieta la mano una vez.

—Me estás pidiendo que lo reviva —digo—. Todo. El silencio. La culpa. La vergüenza que creí haber enterrado.

—No te lo estoy pidiendo —dice con delicadeza—. Te estoy ofreciendo la oportunidad de ayudar a ponerle fin.

Lo miro, con voz firme. —¿Qué pasa si testifico?

—¿Legalmente? —dice, con la mirada de nuevo fija en la verdad—. Significa que la acusación tiene una historia humana que corresponde con el rastro documental. Le da al jurado una cara que recordar. Le da peso a los documentos. Dice que esto no fue solo corrupción financiera. Fue personal. Fue selectivo. Fue violento, aunque no de la forma en que la mayoría de la gente lo reconoce.

Duda y luego añade: —Y demuestra que ya no le tienes miedo.

Se me corta la respiración. —Pero sí *tengo* miedo.

Me toca la mejilla, rozándome con el pulgar justo debajo del ojo. —Entonces ten miedo. Y hazlo de todos modos.

Las lágrimas brotan suavemente, sin dramatismo. Se deslizan por mis mejillas con un ritmo lento y uniforme, como la lluvia en una ventana. No sollozo. No tiemblo. Solo las siento caer, y las dejo. Porque esto también es duelo. Es el luto por el silencio, por la chica que era antes de dejar que Daniel tocara mi vida.

—Lo haré —susurro, y las palabras suenan extrañas y eléctricas en mi boca—. Testificaré.

Él exhala, un sonido a medio camino entre el alivio y el orgullo, y me atrae a sus brazos. No hay celebración en su forma de abrazarme. Ni un grito triunfal. Solo el latido silencioso y constante de su corazón

contra el mío, la promesa de algo que aún no ha sanado, pero que está sanando.

Y en esa quietud, sé que algo ha cambiado. No solo en el caso. No solo en la forma en que la ciudad recordará a Daniel Holt. Sino en mí.

No soy la mujer que dejó que él la definiera. No soy el silencio que dejó atrás. No soy la víctima que se quedó callada porque dolía menos que ser escuchada.

Soy Ivy Dawson, y estoy lista para hablar.

32

IVY

Han pasado treinta y ocho días desde que Daniel Holt fue arrestado.

En ese tiempo, el mundo se ha movido bajo mis pies de forma lenta y sísmica. Ahora la vida tiene un nuevo ritmo, un extraño equilibrio entre la recuperación y la expectación. Ethan y yo nos movemos por los días como dos personas que construyen algo con cuidado desde las cenizas, eligiéndonos de nuevo el uno al otro en los gestos más pequeños y silenciosos. Su mano en la parte baja de mi espalda cuando caminamos. El té que me trae sin que se lo pida. La forma en que se coloca detrás de mí, firme como una roca, mientras aprendo a respirar sin estremecerme.

Pero hoy, el ritmo se rompe, porque hoy subo al estrado.

El palacio de justicia se alza ante nosotros como una vieja fortaleza de piedra, orgulloso y cansado y cargado de fantasmas. Dentro, todo huele a mármol frío y a papel, como si el tiempo estuviera atrapado en las costuras de unas sillas demasiado rígidas y un aire demasiado seco. Mis tacones repiquetean contra el suelo pulido, cada paso un susurro de desafío. Visto de negro. Sencillo. Fuerte. Llevo el pelo recogido y las manos tranquilas, aunque el estómago me tiembla

bajo la suave curva del vestido. La bebé se mueve una vez, lenta y constante, como si lo supiera. Como si entendiera que hoy no es solo mi día. También es el suyo.

La sala está llena cuando entramos.

La gente se alinea en los bancos, se agolpa contra las paredes, susurra con las manos ahuecadas. Prensa. Activistas. Familias. Mujeres a las que no he visto en mi vida y que puede que no vuelva a ver, todas observando con una especie de avidez que hace que se me erice la piel. Pero no dejo que se note. Mantengo la barbilla alta. Ethan está a mi lado, su presencia es como la gravedad. Cassie está sentada una fila más atrás, con los dedos entrelazados con fuerza en su regazo y la mandíbula tensa como la piedra.

Y al otro lado de la sala, Daniel.

Lleva un traje gris, hecho a medida e impecable, como si pudiera ocultar la podredumbre que lleva dentro. Su pelo está demasiado bien peinado. Su sonrisa, cuando me ve, es todo dientes. Una actuación. Se sienta entre dos de los mejores abogados defensores del estado, su mesa repleta de blocs de notas y elegantes carpetas negras. Parece intocable. Pero ahora sé que no es así.

Entra la jueza, una mujer con el pelo plateado y una voz tajante. La sala se pone en pie y luego se sume en una quietud sobrecogedora. La fiscalía empieza. Declaraciones. Pruebas. Una cronología construida a partir de libros de contabilidad y vigilancia, de registros telefónicos y transferencias financieras, de testimonios prestados bajo juramento por mujeres cuyos nombres ahora llevo como secretos en mi pecho. Hay gráficos. Diagramas. Una presentación que parpadea como la luz del fuego en la pared del fondo.

Los abogados de Daniel contraatacan. Son buenos. Calculadores. Carismáticos. Lo presentan como un incomprendido, autoritario pero no cruel. Dicen que las mujeres están confundidas. Usan palabras como «inestable», «emocional», «arrepentida». Agitan las manos como magos, conjurando dudas de entre las sombras. Y, por un

momento, lo siento de nuevo: la punzada de la incredulidad, el miedo a que la verdad pudiera no ser suficiente.

Entonces el fiscal me llama por mi nombre.

Me levanto.

Todas las miradas se vuelven hacia mí. Todo el mundo contiene la respiración. Camino hacia el estrado, cada paso es mi propio ajuste de cuentas silencioso. El alguacil me toma juramento. Digo mi nombre, mi edad, mi profesión. Me pongo la mano en el vientre solo un segundo mientras me siento.

Empiezan las preguntas. Son claras y comedidas, perfectamente diseñadas para construir un puente.

—Señorita Dawson, ¿de qué conoce al acusado?

—Salimos juntos. Durante tres años, con altibajos.

—¿Puede describir la naturaleza de esa relación?

No se lo cuento todo de golpe. Dejo que se desarrolle como lo hizo para mí. Lentamente. Primero con el encanto.

—Era brillante. Carismático. El tipo de hombre que podía entrar en una habitación e irse con todas las miradas puestas en él. No fui la primera mujer en caer rendida a sus pies. Pero pensé que sería la última.

Algunos miembros del jurado se mueven. Veo a una mujer juntar las manos con más fuerza.

—Al principio, no era obvio. No levantaba la voz. No era el tipo de persona que tira platos. Simplemente se convirtió en el centro de todo: mi tiempo, mi atención, mis decisiones. Hizo que pareciera amor.

Miro a la mesa de la defensa y luego vuelvo a mirar al frente.

—No le gustaba que me pusiera ciertas cosas. Decía que distraían. Que atraían el tipo de atención equivocado. Me dijo que no hablara de mi trabajo con sus amigos porque me hacía parecer demasiado ambiciosa. Y cuando yo me resistía, se sumía en el silencio durante horas. A veces, días.

La jueza asiente, como si ya hubiera oído estas historias antes.

—La primera vez que me pegó, pensé que había sido un accidente.

Dejo que las palabras se asienten antes de continuar.

—Había estado bebiendo. Estaba enfadado porque contesté a un mensaje de un compañero de trabajo durante la cena. Me quitó el móvil de la mano de un manotazo. Y cuando intenté recogerlo, lo pateó al otro lado de la habitación y me empujó contra la pared de la cocina. No con la suficiente fuerza para dejarme un moratón, pero sí para que me quedara quieta.

Trago saliva. No porque tenga miedo, sino porque decirlo en voz alta es como exhalar algo que he contenido durante demasiado tiempo.

—Lloró esa noche. Se sentó en el suelo y me dijo que no sabía qué se había apoderado de él. Dijo que me quería. Que era la presión del trabajo. Que sentía que me estaba distanciando de él. Le creí. O quizá necesitaba creerle.

La fiscalía me deja hablar sin interrupción. La sala está inusualmente silenciosa. Incluso los que revolvían papeles han dejado de hacerlo.

—Pero la cosa no acabó ahí. La siguiente vez fue porque llegué tarde. Dijo que lo había avergonzado. Que le había hecho parecer un hombre que no podía controlar a su propia novia. No me pegó un puñetazo. Nunca fue tan obvio. Era una mano aferrándome el brazo, los dedos alrededor de mi mandíbula. Una sacudida lo bastante fuerte como para que me castañetearan los dientes. Siempre seguido de una disculpa suave y un regalo caro.

Mi voz es firme. No me apresuro. Les hago vivirlo conmigo.

—La verdad es que me quedé.

Es entonces cuando el abogado defensor se levanta, con una expresión ensayada en su rostro, todo amabilidad compasiva superpuesta con escepticismo.

—Señorita Dawson —dice, acercándose—, está usted claramente capacitada. Tenía una carrera, amigos, familia. Se expresa muy bien. Así que tengo que preguntar: ¿por qué no se fue?

Ahí está. La pregunta que todo el mundo quiere hacer. ¿Por qué no te fuiste?

Me inclino ligeramente hacia delante, apoyando las manos en la madera que tengo enfrente. Mi voz no se alza. Se vuelve más profunda; no en volumen, sino en otra cosa. Algo arraigado.

—Porque el maltrato no empieza con un moratón —digo—. Empieza con la idea de que tus sentimientos no importan. Que tus instintos están equivocados. Que la persona que te quiere es la única que te ve de verdad. Empieza con un aislamiento tan gradual que no te das cuenta de lo mucho que te has alejado de ti misma hasta que ya estás al otro lado.

Sostengo la mirada del jurado.

—Es despertarte y decirte a ti misma que solo fue una mala noche. Es poner excusas antes de que nadie pueda hacer la pregunta. Es sentir tanta vergüenza de que te hayan engañado que te convences a ti misma de que no lo han hecho. Que la que necesita que la arreglen eres tú.

Mi voz no se quiebra. No lo necesita.

—Te quedas porque crees que irte lo empeorará. Y tienes razón. Lo hace. Porque los hombres como él no te sueltan. Observan. Merodean. Te siguen a nuevas vidas y nuevas ciudades y dejan trozos de su rabia como esquirlas bajo tu piel.

Miro a Daniel entonces, solo por un segundo.

—No te quedas porque seas estúpida. Te quedas porque estás sobreviviendo.

La sala no se mueve. Incluso la jueza deja de escribir. Entonces empieza el contrainterrogatorio.

El abogado defensor se levanta y se ajusta la corbata mientras se acerca al borde del estrado del jurado. Al llegar, junta las manos con demasiada elegancia, como si la actuación importara más que la verdad.

—Señorita Dawson —empieza—, hoy ha pintado usted un cuadro muy vívido. Una relación marcada por el miedo, el control, la volatilidad emocional. Pero debo preguntar… —se vuelve hacia mí, con una expresión compasiva, como la que un cazador podría dedicar a su presa—. Si las cosas eran tan insoportables, ¿por qué no se fue?

La pregunta es un dolor sordo presionado sobre un viejo moratón. La sala se inclina hacia adelante, pero yo me quedo quieta.

Él levanta un hombro en un gesto que podría pasar por un encogimiento de hombros. —¿Tenía usted recursos? ¿Un trabajo? ¿Familia? ¿Amigos? No estaba encerrada en un sótano. No la grabaron mientras le daban una paliza. Ni siquiera estaba físicamente inmovilizada, ¿verdad?

Lo miro. Dejo que el silencio se alargue. Y entonces, hablo.

—Nunca necesitó cadenas —digo—. No cuando tenía sus disculpas.

Él enarca una ceja, a la espera.

Levanto la barbilla. —Rompía cosas cuando se enfadaba. Un jarrón. El marco de una puerta. Una vez, mi muñeca. Volvía minutos después con flores, las manos temblorosas y una mirada en sus ojos como si *él* fuera el que necesitaba consuelo. Lloraba. Decía que lo sentía. Decía que yo le hacía sentir cosas que no sabía cómo manejar.

El abogado mira al jurado y luego a mí. —Pero usted se quedó.

—Me quedé porque irme no me parecía que fuera libertad. Me parecía un fracaso. Como la prueba de que yo era realmente el problema. De que si hubiera sido más tranquila. Más callada. Menos dramática. Menos *yo*, quizá él no habría necesitado hacer lo que hizo.

Se acerca. —¿Así que está diciendo que la manipuló para que creyera que se lo merecía?

Niego con la cabeza. —No. No necesitó convencerme. Yo ya me lo creía.

Hace una pausa.

—Me decía a mí misma que si lo quería con la suficiente intensidad, si me anticipaba a todos sus estados de ánimo, podría arreglarlo. Eso es lo que hace la mentalidad de víctima. Te enseña a replegarte tanto sobre ti misma que olvidas cómo existir fuera de la sombra de otra persona.

Los miembros del jurado ya no parpadean. Ni uno solo.

Continúo. —Me pegó. Una vez. Dos veces. Luego paró durante meses. Y cada día que no volvía a hacerlo, se lo agradecía. Dejé que la ausencia de violencia me convenciera de que no era real. ¿Y cuando volvió? Me culpé a mí misma.

—Me decía que tenía suerte. Que nadie más me querría como él. Que yo era demasiado. Demasiado intensa. Demasiado emocional. Y cuando no me estaba haciendo daño, me hacía sentir que le debía algo. Que yo era la razón por la que él sufría.

Hago una pausa lo justo para respirar, pero no lo suficiente como para que me interrumpa.

—Así que no corrí a una comisaría. No grité en la calle. No guardé los moratones como prueba. Simplemente me hice más pequeña. Más silenciosa. Hasta que un día, me desperté y me di cuenta de

que no recordaba cómo sonaba mi voz cuando no la usaba para calmar una tormenta.

El abogado de la defensa no dice nada. Solo baja la mirada como si supiera que no queda nada por decir. Y entonces el fiscal se levanta. Camina con serena determinación hacia la mesa junto a la jueza y deposita una pequeña memoria USB. —Señoría, con su permiso, la fiscalía quisiera presentar nuevas pruebas de vídeo. Tienen marca de tiempo, ubicación verificada y fueron autenticadas por un experto independiente esta mañana.

Hay una pausa. Un ligero movimiento de cuerpos a mi alrededor. Más que ver, siento cómo la jueza mira por encima del borde de sus gafas.

La defensa se levanta de golpe. —No hemos visto esto…

—Tendrá tiempo para responder —le interrumpe la jueza, severa—. Por ahora, proceda.

El fiscal asiente levemente y se vuelve hacia la sala, dirigiéndose directamente al jurado mientras el técnico conecta la memoria al monitor.

No necesito mirar. Pero lo hago.

Un pasillo. Granulado, en blanco y negro. El ángulo de la cámara es amplio, desde arriba y ligeramente torcido. La marca de tiempo se ve claramente en la esquina. Mi antiguo edificio. El pasillo justo delante de mi puerta.

Entonces aparece Daniel, con uno de sus abrigos hechos a medida, el pelo demasiado perfecto, su expresión ilegible. Yo también estoy en el encuadre, medio girada, intentando abrir la puerta. Digo algo; mi cara está tensa por la frustración, todavía no por el miedo. Él da un paso adelante.

Lo veo incluso antes de que ocurra. La forma en que su mano me agarra el brazo. El tirón. La amenaza silenciosa. La proximidad. Mi

cuerpo entero retrocede e intento pasar a su lado. Me bloquea el paso.

Y entonces me da un puñetazo en el abdomen. Recuerdo el dolor.

En la grabación me doblo por la mitad. Una mano se aferra a mi estómago. La otra se apoya en la pared. Daniel no me ayuda. Se ajusta el abrigo, se alisa la corbata y sale del encuadre.

La grabación termina.

La sala está tan silenciosa que puedo oír el zumbido de las luces del techo. Alguien susurra algo demasiado bajo para entenderlo. Una mujer al otro lado del pasillo se tapa la boca. Siento la garganta en carne viva, pero no he dicho ni una palabra.

El fiscal vuelve lentamente al centro de la sala.

—Esa grabación se recuperó de una cámara de seguridad montada en el edificio de enfrente. El ángulo captaba una vista clara de la escalinata de entrada y el portal del edificio de la señorita Dawson. El administrador de la finca la archivó después de que un inquilino informara de un altercado esa noche. Nadie revisó la grabación hasta ahora.

Se vuelve para mirar al jurado. —Tres días después de que se grabara ese vídeo, la señorita Dawson fue tratada por un traumatismo abdominal y una hemorragia interna en el hospital Valleria General. No presentó cargos. No prestó declaración. Pero la cronología es clara. La documentación es real.

No puedo procesar nada de lo que ocurre después, pero sé que hay más palabras y, luego, Ethan se levanta mientras yo vuelvo a mi asiento, su mano rozando la mía.

El juicio continúa. Testimonios. Objeciones. Un contable forense guía al jurado a través de las cuentas. Una enfermera de los ensayos de Auralis describe documentos alterados. Mason testifica detrás de un cristal tintado, con voz firme, exponiendo las empresas fantasma y

los libros de contabilidad falsificados. Los nombres suben y bajan como lápidas.

Y aun así Daniel permanece sentado, impasible. Impasible hasta que la jueza pide los alegatos finales.

La defensa empieza primero. Son pulcros. Brillantes. Citan jurisprudencia y la duda razonable. Le recuerdan al jurado que la intención es difícil de demostrar, que la memoria es falible. Dicen que Daniel era simplemente un hombre enamorado, incomprendido, mal aconsejado. Hacen reír al jurado dos veces. Es aterrador lo convincentes que suenan.

Entonces se levanta la fiscal.

Y no sonríe.

Camina hasta el centro de la sala y mira a cada miembro del jurado por turnos.

—Hay dos tipos de silencio —dice—. El que protege y el que oculta. Daniel Holt ha pasado años perfeccionando el segundo. Usó el dinero, el poder y el miedo para silenciar cada voz que se atrevió a señalarlo. Hasta ahora. Hasta ella.

Me señala.

—La verdad tiene un precio. Pero hoy, es uno que él por fin va a pagar.

El jurado se retira. La sala se vacía hacia el vestíbulo. Espero en una pequeña antesala con Ethan y Cassie, con las manos cerradas alrededor de un vaso de agua que no bebo. Las horas pasan como tinta que gotea. Nadie habla. En realidad no.

Entonces se abre la puerta.

—Han vuelto.

La sala vuelve a estar abarrotada. La mano de Ethan está firme en la mía. Siento el latido de mi corazón contra mis costillas, constante,

fuerte y aterrorizado. El jurado entra en fila. La presidenta se levanta. La jueza pregunta.

—¿Han llegado a un veredicto?

—Sí, Señoría.

—¿Cómo declaran al acusado, Daniel Holt, del cargo de acoso criminal?

—Culpable.

—¿Del cargo de coacción con intención de intimidar a un testigo?

—Culpable.

—¿Del cargo de obstrucción a la justicia?

—Culpable.

Las palabras caen como piedras en agua quieta.

Daniel se levanta lentamente, con el cuerpo tenso. Su mandíbula tiene un tic. Cierra las manos en puños a los lados.

Y entonces, antes de que la jueza pueda volver a hablar, explota.

—¡Esto es una broma! ¿Me oyen? ¡Todos ustedes! Esto es una trampa. ¡Ella mintió! La dejaron mentir. ¡Todos ustedes la dejaron mentir!

Se vuelve hacia el jurado, luego hacia mí, con la voz cada vez más alta, escupiendo. —¿Crees que esto se ha acabado? ¿Crees que un veredicto me detiene? No tienes ni idea de quién soy.

Los agentes se mueven con rapidez. Él se zafa de ellos una vez, casi volcando la mesa. Los papeles se desparraman. Uno de los abogados se agacha.

—¡Quítenme las manos de encima! ¡Esto no es justicia, es venganza!

Hacen falta tres para reducirlo. Dos para arrastrarlo fuera de la sala mientras se debate y maldice, con la voz ronca de furia. El tercero recoge los papeles del suelo.

La jueza no se inmuta.

—Saquen al acusado. El tribunal se reunirá para dictar sentencia en cuarenta y ocho horas.

El mazo golpea.

Y así, sin más, se acaba.

La sala se vacía lentamente. Cassie me abraza con tanta fuerza que duele. Ethan no dice nada, solo me rodea los hombros con un brazo y me da un beso en la sien. Los periodistas gritan preguntas. Los flashes destellan. Pero yo camino a través de todo como si fuera intocable.

Afuera, el sol brilla.

Levanto la cara hacia él, el calor empapando mi piel, y cierro los ojos. Respiro.

Y por primera vez en años, siento que es mío de nuevo.

33

IVY

La mañana después del juicio amanece pálida y silenciosa, con esa clase de suavidad que parece prestada de otra vida. Sin titulares. Sin llamadas. Solo el murmullo de una ciudad que todavía no ha despertado y el leve crujido de las tablas del suelo mientras Ethan se mueve por el apartamento como si intentara no despertarme. Las sábanas están calientes y enredadas alrededor de mi cintura, y me quedo quieta, con los ojos entrecerrados, sin estar lista para soltar la sensación que florece en mi pecho. Seguridad. Eso es lo que es. Frágil y desconocida, pero real.

La luz del sol se derrama sobre el edredón en franjas doradas, reflejándose en el vaso de agua que dejó en mi mesita de noche y convirtiéndolo en algo que reluce. Me muevo bajo las sábanas, estiro los dedos y sonrío al oír el tintineo de los platos en la cocina. Está tarareando. No es una melodía completa, ni es fuerte, pero lo suficiente como para oírlo desde aquí. Ethan no tararea. No a menos que algo dentro de él esté relajado y a gusto, y eso me provoca un nudo en la garganta. Cierro los ojos de nuevo, no para dormir, sino para retener el momento antes de que cambie.

Cuando la puerta del dormitorio se abre despacio unos minutos después, ya no finjo. Me siento lentamente, apartándome el pelo de

la cara, y lo que veo me provoca un dolor dulce en el corazón. Ethan. Descalzo, con una camisa suavizada por el tiempo, las mangas remangadas en unos antebrazos que sostienen una bandeja con dos platos, dos tazas y los inconfundibles aromas a canela y mantequilla. Aún tiene el pelo mojado de la ducha. Una sombra de barba incipiente le cubre la mandíbula. Es la viva imagen del hogar.

—He traído ofrendas de paz —dice en voz baja, dejando la bandeja en la cama e inclinándose para besarme la frente—. Tostadas francesas. Con sirope extra. Y nada de preguntas hasta que hayas comido al menos dos bocados.

Levanto la vista hacia él, parpadeando, con el pecho ya a punto de estallar. —¿Has hecho tú esto?

Se encoge de hombros mientras se sienta a mi lado, equilibrando la bandeja entre los dos. —Era esto o un desfile para celebrar la victoria.

Cojo el tenedor con las dos manos y dejo que el primer bocado se derrita en mi lengua, mantecoso y tibio, endulzado con algo que no es solo sirope. Tarareo sin querer, y él se ríe por lo bajo.

—Dios, qué bueno está esto —digo, cogiendo una de las tazas. Es té de menta. Se ha acordado.

Comemos despacio, chocándonos las rodillas, su muslo rozando el mío mientras la ciudad despierta a nuestro alrededor con leves estallidos de tráfico y cantos de pájaros. Espera hasta que los platos están casi limpios antes de decir nada más, y cuando por fin lo hace, su tono es amable pero firme.

—No va a salir, Ivy.

Echo un vistazo, el vapor de mi taza ondeando entre nosotros. —¿Ya te lo han dicho?

Ethan asiente. —Elena me escribió anoche. Van a acusarlo de todo. El fraude, los incumplimientos del juicio, el acoso, la intimidación de

testigos. Todo. No va a conseguir ningún acuerdo.

Exhalo por la nariz, no con alivio, sino con el tipo de liberación que llega tras semanas de tensión contenida bajo la piel. —¿Y las otras mujeres?

—Ahora están protegidas. Una de ellas ha pedido verte, cuando estés lista.

Asiento lentamente, con un nudo en la garganta. —Me gustaría.

Nos quedamos sentados un rato más, dejando que la quietud se asiente sobre nosotros. No es silencio, exactamente. Es el zumbido de algo que apenas empieza a echar raíces, el tipo de calma que se siente merecida. Pienso en decírselo. Que lo quiero. Que no me voy a ir a ninguna parte. Que después de todo, él es a quien elijo. Lo pienso durante tanto tiempo que empieza a subirme por el pecho como una marea.

Pero antes de que pueda hablar, lo hace él.

—Hay algo más —dice, y así, sin más, el momento cambia. No me mira de inmediato; se limita a recoger los platos vacíos, los deja a un lado y se queda mirando la bandeja como si pudiera darle las palabras.

—¿Qué pasa? —pregunto, con voz ligera, intentando no imaginar lo peor.

Se pasa una mano por el pelo, apretando la mandíbula un segundo antes de responder. —Claire ha vuelto a Valleria.

Me quedo inmóvil.

—Y —continúa, ahora más bajo—, me escribió anoche. Dijo que le gustaría que quedáramos para tomar un café. Para ponernos al día.

El nombre de Claire cae como algo delicado pero afilado, una aguja de cristal en la piel. Es la ex de la que habló Cassie, la que le engañó antes de su boda. Es la que le causó sus problemas y yo fui y los

empeoré. Una rabia insidiosa se instala en mi pecho mientras me pregunto si todavía siente algo por ella, si quiere verla porque está… interesado en otro sentido.

—¿Y qué le has dicho? —pregunto, intentando mantener la voz firme, aunque un frío extraño empieza a florecer bajo mis costillas.

Ethan duda. —Que me lo pensaría.

Me giro ligeramente, escudriñando su rostro. —¿Quieres ir?

Sus dedos se flexionan en el borde de la bandeja. —No lo sé. Una parte de mí piensa que… quizá sería bueno. Para cerrar el ciclo. Nunca lo cerramos de verdad.

Suena como una palabra demasiado limpia para algo tan sucio.

—¿Y si ella quiere algo más que cerrar un ciclo? —pregunto.

Niega con la cabeza. —No se trata de eso. Solo quiero terminarlo como es debido. Para que no sea algo que todavía pese sobre mí.

Quiero decir que no. Quiero decirle que ella no merece ni un segundo más de su tiempo. Pero no puedo hacer eso. No sin convertirme en aquello de lo que tanto luché por escapar. No puedo atraparlo, ni siquiera con mi miedo. Ni siquiera con mi amor.

—Si crees que te ayudará, entonces ve —digo en voz baja, juntando las manos en mi regazo para ocultar el temblor.

Me observa durante un largo momento, como si intentara leer entre líneas. Como si supiera que esto duele y no supiera cómo evitarlo.

—Ivy…

—No —digo amablemente—. Está bien. Lo entiendo. Solo… ten cuidado con tu corazón. Ya te lo han roto una vez.

Su mirada se suaviza. Coge mi mano, la levanta hasta sus labios y deposita un beso en el dorso con una especie de reverencia que me hace un nudo en la garganta.

—No voy a volver atrás —dice—. Diga lo que diga ella, pase lo que pase, no voy a volver atrás.

Pero aun así va a quedar con ella para tomar un café. Y eso es suficiente para que algo se astille dentro de mí, aunque sonría, asienta y finja que estoy bien. Le doy un beso más antes de que se levante a fregar los platos. Escucho correr el agua en la cocina, el sonido de los platos al ser enjuagados y apilados.



ETHAN SE VA POCO después de las ocho. El sol de la mañana ni siquiera ha disipado por completo la niebla que persiste tras las ventanas, envolviendo la ciudad en una luz pálida y fantasmal. Lo observo desde el sofá, con la taza caliente entre las palmas de las manos, el vapor ascendiendo en finos y serpenteantes zarcillos. Se ajusta la corbata en el espejo, examinando su reflejo, y luego me mira.

—Volveré después de la reunión —dice—. No debería tardar más de una hora.

Asiento, forzando una sonrisa. —Vale. Conduce con cuidado.

Duda, como si quizá fuera a decir algo más. Pero en lugar de eso, simplemente cruza la habitación y me da un beso en la coronilla. Cierro los ojos mientras sus labios se demoran, intentando no inspirar demasiado profundo, no memorizar el calor de ese contacto. Luego se va, con el abrigo balanceándose, sus zapatos repiqueteando suavemente sobre las baldosas. La puerta se cierra tras él con un clic.

Me termino el té lentamente, luego enjuago la taza y me pongo algo informal. Un suéter suave, unos vaqueros que todavía me abrochan si no respiro muy hondo. Necesito aire. Necesito respuestas. Necesito a Drew.

Cuando llego a su apartamento, Blair me abre la puerta con su brillo habitual. Me recorre con la mirada y algo en su rostro se suaviza de inmediato. Da un paso atrás y me hace una seña para que entre.

—Drew está en el estudio —dice en voz baja—. Ven. Sentémonos fuera.

La sigo a través de la cocina inundada de sol y salimos a la terraza. El jardín está floreciendo con hierbas de principios de invierno y los últimos pétalos aferrados del otoño. El aire es fresco pero no cortante, y los cojines del banco están tibios por el sol de la mañana. Blair me entrega una manta y nos sentamos en silencio por un momento, la calma interrumpida solo por el piar ocasional de los pájaros o el susurro del viento contra la valla.

—¿Quieres contarme por qué tienes esa cara? —pregunta Blair finalmente, con un tono ligero pero amable.

Me río, o lo intento. Suena frágil. —¿Tanto se me nota?

—Tienes la misma cara que puse yo cuando descubrí que Drew tenía una tarjeta de crédito secreta para comprar suscripciones deportivas extra.

Niego con la cabeza, ajustándome la manta con más fuerza alrededor de la cintura. —La ex de Ethan ha vuelto a la ciudad.

Las cejas de Blair se alzan, pero no habla. Espera.

—Le ha pedido quedar para tomar un café —continúo—. Y él ha dicho que sí. Dice que podría ser bueno. Para cerrar el ciclo.

—Y te preocupa que no vaya solo para cerrar el ciclo.

—Me preocupa —digo, en voz baja—, que yo no sea suficiente. Que después de todo, se dé cuenta de que todavía quiere a otra persona. O peor, que siga roto en partes a las que no puedo llegar.

—No te crees eso.

—No sé lo que me creo.

La puerta trasera se abre entonces, y se oyen pasos en la tarima. Drew sale, frotándose la nuca con una mano, su mirada ya entornada.

—¿Quiere alguien decirme por qué acabo de oír a mi mujer consolar a mi hermana por culpa de mi mejor amigo?

Blair hace una mueca. Yo me quedo helada.

Drew se cruza de brazos, con los ojos fijos en mí. —¿Tú y Ethan? ¿Desde cuándo?

—No se suponía que pasara —digo rápidamente—. Simplemente… pasó.

Él levanta una ceja. —Has estado viviendo con él.

—Sí.

—¿Y no pensaste en decírmelo?

—No sabía cómo. Al principio no sabía qué era. Y luego pasó todo lo del juicio, y Daniel, y—

—Y ahora Ethan va a tomar un café con Claire —interviene Blair amablemente.

La expresión de Drew se endurece. —¿Claire? ¿En serio?

Junto las manos, con las palmas apretadas. —No he venido aquí para que me juzguen.

Drew suelta un suspiro y se sienta a mi lado. —¿Entonces para qué has venido?

Se me quiebra la voz. —Creo que puedo perder al único hombre que me ha visto de verdad. El único que me ha querido por completo. Y no soporto la idea de oír a una persona más decirme lo que he hecho mal este año. Ya lo sé. Cada paso en falso. Cada silencio. Cada verdad que tardé demasiado en decir. Los he cargado. Y todavía lo hago.

Blair se acerca y me aprieta la mano. Drew no dice nada durante un largo momento, luego se acerca más. Su mano encuentra mi nuca, cálida y firme, y me atrae hacia él en un abrazo.

—Si Ethan está contigo —dice en voz baja—, no va a tener ojos para nadie más. Lo sabes, ¿verdad?

—Creía que sí.

—Deberías seguir sabiéndolo.

Blair se inclina. —No estás sola en esto. Te cubrimos las espaldas. Siempre.

Drew se levanta y coge las llaves de la mesa de la terraza. —Vamos. Cruasanes con helado. Invito yo.

Levanto la vista para mirarlo. —Son las diez y media de la mañana.

—¿Y? —Sonríe—. Estamos celebrando el final del peor capítulo de tu vida. Y el comienzo de la parte buena.

Así que vamos. Blair va de copiloto, Drew conduce y yo me siento en el asiento de atrás viendo pasar la ciudad, dejando que su parloteo llene el aire. La pastelería es un pequeño local de ventanas doradas entre dos floristerías, y sirven sándwiches con azúcar glas y una selección de rellenos. Elijo vainilla y frambuesa. Blair se decanta por chocolate y avellana. Drew simplemente pide uno de cada.

Comemos en un banco fuera, y por primera vez en lo que parecen años, me río hasta que me duelen las costillas. Tengo mermelada en los dedos y azúcar glas en el suéter y todavía no se ha arreglado nada, no de verdad, pero siento que quizá ahora soy lo bastante fuerte para intentarlo.

Cuando llego a casa, el apartamento está en silencio. Mi abrigo se desliza de mis hombros y cae en el gancho. Mi bolso aterriza suavemente en la silla. Camino hacia el salón, me siento despacio y cojo el móvil.

Me quedo mirando el nombre de Ethan en mis contactos. Luego pulso «llamar».

Suena.

Un tono.

Dos.

Tres.

Buzón de voz.

Su voz, grabada y breve, llena mi oído. Y luego el pitido. —Hola. Soy yo. Solo… estaba pensando que quizá deberíamos hablar. No sobre nada malo. Solo… quizá sobre intentarlo. Intentarlo de verdad. Tú y yo.

34

ETHAN

Termino de trabajar y me dirijo a *The Brass Finch*, la cafetería donde he quedado con mi ex. Es elegante y atemporal, con un encantador aire del Viejo Mundo. La luz entra a raudales por los altos ventanales, refulgiendo en los apliques de latón pulido y reflejándose en el vapor que se eleva de las tazas alineadas a lo largo de la barra. El olor a café, intenso y con cuerpo, flota en el aire, mezclado con toques de canela y algo más dulce que no logro identificar. Fuera, la ciudad bulle de vida, con gente que pasa aprisa con abrigos gruesos y bufandas; el leve arrastrar de pies se mezcla con el suave tintineo de los cubiertos contra la porcelana.

Cuando llego, Claire ya está sentada. Se levanta al verme, con los brazos abiertos en un gesto que ahora resulta tan familiar como extraño, y su sonrisa es radiante y natural. Tiene el abrigo colgado en el respaldo de la silla, su postura es relajada, serena, de una forma que antes me parecía magnética pero que ahora se siente ensayada. Está casi exactamente igual. El pelo en ondas suaves sobre un hombro. La mirada rápida, evaluadora. Su pintalabios, de un tono demasiado atrevido para la luz de la mañana, del tipo que solía usar cuando quería dejar clara su postura sin decir una palabra.

—Ethan —dice, como si el sonido de mi nombre aún encajara en su boca.

Asiento levemente con la cabeza y me siento. El cuero cruje bajo mi peso y la esquina de la mesa me roza la rodilla. Le hace un gesto al camarero, pide un capuchino con leche de avena y un cruasán como si lo hiciera todos los días desde hace años, y luego vuelve a centrar su atención en mí, con los ojos brillantes.

—Tiene buen aspecto —dice, ladeando ligeramente la cabeza—. Ocupado, pero bueno. El hospital todavía no ha acabado con usted del todo.

Esbozo una pequeña sonrisa, de esas que no llegan a los ojos.

—Sigo en pie.

Su risa es suave. Delicada.

—Vi su nombre en ese reportaje sobre el hospital hace unos meses. Jefe de la unidad de traumatología. Es impresionante. Siempre le gustó el caos.

Vuelvo a asentir y la dejo hablar. Me cuenta cosas de Italia. De los meses que pasó en Florencia trabajando con una galería de arte que organizaba exposiciones para viejas fortunas y nuevo arte. Habla de la comida, del aire, de cómo todo allí parecía más vibrante. Luego, de su decisión de volver, de regresar a algo familiar.

Su voz es suave, pulcra. No hay amargura en ella, ni aspereza. Solo esa gracia informal que siempre esgrimía cuando quería dirigir una conversación. Bebe un sorbo delicado de su bebida, con los ojos fijos en mí por encima del borde, esperando a que haga la pregunta que ambos sabemos que flota entre nosotros.

Así que la hago:

—¿Por qué quería quedar?

La sonrisa de Claire flaquea. No mucho, solo un ligero cambio en la comisura de sus labios. Pero lo veo. La observo exhalar; sus dedos recorren el borde de su taza antes de que finalmente responda:

—Porque quería decirle que lo siento.

La miro más de cerca ahora. Hay algo detrás de esa fachada pulcra. Un atisbo de cansancio que no estaba ahí antes. Una sombra en la base de su garganta, donde descansa su collar, como si hubiera llevado esa palabra consigo demasiado tiempo sin dejarla salir nunca.

—¿Por qué? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Por la forma en que lo dejé. Por cómo lo gestioné. Por cómo le hice daño. —Se inclina ligeramente hacia delante, con los codos sobre la mesa, su expresión abierta de una manera en la que nunca aprendí a confiar del todo—. Estaba asustada. Y fui una egoísta. Y me convencí de que si simplemente me marchaba sin dar explicaciones, sería más fácil para los dos. Pero no era verdad. Y sé que dejé un desastre a mi paso.

El aire que nos rodea se aquieta por un momento. Sus palabras resuenan, no en sonido, sino en recuerdo. Recuerdo la noche que se fue. Los mensajes sin leer. El anillo en mi cajón. El vacío en mi pecho que nada llenó durante meses.

—Me engañó —digo en voz baja.

Se estremece. No es dramático, pero es sincero.

—Lo hice. —Su voz es más baja ahora—. Y me odié por ello. Pero en lugar de afrontarlo, desaparecí. Era más fácil fingir que no era la mala de la película si nunca se lo oía decir a usted.

Debería sentir algo. Rabia. Cierre. Vindicta. Pero no. Simplemente me quedo ahí sentado, dejando que su disculpa flote en el espacio que nos separa como el humo, algo sin forma ni destino.

Me observa con atención, quizá esperando que le ofrezca mi perdón o le pregunte por qué. Pero la pregunta ya no me interesa. No cuando mi mente está en otro lugar por completo.

No cuando estoy pensando en Ivy.

No cuando la veo acurrucada en el sofá con mi sudadera, con el pelo recogido sobre la cabeza, riéndose mientras come una cucharada de helado porque compré por error el sabor de jengibre picante en lugar del de vainilla. No cuando recuerdo la forma en que sus ojos se llenaron de asombro ese día en mi despacho, su mano guiando la mía hacia su vientre, dejándome sentir el aleteo de nuestro bebé, la prueba suave e innegable de una vida que solo existe porque dos personas rotas se encontraron entre las ruinas.

No cuando su voz, no la de Claire, es la que sigo oyendo en el fondo de mi mente. Susurrando mi nombre como si fuera lo único que la mantiene entera.

Claire sigue hablando, algo sobre que pensaba en mí a menudo, que solía imaginarse encontrándose conmigo en el mercado o en algún museo, ambos más mayores, más sabios. Que quizá, solo quizá, las cosas podrían haber sido diferentes si el momento hubiera sido más oportuno. Pero no oigo el resto.

Porque en algún momento entre el principio de este café y ahora, caigo en la cuenta.

Ella es un recuerdo. Ivy es mi futuro.

Y nunca ha sido nadie más que ella.

Me enderezo. Mi café ya está frío, intacto. Claire se da cuenta del cambio en mi expresión, se detiene a mitad de la frase.

—Ha conocido a alguien —dice, y no es una pregunta.

—Sí.

Asiente lentamente, juntando los labios.

—Y es serio.

—Lo es.

Por un momento, no hay nada más que el sonido de las conversaciones de otras personas que se alzan a nuestro alrededor. Claire inspira, no enfadada, no molesta, solo un poco más callada que antes.

—Qué suerte tiene —dice—. Y sea quien sea, espero que sepa lo que tiene.

Me levanto y cojo el abrigo.

—Lo sabe. Y yo también sé lo que tengo.

Claire también se pone de pie y rodea la mesa. Me ofrece la mano y se la estrecho sin dudar. Su agarre es suave, su sonrisa, tenue. Sin lágrimas. Sin escenas. Solo este tranquilo y último momento entre personas que una vez lo intentaron y fracasaron.

—Cuídese, Ethan.

—Usted también, Claire.

El viento empuja mi abrigo cuando llego al coche y lo abro con unas manos que no dejan de temblar. La llave se me escapa una vez antes de que por fin la deslice en el contacto, y el motor ruge cobrando vida bajo mi cuerpo como si compartiera mi desesperación. Agarro el volante, me recuesto en el asiento y respiro hondo una sola vez con la intención de calmarme. No funciona. Todo mi cuerpo está vivo con una energía inquieta que no puedo contener, una tormenta de pensamientos y recuerdos que giran en torno a un solo nombre.

Su voz es el único sonido en mi cabeza ahora. No la risa de Claire, no su disculpa, no el suave raspar de su cuchara contra una taza de porcelana mientras me hablaba de Madrid, de la villa en la que se ha estado alojando, de cómo se ha «encontrado a sí misma» de nuevo. La escuché. Sonreí. Fui educado. Pero no estaba allí.

Porque en cada segundo, con cada palabra, con cada movimiento de sus dedos sobre la mesa, veía a Ivy. Vi sus ojos cuando ve películas antiguas y susurra los diálogos como si se los hubiera aprendido de memoria. Vi la curva de su mano sobre la redondez de su vientre, su pulgar rozando el lugar donde nuestra hija se dio a conocer por primera vez, porque en el fondo, sé que el bebé es una niña, una niña a la que amaré, apreciaré y criaré para que sea una luchadora junto a la mujer que amo. Vi su boca torcerse con esa sonrisilla que solo pone cuando finge no estar nerviosa, y vi el miedo en sus ojos la noche en que por fin me dijo la verdad.

Una vez quise a Claire. Es una verdad que puedo admitir sin amargura. Pero lo nuestro se construyó sobre la idea de un futuro que nunca llegó a materializarse. Ivy no es una idea. Es todo lo real. Es calidez y caos y fuerza y amor en su forma más pura y extraordinaria.

El semáforo se pone en verde y giro a la izquierda; los neumáticos se aferran a la carretera como si entendieran que no hay tiempo que perder. Aún no sé qué voy a decir, pero sé que no puedo esperar ni un día más para decirlo. El miedo a perderla ha vivido en mi pecho durante demasiado tiempo, enterrado bajo el orgullo y la rabia y el dolor de demasiadas cosas no dichas. No quiero seguir enfadado. No quiero fingir que puedo vivir sin ella. Quiero volver a casa y oír su voz, su risa, sentir el peso tranquilo de su cuerpo en mis brazos cuando el mundo se desvanece.

Pero primero, tengo que hacer una parada.

35

IVY

Me digo a mí misma que no estoy sentada en el sofá con las manos aferradas a una taza de té frío, mirando la puerta como si fuera a abrirse en cualquier momento. Me digo que solo estoy cansada. Que el cuerpo me pesa por el embarazo, que mis ojos se mueven con lentitud por haber dormido poco, que mi mente está desgastada por demasiados pensamientos y muy pocas respuestas.

Pero la verdad es más sencilla. Lo estoy esperando.

El sonido de su llave en la cerradura, el ritmo familiar de sus pasos en el pasillo, la forma en que llena una habitación sin proponérselo, solo con existir en ella. Intento fingir que no es así, que he encontrado algo interesante en el programa que parpadea en la televisión, que estoy perfectamente a gusto acurrucada en este sofá con mi manta y mi manzana a medio comer. Pero, cada pocos segundos, miro el reloj, y cada vez que lo hago el corazón se me acelera un poco más. Me digo que tiene todo el derecho a llegar tarde. Que la reunión con Claire probablemente no ha sido nada. Que confío en él.

Pero la confianza, he aprendido, es algo extraño. No siempre vive en el pecho, donde debería. A veces, se te instala en el estómago y se retuerce ahí como un nudo que no puedes deshacer.

Una ráfaga de viento sacude las ventanas, haciendo que el cristal tiemble levemente. Fuera, la ciudad brilla en colores fracturados, las luces de los coches se reflejan en las calles mojadas, proyectando largas y ondulantes sombras por el suelo. Me aprieto la manta sobre los hombros y apoyo la mejilla en el cojín. Mi cuerpo está caliente, pero tengo la piel fría, como si una parte de mí ya supiera la respuesta a la pregunta que he tenido demasiado miedo de hacer.

¿Va a volver?

El pensamiento resuena, y me aprieto los dedos con fuerza contra la sien, como si pudiera ahuyentarlo. Pienso en sus manos. En cómo me sujetaron cuando yo temblaba. En cómo me ahuecó la cara cuando el mundo se desmoronaba. Pienso en cómo me besó después del juicio. Como si yo fuera lo único que lo mantenía atado a la tierra. Y me pregunto si me lo imaginé. Si me lo imaginé todo.

Entonces lo oigo.

El sonido de unas llaves. El tintineo suave y metálico seguido del conocido clic. La puerta se abre con un crujido y una ráfaga de viento entra y se arremolina en mis tobillos como un susurro.

Se me sube el corazón a la garganta.

Me incorporo, la manta se me cae de los hombros, olvidada. No respiro. No me muevo. Solo observo cómo la puerta se abre del todo y Ethan entra.

Su pecho sube y baja como si hubiera corrido las últimas manzanas, el pelo ligeramente húmedo, las mejillas sonrojadas por el frío y el esfuerzo. Está despeinado por el viento, sin aliento y es absolutamente precioso. Tiene nieve pegada en los hombros, que se derrite en hilillos por el cuello de su abrigo. Me mira como si fuera el sol abriéndose paso entre las nubes de tormenta, como si no

hubiera visto la luz en días y hubiera olvidado cómo apartar la vista. Sus ojos están muy abiertos y encuentran los míos al instante, como si me hubiera estado buscando todo el tiempo.

Y entonces se mueve.

No me da tiempo a hablar, a levantarme, a hacer nada antes de que esté frente a mí, cayendo de rodillas. Ocurre tan deprisa que casi no lo proceso. En un momento está junto a la puerta y, al siguiente, está arrodillado frente a mí, con el abrigo todavía puesto, el pelo aún mojado y los ojos más brillantes que nunca.

Se me corta la respiración.

Mete la mano en el bolsillo del abrigo y saca algo. Una pequeña caja de terciopelo. La abre y dentro hay un anillo tan sencillo e impresionante que se me hace un nudo en la garganta. Una banda delgada. Una sola piedra. Atemporal.

—Te quiero —dice.

Las palabras aterrizan en mi pecho como un latido.

Su voz es grave pero segura. No hay vacilación en ella, solo verdad. —Creo que siempre te he querido —dice—. Desde el momento en que irrumpiste en el hospital con ese fuego en los ojos y te negaste a dejar que apartara la mirada.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Él continúa, con la voz quebrada pero firme. —Se acabó lo de luchar contra esto. No quiero pasar ni un segundo más fingiendo que puedo vivir sin ti. Porque no puedo. Y no quiero. No me importa por lo que hemos pasado. No me importa que nos hayamos roto por sitios que creíamos que no podían sanar. Me importa que hemos encontrado el camino de vuelta.

Me tapo la boca con una mano, y me aprieto la otra contra el centro del pecho, donde algo suave y trémulo empieza a desplegarse.

—Sé que he cometido errores —dice—. Y sé que tienes miedo. Pero si me dejas, pasaré el resto de mi vida demostrándote que no voy a ir a ninguna parte. Que tú y nuestro bebé sois mi familia ahora.

Levanta la caja.

El anillo brilla en la penumbra. Puro y delicado. Una promesa hecha visible.

—Cásate conmigo, Ivy.

La habitación da vueltas.

Parpadeo y me doy cuenta de que estoy llorando. Las lágrimas corren sin previo aviso, calientes y abundantes, pero no pesadas. No son lágrimas de desamor o de confusión. Son otra cosa. Algo parecido a la alegría. Algo parecido a un hogar.

No necesito pensar.

No necesito repasar cada error que cometimos ni cada cicatriz que nos ganamos. No necesito sopesar el pasado con el futuro. Porque todo lo que necesito está arrodillado frente a mí, ofreciéndome un anillo con manos temblorosas y ojos llenos de amor.

—Sí —susurro.

Luego más alto, más fuerte. —Sí.

Ethan exhala con fuerza, sus hombros se hunden con alivio, y entonces se acerca a mí, levantándose y atrayéndome a sus brazos antes de que pueda volver a parpadear. Me alzo hacia él sin dudar, mis brazos se envuelven en su cuello, la caja cae olvidada en el sofá. Su boca encuentra la mía, y el beso es profundo y lleno de todo lo que nunca hemos dicho bien, de todo lo que siempre hemos querido decir. Sus manos se deslizan en mi pelo, su aliento cálido en mi mejilla, y me hundo en la seguridad de todo. En su verdad.

Me besa como si estuviera sellando una promesa. Y quizá lo esté haciendo.

Porque esto no es un principio. En realidad no.

Esto es un regreso.

Cuando nos separamos, su frente se apoya en la mía, y siento su aliento abanicando mi piel.

—Iba a esperar —murmura con la voz ronca—. Hacerlo especial. Incluso he parado a comprar flores. Pero no podía. Necesitaba verte.

Me aparto lo justo para mirarlo, para mirarlo de verdad.

—No necesitabas flores —susurro.

Le brillan los ojos. —Has dicho que sí.

—Lo decía en serio.

Se ríe, casi sin aliento por el alivio. —Bien. Porque no pensaba irme hasta que lo hicieras.

Sonrío entre lágrimas y presiono mi mano contra su pecho, justo sobre su corazón. Late bajo mis dedos, salvaje, real y fuerte.

El anillo sigue en la caja. Lo cojo con manos temblorosas, y él lo toma con delicadeza, deslizándolo en mi dedo como si siempre hubiera estado destinado a hacerlo.

Encaja a la perfección.

—Quiero que sepas una cosa —dice en voz baja, con un tono un poco más suave ahora—. Claire no importaba. La he visto. Hemos hablado. Pero todo el tiempo, solo esperaba volver aquí. Volver contigo.

Cierro los ojos. —Lo sé.

Se lleva mi mano a los labios y me besa el interior de la muñeca. —No hay nadie más. Nunca la hubo.

Estamos de pie en medio del salón, abrazados, con el aroma de la nieve derretida y las velas de eucalipto flotando entre nosotros. No

recuerdo cuándo se apagó la televisión. No recuerdo haber dejado la taza. Solo sé esto. Él. Yo. El anillo en mi dedo. El latido de nuestros corazones.

Inclino la cara hacia él. —Te quiero —digo—. Te quiero tanto, Ethan.

Sus ojos se oscurecen de emoción. —Ven aquí.

Y entonces sus labios vuelven a encontrar los míos, sus manos se curvan alrededor de mis caderas, su boca traza el borde de mi mandíbula. Me derrito en él, cada parte de mí responde como si hubiera estado esperando esto, como si mi cuerpo supiera que volvería a casa.

Me levanta con cuidado, sus manos acunando mis muslos mientras yo me envuelvo a su alrededor, su respiración se entrecorta mientras me lleva hacia el dormitorio, su boca sin abandonar nunca la mía. Empuja la puerta con el hombro y un gemido se escapa de mi boca cuando me sienta en el borde de un tocador.

Me arranca las bragas de un tirón brutal, el sonido rasgando el aire como una promesa. Su agarre es áspero, casi castigador, mientras me abre de piernas en el borde de la mesa, separándome las rodillas sin preguntar, sin dudar, como si fuera dueño de cada centímetro de mi cuerpo... y yo le dejo. Quiero que lo haga.

Luego está dentro de mí.

Sin previo aviso. Sin paciencia. Solo la gruesa y brutal extensión de él llenándome con una embestida dura que me hace gritar, fuerte y entrecortadamente.

—Eso es —gruñe contra mi oído, con la polla enterrada hasta el fondo, restregándose contra un punto que me nubla la vista—. Cógela. Así. Jodidamente perfecta.

No puedo respirar. No puedo pensar. Ya estoy temblando, mis manos arañan el borde de la mesa en busca de algo sólido, algo real, pero él no para.

Me folla como una fiera, con las caderas golpeando con fuerza, cada embestida tan profunda que me arranca el sonido de los pulmones.

—Por favor —sollozo, la palabra una sucia y pequeña plegaria—. Por favor, no pares, por favor… Lo necesito, te necesito a ti…—

—Cogerás lo que te doy —gruñe, una mano se enrosca en mi pelo, la otra me agarra la cadera con tanta fuerza que sé que dejará un moratón—. Mi niña buena se va a correr en mi polla así. Arruinada para cualquier otro.

—Sí —digo ahogada, descarada y sin aliento—. Soy tuya… lo quiero, lo quiero todo…—

Él se ríe, bajo y oscuro, luego se retira lo suficiente como para hacerme gemir antes de volver a clavarse dentro, tan profundo que mis ojos se ponen en blanco.

—Cosita sucia —masculla, levantándome de la mesa, haciéndome girar hacia el espejo—. Mírate. Mira lo borracha de polla que estás.

Apenas me reconozco: los labios hinchados, el pelo enredado, los ojos desbocados por la necesidad. Me inclina, con una mano entre mis omóplatos para mantenerme en mi sitio mientras vuelve a entrar en mí por detrás, ahora más fuerte, implacable.

Me está reclamando, grabando su nombre en cada parte de mí, y no puedo detener los sonidos que salen de mi boca: gemidos, gimoteos, pequeñas súplicas desesperadas que solo lo vuelven más brusco.

—Estabas hecha para esto —gime, observándome en el espejo, con el sudor perlado en su piel mientras sus embestidas se vuelven más salvajes—. Hecha para mí. Dilo.

—Lo estaba —jadeo, apenas capaz de hablar, pero necesitando darle lo que quiere—. Soy tuya… tuya, solo tuya.

Me embiste por detrás, la polla hundiéndose con fuerza mientras mis manos se apoyan en el espejo, la mejilla presionada contra el cristal

frío. Mi aliento empaña la superficie, entrecortado y desesperado, mis gemidos rebotan hacia mí mientras me golpea sin piedad.

Entonces sus dedos se deslizan entre mis muslos.

Grito —agudo, roto— cuando dos dedos gruesos encuentran mi húmedo calor, hundiéndose junto a su polla, estirándome más, llenándome más de lo que creía posible. El chapoteo de la fricción húmeda llena el espacio entre cada embestida brutal, obsceno y perfecto.

—Joder —gruñe, viendo cómo me deshago, con los ojos clavados en los míos en el espejo—. ¿Oyes eso? Es tu coño pidiéndolo a gritos.

No puedo articular palabra. Se me escapa la lengua mientras mis rodillas empiezan a doblarse, el cuerpo sacudiéndose con cada embestida, con cada giro de sus dedos que acarician, presionan y retuercen en un ritmo perfecto.

Me corro con un grito —violento, incontrolable—, mi cuerpo se agarrota mientras él embiste con más fuerza, sus dedos follándome a través del orgasmo, extrayendo cada pulso de placer hasta que me desplomo contra el espejo, apenas en pie, un amasijo de sudor, ruido y miembros temblorosos.

Pero no ha terminado.

Se retira, me agarra las caderas para hacerme girar y, al segundo siguiente, estoy en sus brazos, llevada a la cama y arrojada como si no pudiera soportar más la distancia. Se sube sobre mí, sus rodillas enmarcan mis caderas, y me sujeta las muñecas por encima de la cabeza con una mano mientras la otra guía su polla de nuevo a mi interior.

Se hunde lentamente y el estiramiento me deja sin aliento.

—Mía —gruñe, presionando más profundo, restregándose contra mí hasta que jadeo—. Toda jodidamente mía.

Se inclina, su boca captura un pecho, sus dientes se arrastran por mi pezón antes de morder, no con suavidad, no con dulzura, solo lo suficiente para hacerme arquear y gritar bajo él.

Jadeo, me retuerzo, completamente abierta a él, y él es implacable. Cada embestida me reclama, cada centímetro de piel presionado contra la mía me sumerge más.

Mi cuerpo se arquea contra él, esforzándose bajo el peso de su agarre, cada terminación nerviosa encendida. Jadeo, gimiendo contra su boca mientras él se traga cada sonido que hago, besándome como si estuviera furioso por lo mucho que me necesita. Su lengua se enreda con la mía, feroz y profunda, y cuando se retira, estoy mareada por la falta de aire.

Su boca se mueve, reclamando el otro pecho. Chupa con fuerza, luego hace rodar mi pezón entre sus dientes hasta que mi espalda se arquea y grito, descarada y ronca. Mis piernas se aferran a sus caderas, tratando de mantenerlo enterrado dentro de mí, pero él está demasiado perdido para reducir la velocidad.

Me está follando como si quisiera remodelar cada parte de mí para que encaje a su alrededor. Sus caderas se mueven con fuerza y profundidad. Cada embestida golpea donde ya estoy palpitando, su cuerpo se estrella contra el mío con esa clase de propósito salvaje y sucio que me deja arañando las sábanas, jadeando su nombre una y otra vez.

—Ethan —suplico, con la respiración entrecortada, los dedos enredados en las sábanas por encima de mi cabeza—. No puedo… No puedo soportarlo…—

—Sí que puedes —gruñe, bajo y salvaje, restregándose contra mí hasta que grito—. Vas a aceptarlo, nena. Cada centímetro. Cada vez.

Su mano se desliza entre nosotros, sus dedos se meten donde estamos unidos, frotando en círculos apretados y rápidos que me nublan la vista. Me arqueo bajo él, con las caderas rodando sin

poder evitarlo mientras el placer se acumula de nuevo, arremolinándose caliente y duro a través de mí, demasiado y no suficiente a la vez.

—Por favor. —Ya no estoy segura de lo que pido. El alivio. La ruina. Todo.

Pero él lo sabe.

—Buena chica —jadea, su ritmo ahora es un castigo, el sudor resbalando por nuestros cuerpos mientras el sonido de la piel contra la piel llena la habitación—. Córrete para mí. Déjame sentirte.

Me hago añicos.

Me atraviesa como una tormenta, salvaje y crudo, mi cuerpo se cierra a su alrededor mientras el clímax se apodera de mí. Sollozo su nombre, mis piernas tiemblan, los músculos se contraen mientras pulso a su alrededor, arrastrada por la intensidad. Él no se detiene. Atraviesa el orgasmo, haciéndome sentir cada embestida, cada caricia, mientras el placer llega a su punto álgido de nuevo, agudo e implacable.

Y entonces se retira de golpe, dejándome vacía y dolorida.

Gimoteo, aturdida y destrozada, antes de que vuelva a embestir en mi interior, más fuerte que antes. Grito, sobreestimulada y abierta de par en par, mi cuerpo sacudiéndose bajo el impacto. Su agarre se aprieta en mis muñecas, manteniéndome quieta mientras se estrella contra mí de nuevo, su ritmo caótico, desesperado, roto por su propio orgasmo que se acumula rápidamente.

—Joder, Ivy… —Su voz es áspera, tensa, perdida.

Lo siento. La forma en que se engrosa dentro de mí. La forma en que se le corta la respiración. La forma en que sus caderas se disparan una, dos veces, luego se hunden profundamente y se quedan ahí mientras gime entre dientes apretados, vaciándose dentro de mí con una última estocada.

El calor me inunda.

Exhala, desplomándose sobre mí con una mano apoyada junto a mi cabeza, su pecho agitándose contra el mío. Siento los latidos de su corazón. Siento el pulso de él todavía dentro de mí, crispándose con réplicas.

Solo se oyen nuestras respiraciones y el latido salvaje de lo que acabamos de hacer resonando en mi cuerpo como un segundo latido. Parpadeo hacia él, aturdida, destrozada, completamente deshecha.

Me suelta las muñecas y en su lugar entrelaza sus dedos con los míos, presionando nuestras manos contra la almohada mientras sus labios rozan mi mejilla, mi mandíbula, la comisura de mi boca.

Cuando finalmente vuelve a besarme, es lento, profundo y posesivo. Porque soy suya, cada centímetro destrozado, tembloroso y arruinado.

36

EPÍLOGO

IVY

Un año después

La brisa trae consigo el dulzor más sutil de las hortensias que florecen a lo largo del murete de piedra, con sus pétalos pálidos como el rubor de unas mejillas, algunos con toques de lavanda. Oigo el leve romper de las olas bajo los acantilados, el océano extendiéndose más allá del arco de glicinas donde nos daremos el «sí, quiero» en menos de una hora.

Estoy descalza sobre la hierba, sujetándome el vestido mientras Sophie camina hacia mí con pasitos torpes, con uno de sus zapatos en la mano y el otro a medio poner. Sus rizos ya están alborotados, sus mejillas sonrosadas por la emoción, su vestidito blanco manchado de algo que podría ser glaseado o polen. Es exactamente como la soñé. Perfecta.

Ella es la razón por la que esperamos un año. Ethan y yo podríamos habernos casado hace meses, pero sabíamos que este día tenía que incluirla, no solo en un carrito o con una corona de pétalos, sino caminando, sonriendo, radiante con toda la alegría que ha traído a nuestras vidas. La niña de las flores de nuestros corazones. La

promesa de lo que construimos cuando todo lo demás se desmoronaba.

Me arrodillo y me río en voz baja mientras la limpio, volviendo a ponerle el zapato mientras balbucea sobre los patos que vio antes en el estanque cerca de la casa. Le doy un beso en la frente, le aparto un rizo de los ojos, y levanto la vista al oír un carraspeo detrás de mí.

Drew está ahí de pie, con su traje, con un aire demasiado satisfecho para alguien que juró que hoy no iba a llorar. Blair está a su lado; le ha enganchado la mano en el brazo y su vientre empieza a redondearse bajo la suave seda de su vestido. Está radiante. Los dos lo están.

—Ha acaparado todas las miradas —dice Drew, señalando a Sophie con la cabeza—. Ahora nadie se va a fijar en la novia.

Pongo los ojos en blanco y cojo a Sophie en brazos, levantándome despacio. —Se le permite. Ella es la razón por la que hay una novia.

Blair da un paso adelante y me ahueca la cara con delicadeza. —Estás preciosa. Absolutamente radiante.

—No eres objetiva —digo, pero ya se me está haciendo un nudo en la garganta.

Blair niega con la cabeza. —No. Nunca te había visto tan feliz.

Y es verdad. Sé que lo es. No solo felicidad, sino paz. Una certeza tranquila de que esto —este jardín, este vestido, esta niña en mis brazos y el hombre que me espera al borde del acantilado— es todo lo que siempre quise, pero que nunca creí merecer.

Cassie aparece a continuación, casi tropezando con la hierba con sus tacones mientras agita un par de copas de champán por encima de su cabeza. —No estoy llorando, eres tú la que llora —dice antes siquiera de llegar a nuestra altura—. Además, que alguien le diga a Ethan que deje de pasearse o va a hacer un surco en el sendero.

Me río entre las lágrimas que ahora sí que estoy derramando.

Mason es el último en llegar, sosteniendo las alianzas en una cajita de madera, con una leve sonrisa asomándole a los labios mientras contempla la estampa que formamos todos juntos.

—Está todo listo —dice, y luego mira a Sophie, que se retuerce para que la baje de nuevo—. ¿Y la niña de las flores?

—Tiene sus propias ideas sobre los tiempos —digo, dejándola de nuevo en el suelo—. Pero la seguiremos a ella.

La música empieza a sonar débilmente ladera abajo: unas suaves cuerdas que llegan desde el cuarteto instalado bajo los robles. La gente se está reuniendo en filas, guardando silencio mientras se giran hacia el pasillo bordeado de pétalos de rosa y farolillos de tela.

Sophie avanza primero con sus pasitos torpes, su cesta balanceándose salvajemente mientras lanza pétalos en todas direcciones, riéndose al ver cómo se dispersan con el viento. Cassie la sigue como si fuera su sombra, guiándola con delicadeza, susurrándole palabras de ánimo. Drew me acompaña hasta la mitad del camino, dándome un beso en la sien antes de retroceder con los ojos húmedos y la promesa tácita de que siempre estará cerca.

Y entonces veo a Ethan.

Está esperando bajo el arco, con la glicina enredada sobre él como una corona. Sus ojos se encuentran con los míos y el resto del mundo desaparece. Me mira como si todavía estuviera asombrado, como si yo fuera algo sagrado, algo único. Lo siento en lo más profundo de mi ser, la forma en que me ama. La forma en que siempre lo ha hecho.

Cuando llego a su lado, me coge las manos, sujetándolas como si fueran su ancla.

Ninguno de los dos necesita que le digan qué decir. Hemos escrito nuestros propios votos, por supuesto, pero aunque no lo hubiéramos

hecho, creo que podríamos haber expresado las mismas verdades de memoria.

—Nunca pensé que el amor sería así —le digo en voz baja—. Una tormenta que me hizo valiente. Un fuego que no quemaba, sino que me daba calor cuando más frío tenía. No pensé que sobreviviría al año en que te conocí. Y ahora no puedo imaginar un mundo sin ti. Eres mi hogar. Mi brújula. Mi calma. Mi todo.

Se lleva mis manos a los labios, con la voz embargada por la emoción.

—Creía que sabía lo que era el amor —dice—. Pero no lo sabía, no hasta que te vi luchar por ti misma. Por Sophie. Por mí. Me devolviste la vida, Ivy. Prometo proteger esa vida con todo lo que soy. Prometo elegirte a ti, cada día, por el resto de mi vida.

Intercambiamos los anillos bajo el sol de la tarde y, cuando se pronuncian las palabras, se rubrican y su boca encuentra la mía, el jardín entero parece exhalar con nosotros.

La celebración transcurre entre una luz dorada y risas despreocupadas. Sophie baila descalza en la hierba mientras Cassie la hace girar, y Drew atrae a Blair hacia sí para un baile lento, con la mano extendida sobre su pequeña barriga. Mason se escabulle después de la cena para atender una llamada, pero regresa con esa tranquila satisfacción que me dice que el caso en el que esté trabajando va bien.

Y en cuanto a Daniel Holt… sigue exactamente donde debe estar. Entre rejas. El juicio fue rápido; las pruebas, irrefutables. Acoso, manipulación de testigos, fraude financiero y un puñado de cargos bajo secreto de sumario de los que Ethan y Mason nunca me hablaron, pero que sé que involucraban a otras víctimas que encontraron el valor porque yo encontré el mío. Ni siquiera se le permitió hablar en la vista para la sentencia. Solo una última mirada a su nuca mientras se lo llevaban del juzgado con grilletes.

Después de eso, nunca volví a mirar atrás.

Esta noche, las estrellas han salido temprano, esparcidas por el cielo que se oscurece mientras Ethan me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia su pecho. Sophie se ha quedado dormida en el regazo de Cassie cerca de la hoguera, con los puñitos cerrados bajo la barbilla y los rizos aureolados por la luz del fuego.

—¿Sigues conmigo, Ivy Dawson? —susurra Ethan, apretando sus labios contra mi pelo.

Le sonrío, con el corazón rebosante de felicidad. —Adondequiera que vayas.

Se inclina para besarme, lento y dulce esta vez, sin prisas, sin dolor. Solo hogar. Solo nosotros.

Y en la quietud del atardecer, en el jardín donde comenzó nuestro «para siempre», me permito creer que todo lo que sobrevivimos nos ha traído a este momento: completos, sanados y totalmente enamorados.

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Navidad Unida por Sangre

Juramento de Sangre de Navidad || Una Navidad de sangre y deseo

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado || Bajo sus órdenes

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada || Pecaminosamente Tuyo

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa
